ALEJANDRO PEREZ LUGIN

CURRITO DE LA CRUZ

NOVELA

TOMO II

OCTAVA EDICIÓN

Librería y Editorial RIVADENEYRA, Avenida del Conde de Peñalver, 8, Madrid.

CURRITO DE LA CRUZ T2

Curro acoge a Rocío en casa de unos amigos suyos. Aunque Curro había perdido la ilusión por torear y, por consiguiente, su sitio, cuando Rocío huyó con Romerita, decide volver a los toros y no tarda en triunfar de nuevo y acaparar la atención del público. Reta a Romerita a un mano a mano, que este acepta riendo, y en el peligroso quinto, Curro intenta avisar a su compañero que el toro vence por el pitón derecho. El orgulloso Romerita hace caso omiso de la advertencia y sufre una grave cornada. Antes de morir se arrepiente de todo el mal que ha hecho y pide perdón. Al final, le ruega a Curro que cuide a su hija y dice: 'Cuando sea mayor, no dejes que se le acerque ningún Ángel Romera'. Rocío se da cuenta de que realmente quiere a Curro. Todos regresan a Sevilla para la Semana Santa, donde ella canta una saeta desde el balcón ante el paso de una procesión El Gran Poder - El padre reconoce su voz y, naturalmente, termina por perdonarla.

©1921, Perez Pugin Alejandro
©1922, Rivadeneyra
UUID: aacf2e11-34b6-48de-b662-534545104c86
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Ramón Hortelano, 07/05/2020

SEGUNDA PARTE

POR ESTAS ASPEREZAS SE CAMINA….

Capítulo I

EN EL FONDO DEL POZO

EL TIEMPO pasó indiferente sobre las heridas abiertas en los corazones. Tornadizo e insaciable de emociones nuevas, el mundo olvidó pronto a nuestra gente. Sólo el dolor les permaneció fiel.

Carmona y Teresa se esfumaron en la soledad de su destierro, tan sólo interrumpido por Manuel para ir calladamente a Sevilla el Jueves Santo, a vestir devoto el humilde hábito negro de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, y acompañar al Señor a su paso por la ciudad, en la madrugada del Viernes, formando en la silenciosa cofradía en cumplimiento del voto hecho de por vida frente a los peligros del oficio.

¡Qué dolor el del padre infeliz al pasar ante su casa cerrada y hosca, al regreso de la estación en la Catedral! Iba llorando bajo el largo, impenetrable antifaz.

Un instante, un relámpago, tuvo la insensata esperanza de un milagro para él; creyó que el Señor iba a devolverle a su hija tal como era antes de su locura, y con el corazón palpitante atendió, como tantas veces, esperando que la voz de la “Muñequilla” sollozase en la augusta serenidad de la

noche santa sus doloridas saetas, flor de devoción, oración tierna y extraña de un pueblo artista, todo sentimiento, que conmovían a todos.

¡Aaaay! Mira er Paresito mío

cargaíto con su Cru…

¡Ay! El balcón permaneció mudo, solitario, hermético, con la tristeza de sus macetas abandonadas, en las que señoreaban los yerbajos del descuido, jaramugos de aquellas ruinas de felicidad. A Carmona le pareció que el corazón se le desgarraba nuevamente con mayor dolor. ¡Su Muñequilla!…

El cortejo de fantasmas negros que escoltaban al Señor siguió grave, silencioso, ensimismado. Todos con su cruz…

Currito yacía también maltrecho, vencido, destrozado y desesperanzado en el fondo del terrible pozo. Todo era negrura en derredor. Vivía pasivamente, sin interés por nada, ni aun por sí mismo; sin voluntad; anonadado; como en un astado de inconsciencia en el que no había otra sensación clara que la violencia brutal de un golpetazo atontador.

No se había cortado la coleta porque no conocía más oficio que el toreo. Acaso diñase más verídicamente que tuvo en ello mayor parte su falta de acción, la indiferencia que ahora regía su vida. Mas para el caso, como sí se hubiese retirado. Muerto para el público y las empresas. Sólo en los corrillos de toreros sonaban alguna vez, al verle pasar perezoso y taciturno, voces de lástima.

—¡Qué torero más grande había ahí!

La obstinación de Copita, que enérgicamente oponía a la adversidad su tesón para vencerla, proporcionó al Chavalillo, en les albores de la temporada, una corrida en una plaza madrugadora de segundo orden. El banderillero le sermoneó largamente; le suplicó. Aquella era la ocasión de ponerse a flote; Currito era el torero más grande de la torería; ¿por qué resignarse a vivir en esta denigrante

humillación? Sobre que ninguna mujer vale la pena de que un hombre cabal se suicide por ella. ¡No había pocas mujeres en el mundo que le harían olvidar y ser feliz!

—Sal de esa oscuriá; abre las ventanas, y mira ar mundo. ¡Señó, que pa argo puso Dios en é tanta pajolera alegría!

Además, el momento era pintiparado para recuperar el puesto. Romerita estaba gravemente herido en Méjico, Dios sabía para cuánto tiempo. No era la cornada de muerte pedida al cielo por Carmona, pero cerca le anduvo. Una terrible herida en un muslo, "un cornalón de caballo", recibido en la corrida de despedida, la víspera de regresar a España, que le iba a tener en aquellas tierras lejanas sin poderse mover en unos meses. No había toreros de primera fila. Ni casi de segunda.

—Las empresas no tienen a nadie, chiquiyo—corroboraba Gazuza, obediente a los guiños de Copita, mientras hacía a Currito la trenza y le colocaba la castañeta.

—Ná más que le tires ar público dos pingüís con poñemera grasia, te se jincha la mano de firma corrías—concluyó Joaquín, que con los tirantes colgando sudaba tinta, a punto de reventar la taleguilla, para hacerse el lazo de las zapatillas.

¡Lástima de elocuencia! Un momento deslumbró a Currito la visión de la gloria. "¿Por qué no?" Pero Juego volvió a apoderarse de él la indiferencia por todo, que en la plaza tenía un gran auxiliar en el miedo. Sus dos toros volvieron acribillados al corral. La benemérita tuvo que defenderle una vez más de las iras del pueblo. No tenía cura.

Se vió más solo que nunca. Copita y Gazuza tuvieron que apelar a las salidas a salto de mata con este y aquel, donde buenamente se terciaba. Sin ahorros, que no le permitió su generosidad con todo el mundo y la largueza de sus dádivas a Sor María del Amor Hermoso, Currito comenzó a vivir de

milagro. Poco a poco fué toda su ropa a las casas de empeños. Los vestidos de torear cedieron a los tirones del hambre. Sólo conservó un traje de calle. Muchas veces se vió precisado a convidarse a comer en el Hospicio.

—Qué bien güele hoy la cosma, Madre. ¿Qué tenéis ustedes?

—¿Qué quieres que haya, hijo? Papas en paseo, como tú dices. No podemos más. Cada día es mayor el número de asilados y la caridad más corta.

—¡Qué ricas! Convídame usté.

La monja, transida de pena, suplicaba a la despensera algún pobre extraordinario para aquel hijo de la casa, su generoso protector cuando tuvo, y procuraba consolar a Currito con la esperanza de mejores tiempos.

El rubor de los venidos a menos hacía negar al Chavalillo. ¡Si estaba muy bien!… Aquello de comer de vez en cuando en el Hospicio era caprichito de niño, gusto de recordar sus días de la infancia, “do comer a la vera de la Madre”.

Hasta que, cediendo a los consejos de Copita, hizo dinero como pudo, y en el mixto y en tercera, un día abrasador del tórrido verano andaluz, huyó de su tierra.

—Aquí en Seviya eres un muerto. Nadie te mira. Vente pa Madrí, que es tierra de tóos.

Nadie se enteró de su llegada, alborotado como se hallaba el cotarro taurino con la vuelta de Romerita, recién desembarcado, y la afición estaba en espíritu, cuando no en presencia, en el Puerto de Santa María, donde el niño de don Teodoro iba a torear por primera vez después de la cornada de Méjico. En la calle de Sevilla la multitud se amontonaba ante las pizarras de La Tribuna, que iban publicando los telegramas de la corrida conforme se verificaba. No había otra conversación que Romerita en aquellos pacíficos días sin Cortes, crimen sensacional ni crisis política que divirtiese a la gente.

Currito, sin preguntar nada, prestó ansiosa atención a las conversaciones acerca de Ángel. Alguien habló de una “gachí” muy guapa que se traía de Méjico. Otros dieron más concretas noticias: se trataba de una cupletista mejicana, guapísima, que había dejado para seguir al torero un contrato magnífico y a un millonario que le ofrecía un palacio de oro y brillante. Y, como si fueran ellos los conquistadores, los romeristas se pavoneaban con la suerte amorosa de su torero. Tenía aquel hombre una mano izquierda para las “gachís”…

Currito no comentó. Sabía desgraciadamente a qué atenerse y quién era “la cupletista”; pero experimentó cierto alivio al ver cómo la gente se equivocaba, dejando en olvido a Rocío. Los otros tampoco dedicaron mucha atención al asunto. Les interesaba más el otro aspecto de Romerita.

—¡No se acuerda de la cogida; vuele más valiente! Así son los toreros fetén! ¡El amo! ¡El amo!— repetía en todas partes el alborozo y la exaltación de sus partidarios.

Currito toreó en todo el verano dos corridas, siempre gracias a las gestiones del tenaz Copita, una en Santiago de Compostela y otra en San Martín de Valdeiglesias.

—Torero de plaza sin palcos—comentaron con despectiva lástima los que se enteraron de ello.

Quedó tan mal como en todas partes. Era cosa perdida.

—¡Que t’han dao er segundo aviso y se van a yevá er toro!—le apuraba desesperado Copita.

—¿Y qué esperan ya que no se lo yevan?—respondía el Chavalillo con su irritante indiferencia.

Se quedó en Madrid durante el invierno. Muerta poco antes la “Abuela”, carecía de refugio en Sebiya. Además, en la corte se estaba más cerca de las empresas y, sobre todo, de los sucesos, puesto que él, —según Copita, ya desesperanzado por completo— apenas podría contar con otra cosa que las sustituciones de las toreros lastimados.

Era el último peldaño de la escala del vencimiento. Además, allí le sería menos penosa la vida que en Sevilla, donde era más sensible el desdén publico. Sometido a una economía rigurosa, fácil para hombre de tan pocas necesidades, podía defenderse hasta que llegase la temporada con los cinco o seis_.mil reales que le quedaron libres de aquellas des corridas. Cuestión de no meterse en gastos extraordinarios. La casa, la ropa limpia, el café, el limpiabotas y pare usted de gastar.

Se albergó en una hospedería de estudiantes y empleados de poco sueldo, de las de “a catorce con”, en la callo de fíchegaray. Su único despilfarro era la pe- setilla diaria para el postín y la distracción del café. ¿Qué se diría de un torero sin tertulia cafeteril a que acogerse? Peor aún. que ir solo por la calle.

El traje decoroso, defendido celosamente con minuciosos cuidados de las injurias del uso; las botas refulgentes, el café, la apariencia de una vida desahogada… Un torero en desgracia o de ínfima categoría puede pasar sin comer; al fin y al cabo nadie se asoma a su casa a “la hora del piri” a contarle los garbanzos; pero no puede prescindir de aquellas apariencias del traje, las botas brillantes, el café y el palillo de dientes, que denotan al hombre bien tratado por la vida y bien colocado en su oficio. ¡Oh, el palillo, testimonio engañador, que amorosamente se cuida de no morder y se guarda con mimo para volver a utilizarlo oportunamente!…

¡El brillo de los caireles!

“¡Eh, a la plaza! ¡A la plaza!" Allí van los toreros brillando al sol. Todos los miran. Los hombres los saludan, orgullosos de su amistad. Las mujeres les sonríen. “¡Madre, yo quiero ser torero!”

¿Cuántos suben, cuántos llegan, cuántos siquiera se acercan? Los más, presos por siempre en el engaño que no suelta al que coge, ven deshechas sus ilusiones en un vivir

miserable. Son los vencidos, los parias de una ilusión de gloria y de riqueza, los jornaleros del toreo. Una paga mezquina por picar o banderillear, cuando la logran, una corrida de toros viejos, poderosos, cobardes y mal intencionados, con la bronca o la enfermería seguras y la visión del hambre y el hospital siempre delante, para luego y para ahora.

Os digo que hay una tristeza en cada coche de toreros que pasa deslumbrante, camino de la plaza, arrastrado por la alegría de los cascabeles…

Allí va el triunfador, el héroe; pero también van los otros, los ilusos, los impacientes del fruto, cobardes del trabajo y del peligro, los impotentes, engañándose a sí mismos con esperanzas fantásticas, animosos, sonrientes, fascinados…, hasta que la proximidad de la plaza apaga las sonrisas, encoge los corazones y les vuelve a la realidad de su impotencia. Muchos ni aun van acompañados por la animadora mentira de la ilusión, porque, perdidas todas, los lleva sólo la necesidad-de la mísera paga a jugarse la vida sin valor ni entusiasmo, luchando con su miedo y con la hostilidad del graderío. Unos acabarán en locos o quedarán inútiles por los brutales porrazos de los toi s; otros, pasada la juventud y con ella los años engañadores, en que inmediatamente detrás do cada derrota se pone la ilusión del desquite, rondarán arrastrando trabajosamente una vida miserable de hambre y humillaciones.

¡Qué alegre, qué deslumbrador el paseíllo! Pero ved esta otro desirle de toreros que fueron, o que no pueden ser, apostados en los puntos estratégicos, a la acera del Lion o en la proximidad de los casinos, en espera del conocido generoso o del señorito a quien miró la fortuna con buenos ojos en el treinta y cuarenta, venteando desesperadamente el duro, las dos pesetas o simplemente el convite, cada día más difíciles. Compadeced a ese espada, ayer solicitado y adulado, que cruza ahora la calle de Sevilla, campo de

picaros y mercado de todo, a cuerpo gentil y de riguroso veranillo en lo más crudo del invierno, persiguiendo desesperado a los que antes le buscaban a él y ahora le huyen apenas le divisan. No comió ayer, no comió hoy, no comerá mañana. ¡Ah, si el toreo no tuviese más que la ida a la plaza, el paseíllo y los toreros cumbre!…

Tristemente iba arrastrando su vida, muy próxima a estos derrumbaderos, nuestro Currito. En la casa de huéspedes no se le sentía. Pese al prestigio de la coleta y a la fascinación que ejerce en la juventud, sus compañeros de hospedaje le desdeñaban. Únicamente se mostraba con él afectuoso "el doctor Ramitos", estudiante del doctorado médico, ayudante de Jiménez Encina, aficionado a la filosofía extravagante y amigo de llevar la contraria, que habría asistido en su vida a un par de corridas de toros. Sentábase Currito a la mesa silencioso y serio, tiritando bajo el trajecillo viejo de verano, que vestía en cuanto entraba en casa para evitar injurias a la ropa de calle, con un pañolillo anudado al cuello, cruzadas y sujetas por un alfiler las solapas de la cazadora para ahorrar camisa, y calzando, por análogos motivos de economía, unas zapatillas rotas de torear. Nunca se mezclaba en las alborotadas conversaciones de los otros comensales, salvo cuando le elegían árbitro en sus frecuentes peloteras taurinas, que él resolvía modestamente, procurando contentar a todos.

Algunas tardes se sumergía durante dos o tres horas en la atmósfera densa y venenosa del café Inglés, lleno de toreros y apoderados de menor cuantía, humo de tabaco, ruido de discusiones, chismes, enredos, "bulos" y envidia, como cualquier café literario. Cada mesa era, como en éstos, conforme a la acertada pintura echegarayésca, mesa de disección, en la que siempre había el cuerpo de algún torero, grande o mediano, sobro el que operaban en vivo los bisturíes envenenados de las lenguas. De los revisteros

no quedaba rastro en aquella cortaduría. Más que disección era molienda lo que hacían con ellos. Ningún empresario salía limpio de aquel buhedal. Se hacían, a costa de las personas, chistes que eran mordeduras viperinas. Y en todas partes, en aquella bolsa de necesidades, de aspiraciones no logradas y de ilusiones destruidas, ausente la justicia, peleaban con sus malas armas el egoísmo y el dolor del bien ajeno.

Mozos y echadores terciaban en las discusiones, y a veces encomendaban a los toreros influyentes y a los empresarios de tercera, que por allí pasaban de prisa, sus ansias de trocar la paz de su encierro y la tranquila seguridad de las cafeteras por los porrazos al aire libre del picador. Los toreros bien colocados en las cuadrillas importantes entraban en el café dando vueltas entre los labios al palillo y lanzando agresivas bocanadas de humo del aparatoso puro recién encendido. ·

Había toreros que sólo permanecían allí el tiempo necesario para apurar su taza y dejarse ver, y salían presurosos a las ocupaciones con que honradamente se ayudaban. Tal picador era matarife de cerdos, con todos los perdones del caso; a este banderillero le llamaban “Rompatimbres”, porque era cobrador de una sociedad de las de médico y botica; esotro espada de última fila era comisionista de los más variados géneros, capaz de vender, si se la compraban, la torre de Santa Cruz, y pronto a cobrar comisión hasta por un saludo; aquel conservaba previsora y ordenadamente el taller y el jornal, sostén cierto de su vida. Los había más afortunados, con estanco, taberna o lotería. Otros, en cambio, se ayudaban con el trabajo de bus mujeres. Para algunos el maná venía de su buena figura, y se pasaban las tardes aguardando pacienzudamente junto a las ventanas el paso de tal moza que, satisfecha, les sonreía, les guiñaba y salía corriendo a esperarlos en la rinconada de la calle de Arlabán para

entregarles gozosamente unas cuantas monedas, rescatadas con apuro, que ellos pagaban con una chirigota y un impaciente y brusco:

—¡Vamos, guasa, vete ya!

—¿Hasta luego?

—¡No eres tú ná de ansiosa! Ya veremos.

Olios toreros emigraban a la ventura al comenzar el invierno a las pródigas tierras americanas donde se permiten los toros y, fiando poco en la eficacia crisopéyica de la “espá” y la muleta, pedían al contrabando y al intercambio mercantil los medios de triunfar económicamente que la inútil coleta les negaba. Su equipaje abultaba tanto como el de un “fenómeno” que fía a la novedad, variedad y lujo de los “vestios” una predisposición favorable. A la vuelta venían cargados de pieles de cama, sedas, jipis y loros para los pajareros de la plaza de Santa Ana.

Currito sentía aumentar su tristeza y soledad en la malsana atmósfera de miseriucas del café, que tenía luego una prolongación en los corrillos entorpecedores de la calle do Sevilla, y buscaba preferentemente la bromista tertulia del “brasero”, donde los temas taurinos eran tratados entre donosas burlas, más divertidas que una función de teatro.

'Generalmente hacía el gasto de ellas Retana, máximo organizador de la tauromaquia, contra el cual iban los tiros jocosos de la tertulia, como la hostilidad de los aficionados va siempre, sin que se sepa el perqué, contra las empresas. Había un contertulio chiquitín, rabioso, alborotador e irreductible—en cuyo asiento mandaba colocar el sastre toreril, para irritarle, los dos tomos del voluminoso Directorio universal—, que traía a mal traer al “amigo de la empresa”. El cual, cuando se veía muy apurado, se sacudía las moscas negándose a sí mismo.

—¡A mí no me cuente usté eso, ni me meta en laberintos, ratoncito Pérez!—protestaba, accionando con la mano tiesa

y los dedos muy separados, al modo flamenco—. Que yo no tengo ná que ver con las cosas de la empresa. ¡Yo soy sastre! ¿Se entera usté? ¡Sastre!—poniéndose la mano de revés en la comisura de los labios.

Y echaba una salivilla por el colmillo.

—¡Usted es un músico!—le contestaba el otro creciéndose.

—¡Siéntese usté, que ya le nomos visto y no le pisamos!

Pero el más entretenido era *"Salifurcis"*, el verboso sastre de la calle Mayor, Juan José Álvarez, que la había tomado con Isolino Matute, el Peinadito, un torero de Valladolid de diez o doce al año, muy cuidadoso de su persona y, con desesperación del sastre, de su ropa, al cual había abierto su buen modo el paso a la alborotada tertulia.

En cuanto "Salifurcis" veía entrar a lsolino, quitarse cuidadosamente el gabán, doblarlo con mimo y colocarlo con respeto en el respaldo de la silla, sacarse los guantes, estirarlos prolijamente, ponerlos en el asiento y sentarse encima de ellos, planchándolos por un sistema nuevo con aquella opulenta plancha natural que Dios le había dado para llamar la atención en la plaza, ya tenían al sastre gritando, como quien sigue una conversación comenzada:

—¡Yo no vuelvo a la plaza hasta que desde fuera vea sobresalir las astas de un toro con un torero ensartado en cada una!

—¿Y no se asustaría ustez?—le preguntaba el *Peinadito*, ocultando su malestar bajo una sonrisita cortés.

—¡Yo, no! ¡Yo tengo mi alcoba empapelada con partes facultativos!

Otras veces la tomaba con el reglamento.

—Hay que reformar el reglamento, Retana.

—A mí no me meta usté en líos — contestaba el amigo de la empresa, apelando a su eterna muletilla para eludir las interpelaciones—. ¡Yo soy saeteo!

—¡Mal oficio! — replicaba “Salifurcis"—. Pues como sastre y como amigo de la empresa tiene irte que arreglar aquello, que está muy anticuado.? ¿Qué es eso de la raya para los picadores? El tercio ó picar debe empedrarse con guijarros muy apretados, Así no hay miedo de que se borre. Y la barrera, una de dos, o cinco metros de alta para que no la salte nadie, o treinta centímetros para que la salten los dos. Igualdad de condiciones. Y suprimido el quite.

—¿Y cuando haya una cogida, señor?—preguntaba Isolino, fingiendo seguir la broma, pero llenándole do maldiciones interiormente.

—Si un toro coge a un torero, para él para siempre. ¡Con el trabajo que le ha costado!

—Usté quiere suprimir una de las cosas más bonitas de los toros y que más gustan al público.

—¡El quite no les agrada más que a los aficionados tiernos!

—Pero no habiendo quité—terqueaba el otro con la mayor inocencia—no ve usté esas largas, esos lances templados del delantal y esas medias verónicas emocionantes.

—¿Qué es eso de medias verónicas?—gritaba alzándose indignado “Salifurcis”—. ¡A mí, medias verónicas, no! ¡Yo hago la “jarrita” en el despacho —metiéndose los dedos insistentemente en el bolsillo del chaleco—y pago mi entrada entera para ver las suertes enteras! ¡Pues hombre!

Cuando la tertulia se ponía seria y hablaba razonablemente, demandaba el parecer de Currito, “que era un buen aficionado que hablaba muy bien de toros", y oía con atención las cosas discretas y bien observadas que él decía con voz grave y dejo melancólico.

—¡Qué lástima de hombre! ¡Con lo que sabe de toreo y lo bien que torea!—decían los contertulios cuando se iba.

—¿Pedro qué le habrá pasado para dar dé pronto esa raída tan grande?—interrogaba Enrique Cardeña, el

camisero de la plaza de Santa Ana, recién incorporado a la tertulia y a la afición. ·

—¿Qué quiere usté que le pase?—contestaba “Salifurcis"—. ¡Miedo! ¡Usté no sabe lo que imponen los cuernos!

A las anochecidas, tomaba Currito el camino de la ronda de Embajadores en busca de Copita, que apenas aparecía un momento, muy de tarde en tarde, en los ociosos corrillos de toreros.

—Ahí no se hase ná en ivierno, como no sea estropearse los dientes con tanto tirá bocaos a la armósfera.

Perdida del todo la fe en Currito, aun cuando le conservaba el mismo afecto, al que se mezclaba una gran lástima, desengañado del toreo, con otras ansias, percatado de que el tiempo se le iba, quería “hacerse el quite” para la retirada, antes de que llegase la amarga hora del corte de coleta, y ejercía, activo y ambicioso, mil productivos trabajos. Explotando los ahorrillos que tuvo la previsión de hacer en los buenos tiempos de Currito, “había montado una industria de préstamo”, y se pasaba las horas en que más vivas son las partidas de juego voltejeando por los alrededores de los casinos, o parado en la acera del Lión, a la puerta del “Alfombrista”, con tees o cuatro aficionados de pocos posibles—“eí rasmillo de Copita”—, esperando, con ojos avizorantes a todas partes, que algún señorito perdidoso, con responsabilidad e impaciente del desquite, pasase, le guiñase y se perdiese con él en las profundidades de casa Moran, la Concha u otro colmado cercano y le firmara el correspondiente pagaré, de que llevaba bien provista la cartera, al ciento por ciento, cuando no podía ser al quinientos o más, que por pedir no quedaba. Y cobraba siempre, o porque tenía la suerte de tropezar con buenos pagadores o por la exhibición persuasiva de un pavoroso bastón con puño y barra de hierro, como auxiliar de unos poderosos pulmones para escandalizar, eficaces

armas con las que se imponía hasta a los deudores más duchos en el difícil arte de torear al “inglés”. “¡A mí con capo- tasos!" Todo sin perjuicio de dedicar las demás horas libres a los más variados corretajes mercantiles, desde pieles de cordero, esteras del moro y tabaco de contrabando, hasta alhajas de ocasión, garbanzos de Fuentesaúco, pianolas y coches dé lance. Se Le había metido en la cabeza hacerse rico.

—A mí no me coge er corte der pelo dando estocas en caye Seviya.

Era también que, mal hallado con la soledad a que le condenaba la muerte dé la “Abuela", ocurrida algunos meses antes, se había enamorado “muy por lo jondo” de una buena moza

alta de pacho y ademá.» brioso,

tabernera en la ronda de Embajadores, opulenta de carnes, guapetona, frescota, con sus treinta y cinco años que podían muy bien pasar por menos, viuda., gallega, trabajadora, resuelta, con ahorros y con un corazón que no le cabía en el pecho, no obstante la amplitud del alojamiento. Y brava, con la bravura de las mujeres de su tierra—ternura y fortaleza—para imponerse a la levantisca parroquia hasta con los vigorosos puños si era menester.

Por su cara, su estatura, sus carnes, su genio y su taberna había flechado al banderillero, que hacía los imposibles "dándole coba” para “camelarla”, y desde que la conoció so aplicaba con mayor actividad a sus comercios.

—Porque esta peseta falsa — decía pasándose la mano por la cara—hay quo platearla mucho pa que cuele.

Manuela—que así se llamaba la tabernera—no era insensible a las amorosas demostraciones de Copita, y, aunque aparentaba indiferencia—también la gente del pueblo tiene su coquetería—, estimaba en mucho el cariño del banderillero y sus cualidades de hombre laborioso y activo para agenciarse, no sólo el duro del dicho, sino

cuantos pudiese apandar, y sólo esperaba, con cautela galaica, a tenerle bien amarrado para otorgarle el anhelado permiso de conducirla a la parroquia. ¡Hacía allí tanta falta un hombre, y tenía tanto aquel "este eterno de andaluz”!…

Currito acudía todas las noches a la taberna d · Manuela, deseoso de consolar su soledad con el calor de un afecto. A veces, como el día en que volvemos a encontrarle, llevábale también la necesidad de obtener de Copita algún pequeño préstamo, petición de la qué Joaquín, bravo cuando le tocaban a su dinero, se defendía heroicamente.

—Niño, que yo estoy más o menos como tú. Dos reales que tenía, andan por ahí en manos der demonio. Y tú de cada día vas a estar peor. Haste er cargo: comemos, fumamos, cafeteamos y no trabajamos… ¿No te había hablao Manolo Retana pa una corría?

Sí; Retana le había propuesto a Currito una corrida indecorosa: qué diese la alternativa al jefe de una cuadrilla de saltadores franceses, "unos saltimbanquis” que querían farolear de toreros de cartel por el Midi. Una corrida de mojiganga, que rebajaría la categoría artística del torero que la aceptase.

—Mira, niño; yo no sé si estarían más orgullosos que tú con su categoría Joselito y Paquiro, si resusitaran; pero lo que te pueo desí es que si ensima de no arrimarte jumeas, ni en los corriyos de chaveas de arredeó de la plasa te van a armití.

—¿Y qué quiere usté que yo haga?

—Yo, ná. Er que tiene que echá cuenta eres tú. Fea, pobre y pretensiosa es mala condisión pa casarse. Y haste er cargo, Curro, de que pa viví der aire, que es tu porvení, hay que tené otra cosa: una vivesa que tú no tienes.

—¿Too eso quié desir que no? Pues con desirlo claro desde er prinsipio se podía usté, que es tan ahorrativo, economisá la saliva der sermón.

—Esto quiere desí que te hablo, como siempre, por tu bien… Y de lo otro… no pueo. Créeme que no pueo.

—Bueno, Joaquín, ya sé. Torero en arto, tóo er mundo a servirle. Torero en desgrasia, tóos a darle con er pié.

—¡Mardita sea!… ¡Eso—chilló indignado el banderillero—no lo pues desí por Joaquín Censales, Copita, que ha sío contigo más que un padre!

—Lo digo por mí—cortó Currito levantándose bruscamente, dolorido y humillado—. Buenas noches.

Y salió del comedor, en la trastienda, donde se encontraban Copita y Manuela al amor del confortable brasero que bajo la camilla ardía.

—¡Pobre!—dijo la Gallega al verle marchar.

Copita tuvo intención de llamarle, pero, con táctica de prestamista, le dejó ir. Ya volvería. Y costaría menos.

El Chavalillo se detuvo un momento en la puerta, dudoso de su camino. Era una noche fría, desapacible, de marzo traidor. Un vientecillo gélido, de Guadarrama, ese aire sutil de Madrid, que no apaga un candil y mata a un hombre, tenía desierta la calle. Currito se embozó hasta los ojos y echó a andar abstraído, pegado instintivamente a la pared para defenderse del frío, mas sin prisa, como si tirasen de sus pies sus tristes pensamientos. De pronto tropezó con un hombre que iba a buen paso en dirección contraria.

—¡Curro!—exclamó el sujeto—. Que m’alegro encontrarlo a usté. A buscarlo iba an cá la Gallega.

Era el *Pintao*, un picador de última fila.

—¿A mí me busca usté? No será pa pedirme toros, que no los tengo.

—No, señó. Yo iba a buscarle a usté de parte de una persona que quiere hablarle.

—¿A mí? No sé de nadie que tenga que hablar conmigo. ¿Quién es?

—Jagasté favo vení conmigo, y lo sabrá—contestó el Pintao, sin querer descubrir más—. Es aquí serca.

El *Chavalillo* se encogió de hombros y le siguió, hasta dar en un portal estrecho, oscuro y maloliente, de la cercana calle del Casino.

—Aquí vivo yo—dijo el Pintao—. Espérenos usté, que de seguía bajamos. No le digo a usté que suba, porque hay tropesientas mil escaleras.

Currito se recostó en el quicio de la puerta, y esperó sin curiosidad ni inquietud, atento únicamente a sus pensamientos.

Más solo que nunca. Hasta Copita le abandonaba. ¿Valía la nena de vivir así? ¿Qué demonio le puso ante la vista la deslumbradora visión del toreo, arrancándole a la paz de su taller? Acaso allí le hubiera maltratado también el hambre, compañera inseparable de los humildes, pero, al menos, la carpintería no hubiera añadido a la necesidad la mortificación de las humillaciones. ¡Roía vida! ¿Fara qué servía?

Un golpe en el hombro le sacó de su ensimismamiento. Era el Pintao»

—Aquí lo tiene usté—señaló el picador a la persona qué le acompañaba, y que se detuvo dentro del portal, en la leve penumbra de la luz de la calle, sin atreverse a seguir.

—Usté dirá—interrogó Currito, acercándose a ella.

Era una mujer de pobre traza, envuelta en un mantoncillo, que llevaba en brazos una criatura.

Sin aguardar más, ni decir palabra, el Pintao se embozó en su capa y se fué discretamente. La mujer permaneció muda. Nada permitía distinguir de su rostro la oscuridad del portal.

—Usté dirá en qué pueo servirla—repitió Currito—, si es a mí a quien usté busca.

Sin contestar, la mujer se recostó en la pared sollozando.

—Vamos, señora; no tenga usté reparo… ¿Qué me quiere usté?

Entrecortadamente, con una vocecita débil, murmuró la mujer:

—¡Mi hija!… ¡Tengo que llevarla a la Inclusa!

—¿Qué dise usté, mala madre?—vibró el Chavalillo amenazador, saltando al doloroso nombre y cogiéndola violentamente dé un brazo—. ¡A la cuna, no!

—¡No me haga usté daño, que no soy mala!—suplicó ella con su vocecita flébil.

El Chavalillo se repuso, la soltó, y dulcificando la voz, se excusó compasivo.

—Dispénseme usté. Ha sío un repente que me dio, sin poderlo remediar, ar oí ese mardesío nombre. ¡No haga usté eso, señora! Se lo dise a usté un hombre a quien han hecho desgrasiao tirándolo ar torno.

Falta de fuerzas, anonadada, la madre infeliz cayó de rodillas, apretando la criaturita contra el pecho.

—¡Vamos, vamos!—la animó dulcemente el torero, inclinándose para levantarla—. Tranquilícese usté. Dame usté su hijo; se la vaya lastimar.

Se desembozó para ayudarla. Quiso coger la criatura. Ella resistió, apelando a sus escasas fuerzas, escondiendo avergonzada la cara en el pecho.

—Cármese usté, que no he querío haserla daño. Es que yo soy un desgrasiao inclusero, ¡que nos debían matar a tóos antes de sacamos der torno pa echarnos a esta vía! Vamos—alzándola—, levántese, y dígame…

Mas cuando la tuvo en pie, frente a sí, a la luz, vió aquella cara triste, marchita por el dolor, y le miraron implorantes aquellos ojos hundidos, lejanos, sintió una violenta conmoción de todo su ser, un golpetazo bárbaro en el alma. Quedóse paralizado de asombro. No quería creer a sus ojos.

—¿Usté?… ¡¡Usté!! ¡¡¡Rosío!… ¡¡Señita Rosío!!…

Rompió ella en desconsolado lloro.

Currito, llena el alma de un gran dolor y una gran compasión, la atrajo hacia sí y con voz tremante se condolió y trató de consolarla.

—¡Pobresita! ¡Pobresita!… ¡No yore usté, señita Rosío! ¡No yore usté más, pobresita mía!

No me llores, no me llores,
que me pareces llorando
la Virgen de los Dolores.

Y él también lloró silenciosamente.

Capítulo II

¡QUIÉN TE LLEVÓ DE LA RAMA, QUE NO ESTÁS EN TU ROSAL!

—VÁMONOS, vámonos de aquí—la apremió él, apenas repuesto de su emoción.

Y como advirtiese que ella no podía sostenerse, la ofreció, protector, el brazo.

—Agárrase usté a mí. ¿Onde quiere usté que la yeve?

—No sé… no sé…—murmuró la infeliz, desconcertada.

—Vamos, confíese usté en mí.

—¡Si no sé!… — insistió Rocío—. ¡Déjeme usté, Currito! ¡Déjeme!

—¿Pero no sabe usté aonde ir? Arriba. ¿No vive usté aquí?

—No. Aquí vine a buscar al *Pintao*… y él quiso ir a buscarle a usté.

—Pues entonses a su casa de usté. ¿Onde es?

Ella no contestó.

—Pero…—inquirió él, sin acabar de comprender— ¿no tiene usté casa?

Respondieron por Rocío sus lágrimas.

—¿Pero no tiene usté?… ¿Pues… y…?—insistió el torero, sin atreverse a decirlo todo.

—¡No tengo nada!—balbuceó Rocío desfallecida—¡Déjeme usté, Currito; déjeme usté! Estoy maldita de Dios.

Una nueva emoción se apoderó del torero. Una mezcla confusa de vivo dolor y de alegría lejana, escondida, casi no sentida, que se resolvió en una inmensa compasión, un fuerte deseo de amparar a Rodo y una determinación súbita.

—¡Venga usté conmigo!—la dijo.

Y, desandando el camino que trajera Currito, trabajosamente ella, apoyada en su brazo y llorando en silencio, callado él, bajo el tumulto de cien encontrados pensamientos, gimiendo desesperadamente, de hambre y de frío, la criaturita, tras el tenue mantoncillo de la madre, llegaron a la taberna de la señá Manuela, la Gallega.

Currito entreabrió la puerta de cristales con visillos encamados, y, como advirtiese que no había parroquianos, hizo entrar a Rocío, que obedeció como un autómata.

—¿Se ha ido Joaquín?—preguntó al chico que fregoteaba vasos en la pilita del mostrador.

—Está ahí dentro con el ama—respondió el dependiente.

—Siéntese usté, que ya mismo vengo—dijo Currito a Rocío, disponiéndole asiento en un rincón, tras el escaparate de las comidas.

Y entró en el interior de la taberna. Joaquín y Manuela seguían charlando en el comedor, prudentemente separados por la camilla, porque la Gallega, puestos los ojos en la Vicaría, no permitía confianzas ni atrevimientos peligrosos. Rápidamente, con la premura del caso y la emoción que aún le duraba, expuso el Chavalillo a su banderillero la situación, y demandó de éste, con suplicante apremio, dinero para hacerla frente.

—¡Por la salú de quien usté más quiera, Joaquín! ¡Po er ánima de la Agüela! ¡Por!…

—¿Otro lío, niño?—le atajó *Copita* impaciente, asustado por su dinero—. ¡Eramos pocos!… ¡No tienes pa ti y te quieres echar obligasiones!…

—¡Es Rosío! ¡La señita Rosío!—replicó el Chavalillo, poniendo en este nombre toda la vehemencia de su corazón enamorado—. ¡No tierne casa ni amparo!… ¡Se muere de hambre y de frío!… ¡Acuérdese usté de quién es hija!

—¡Acuérdate tú de lo que te jiso!

—¡Yo no me tengo que acordar de ná!—repuso noblemente Currito—. A mí no me ha hecho ná más que mucho bien su padre—insistió acogiéndose a esta explicación, con la cual quería engañarse a sí mismo.

Y cálida y doloridamente refirió a Joaquín y a la tabernera la dramática escena desarrollada en el portal de la calle del Casino.

Curiosa y conmovida, salió Manuela a la taberna para conocer a aquella mujer, de quien Joaquín le había hablado tantas veces. La dolorosa vista de la madre infeliz, agobiada por su miseria y desamparo, hizo más en el compasivo corazón de la Gallega que todos los discursos de Currito. Un borracho que acababa de entrar, bailaba con pesadez, tocando castañetas y gruñendo un sonsonete ininteligible delante de Rocío, que se encogía asustada en su rincón, oyéndose piropear soezmente. De un manotazo envió Manuela al curda hasta la pared contraria. El echador y el chico celebraron con risas la fuerza de la tabernera.

—¡Buen saque, maestra!

—¡En mi casa, respétase la gente!—dijo la Gallega al borracho, y cogiendo a Rocío por la cintura la levantó suavemente y se la llevó—. Venga conmigo, filliña.

Aún andaba huroneando Joaquín en el sobre que le servía de billetero, dudoso del “cuánto", al entrar Manuela en el comedor con Rocío, que, silenciosa y humilde, se dejaba llevar con la pasividad de quien, castigado por duros

golpes, tiene el corazón acorchado para toda sensación nueva, lleno todo él del dolor que lo martiriza.

—Entre sin miedo, santa; entre sin miedo y caliéntese aquí, que mismo está que es una pena, de frío y debilidad. Acérquese a la camilla, que añora verá cómo le pasan esa angustia y esos tiritones. ¡Malpocado, cómo está!—dijo Manuela, tomándole las manos gélidas—. ¡Arrenégote! ¡Meigas fora! ¡Jesús María! Mismo es hielo. Ahora va entrar en calor. Aguarde y verá. —Y alzando el tapete de la mesa, requirió la badila y movió él brasero, que esparció un calor que era una bendición. —Acérquese sin miedo, no tenga reparo, que todos le somos amigos.

Los ojos de Rocío, hundidos en aquella cara macilenta, negros y tristes, se alzaron en una intensa mirada de gratitud. No pudo hablar palabra.

—Y ahora mismo—siguió la tabernera, abierto el corazón al bien y gozosa de hacerlo—me va tomar un caldiño que la va poner nueva. Voy yo misma por él. Vaise chupar los dedos. — Y como la criaturita volviese a sus desesperados lloros, preguntó:—Tiene hambre, ¡pobriña!, ¿no la cría usted?

—¡No puedo!… Por eso…—balbuceó Rocío, bajando la cabeza avergonzada para hurtar el rostro a las miradas.

—¡Vaya, mujer! ¿Y se está ahí sin decir nada? ¡Ramón! ¡Ay, Ramón!—gritó la Gallega, llamando al chico de la taberna al modo de “alá”, movida de la ternura de la terrina—. Vaite por el aire a la lechería y díceslé a mi sobrina que te dea dos cuartillos de leche. De la buena. ¡Para mí! Y a ver si no te se cae nada por el camino. Ni bebas de ella, que voila medir. —Y ordenadora y activa, encargó a la criada: —Súbéste casa de mi comadre, la señora Encarnación, y pídele que te dea el biberón que le quitó antier a Bérnardito, mi ahijado. ¡Vivo! Yo voy por el caldo.

—¡Esto es una mujé, Curro!—exclamó entusiasmado y también conmovido Copita—. ¡Una mujé! ¡Ole su pare, su

mare, su agüela y toa su pajolera familia gallega!… Home, ¡viva gaita!… Sí, señó; eso lo dise aquí y en mitá la Campana Joaquín Gonsales, Copita, naturá de Seviya y vesino de la Alamea Vieja, onde la caye Siego. ¡Qué mujé! Ni la de Santiago Apóstol.

En un periquete volvió a entrar la tabernera, trayendo un humeante tazón dé espeso caldo, que llenó la habitación de su olor apetitoso; revolvió en la alacena, que hacía veces de aparador; sacó un mantel y un cubierto, bastos pero limpios, y lo puso todo ante Rocío, animándola, maternal, a comer, y pidiéndole perdones por lo tosco del servicio. Los cubiertos de plata maciza y las buenas mantelerías de Padrón estaban arriba, en el cuarto principal, donde Manuela habitaba, porque no era cosa de bajarlos allí para servir a aquella podré que comía en la taberna y se las arreglaba tan ricamente con el sucio cubierto de los dedazos.

Pero “por eso” como limpios nada había que le pedir a aquella cuchara y aquel mantel. ¡Jesús, María! Al mismo rey le podían servir en un caso apurado. Además—añadió chancera, procurando inspirar confianza y alegría, con esa delicadeza que hay en los corazones femeninos, aun en los más toscos—la buena comida hacía olvidar el cubierto, y aquel caldiño mismo era gloria del cielo. Era de su puchero. Con gallina y todo. No; no lo comía mejor don Alfonso XIII en su palacio, y que dispensara su Real Majestad, que no lo decía por le faltar. Y encima íbale poner aquel par de huevos frescos, que esta misma tarde le trajera Sixto, el de la Ronda. Y después una pechuguita de gallina.

—Coma, santa, coma—concluyó, poniéndole, animadora, la cuchara en la mano, así que batió los huevos.

Rocío retuvo en la suya la de la tabernera, se la besó y apoyó la cara en ella.

—Vaya, vaya; no me sea bobina—la consoló Manuela, acariciándola, haciendo esfuerzos para no soltar el trapo.

—Grasias—pudo al fin murmurar Rocío—; es usté muy buena. ¡Hace tanto tiempo que no siento el calor de un cariño, que nadie me habla con agrado!… Dios le pague en bendisiones… Y a usté, Currito…

No pudo seguir, ahogada por las lágrimas.

—¡Ay!… ¿Qué bobada es esa, “vamos ver”?—reprendió cariñosamente Manuela.

Se acabaron los llantos! ¡A comer! Allí no había que dar gracias de nada, que todo se hacía de muy buena voluntad, por ella y por Currito. Manuela le tenía mucho aquel al Chavalillo, lo mismo que Joaquín, que le quería como un padre, y hasta le reñía muchas veces viéndole tan apagado y tristón. Ella también procuraba animarle, que era mismo una pena ver así, tan encogido, a un torero que todos los que sabían de eso decían que era tan grande.

Y así continuó, comunicativa y confortadora, con una charla que todos oían silenciosos, dejando devanar sus pensamientos al grato son de aquella cariciosa música, que iba pasando incongruente, confianzuda e inagotable por mil temas, desde los méritos de Currito, el precio dé les comestibles y la boda de la sobrina de Manuela con el lechero de más abajo—en aquella fiesta conoció a Joaquín—, hasta la picardía del echador, a quien era necesario vigilar mucho, y la obligación en que Rocío estaba de cuidarse para sí y para su hijito.

—¿Es neno o nena?—inquirió Manuela.

—Niña. ¡Para que sea tan desgraciada como su madre!

—¡Quite dé ahí, mujer, quite de ahí! ¿Quién piensa en eso? Tras de tiempos, tiempos vienen—concluyó la Gallega apelando al refranero consolador de la terrina.

Saliéronse los hombres a la taberna. ¿Qué plan era el de Currito? Currito no había pensado nada. Le cogió tan do sorpresa el inesperado suceso… Sólo sabía que él no podía dejar abandonada a aquella mujer. Lo urgente era ahora

buscarle alojamiento, ya que no quería volver al suyo. O, más probablemente, no lo tenía.

Manuela, que, atenta a todo, asomó un momento vigilante a la tienda, oyó hablar a Currito de salir en busca de un coche para llevar a Rocío a una fonda, y protestó, a tiempo que la puerta, abriéndose violentamente para dar paso a un parroquiano de inseguro andar y habla estropajosa, dejó entrar una corriente de aire frío, que estremeció a todos. ¡Qué fonda nin farrapo de gaita! ¿Cómo hablaban de sacar a Rocío con aquella noche tan cruda y el estado en que se encontraba? Manuela no podía consentirlo. La señorita, que bien se le conocía que lo era, no tenía casa ni más amparo que Dios, abandonada nacía tiempo por aquel pillo, según acababa de contarle brevemente, y la Gallega había decidido que se quedase allí hasta que pudieran acomodarla. Aunque pobre, Manuela tenía su corazón como cualquiera. Y luego, ¿qué se creían?

Y volvió al comedor, seguida de los otros, a comunicar a Rocío su determinación. Le iba a arreglar la habitación de la sobrina que se le casó para que pasara la noche. “Cerquita de mi alcoba.” Después ya se vería, que mismo era “un contra Dios” pensar en sacarla a la calle con aquella noche terrible. Manuela, que era muy temerosa del Señor y del Santo Apóstol, no lo hacía para que se lo agradeciesen, sino porque le salía de dentro, y para que Dios Nuestro Señor no la castigase a su hora cerrándole la puerta del cielo y, haciéndola vagar por los aires, a todas las inclemencias, como a los usureros, que, por la mortaja bendita que llevan, no pueden entrar en el infierno, y por sus maldades no los admiten en el cielo.

—Y dicen que sufren más que todos los condenados del infierno, andando por los aires hasta que una oración piadosa les saca el hábito y les permite ir a descansar junto del demo mayor. ¡Ay, yo le sé bien de estas cosas!—concluyó queriendo quitar mérito a su buena acción.

—Comare, qué guasa se traéis ustedes con los difuntos en su tierra…—comentó Joaquín preocupado con los ejercicios aéreos de los prestamistas, presa de cierto supersticioso temor.

Efusivamente dió Rocío las gracias a Manuela en cuanto pudo hablar… y la otra le dejó meter baza.

—Es usté muy buena. El Señor del Gran Poder se lo premie.

—Qué es er Señó chipén, y no tiene a nadie por esos aires hasiendo de aviaó después de muerto.

—Dígame usté su nombre para pagarle en orasiones por su felisidá, ya que no puedo de otro modo— dijo Rocío.

—Manuela Ozores y Seoane, para servir a Dios y a usted, natural de Santiago de Compostela, nacida en la rúa de San Pedro, junto de los Concheiros, hija del señor Juan el *Pataco* y la señora Manuela la Crenchiña, su mujer.

No creyera qué le daba tantas señas por nada, ni por se cobrar de ningún modo. ¡Jesús, María! Manuela no era interesada. Pero si pedía por ella, no le estaba mal que supiesen bien la dirección allá arriba, para que no se extraviase la respuesta. “Le andaban tan mal eses correos”…

—¡Ea! Y basta de charla. Nosotras, arriba, y ustedes… en la calle falta gente.

Currito apretó nerviosamente las manos a la tabernera.

—Manuela, pídame usté lo que quiera, pa servirla de cabesá.

—¿Yo? ¡Jasús! Si esto no val nada, ¿qué le voy pedir? Que no estea más triste,

—Pues yo—dijo *Copita*, alargando a su vez la mano a la Gallega—le pido a Dios que jarte de bendisiones ese corasonsito de huevo jilao, que párese que lo han jecho las monjitas de San Leandro… y que una de esas bendiciones me coja a mí con la mano dé usté agarra asina, pa no sortaria en jamás. ¡Juyuyuy su naare, la seña Manuela! ¡Y

que luego digan que no hay pajolera grasia en su tierra de usté! En cuanto nos casemos le vi a regala a Santiago Aposto un sombrero cordobés de plata… Meneses, pa cuando vaya de acoso y derribo de moros.

La tabernera libró de un violento tirón la mano que Copita le tenía cogida.

—¡Saque de ahí, baralleiro, saque de ahí!—y le despidió dándole un cariñoso, pero fuerte manotazo en la espalda.

Copita vaciló.

—¡Como si me hubiera empujao uno de Pablo Romero!—dijo—. Cuarquiera se atreve a yevarla a usté la contraria, comare. ¿Has visto, Curro, qué mujé… podía tener yo? ¡Viva Santiago de Compostela y er San Pedro ese de tantismas conchas! ¡Josú, qué tierra! ¡Arropía!

—Que usté descanse, señita Rosío—dijo Currito, tímida y torpemente, sin acertar con más palabras, ni atreverse a darle la mano.

Escondiendo avergonzada la cara, que otra vez surcaron las lágrimas, pudo apenas balbucir la castigada muchacha un trabajoso:

—Adiós, Currito.

Copita se despidió brevemente.

El Chavalillo y Joaquín tomaron un tranvía vacío en la ronda de Valencia y se acurrucaron en un rincón, apretados uno contra otro para defenderse del frío.

—¿Has visto qué mujé, Curro?—le preguntó Copita, pasado un rato, sacando la cara del cuello del gabán en que iba embutido—. Y viuda. Y guapa. Y con parné. ¡Y con una disposisión!… Menúa secretaria me iba a echar yo. En sinco años, murtimiyorurios. Te digo que si no me caso con eya me pongo a toreá miuras hasta que me despene uno. Me tiene acharao—y, cambiando de tono, interrogó al Chavalillo—: ¿Y tú, qué piensas haser?

Currito pensaba que no podía abandonar a Rocío, a quien, sin duda, el otra, cansado y voluble, había despedido

canallescamente.

—A él—explicó Joaquín—le trae ahora loco Mercedes la Mejicana, esa cupletista nueva que ha armao un joyín tan grande en Romea, y que me lo está trasteando de primera, sin dejarse camelar. Por eso está él en Madrí. Ahí parma ése. Y bien que le estaría, por charrán. ¡Haser lo que ha hecho con una mosita, hija de quien es!... Pero tú, Currito, tienes que mirarte.

Currito no miraba más que el desamparo de Rocío. Otra cosa sería faltar a la obligación que debía a su padre y a ella.

Joaquín torció el gesto.

—¡Amparar! Eso se dise mú fásil.

A él le parecían muy bien los sentimientos de Currito, pero éste debía pensar que Rocío no estaba sola, que había un hombre con derechos sobre ella y su hija; un veleta que, por muy desalmado que fuera, podría un día reclamarlas, aunque, dado el carácter del sujeto, su egoísmo y su mal corazón, no parecía probable. Además había también una familia, de la que no era posible olvidarse. Pero, aun dado el caso de que sus padres rechazasen a Rocío, ¿cómo se las iba a componer Currito para protegerla, si él estaba más necesitado que nadie de protección?

—Torearé—contestó el Chavalillo sencillamente.

Copita se le quedó mirando, con la cara del que oye fundamentar una teoría sobre disparates. ¡Había que ver! Hacía mucho tiempo que Joaquín, el último creyente en el *Chavalillo*, le consideraba cosa perdida para el toreo. Cuando un torero llega al extremo que Currito, es un torero muerto, al que no hay poder humano que le diga: “Area y torea.” Mas, aparte de esto, que el banderillero calló por compasiva discreción, ¿qué iba a hacer Currito de aquella mujer?

—¿Tu quería? Farta que eya ásete. Y si eya no quiere, ¿qué papelito es er tuyo, niño?

Currito protestó. Sus sentimientos no eran tan bajunos. Ni aun en aquella situación, osaba el inclusero mancharla con la sombra de un mal pensamiento. Y nuevamente quiso engañar a Copita y engañarse él, invocando la gratitud debida a Carmona.

—¡Música, Curro! Tóo eso der agradesimiento es bueno pa los dotrinos; pero yo tengo los dientes afilaos de pasarlas mú gordas y no me trago esa. Pero bueno que sea y que ella quiera — concluyó poniéndose en guardia por su dinero, y avisando a Currito de que por aquel lado no se podía hacer ilusiones—. ¿Tú has pensao cómo y con qué la vas a sostener? Porque ya comprenderás que Manuela no se va a echar ensima esta carga pa er sinfinito der sécula, y yo…

—Le he dicho a usté ya que torearé.

—Si hay quien te saque… y quien te vuerva a saca…—replicó cruelmente Copita.

—Eso es de mi cuenta.

—Mira, Curro, hablemos en serio y mirando la verdá de las cosas; sin fantasías. Tú no puedes quearte con esa mujé, que tiene una familia, que tiene un hombre, con el que habrá pasao sus más y sus menos, pero hay una criatura por medio que ha de tirá de él, que, ar fin y ar cabo, es su hija, y por malo que sea, no sabemos si tendrá corasón y voluntó pa abandonar a ese peaso de su sangre, ni la responsabiliá que te pedirían mañana si, por un casual, ocurriese cuarquié esaborisión, él y ella. Ella, sí, no t’arborotes, que no sabemos lo que ha habió entre los dos, y estas cosas de los hombres y las mujeres que se han querío tan pronto se ponen más negras que un nufclao como se vuerven más durses que una con- feturía. Mira, niño—concluyó resueltamente Copita—lo más derecho es hablarle a ese hombre pa que se haga cargo de su hija.

Currito dió un bote. Sin duda Joaquín se había vuelto loco. ¡Maldita sea! ¿Iba Currito, el mismo Currito, a hablarle a aquel hombre por aquella mujer? ¿Pero podía

Coaita, que había descubierto cuánto sufría por ella, aconsejarle a él, ¡a Currito!, que fuese intermediario entre los dos para que se volviesen "a juntar?

—¡No; entre ella y él, no! Eso no se le pué pedir a ningún hombre, cuanti más a quien está como tú. No es entre Rosío y Ángel; es por una hija con su padre por quien hay que mediar—insistió Copita, sin atender más que a poner en salvo su dinero de los ataques a que le veía expuesto.

—Que yo—pensaba, afirmándose en su actitud defensiva—no me he estao matando con los toros pa concluí mi vía de grupié en una chirlata.

Currito no quiso contestarle. No hablaron más. En la esquina de la calle de Sevilla se apearon del tranvía y se despidieron, tomando cada cual dirección distinta, en busca de la retardada cena. Copita se fué por la calle de Peligros, hacia la de Jardines, en demanda de su alojamiento en la famosa hospedería del Disecador, un sujeto a quien sus huéspedes, casi exclusivamente gente torera de paga tan tardía y problemática como sus corridas, daban aquel mote, a causa del régimen vegetariano y acuático a que los tenía sometidos, y Currito siguió a buen paso hacia la calle de Echegaray, rumiando enojado las palabras de Copita.

Al llegar a “Los Gabrieles”, un grupo de gente bulliciosa que obstruía la acera, antes de entrar allí, le obligó a echar por el arroyo. Algunos del grupo le saludaron.

—Con Dios, Curro.

Al Chavalillo le latió el corazón apresuradamente. En el grupo que entraba en “Los Gabrieles” iba Romerita, soberbio y desdeñoso, como un rey entre su corte.

Apenas probó Currito los restos de cena que, de mala gana y refunfuñando por la deshora, le sirvieron en la posada. Enseñoreada de su pensamiento lo ocupaba todo la figura de aquel hombre odiado.

—¿Y si es verdad que aún se quieren, y mañana se vuelven a juntar?—se preguntaba dolorosamente.

Y las palabras de Copita le sonaban, obsesionantes, en los oídos.

—Estas cosas de los hombres y las mujeres que se han querío tan pronto se ponen más negras que un nublao, como se vuerven más durses que una confeturía.

¡Inesperado arrojo de los apocados! ¡Intrépido aliento de los tímidos! Brusca y resueltamente se puso Currito en pie, apartó con violencia la silla, descolgó de un tirón la capa y el sombrero, que estaban en la percha, bajó con prisa la escalera, y, con prisa, sin pararse a pensarlo, empujado por la fuerza del querer que arroja a los hombres a lo increíble, acuciado por el ansia de saber prontamente la verdad, se encontró en “Los Gabrieles”, ante Adrián, su dueño, que acudió solícito, sonriente y, rechoncho, al encuentro del Chavalillo.

—¿Está ahí toavia Romerita?—preguntó Currito.

—Ahí está, con una punta de vacas bravas que s’han traío de casa la Artillera—contestó, antes que Adrián, un sujeto de sombrero flexible, raído garbán, pañuelo cruzado al cuello y cara macilenta; el Jilguerito, cantaor flamenco, que sentado a una mesa del portalillo, en espera de la juerga que saltara, se bebía aburridamente un chato de Montilla. Llegaba hasta allí, desde el cuarto de la azotea sevillana, donde estaba empezando la juerga, rasgueo de guitarras, ruido de palmas, jaleo, risas femeninas, y la voz pastosa de Romerita entonándose por “soleares”.

Currito rogó a Adrián que pidiera a Ángel que saliese, para darle una razón urgente:

—Home, y de paso—apuntó rencoroso el Jilguerito—dile que se deje de cantá y que aprenda a resibí, ¡Cá uno a lo suyo!

Mas cuando Currito se vió en el ahogado cuarto de los periódicos, llena la mesa de cristalería, platos y cubiertos para los juerguistas de la “azotea”, y se encontró frente a frente de “aquel hombre", que le saludó con un fríe “¿Qué

se ofresé?’’, se le apagó, de pronto, toda la energía. No supo cómo empezar ni qué decir.

Tímidamente, encogidamente, con la humildad inoculada en el hospicio, Currito apeló a los circunloquios.

El otro, al verle así, le atajó desdeñoso:

—Bueno, hombre; que vienes a pedirme que te proteja y que te dé arguna corría. Pa eso no valía la pena de molestarme ahora. Ya veremos lo que pueo haser por tí—concluyó, pisoteándole, dispuesto a salir.

Como ante el toro, Currito se irguió soberbio al sentirse maltratado. ¡Y por aquel hombre!

—No te vengo a pedir protersión, que no la nosesito ni tuya ni de nadie—replicó orgulloso—. Pa tener las corrías que quiera, basta con que a mí me dé la gana.

—Pues ya podía darte. Pero ni con vermú.

El Chavalillo palideció y le llamearon los ojos. Todo el odio que le inspiraba “aquel hombre" le salló a la cara.

—Eso no es tu cuenta—dijo conteniéndose.

—Bueno, lo que sea; qué no estoy pa perdé er tiempo. ¿Qué tripa te s’lia roto?—le apremió Ro- merita con la insolencia del vino que empezaba a caldearle y el celo de la hembra cercana, que le impacientaba.

Sin rodeos, breve, claro y decidido, habló Currito. Aquella mujer abandonada y enferma; aquella criaturita…

—¡Ta, ta, ta!… ¿Era eso?… ¿Y a tí quién te mete?…

Se metía Currito por su voluntad. Tenía muchas obligaciones, imposibles de olvidar, con aquella familia; había encontrado por casualidad a Rocío en la más dolorosa de las situaciones, y compadecido de sus sufrimientos y los de su hija…

—Pues si ahora sufre—le atajó cínico e impaciente Romerita—vaya por lo qué se divirtió antes.

Que se lo contase al fachendoso de su padre, ¿No se había pasado la vida él orgulloso Carmona llamando a la

gente “hijo de tal"? Pues ahora el padre de “tal” era él, y su nieto hijo dé “eso”.

—¿Qué dises?—exclamó Currito asombrado y dolorido.

—¡La chipén!

—Pero… ¡Que es tu hija, Ángel!

—¡Vayasté a saber!—respondió frío y egoísta, encogiéndose desdeñosamente de hombros.

—¡Ángel!

—¡La fetén! Los hijos son de las madres. A saber quién será el padre.

Currito sintió en el fondo de su alma, allá en el rinconcito donde viven los sentimientos que se hacen nuestros para siempre, tan escondidos qué ni su mismo guardador sabe a veces de ellos, él vivo dolor de una puñalada cruel. El respeto, la adoración, el amor qué allí dormían se despertaron bruscamente, heridos de un violento mal de celos. ¡Aún más! ¿Pero sería posible que ella fuese así?… ¡Rocío?…

Y lívido, trémulo de cólera y de miedo, como un enjuiciado ante el tribunal qué va a leerle la sentencia de vida o muerte, tendeándole nerviosamente la barbilla y convulsas las manos, que sin querer se le iban hacia los cuchillos que en la mesa le provocaban, miró, afanosamente interrogador, a Romerita, tratando de descubrir en su cara el sentido verdadero dé sus palabras. Y como el otro callase, desconcertado al verlé de aquel modo, Currito inquirió Impaciente, anticipando imperioso la respuesta que deseaba:

—¡Mentira! ¡Rosío no es asín! ¡Esa mujé, no! ¡No! ¡Mentira! ¡Di qué es mentira!…

Y nerviosamente atenazó el brazo de su rival y le zarandeó.

Romerita trató dé imponerse por bravo.

—Y si fuese sierto, ¿qué?—contestó, sacudiendo el brazo.

Currito dió un rugido, y, ciego, abalanzóse a un cuchillo de trinchar y lo blandió ansioso de herir ante los ojos de *Romerita*.

El valentón se parapetó rápidamente detrás de la mesa.

—¿Qué hases, Curro; te has vuerto loco? ¡Repára!...—le dijo miedoso.

Miedoso, es la verdad; que estos bravucones da ruido son así cuando se ven a solas, frente a frente, con un hombre resuelto. Aquel demontre de Chavar litio tenía unas cosas y unos prontos... Como en la plaza... A Romerita que le pusieran con un miura o un valiente de veras, de los que saben pelear con mesura y con regla; pero estos parapoco y sin reflexión son temibles, verdaderamente temibles cuando se disparan. Ángel descendió de su altura y parlamentó;

—Para, hombre; que los hombres hablando se entienden.

No es que él tuviese la menor desconfianza de Rocío, "¡Tendría que ver!", exclamó, jactancioso aun en aquel momento. Ni podía caber en ninguna cabeza que a él, ¡a Romerita!, se la hubiese pegado aquella infeliz, que en el fondo "era más tonta que una mata de arcausiles". No; sino que él, en eso de los hijos tenía sus ideas. Para Romerita, los hijos eran únicamente de las madree. Mas él no negaba la relación del abuelo con el nieto. Que Rocío le llevara su hija al orgulloso Carmona, para enseñarle a ser mala lengua y a despreciar y maltratar a la gente.

—Er que la hase que la pague, Curro. Y ese Carmona tiene que pagar muchas.

Sin saber por qué, en el fondo del alma de Currito se encendieron unas lucecitas de esperanza, lejanas y vagas. Pero, todavía desconfiado, insistió últimamente. Aquella mujer...

—Te la regalo—cortó Romerita, queriendo terminar el molesto diálogo con un chiste despectivo.

—Hay cosas que no pueden regalarse—replicó el *Chavalillo*.

Romerita se encogió de hombros. ¿Deseaba algo más?

Y, con la consideración debida a su inesperada condición de valiente; se le mostró obsequioso a la “usanza del bronce”. ¿Quería beber un chato con ellos? ¿Necesitaba algo? lo hablaría a Juanito Cortés, el empresario de Málaga, que estaba allí dentro, para que le diese alguna corrida.

—Cuando yo quiera toreá no se lo pediré a ningún torero. Ná más que había venío a eso. Tú no quieres saber de ello…

—Agua corría no mueve er molino de Ángel Romera. ¿Na quieres ná más? Pues con Dios, Curro.

—Con Dios, Ángel.

Salió otro hombre, pisando con imperio, caminando resuelto. Rocío no tenía al presente otro amparo que el suyo. No se paró a pensar nada. No quiso reflexionar. Desde hacía muchas horas, todas las que iban de aquella noche de emociones, acallado el pensamiento, Currito era todo impulso y acción.

Con ligero paso subió por la Carrera hasta encontrarse a la puerta de Retana, rondada y sitiada, como la casa de una novia, por novilleros de poco cartel, apoderados madrugadores y algún que otro banderillero y picador sin cuadrilla.

—¿Ha venío ya Manolo?—preguntó al serano.

—No, señor. El señor de Retana no ha venido entodavía. Aún es temprano.

A pie firme, incrustado en el quicio de la puerta para tener la seguridad de que el factotum de la empresa no se le escaparía, sin hacer caso denlas miradas de los otros toreros, que, murmurando de él, se juntaron contra él enemigo común, insensible al frío, y abismado en sus tumultuosos pensamientos, esperó Currito al famoso sastre, portero mayor de la gloria taurina.

—¡Unga!—le dijo al verle el amo de las llaves del toreo, saludándole con su absurda muletilla—. ¿También tú por

aquí?

—Quiero hablar con usté.

—Ya me figuro a lo que vienes—té contestó, perspicaz, el sastre, desentendiéndose dé los otros mendicantes.

—¿Ha arreglao usté la corría der domingo?

—¿Qué, te convenía torearla, verdá? A tiempo llegas, porque ya le tengo medio hablao al Relojito. Pero no hay compromiso.

—Pues póngame usté a mí, por lo qué más quiera, que me hase mucha farta.

—Bueno; tráerae mañana la plantilla y hablaremos del dinero.

—¿Der dinero de esta sola o de las der abono también?

—¡Que te enciendan un brasero! Hasta mañana —respondió Retana, tomando la cerilla encendida que le ofrecía el sereno, y metiéndose portal adentro, con su característico balanceo de marinero de teatro, que él creía muy flamenco.

—Es que hablo en serio—insistió Currito.

—¡Unga! ¿En serio con el frío que hace? Súbete el cuello. Acuéstate, cristiano, y mañana amanecerá.

“Mañana”, cuando Currito, esperanzado y contento, fué a casa de la Gallega, se encontró con la desagradable novedad de que Rocío estaba en cama muy postrada y febril. El “doctor Ramitos”, llevado por Currito a ver a la enferma, diagnosticó fácil y seguramente que lo que aquejaba a Rocío era una gran postración, efecto de una gran debilidad que había que combatir con reposo, mucha tranquilidad, exenta de toda clase de emociones, v una alimentación reparadora, ayudada, luego, por un poderoso reconstituyente.

—Melesinas de rico, muy fósiles de resetá, pero más difísiles de toma que la mursión der bacalao— apuntó con disgusto Copita al saberlo.

Con vehemencia insospechada en él, suplicó Curri- to a Manuela que hiciese la caridad de seguir amparando a aquella desdichada, hasta que muy pronto, desde el domingo mismo, él pudiese hacerse cargo de Rocío y abonar a la tabernera todo lo gastado. Ahora iban a cambiar las cosas.

Manuela protestó ofendida. ¿Por quién la tomaba? Ella no hacía aquello por el interés, no había que ofrecerle nada, que, gracias a Dios, aunque pobre, no le faltaba un peso, ni más una onza, pata atender a una necesidad como aquella. Además, le había tomado ley a la infeliz. Tan calladita, tan resignada, tan agradecida. ¡Malpocado! No hacía más que llorar, y cuando Manuela se acercaba a la cama le cogía una mano y sé la apretaba con las suyas débiles. Y más, una vez, se la besó, que le puso el corazón…

—No, a lo mejor, si no fuera porque Dios es Dios, diría una… ¿qué sé yo?… ¡Jesús María! ¡Arrenégote demo! ¡Meigas fora! ¡Dios Nuestro Señor no castigue mi boca pecadora! ¡Arrenégote! ¡Arrenégote!—Y blandía los dedos, haciendo una “figa” exorcizadora, para arrojar de la habitación al enemigo malo.

Cuando llegó Copita, él Chavalillo le saludó noticiándolo la novedad.

—Er domingo atoreamos, Joaquín.

Joaquín experimentó una impresión desagradable, algo así como si le participaran la fuga de su deudor más importante. ¡Adiós la tranquilidad de aquella vida sin riesgos, esperanzada de tantas cosas!

—¿Qué dises, niño? ¡M’has cortao la digestión!

—Que ér domingo atoreamos.

—¿Dónde?

—En Madrí.

—¿En Madrí? ¿La corría de los sartibanquis?—y sintiendo respirar su miedo, protestó, olvidado de cuanto había dicho la víspera—. Eso no es una corría: pa un torero

de tu categoría, eso es un pompurrín pa toreros de plasa sin parcos.

—Pompurrín o no pompurrín, no hay otra y yo la atoreo.

—Chiquiyo, mira que esos toros que ha puesto er arma mía de Retana tienen muy malage.

—¿Y qué le izamos a liase? Yo nesesito una corría pa salí de este hoyo, y tomo lo que me dan. Usted pídale a Dios que me embistan bien los toros, que como me embistan bien ya elegiremos luego.

—¿Y si no te embisten?

—Si no me embisten… yo tengo de haserles embestí.

—Pero, chiquiyo, ¿tú sabes lo que es torear en Madrí en tu situasión?

—¿No dise usté que soy un muerto? Pues no pueo morirme más. Sobre que yo quiero resusitá y subí muy arto… Y resusito, créame usté. Arrégleme la cuadriya y búsqueme a Gasusa, que no hay quien lo eche la vista ensima, pa que m'avíe la ropa y le hable a don Felipe, er de la casa empeño, pa que me empreste mi vestío de atoreó, pagándole po er arquilé lo que sea.

¡Por vida de los mengues, el latifundio con que sé salía el niño a principios de Marzo! ¡Tan tranquilo como estaba Joaquín con sus préstamos, sus corretajes y sus ratitos de charla amorosa en la taberna!

Con esta rabieta subió al palacio de Miguel Silverio: un camaranchón, del que probablemente no tendría noticia el dueño de la finca, al final de un laberíntico corredor, en el último piso de una casa de vecindad de la calle de la Peña de Francia.

Sentado en un cubo puesto boca abajo, único mueble de la desmantelada habitación, zurcía *Gazuza* un siete en la americana, a la escasa luz que permitía pasar desde el tejado un cristal sucio y hendido.

—¡Vaya lujo, Gasusa!—le saludó al entrar el banderillero, resoplando a causa del violento ejercicio de la escalera

inacabable—. Asenso, calefarsión y tranvía lértrico por los pasiyos.

—Y van a poné restauran en cada piso pa cuando vengan visitas. Dejusté er sombrero y er gabán en er perchero der resibimiento y limpíese los pies en er rueo de la puerta pa no mancharme la arfombra. Siéntese en er jergón y dóblelo antes pa que se jaga la ilusión de que se sienta en blando. Y no resueye usté tan fuerte, que nos vamos a quear sin aire. Y si lo hase usté pa ensendé er brasero, no se moleste, que esta casa tiene calefarsión sentrá de esquina.

—Ya, ya… ¿Y qué hay de nuevo, Gasusa?

—¿Nuevo? El hilo—respondió Silverio mostrando la americana que zurcía—. ¡Pa novedaes está er tiempo!

—Pues alégrate, que yo las traigo.

—¿Buenas?

—Superiores—contestó irónicamente Copita,

—Que se ha resuerto la huerga de dientes paraos.

—Casi, casi. ¡Que vorvemos a toreá! ¿Qué te párese?

Y en cuatro palabras le puso al corriente do todo.

¡Gracias a Dios! Estaba Gazuza dando las “boqueás”, sin encontrar ya santos del cielo a quienes encomendar la pitanza, cada día más difícil.

—Home, Gasusa, es que tú también eres de un comer que entras en un cuarté y le ponen sentinelas en la cosina a las carderas der rancho.

—Eso era antes, allá abajo. Ahora no como ná. En esta roía tierra no come nadie más que er que tiene la comía en su casa. Y mire usté que yo me la sé buscá… Bueno; pues desde ayer anochesío está mi cuerpesito con dos o tres cuartiyos de leche que tome por desayuno der barreño de una lechería de la caye la Cabesa, sorbiéndomelos con una paja muy larga desde la esquina de junto. Pero, ¡mardita sea mi vial, cuando empesaba a tomarle gusto salió er ladrón der tendero de frente y me dio una patá, que… no siento yo er doló en los riñonés ni er gorpe qué me di en la

naris contra los doquines, que toavía me se conose, sino la pérdida de la pajita, que no sé yo de ónde vi a saca esta noche la alimentasión. ¡Mardito sea su corasón suyo! Es que tengo yo una patita… coja. Mirusté quo tenía yo ahora un negosio súper: una mina de lenguaos, sarmonetes, pajeles, besugos… La mar mía, vamos… Pues también me s'ha dao en quiebra.

La "mina" consistía en un puesto de pescado ocupando media acera en una esquina de la calle de Calatrava. A la anochecida, Silverio, escondido tras la esquina, arrojaba hábilmente, a manera de arpón, al cajón de los salmonetes un anzuelo atado a una guita, y en cuanto se descuidaba el pescadero, hala, hala, tiraba del cordel, y salmonete aquí, pajel en San Antón y besugo en la calle dé la Ruda, cena armada.

—¿Y con qué guisabas la pesca?

—¿Guisar? ¿M'ha tomao usté por la cosinéra de Romanones? Cambiaba er pescao por dos reales de judías, o una rasión de estofao, y un par de sigarri- yos, y ar reló. ¡Qué me iba yo a comé aqueyo con lo delicao que soy der estómago después der paseíyo que les daba po ér arroyo!

—¿Y por qué lo dejaste?

—Usté no sabe lo arborotá que se puso la má una noche. A poco me da una ola con una pesa de kilo en la sien. ¡Ósú qué temporé! Soy un náufrago… Pero ahora esto se acaba. Si Curro dise que va a resusitá, resuelta pa camelá a esa mujé, que le tiene enganchao por la faja. Dame usté dos baros pa tira hasta er domingo, que vorveremos a tené pasta divina.

—¿Pero tú crees qué Curro puede ya vorvé a sé lo que ha sío?

—Home, por una mujé se hase tóo. Er dise que resusita, y cuando é lo dise…

—Lo dise hoy miércoles, que hay tela hasta er domingo. Er lunes por la mañana habrá que oirle—concluyó Copita,

mezclando, malhumorado, su miedo su desesperanza.

¡Qué larga se le hizo a Manuela aquella tarde del domingo! Era la primera vez que toreaba Joaquín desde que la pretendía, y con Joaquín iba también a ponerse en peligro aquel buenazo de Currito, a quien ella, en fuerza de tenerle lástima, había concluido por tomarle ley; un cariño un poco maternal, muy a tono con 'el corazón sensible de la tierna tabernera. Luego, la otra, Rocío, tan triste, tan desamparada, quo también se le había metido en el corazón… ¿Por qué sería tan blanda Manuela? Una tabernera no le debe ser así. Bien se lo advirtiera su compadre Sixto, el huevero de la Ronda: “Los toreros no dan más que disgustos”. Pero ella le era así y no lo podía remediar.

Aún no había sonado la una, todavía andaba *Copita* dando vueltas, a medio vestir, por su estrecho cuarto, en casa del Disecador, tan pronto me acuesto como me pongo a arreglar el “vestío”, saliendo de rato en rato al pasillo para interrogar, supersticiosamente a la casualidad por la suerte de aquella tarde—“Si es hombre lo primero que veo se, nos va a dar bien; si es mujé, mardita sea su estampa”—, y ya tenía la Gallega convertidas en altar la consola del gabinete y la cómoda de su alcoba, con todos los crucifijos y cuadros de santos que había en la casa, y no eran pocos, con multitud de velas y lamparillas encendidas ante ellos.

—¿Hay toros hoy?—le preguntó desde su butaca de enferma, en el vecino comedor, Rocío, que conocía tan bien aquellas iluminaciones y la inquietud y el azoramiento con que la tabernera iba de una parte a otra.

Urdió Manuela una mentira tranquilizadora, y siguió de aquí para allá murmurando oraciones, con el pensamiento puesto en los que a tal hora se estaban vistiendo para ir a las fieras, contrariado y rezongante el uno y silencieso y reconcentrado el otro, sonriendo con cierto dejo sarcástico cada vez que Gazuza le hacía notar el contraste entre la

soledad y pobreza de aquella tarde y aquella habitación y el jubileo de admiradores y la bulla de esta hora, preocupada y nerviosa, en otras tardes lejanas.

—Asín son los “jeleras”. Ná más miran ar torero que está en arto.

—Tóo vorverá, Migué; too vorverá. Tié qué vorvé. Pero ningún amigo de torero vale lo que esta soleá. No son amigos nuestros; son amigos de lo otro: de la buya de las parmas, der ruío de toas partes, der traje… ¿Qué sé yo? Lo que menos fes importa es er Fulano que sernos ca uno… ¡Bah!—desdeñoso—. Créeme, Gasusa, nunca me he vestío más a gusto que esta tarde que estoy solo. Aquí no hay ahora ninguna mentira. Ná más hay que la verdá que ca uno ye- vamos consigo… ¿Has oío? Er coche s’ha parao en la caye. Dame er capote, Gasusiya. Vamos, y que la Virgen de la Esperansa m’acompañe, como se lo he suplicao esta noche. No he podio dormí.

En la intranquilidad de aquella larguísima tardé, preñada de temores presentidos si no sabidos, Rocío, obediente a la necesidad de hablar, que se impone misericordiosa a todos los abrumados por una pena, desahogó la suya refiriendo su triste 'ustoria a Manuela, que la oía compadecida y llorosa, y de vez en cuando, presa de súbito temor, la interrumpía para susurrar de prisa unos cuantos Padrenuestros, Avemarias, Salves y extrañas oraciones paganas, encomiendas supersticiosas aprendidas allá, en la terriña, cabe el sepulcro dol Apóstol que nos trajo la fe cristiana, recomendando a todas las potencias de arriba y de abajo a los que en aquel momento divertían a la gente jugándose la vida. Sin saber por qué, Rocío rezaba también y lloraba.

—No se aflija más. ¿Quién sabe?—trató de consolarla Manuela—. A lo mejor Dios tocará en él corazón a *Romerita* y…

—¡Ese hombre?.., ¡No!...¡Jamás! Prefiero vivir sin amparo... Usté no sabe su maldá conmigo.

La hija de Carmona apenas había gustado la felicidad del amor. Novia, se veía siempre contrariada por las injurias y las maldiciones que a troche y moche lanzaba Manuel contra su odiado rival, con las que contribuía a dar a *Romerita* en el inocente corazón de Rocío un aspecto de víctima digna de compasión y dé cariño, di alguna vez se atrevió la niña a nombrar a Angel al descuido, él padre la contestó irritadísimo. Y este odio fue el arma que con mejor eficacia esgrimió el torero para persuadirla, con promesa solemne de casamiento inmediato, a aquella locura, convencida de que sólo así su obcecado padre consentiría en su matrimonio con el hombre que él odiaba tanto y Rocío tenía tan metido dentro del alma.

¡Ay! ¡Qué tarde vio el engaño, y el desengaño que pronto vino! El cumplimiento de la promesa, eternamente diferido con unos u otros pretextos, y, por último, sin ninguno; despegos, engaños, villanías. Ya en el barco que los llevaba a América, aún no pasados los primeros transportes amorosos, Angel la hizo sufrir de celos, procurando atraer la atención de las mujeres guapas que iban a bordo.

—¡Calla, tonta!—contestaba a sus quejas, sin darles importancia—. Esto no es más que cartel pa la plasa. Toas estas son turistas que van a ir luego a Méjico, y hay que haserse simpatías.

Vinieron en seguida las humillaciones. Aquel hombre era incapaz de amor y delicadeza. Nunca la quiso. Tal vez le empujó a ella uno de tantos caprichos, y le empeñó en la conquista su vanidad donjuanesca.

—Yo era bonitilla, ¿sabe usté?

Pero lo que principalmente le movió a sacarla de su casa — ¡qué tarde lo comprendió Rocío!—fue, sin duda alguna, el perverso deseo de vengar canallescamente las derrotas que su padre le infligía en la plaza y las injurias de fuera.

Romerita odiaba a Carmona con odio inexorable, vengativo; odio de rival derrotado, y quiso castigarle con aquel daño. Últimamente, Angel no se recataba de ella para designar a Carmona con motes ofensivos, que la arrancaban lágrimas de dolor y de vergüenza.

De pronto se encaprichó Romerita, capricho nada más, porque el amor y sus ternuras eran cosa vedada a aquel corazón egoísta y frío, por una cupletista que hacía furor cantando canciones del país. No supo Rocío quién era la rival que se lo arrebataba; pero la adivinó en el desvío y malhumor con que la trataba Angel. Alguna vez, sin embargo, parecía modificarse, dulcificarse, y, para solemnizar las paces, la llevaba a un palco del teatro donde trabajaba Mercedes la Mexicana, y se exhibía hecho una jalea con la niña de Carmona, que se dejaba engañar por estas mentiras, hasta que descubrió toda su vileza.

Y todavía, guardando esa última esperanza que tenazmente resiste a todos los desengaños, le cuidó, cuando la cogida, con desvelos y temores de madre y de enamorada, ¡Lo que la infeliz lloró y rezó temiendo que se le muriese!

—¡Que se me muriera, Manuela! ¡Que se me muriera! ¿Ha visto usté qué seguedá más grande? ¡La pena que yo tuve cuando se despidió la cuadrilla y lo que lloré con aquellos hombres que regresaban a España! Nos quedábamos solos él y yo, sin más compañía que el mozo de espadas, en un país extraño y lejano, sin una amistad verdadera… ¿Quién iba a desirme que aún iba a verme más sola, abandonada miserablemente? ¡Yo, que lo dejé todo por él, que ofendí a mis padres, que me ofendí a mi misma, que me manché para siempre!… ¡Infame! ¡Malvado!… No; eso no lo puede perdonar Dios. ¡No lo puede perdonar! De más sé yo que a mí me tiene que castigar mucho; pero a él, más. ¡A él, más, que ha sido muy cruel con quien todo el daño que le hiso fue darle su alma entera!… ¡Me dejó allí,

Manuela; me dejó allí, despresiada, abandonada, sin más amparo que el sielo!

Entre él y su mozo de espadas, lo prepararon todo sin que ella pudiera darse cuenta. Sigilosamente vaciaron los baúles y los dejaron en la habitación para engañarla. Una tarde se fueron los dos, diciéndola que iban por tres o cuatro días a una hacienda para que Romerita se probase con unas vacas.

—Yo me quedé tan confiada, tan inosente, y él se vino a España tras esa mujer.

Rocío se enteró, a los dos o tres días, una mañana, al volver de oir misa en la catedral y de llorar sus penas a la Virgen.

—Que no me atrevía a entrar y a mirarla de ser- ca, ¡Madre mía!, y me quedaba arrodillada junto a la puerta, donde mismo la pililla del agua bendita, pidiéndola que me perdonase y me devolviera a “mi Angel”. ¡Mi Angel! Estaba loca.

Fue un mazazo brutal.

Al verla pasar aquella mañana salió precipitadamente de una cantina el Pintao, un picador sevillano, uno de tantos toreros sin toros, que emigran desesperados a América en busca de lo que aquí no encuentran, y siguen anastrando allí la misma vida miserable y trabajosa, sacando de la compasión de los matadores, de tarde en tarde, alguna corrida. A fuerza de súplicas, en las que tomó parte Rocío, movida a lástima, Romerita llevó consigo un par de veces al Pintao.

—¡Usté aquí!—la dijo el picador por vía de saludo—. ¿No s’ha dio usté con Ange?

Ella se echó a reír. ¿Cómo iba a ir a una hacienda a torear vacas?

—¡No son malas vacas, señorita!—le contestó brutalmente—. Si no se habéis desapartao ustedes, ese

hombre l’ha dejao a usté abandoné pa embarcarse hoy o mañana en Veracrús.

Rocío negóse a creerlo; mas el Pintao, herido de la canallada e impulsado por un sentimiento compasivo, la acompañó al hotel y allí interrogó al dueño.

El hotelero no se mezclaba en los asuntos de sus huéspedes. El sólo sabía que el señor Romera le había dejado satisfechas dos mensualidades de la señora y un sobre, con encargo de no entregarlo hasta pasados cuatro días. El plazo que Angel fijó a Rocío para su vuelta.

—¿Usté se quiere quear aquí, señorita?—le preguntó el Pintao.

Rocío, hecha un mar de lágrimas, dolorida, anonadada, aún más que por el villano abandono, por la injuria, manifestó impacientes ansias de salir de aquellos lugares que nunca pudieron ver sus ojos más que a través de la nube del llanto.

—Pues hoy mismo a Veracrús. Quisa que esté ayí toavía Auge, y…

—¡No! ¡Ése hombre, no!

La voz bronca, el corpachón y los puños del Pintao, curiosa mezcla taurina de pícaro y hombre de bien, allanaron pronto todos los inconvenientes. El fondista se avino a entregar a Rocío los dos meses de pensión mediante un prudente descuento—“prudente" lo llamaba él—e hizo también entrega a su destinatario del sobre, que contenía mil quinientos pesos mejicanos en billetes, sin más explicaciones.

—Es menos generoso que un “pelao”—comentó el picador recogiendo y contando los billetes, que Rocío, ofendida, tiró airadamente al suelo sin mirarlos—. Y tiene usté rasón en dispresiar esta miseria…; pero en la situasión de usté er dinero es la carretera de España. Tómalo usté y guárdelo, que la va a jasé farta pa yegar hasta ayí, y ajolá y

yo me pudiera dir también, que a tóo er que se va de su tierra lo debía Dios ajogá en la misma oriya, junto suyo.

Cuando llegaron a Veracruz aún alcanzaron a ver el humo del vapor que se llevaba al torero en pos de la Mexicana. Esperaron allí la salida de otro buque para Cuba, del que trasbordaron al que los dejó en La Coruña.

Compadecida de la soledad y la nostalgia del Pintao, Rocío le propuso la víspera del embarque:

—¿Quiere usté volver a España?

—Corgao de la popa der barco, hasiendo er Juan de las Viñas, voy yo, si usté me yeva. Un castoreño y dos múas me s'ban quedao en Méjico. Toa mi fortuna. Se la dejo ar presidente la Repúbrica pa una rifa. Y en cuantito que veamos tierra española me tiro ar agua y de una nada jasta Carcagüey, que es er pueblo ie mi suegra.

Rocío lloró tanto durante la travesía que bien pudiera ser que el mar creciera con sus lágrimas. A veces consolaba sus penas oyendo las del Pintao. Dos hijas tenía el picador que eran dos luceritos del cielo. La pobreza, que no podían remediar los intermitentes y escasos rendimientos del peligroso oficio, las perdió.

—Dos capuyitos de rosa, mejorando lo presente, señorita. ¡Mardita la hora en que deja uno por ansioso su bienestar! ¡Tan bien, aunque pobremente, como yo vivía en er cortijo der señó conde cuidando sus toros!... Mis niñas no sabían de pirifoyos ni perdisiones; mi mujé no s'había muerto. Pero entre unos y otros me resorvieron er seso con que yo era muy valiente a cabayo y podía sé un gran picaor; m'alusio- né..., y aquí me tienusté, que avergonsao y con hambre me tuve que vení pa esta tierra, y avergonsao y con hambre me vuervo otra vé a mendigá trabajo en España. ¡Pero es mi tierra!

La historia del Pirítao aún tenía más tristezas. Sin más medios de vida que sus problemáticas y mal pagadas corridas, o las pesetas que haciendo el bufón conseguía

“mangar” de algún señorito juerguista o de un matador con gana de diversión, para no vivir solo como la una, el Pintao se había acogido, como tantos otros, al amparo de una mujer, y “cameló” a una cigarrera, cuarentona bien pasada, en cuya casa quedóse a vivir un día, entre protestas y risotadas de ella, orgullosa en ei fondo de verse todavía pretendida. El cocido dejó desde entonces de ser el problema de todos los días para el picador. Ella era la única que trabajaba en la casa, mientras él vaneaba en la calle de Sevilla, esperando la contrata fantástica* que no llegaba nunca, y que tampoco el Pintao se molestaba mucho en buscar. Un día cayó gravemente enferma la cigarrera. Los médicos la desahuciaron, y el Pintao, cediendo a los ruegos de ella y a la bondad que vivía en el fondo de su alma, se casó con la pobre mujer in articulo mortis.

Mas lo que parecía imposible, fué. No murió. Pero quedó paralítica de las piernas y con las manos tan torpes que no se podía valer. El entonces se portó como un hombre cabal. Se unió más a ella, se afanó por ganar dinero y, con la ilusión que empuja a tantos desgraciados, se fué a América, dejando confiada la paralítica al cuidado de las vecinas, esas mujeres de la llamada clase baja, cuyos caritativos corazones forman espontáneamente la hermosa hermandad de la compasión. Todo el dinero que el Pintao pudo separar deí necesario para llegar a Méjico se lo dejó, para que le cuidase a su enferma, a otra pobre mujer, vendedora de cacahuete y molinos de papel para los niños, a quien tenían alquilada una alcoba. Todo lo que ganaba en Méjico lo enviaba a su mujer.

—Eya fué buena conmigo cuando podía—explicaba el picador—y no está bien que yo la abandone cuando es desgracié. Pero tota ná, señorita. Dos roíos chavos… Bueno; es que también a mí la suerte… Porque, vaya que no me se dé picando; pero podía haberme puesto otra cara, en vé de este cuadro pintao por la viruela, pa que yo pudiera, como

los demás toreros, irme a los jardines de Chapultepec a presumí y conquistá las lilailas de las gringas americanas, que se pirran por los toreros españoles. “Burfi spani”—spanish bull-fightcr—como eyas nos yaman. Porque no crea usté que la mitá de los toreros que van a Méjico torean más corrías que esas. Y bien corrías. Aunque luego vuerven presumiendo con dinero y alhajas de que han toreao tropesientas corrías en Tehuante- pec, Chihuahua y Macarajahua. Y muchos, si no fuera por las gringas americanas y er mesero Paulino, que es nuestra providensia, ni ahua.

Y agradecido, elogiaba al famoso camarero del to- reril “cafó Ingles mejicano”, “el mesero Paulino”, tipo tan popular en Méjico, y más entre la afición y la torería, amigo de todo el mundo, pronto a socorrer con mano generosa toda lástima, con mayor generosidad si es de torero; siempre vestido irreprochablemente, como un gcntleman, en la calle; presumiendo de sevillano, aunque no ha podido borrar el nativo acento montañés; gastándose con los toreros, obediente a su Chifladura taurina, los muchos pesos que gana, y volviéndose loco y tirando el tesoro nacional, que debe andar menos sobrado que el de Paulino, como consiga la amistad de un as coletudo.

—¡Las hambres que m’ha matan ese hombre! Y como a mí a muchos que luego andan por España vendiendo fantesía. Como que er día que farte er mo- Sero Paulino en Méjico no van a crusá cr charquito este, que asín se secara, la mita de las coletas que ahora.

Ya en España, Rocío no se atrevió a volver a su casa.

Conocía sobradamente el carácter inflexible de su padre y estaba segura de que no la perdonaría. Escribió esperanzada a su madre; pero nunca recibió Ja respuesta, esperada con tanta ansia, minuto por minuto.

Lo hizo también a su hermana, pidiéndola que la llevase a Buenos Aires consigo, aunque fuera para servirla de

criada, y la contestación tardía fué una carta gélida, en la que se adivinaba la mano del marido, celoso de su prestigio social, disculpándose con los malos tiempos que corrían y acompañando un giro de cuarenta duros, cerrando el paso a nuevas peticiones, sin otros consuelos ni palabras de compasión.

Al principio se alojó en casa del Pintao; pero la cigarrera, que, incapaz de holganza, trabajaba ahora en su cama de paralítica, haciendo con sus dedos torpes molinillos de papel para que los vendiese la otra huéspeda, la miraba celosa, con tal hostilidad, que Rocío buscó otro alojamiento. Vivió con estrechez, administrando al céntimo el dinero que la quedaba. Tornó a escribir a su madre; pero igual silencio fué la respuesta. Acaso hubiera sido mejor presentarse en su casa o acudir a los amigos buenos, como don Ismael y Currito; mas la visible vergüenza de su estado la detuvo. Cobarde y fatalista, fió al tiempo su destino y esperó, sin saber qué.

La misma vergüenza la recluyó en su posada. Unicamente salió un par de veces para comprar cosas con que hacer la pobre canastilla de lo que iba a venir. Apenas vio algún día al Pintao, siempre llorando necesidades. Le llamó para que fuese padrino de la niña, y aún tuvo que socorrerle con algunas pesetas para que la cigarrera comiese caliente aquel día. El parto, la convaleoencia y la codicia de los que la asistían consumieron su escaso caudal. Tuvo que enviar a la casa de préstamos sus pequeñas alhajas y sus ropas. La huéspeda le aseguraba siempre que los prestamistas se negaban a tomar aquello, pese a su buena calidad, y sólo traía una miseria.

—Como ahora empeñan de tapadillo y no dan papeleta, pues abusan de una.

Con los días más negros vinieron los malos consejos, que Rocío rechazó horrorizada.

Salió a buscar trabajo. Ella bordaba y cosía primorosamente.

Azorada y llena de turbación, solicitó en varias tiendas. La despidieron con una <eea negativa, tras una ojeada desconfiada. Tornó a acordarse de don Ismael y de Currito; pero el mismo sentimiento de vergüenza la contuvo. ¡Cuán lejos estamos a vec'-s de los corazones que nos aman! Recorrió otro trozo aún más penoso de su calle de la Amargura. Pretendió ponerse a servir, ¡Una criada con un hijo! Llegó a ofrecerse por la comida, y también la rechazaron.

¿No hay razón para desconfiar de una criada con una criaturita tan llorona que se ofrece sólo por el plato? A saber cuáles serían sus tragaderas.

La patrona, deseosa de librarse de aquella huéspeda que no pagaba, le aconsejó que llevara la niña a la Inclusa, con lo que le sería luego fácil encontrar colocación. Rocío se horrorizó. ¡Su hija en la Cur.a!… Luego, la necesidad, la situación sin salida en que se hallaba, el hambre de su hija, que ella, agotada, no podía satisfacer, la empujó a aquel crimen. Llevaba dos días sin comer; aquella mañana la despidió formalmente la patrona; sólo había podido dar un biberón a la niña… Le dijeron que podía poner señales en la criatura para recuperarla en su día. Al fin se decidió con el corazón hecho pedazos. Le marcó la ropíta, la puso su medalla de oro del Señor del Gran Poder, de la que no había querido desprenderse ni en los días de más hambre, considerando que ése sería su mayor pecado, después de tantos; la cosió un papel en la ropa con el nombre, la inicial del apellido y la fecha del nacimiento…

—¡Mi Dolorsita!

¡Y fué!…

¡Qué camino tan largo! Le parecía que todos los que pasaban a su lado le conocían en la cara el crimen que iba a cometer… Mas ¿qué haría? Con ella, moriríase de hambre

su hija. Llegó al fin; pero le faltó valor. Parecióle que la niña se apretaba contra su corazón y lloraba para no separarse de ella. Quiso tenerla un rato más al calor maternal de su pecho…

Entonces se le ocurrió ir a casa del Pintao, allí cerca. No sabía a qué; pero con ello difería el terrible momento de la separación. El Pintao al oirla se opuso a aquella maldad. Si él pudiera remediaría… Iría a hablar a aquel mal hombre, a pintarle la situación de su hija y de la mujer a quien engañó… Rocío se opuso resueltamente.

—Tienusté rasón. Probablemente ni m’haría caso.

Entonces el Pintao, recordando las confidencias nostálgicas de la travesía, pensó a su vez en Currito, que estaría "allí junto”, en la taberna, y sin esperar respuesta salió a buscarle. Rocío, sin fuerza para oponerse, le dejó ir. ¡Qué importaba su vergüenza, si salvaba a su hija!

—¡Hijita, hijita mía, mi Dolorsita, perdóname, perdona a tu madre!

—¡Ea, ea! No me llore mais. ¡Caramba!, que Je estoy que mismo se me puede ahogar con una mirada… Y a la cama, que es muy tarde y “el doctor Ramitos” no da licencia para estar tanto tiempo levantada—llevándola cariñosamente a la alcoba y ayudándola a acostarse—. Ya ve usted cómo Dios no le ha querido que se separase de su hija. Usted dice que no la dejó de primeras en el torno para tenerla un poquito más consigo, y yo digo que no, que le fue inspiración de Dios Nuestro Señor para que fuese usted a casa del Pintao, «1 Pintao buseaue a Currito y Currito…—Y con la oficiosidad bondadosa y apresurada del pueblo añadió: —Ese bendito sí que la quiere a usted.

“¡Tan poquita cosa, tan senificante!” ¿Qué voces orgullosas y qué dolorosos derrumbamientos se alzaron y combatieron en el maltratado corazón de Rocío?

—Sí, es muy bueno, un corazón muy noble…

—Talmente un santo.

—Pero ni a mí puede quererme nadie ya, ni yo volveré a querer, Manuela.

—¡Boh! Siempre le es pronto para hablar de mañana. Si la pena durase toda la vida… Mucho quería yo a mi marido, Dio3 le tenga on el e< o. y más lo quiero todavía, así Dios me salve; ¡pero!…—y como advirtiese que la tarde iba de vencida y no llegaban noticias de la plaza, tornó a sus inquietudes.

¡Tan tarde ya! Les habría ocurrido algo?

Se salió, inquieta, de la alcoba. Voltejeó por la casa. Rezó ante los santos. Y no pudiendo dominar su inquietud salió al balcón e interrogó con ojos impacientes a la calle, acometida de un negro presentimiento. Un perezoso río de gente, que volvía de solemnizar el domingo merendando en las afueras a favor del espléndido día, llenaba la ronda. De la taberna salían pesados cánticos de borrachos qua remataban alegremente su día de descanso y libertad. Los faroleros corrían de farol en farol con los largos encendedores al hombro. De lejos venían confusos pregones de periódicos taurinos con la revista de toros.

Y Ramón, el chico de la taberna, que había ido a la plaza a condición de venir corriendo a participar que no hubo novedad, en cuanto Currito despachase su último toro, que era el cuarto, no llegaba… Decididamente había ocurrido alguna desgracia. Si se lo estuvo dando toda la tarde el corazón…

Pero ya un jubiloso campanillazo y la voz alegre de Copita que alborotaba en el pasillo devolvieron la tranquilidad a la tabernera.

—¡Colosalísimo, comare! ¡Colosalísimo!—entró gritando—. ¡La mejó tarde de Currito! ¡Er escándalo más grande que s’armao en la plasa de Madrí! iHa resusitao! ¡Er amo! ¡En hombros se lo yevan ar palasio reá!… ¡Otra ves arriba, Manuela! De esto chanelo yo un poco.

—¿Pero ha toreao hoy Currito?—preguntó Rocío desde su alcoba.

—Sí, señora. ¡Por usté!—contestó, sin poderse contener, la desbordada verbosidad de Copita—. Y ha estao como nunca—entrando en la alcoba para contárselo a Rocío, que incorporada en la cama, le oía con ojos anhelantes—. Mirusté que él ha jecho cosas en er toreo; bueno, pues como nunca. Locos los ha vuerto. Er toreo es otra ves suyo. Y esta ves pa un rato. Párese mentira que con tanto mieo se hagan esas cosas.

—Y ese condanado de Ramón, que me tiene aquí penando toda la tarde!

—¡Cuarquiera dejaba hoy la plasa con lo que ayí estaba pasando! S'habrá ido detrás de Currito, alelao como tóc Madrí. Yo no he jecho más que desnuar- me y venir corriendo. ¡Gomare, qué tarde!

Desde el primer lance, Currito se apoderó del público. "La resurrección de Lázaro", rotuló su crónica de la corrida un revistero ingenioso. La tarde había transcurrido para el Chavalillo en una ovación continuada. Y eso—advertía rencoroso Coaita—que los toros tenían muy "malage". Mansos, grandes, enormes… Los mayores que Joaquín había visto en su vida.

—Y con mucha guasa. Pero Curro, ná. ¡Nafta! Se empeñó en que le embistieran y le tuvieron qué embestir.

—¡No huyas, ladrón, que te llama un torero!—gritó en un tendido un "tío" oportuno a un toro que se quería ir.

Los saltimb; rquis franceses estaban "asustaítos".

—Más asustaos de Currito que der toro.. Que mire usté, Iíosío, que tenían más mieo que una jaula de micos.

Y se traían también sus ventajólas.

Cuando el espada, M. Ripertoire, se vió ante el último morlaco, "un pavo que era un perro", con unos cuernos "como de aquí a Lima", empezó a huir de tal modo, que el avisado Copita se dijo en seguida:

“Aquí va a haber pata. Este tío se trae argún latifundio.”

—¿No ve usté, Manuela, que uno está toreao por los dos laos, y adivina las intensiones de los toreros ná más que con verles cómo yevan puesta la faja?

Con decir que Joaquín, que ya se consideraba en seguro, saltó al ruedo a ayudar a los miedosos pronos del miedoso espada, viendo cercano el laberinto…

Y, efectivamente, en cuanto, de cualquier modo, pudo el francés dar un leve pinchazo, arrojó los trastos, se cogió un brazo con aspavientos de dolor agudo, y apresuradamente se dirigió a la enfermería… cojeando.

Copita, indignado, salió corriendo tras él para detenerle. ¡El tío saltamontes, que le dejaba a Currito aquel encargo para estropearle la tarde gloriosa! Si conocería Joaquín a aquella gente, con tantas corridas como toreara en el Midi… A la fuerza, ¿eh? Porque, mientras estaba en Francia, Copita no hacía más que renegar contra tanto cochino extranjero tomó allí había. Ninguno chamuyaba cristiano. Todos hablaban en camelo.

—¡Eh, musió!—iba gritando el banderillero a monsieur Ripertoire camino de la enfermería, forcejeando con él para que se enterase la gente—. ¡Que vú no va jerío, que no yeva ná; que lo ha díquelao muá! ¡Ar toro, ar toro! ¡A le toro, musió!

¡Pavos a Currito aauelia tarde! Con cuatro pas’s sabios se apoderó del “perro”, que en sus manos resultó un gozquecillo inofensivo, y, antes de que acabasen de forcejear Copita y el francés, a la pueita de la enfermería, el toro rodaba muerto de una estocada certera, el presidente concedía la tercera oreja de la tarde al Ckavalillo, y el pueblo soberano sacara en hombros al espada “por la puerta grande”, luego de haberle paseado en triunfo por el redondel, y se lo llevaba calle de Alcalá abajo, entre aplausos y aclamaciones.

En cuanto le dejaron libre los amigos, que a docenas le brotaron aquella tarde, alborotando la modesta hospedería de la calle de Echegaray, Currito voló a ver a su enferma.

Manuela, hipando con llanto gozoso, le dió con toda su alma tal abrazo que a poquito lo ahoga.

—¡Gomare, que me vi a enselá!—protestó Joaquín—. Déjamelo usté vivo, que tiene que firma muchas esta semana. ¡De aquí pa arriba, niño!

—No habrá usté puesto ningún parte, ¿verdá?—le preguntó Currito al desasirse de los brazos de la tabernera.

—Ninguno. ¿A quién?

—Pues hay que poner dos.

—Hoy sólo son dos; después…

—Siempre dos. Ponga usté ahí—llevándole a la mesa, donde ya colocaba diligente Manuela el tintero, la pluma y un cartapacio que tenía en el apagador—: “Seviyn. Sor María dor Amó Hermoso. Hos- pisio. Contentismo. La abrasa y la quiere mucho su hijo, que no la orvía, Currito.”

—Venga er otro parte.

—“Seviya. Don Ismaé Sanche. Canónigo de la ca- tedrá. Vuervo ar toreo.”

—Déjame añidirle por mi cuenta: “Escandalaso. Toas las orejas tóos los toros. Delirio. Hombros fonda.” ¡Ole! ¡De aquí pa arriba otra ves, chiquiyo!

Desde la alcoba le felicitó Rocío. La mayor emoción de este día feliz. Como en otros tiempos, sonó en los oídos del torero aquella música deliciosa:

—Enhorabuena, Currito.

El se acercó tímidamente a la puerta de la alcoba. Rocío, incorporada en la cama, entre las almohadas, tan blancas como su cara, de que la rodeó la cariñosa solicitud de la Gallega, le tendió la mano, invitándole a entrar con ademán gracioso, y el Chavalillo llegó hasta ella todo lleno de

respeto, y le dió también su mano, un poco trémula, que la hija de Carmona apretó nerviosamente.

—Grasias, Currito. Muchas grasias — le dijo en voz baja.

Y antes de que el torero pudiera prevenir el movimiento, Rocío subió la tosca mano hasta su boca y la besó.

Currito se estremeció todo.

—¿Qué hase usté, señita Rosío?—protestó, confuso.

Rocío le sonrió con una sonrisa triste a través de sus lágrimas.

Al Chavavillo le pareció que las puertas del cielo se abrían y se le entraba en el alma la gloria.

Y el muerto que llevaba dentro de sí, resucitó a una vida de esperanza.

Capítulo III

UNA LUCECITA ALLÁ LEJOS

"DE AQUÍ pa arriba." Otra vez tenía razón Copita.

Aquella noche, cuando, arrancado a su alegría por Joaquín, siempre despierto y atento a la oportunidad, llegó Currito al "brasero", la tertulia, que, antes le admitía por compasiva consideración, le esperaba impaciente, en pleno, bulliciosa y reventando de orgullo, y le recibió con aclamaciones triunfales, a las que se unió todo el café, contagiado por la fácil locura de la afición. Fuera, en la calle, aplastaban las narices contra los cristales una porción de papanatas que no se cansaban de mirar al torero. El cuarteto rompió a tocar el olvidado pasodoble del Chavalillo, saludado por la concurrencia con una estrepitosa salva de aplausos. Todos los del "brasero" se pusieron en pie para alargar la mano al t02-ero triunfador, confundidos aristócratas, burgueses y plebeyos en la misma exaltada admiración.

—¡Bravo, Curro!

—¡Así se torea!

—Mi enhorabuena. Muy bien, señor Cruz—so atrevió a decir Enrique Cardeña, el camisero de la plaza de Santa

Ana, novato en la tertulia y en la afición, gozoso de hablar de cerca amistosamente a un héroe taurino»

El tratamiento hizo fortuna. Todos fueron a llamar así a Currito, bromeantes y contentos.

—Venga usted acá, señor Cruz.

—Café para el señor Cruz.

—¿Lo quiere usted con media… en la yema, como la de esta tarde, señor Cruz?

Cardeña se disculpó corrido:

—Señores, es que yo no tengo confianza con aquí.

Y desde esta hora nadie volvió a llamarle por su nombre. Por los siglos de los siglos, el camisero de la plaza de Santa Ana fué el “señor Cruz”.

Currito recibía las felicitaciones con su natural modestia, pero contento como nunca, y cual nunca hablador, obediente al impulso efusivo de aquellas horas nerviosas y emocionadas, mucho más que a los sabios consejos de su inagotable Mentor.

—Ahora es la tuya. Coba a tóos, niño, que es la mejor muleta de un torero. Cara risueña a too er mundo, una chirigota a cá amigo y te hases hoy mismo partió.

Y como la experiencia .de la adversidad dictase al Chavalillo un gesto desengañado, convino con él su banderillero:

—Tienes rasón. Ninguno vale una perriya chica como amigo; pero pa partidarios tóos son buenos. Cá uno pa su cosa.

Y Currito ponía sin trabajo buena cara a todos, hablaba con todos, y hasta con todos bromeaba. Era otro hombre.

—¡Qué contento está!—se decían satisfechos sus amigos, cual si la alegría del torero fuera suya.

No faltaron, medida del triunfo, las mordeduras de la envidia, adivinadas de lejos en las miradas torvas y los gestos displicentes de los toreros fracasados, que se

sentaban en otras mesas distantes con unos cuantos vividores del toreo, “mangones” de esos que hacen de su mala lengua caña de pescar y cocinero.

—¡Atrácate, pavo, que pa lo que te va a durar!...—decían entre ellos, aludiendo a Currito.

—¿Pero aquí a quién se le ha dao bien esta tarde, al pasmao del Chavalillo o al sinverg üenza de Copita? ¡Al café y a los señoritos te arrimarás tú, que en la plaza, el redondel es chico pa huir!... ¡Hay que ver el postín que se está dando el Cid al revés de los banderilleros, mientras el mataor está como alelao!

—Asustadito de lo que ha hecho esta tarde sin darse cuenta.

Los romeristas, molestos por el estrépito de este triunfo de otro torero, le quitaban importancia. Casualidad pura; “una equivocación”, de la que el mismo Chavalillo estaría sorprendido. Ya se vería en cuanto saliese otra vez, si Eetana era tan primo quo le volvía a sacar.

El “amigo de la empresa” llamó a su lado a los dos toreros, en cuanto se calmaron un poco los fuegos del entusiasmo—“Siéntate aquí, señor Cruz”—, e hizo aparte con el Chavalillo y Copita, aprovechando la ocasión en que Currito escondía la cara en uno de los periódicos, que, para que leyese las elogiosas revistas, le dieron a porfía sus amigos.

—¿Qué, te atreves con otra el domingo?

—Con toas las que me eche usté.

—Pero que no sea otro pompurrín como esta do hoy, tú—saltó previsor Copita.

—Hombre, claro. Mejores toros, mejores toreros...

—Y mejor dinero—se apresuró a advertir Joaquín.

—¡Unga! A éste lo que le conviene ahora es torear.

—Y ganar, tú solo, ¿verdá? Endiña, endiña, que lo bueno hay que pagarlo—insistió el banderillero.

´Y como llegase entonces el Alfombrista, llenando el café con su vozarrón que dejaba un chiste en cada mesa amiga y una pulla en las otras, Cepita hizo apresuradamente sitio entre ellos al veterano lagartijísta.

—Venga usté pa acá, don Joaquín—y, cuando le tuvo a tiro, le preguntó en voz queda, zalamero y adulador—: ¿Qué le ha paresío a usté… “Lagartijo”?

El Alfombrista, como quien está al cabo de todas las calles, le hizo un guiño de inteligencia y, sin decir palabra, le dió un aparatoso golpe de asentimiento en el brazo. Luego, mientras el camarero que acudió solícito le servía el café, preguntó socarrón a Retana:

—¿Qué les haces a éstos, que piden auxilio?

—Que ya sabe usté que este sastre ha sío siempre muy frascuelista, don Joaquín—contestó el banderillero.

En un breve cuchicheo de los tres, al que apenas prestó atención Currito, el Alfombrista, complaciente con todos y protector de todos, solucionó el asunto. Por esta vez tenía razón el frascuelista del sastre. Lo que le convenía ahora al Chavalillo era repetir.

—Luego, si se te da bien otra vez, hablaremos de todo—concluyó guiñando de ojo a Currito.

—Pues como se le va a dar colosá, lo mismito que hoy, yo creo que es ahora cuando a éste le convenía hablar de tóo: de lo der domingo y de lo der abono—replicó Copita; y dirigiéndose a Retana concluyó: —Er lunes te va a salí más caro, Manué. Arcuérdate de que te lo digo ahora. Cola de impresas va a tené éste en la fonda. Que no te s’orvíe… Pero en fin—añadió el picaro, jugando bien sus cartas, dando una confianzuda palmada en el muslo al Alfombrista—, “aquí”, don Joaquín, piensa otra cosa, y “aquí” corta, raja y se come la tajá como quiera, que pa eso es quien es, y nosotros lo tenemos ensimita der corasón.

—No hay más que hablar, tocayo—resumió el Alfombrista—; vosotros ahora a torear como sea, y el lunes será otro

día. Retana, que os traiga una corrida buena…

—Precisamente pienso ir mañana a ver unos toros de don Esteban Hernández, que me han dicho que ni pintaos.

—Pues iremos mañana a ver esos toritos yo y tú—terminó Copita—, no nos vayas a salir luego con uno de tus latifundios y n03 chafes la camisa recién planché.

El Alfombrista aprobó con otro guiño, le dió a Retana otro significativo golpe en el brazo con el puño del bastón, declarando así concluso el punto—“Todos servidos”—y su voz fuerte, atendiendo a las solicitudes mudas de la tertulia, que respetuosamente les había dejado hablar, atronó de nuevo el café, pendiente de ella.

—¡Bien, torero, bien!—le gritó a Currito, mirando intencionadamente hacia las mesas donde se reunía el cónclave romerista—. ¡Eso es torear, pa que huelan la esencia del toreo los chatos y aprendan los postineros que no torean un pimiento dulce!

—¡A callar! ¡Chist!—protestaron algunas voces.

—¡No nos da la gana!—contestó a rodo pulmón el Alfombrista—. ¡Tila, tila! Como repitas otro día, se va a poner más cara que las pesetas en Alemania,

—¡Miau ¡—maullaron en el corro romerista.

—í Mozo! Cordilla pa ese minino y agua de azahar pa el amo.

Otros ladraron.

—¡Guau! ¡Guau!

—¡Chucho! ¡Tila, tila!

Ardía el café con el fuego de la pasión taurina, comunicada de mesa en mesa. En todas, hasta en las que no eran de aficionados, en las de los médicos, en las de los ingenieros, en las de los escritores, en las do los políticos, dando de mano a los temas profesionales que ordinariamente les ocupaban, se hablaba ae toros, comentando con calor la corrida de la tarde, y haciendo de ella, con esa impresionabilidad de la afición, siempre

afanada en borrar el pasado con el presente, el presente con el pasado y ambos con el porvenir, una de las altas cúspides del toreo: “la faena cumbre del Chavalillo’’.

Así la novelera “Afición” ascendía en un momento a un torero, de la nada en que yacía olvidado y despreciado a la mañana, a las alturas donde se reverencian los héroes… ¿A qué esperar, como por esta vez pedían razonablemente los envidiosos y los desconfiados, a que Currito repitiese la hazaña? ¿Qué importaba ya que “no lo hiciese” al domingo siguiente? Bastaba con saberle capaz de ello. Los aficionados saldrían de la plaza renegando, pero prometiéndose que sería a la otra corrida, y a la otra que a las demás, viva siempre la ilusión, que es lo primero que asegura perder y lo que nunca pierde el aficionado, a quien basta con bien poco, una verónica aquí, un pase allá y un par de banderillas acullá, para mantener vestalmente el fuego de la fe en el ídolo. En último caso, se le echa la culpa al toro, y a esperar toros mejores.

El otro hombre que desde la noche de su encuentro con Rocío llevaba Currito dentro de sí no se acogió a esta cómoda corriente, y el domingo, lo que fué curiosidad e interés de enigma camino de la plaza, se convirtió en partido entusiasta y convencido a la salida, de tal modo que pudo con razón saludar Coaita el lunes a Retana diciéndole:

—¿No te profetisié yo que hoy iba a ser otra cesa? ¡Unga, quítate er sombrero, que estás hablando con uno de la cuadriya de su njajestá er Chavalillo!

El propio Romerita sintió el espolazo de este nuevo triunfo, y mientras Currito recorría victorioso el ruedo, luego de matar su segundo toro, se abrió de una rabiosa patada la puerta del “asilo”, como llaman al palco del representante de la empresa, al que se acogen apoderados y amigos de ésta, sin coraje para adquirir el billete, y Angel Romera apareció en el umbral “verde de envidia”, según

observación de un "asilado”, y se encaró soberbio y ordenador con Retana.

—¡Tú! Er domingo me pones con ése. Vamos a ver io que le duran las parirías.

—¡Déjate! ¡Déjate! Ya tendrás tiempo… ¿Cómo te voy a echar a ti antes del abono, que está encima? Este era otra cosa, y ya tampoco lo vuelvo a poner antes de Pascua. El domingo os pasa un desavío cualquiera, aunque no tenga importancia, y me habéis fastidiao. Además, pa ese día tengo comprometía una novillá.

—Pues la deshaces. O nos echas er jueves. A mí no me la gana por detrás ningún máscara. Delante mía hay que verlo. Ya lo sabes.

—Pero, hombre, repaga…

—Tú eres er que has de rapará que yenas la plása, que es tu cuenta. En la mía nadie tiene que ver más que yo. Y si no quieres, no cuentes conmigo pa er abono.

—Bueno. Luego hablaremos—contestó socarrón el sastre.

Y como en aquel momento alborotase el público para que retiraran el toro acabado de soltar, se olvidó de Romerita para encararse con los protestantes.

—¡Unga! ¿Pero qué queréis? ¿Otro toro, con precios económicos? ¡Ansiosos! ¿Qué tiene el toro, vamos a ver?—les preguntaba como si pudieran oirle.

—Que cojea—apuntó un “asilado”.

—Veríamos cómo andabas tú si te tuviesen metido en un chiquero tantas horas. ¿Pero qué hacen esos pasmaos que no torean?—y les hablaba desde allí en voz natural y enfadada—. ¡Al toro, hombre, al toro! ¡Vamos al toro!… ¡Pero qué han de ir, si están todos muertos de miedo! Ahora baja usté a la plaza, llama a cualquiera de esos visiones, le pregunta “¿Cómo se llama tu señor padre?” y le contesta convencidísimo: “¡Masimina!"… ¡Anda, y ahora, el presidente saca el pañuelo verde! ¿A qué vendrán algunos

a presidir? Si yo fuese autoridad suprimía la presidencia, que no sirve pa ná.

Romerita salió del palco batiendo fuertemente la puerta.

—Ya sabes: er domingo.

Pero no contó con Copita. ¿Para qué estaba allí el banderillero con toda su experiencia y picardía?

Cuando, apenas cambiada la ropa de pasar fatigas por la de calle, fué Joaquín a casa del matador, ya había allí el principio de la cola que el banderillero pronosticara, representada en dos o tres madrugadores empresarios de segunda fila que acudían a hacerse agradables. Como en los primeros tiempos de Cu- rrito, era aquello un jubileo de visitantes. A Joaquín le bastó con pasear una mirada por la heterogénea concurrencia para advertir la cuantía y firmeza del éxito. Aquel reloj tenía cuerda para largo rato.

Bien claramente lo testimoniaba la calidad de las personas, desde grandes de España hasta aspirantes a apoderados, que se deshacían en zalemas y reían como gracias de un ingenio superfino las más inocentes palabras del Chavalillo. Había “millones” de picadores y banderilleros sin cuadrilla, que se encomendaron ansiosos a Coqrita en cuanto entró, como el mejor valedor. Estaba la plana mayor del carmo- nismo. Y se contaban, sobre todo, tres o cuatro significados “mangones”, subiendo su voz por cima de todas en una adulación hiperbólica, divirtiendo al torero con chistes y salidas que reían todos porque el torero las reía, denotando la seguridad con que su vista zahori descubría y contaba los futuros caudales del Chavalillo, sobre los que se preparaban a caer.

En cuanto Covita oyó referir a uno de los visitantes la escena del palco de Retana dió un bote, frunció el ceño, llamó aparte al empresario de la plaza de la Barceloneta y, vendiéndole protectora amistad, le propuso que se llevara a Currito al domingo siguiente. Y tira de aquí el catalán y

afloja de allá el sevillano, el contrato quedó cerrado a satisfacción de ambas partes.

—¿Ha oido usté lo de ese hombre?—preguntó a Copita el Chavalillo, con los ojos brillantes de rencor, un momento que pudieron hablar solos.

—Ya lo he arreglao yo. Por ahora se quea con la gana de atoná contigo. Ya vendrá ese día; pero cuando tú quieras, que en ti no manda ése.

—¿Y por qué no va a ser ahora? Yo también estoy deseando verme cara a cara con ese fantasioso.

Copita le miró con ojos de asombro. ¿Era tonta aquella criatura?

—Pues vas a tené que aguarda un ratito, porque pa er domingo te he hecho una coiría en la Barseloneta.

—¿Qué dise usté?

—La fetén. Que a ti ahora no te conviene volver a atore-á en Madrí hasta er abono. Hay que tené picardía, niño; que eres más infelís que er padre de un angelito que va en la prosesión. No se pué exponé por un capricho de un arborotao lo que habernos levantao otra ves con tantas fatigas.

—¿Pero es que cree usté que yo no pueo con ése?—protestó altaneramente Currito.

—Con ése y con tóos los leones der Congreso y de los oasi y los panoramas der Africa que te echen; pero a ti ahora no te conviene meterte en la jaula a hasé er domaor, sino echar garabatos en la murtitÚ de contratos que te van a emp sar a yové, y no tienes pa qué jugarte too tu dinero a la eai'ta de una corría, dura y peligrosa por la mala sangi'e que tiene que andar en eya.

—No me importa. No le tengo mieo.

—Mira, niño, yo sé que ahora er Sí Campeaor y tú, hermanos dé padre y madre, y ajolá y te dure mucho er arrechucho, que yo creo que sí; pero no t’orvíes de que en la plasa manda er toro, y cuando sale uno que ladea la jeta,

tuerse er pescueso y dise que consigo no, ni los siete niños de Esija, ni los siete infantes der teatro Lara, ni las siete hijas de doña Elena pueden con él. En los toros too llega, y tú te has de ver muchas veses allí con ese arborotao pa satisfasé er gusto de darle más baños que en la Concha…; pero a su hora; no cuando ér quiera, sino cuando a ti te convenga y te dé la repotente gana.

—Pues ahora me da y me conviene.

—¡Y vuerta! jLo que te conviene a ti ahora es quitarte de Madrí hasta que vengas ar abono, y no exponerte a que te se tuersa una tarde y pierdas too lo ganao! En Madrí se torea pa er ruío; aquí se siembra pa recoge en provinsias, y tú ya has sembrao bastante, niño. Ilasme caso a mí, que de esto sé más que Merlín y su suegra, que creo que era de Miura.

El "brasero'' se revolvió indignado contra Retana al enterarse al otro día, propalada la escena del paleo, de que, por no andar diligente el sastre, la plaza de la Barceloneta le había quitado el Chavalillo.

—¿Y usté es el que presume de ser el más listo en este negocio?—le interpelaba a gritos el contertulio chiquitín, encaramado sobre el Directorio Uní* versal que le colocaban en el asiento.

—Yo no presumo más que de sastre, ¿sabe usté? fYo soy sastre! ¡Y a otra cosa! ¡Qué afán tienen todos ustedes por meterse en casa del vecino! Este— por el Chavalillo—no torea en Madrid el domingo porque no puede o no le conviene. Ni a la empresa tampoco. ¿Qué pasa?

—¡Hombre, eso es el colmo!—clamó indignado el travieso contertulio, que tenía la especialidad de exasperar a Retana—. ¿Nos va usted a hacer creer que a la empresa no le conviene un llenazo? ¿Qué representante es éste?

—¡Yo no soy representante, ya se lo he dicho a usté! ¡Yo soy sastre!—gritó a su vez Retana, poniéndose la mano de

revés en la comisura de los labios, a modo de tornavoz, pava dar más fuerza a la expresión—, ¡Sastre!

Pero Currito, desentendiéndose de combinaciones, cortó el nudo diciéndolc a Retana:

—¿Y por qué no nos pone usté otro día? Er jueves. O er viernes.

—¡Ole!

—¡Bravo!

—¡Así hacen los toreros de vergüenza!—gritó satisfecha la tertulia.

Cogido el sastre, se mordió los labios, soltó una salivilla por el colmillo, y se sometió, prometiéndose una satisfacción a su contrariedad.

—¡Ya veréis los toritos que os voy a echar!—se dijo, vengativo.

Copita reprendió ásperamente a su pupilo cuando salieron.

—Mirusté, Joaquín—le explicó Currito con firmeza—, eso era antes. Yo ahora voy aonde voy, y yevo mi camino, y no tengo ná que ver con las cosas der toreo. Además, ¿er papé der torero, no es atoreá?

—Pero er toreo no es así, niño; de eso sé más que tú de pasar de muleta. Ya te convenserás y me lo agradeserás. Ahora er niño quiere salirse con su caprichito, y hay que dejarlo, manque se estreye. Bueno; er viernes te lo diré. Ahora vamos a pasar, como quien no quiere, por delante der Lion, que he visto ir pa ayí la impresa de Seviya y me da en la naris que ésa viene por ti. Toavía tenemos que dejarnos ver nosotros; pero de seguía será otra cosa y vendrán a buscarnos.

¡Con cuánto gozo comunicó a Rocío la fausta nueva de aquella contrata, que era como la consagración de su avatara!

—¿Sabusté que he firmao anoche las de feria?

—¿Las de Sevilla?

—Sí.

—¡Qué me alegro do su bien, Currito! El Señor del Gran Poder le dé a usté tanta suerte como yo le pido y usté se merese, y le saque con bien de todas las corridas.

El Chavalillo, dominado por su alegría, habló con desusada verbosidad do sus planes, pintando ante la hija de Carmona el risueño cuadro de sus ilusiones profesionales.

Ella le oía con temerosa atención, descubriendo cuanto el inclusero ocultaba tímidamente tras aquel insólito flujo de palabras, y temblando al imaginar lo que Currito, valido de la situación y equivocado en su juicio, podría atreverse a pretender alguna vez. Y mentalmente, protestó ofendida.

Nunca, nunca, pasase lo que pasara, sería de otro hombre, aunque fuese tan bueno y le debiera tanto como a Currito. Ella había sido una niña enamorada e inexperta; pero no era una mujer liviana.

Consideraba enterrados su juventud y su corazón y levantaba sobre ellos, a modo de pirámide funeral, su firme propósito de rehabilitarse con una vida ejemplar, toda austeridad y sacrificio, que presentaría a su hija como un memorial de perdón. Preferiría morirse de hambre a tener que avergonzar a su “Dolorcita” el día que le pidiera cuenta de su conducta.

El, entretanto, hablaba con calor de sus proyectos, contento al sentir junto a sí un corazón que se interesaba por ellos. Quería torear mucho, “¿sabe usté?”. Ser lo que iba a ser cuando cayó tan hondo; subir muy alto… porque sí, porque tenía allá, en el pensamiento, sus cosillas, “¿sabe usté?” Porque se había propuesto ser muy rico y muy aplaudido… porque sí, también. Su timidez y el respeto que le infundía esta mujer no le permitían mayores explicaciones.

Los ojos negros, ahora de mirar siempre triste, que iluminaban el alma del cunero, se posaron con pena en él…

i Qué lástima que Currito fuera así, tan poquita cosa, con aquel corazón tan noble, con aquella hombría de bien que ella no supo apreciar! ¿Quién sabe, a ser las cosas de otro modo?…

Currito seguía meciéndose en sus ilusiones. No es que no le temiese al toro, “¡que si viera usté lo que asusta!”—decía chanceando con su sinceridad—, sino que tenía esa voluntad… porque sí.

Y le contaba los contratos nuevos, describía los vestidos de torear que le estaba haciendo Retara y le refería las diligencias que, para la formación de una buena cuadrilla, había encomendado a Copila.

—¿Y si yo me atreviera a pedirle a listé, no un puesto fijo, que ya sé que es mucho, sino alguna co- rridilla de ves en cuando, para un desgrasiao a quien persigue la mala como a mí?

—Ya está en la cuadrilla. ¿Quién es?

—El pobre Pintao. Pero no pido tanto. Yo no sé lo que valdrá el infelís, me figuro qu'· poco; pero es muy buen hombre. Yo, usté lo sabe—bajando la cabeza avergonzada, como siempie que se veía obligada a hacer alusión a cualquier suceso de su desgracia—, le debo un gran favor. El también me sacó de pila a mi Dolorsita, cuando yo no tenía más amista que la suya. Y el pobre está nesesitaíto, nvsesitaíto del todo. Hará usté una carídá dándole alguna corridilla.

—Pues como yo sabía er gusto que eso l’iba a dar a usté, er Pintao está desde ayer en la cuadriya. Poco vale, es verdá; pero si había de yevá a otro pa los porrasos de la primera vara, va él. Creo que ancla por ahí- medio loco con la colocasión, y que entró anoche en er Inglé dando vose: ¿Quién se creíais ustede que soy yo? Ná má que m’ha hablao er primé torero de España; le he pedio lo que he querío, me lo ha dao, y estoy en su cuadriya de picaó de confiansa. ¡Rosendo Benitos, er Pintaol ¡Nadie! ·

—¡Pobresillo! Dios se lo pague a usté, Currito; qu'e tiene que darle a usté muy buena suerte, que sé la merese.

Y comentaron, compasivos, la aperreada vida de aquel hombre, metido a un oficio que le vedaba el miedo. Las hijas huidas, Dice sabía dónde, y olvidadas del infeliz, que, triste y solo, rodaba de los tumbos de la plaza a los tumbos de la vida…

—Que no sabe usté la pena que es la soleá, señita Rosío…

Luego, la cadena de aquel matrimonio in artículo mortis con la baldada.

—Que también debe ser triste casarse de ese modo, ¿verdá usté? Y eso que los toreros estamos expuestos a tener que casamos así. Y si lo va usté a mirar, así es como se casan tóos los de este ofisio—concluyó Currito, movido de un instintivo deseo de inspirar compasión.

Con sus puños, su corpachón y la rabia que su mala suerte hrbía almacenado en aquel amplio receptáculo, vivía Rosendo de su humildad, poniendo buena cara a todo el mundo, y haciendo en las juergas el bufón, contra el cual iban todas las bromas pesadas y de hacer daño, que él sufría con alegre resignación y aun provocaba, con tal de que le dejaran llenarse los bolsillos de todo lo que, más o menos disimuladamente, podía tomar de la mesa para proveer la despensa de su enferma por dos o tres días.

A veces las bromas no se contenían en palabras, y el vino y la mala sangre de algún juerguista de “mal arate” disparaba contra el picador un pan, un vaso o un queso, que levantaban un chichón o hacían brotar la sangre. Los demás juerguistas afeaban el exceso, y el Pintao daba aparatosa importancia al daño, alegre en el fondo, "Un porrasillo tíe ná”, menos que en la plaza, que le valdría sus buenos cinco o diez baros de indemnización del juerguista agresivo y de la compasión de los demás.

—Puchero pa quinse días — contaba satisfecho para ai.

Por eso él prefería las epistaxis. La sangre es muy escandalosa. "Juerga de "pitasi”, quinse o veinte "machos” pa casa.” Más que una mala corrida, sin tener que pagar alquiler de traje. Malas lenguas aseguraban que a veces era él mismo quirn provocaba la hemorragia, utilizando las mañas de la plaza para refugiarse en el "hule” las tardes de miedo mayor… que eran todas. Malos quereres de la envidia.

—¡Juaniya!—decía alegremente al volver a su casa, enseñando el dinero a la enferma—: mira con lo que me ha dao de narise en la eaye. Hoy s’ensien- de fuego en esta casa. ¡Menúo puchero le vi a pone a mi mujé! Con cuarto gavina poniendo huevos y tóo. Y pa cuando se apague la candela, aquí tiés este borsiyo sembrao de asitunas y jamón. Y esto otro es queso. Y esto que sale en migas, es pavo trufao. i No le gusta a mi Juaniya er pavo trufao!… íHome!, hasta gilatina y huevo ajilao m’han metió esos en er borsiyo. ¡Grasiosos!. Tóo es comía, ¡primos!

Cuando decidió irse a Méjico, discurrió reunir dinero anunciando que se retiraba del toreo, y unos cuantos toreros y señoritos graciosos organizaron el solemne corte de la coleta, en “Los Gabrieles". Con una cuchilla de bacalao realizaron, entre grandes risotadas, la operación, no sin que al par del pelo arrancasen lágrimas de dclor a los ojos del Pintao.

—¡Se ha emocionado y todo!—advirtió un juerguista.

Luego pusieron la coleta en una bandeja, que pasaron alrededor.

—No s’armite prata ni carderiyz—avisó el Pintao.

Produjo el guante tres mil reales y un piquito, que el picador escondió en las profundidades misteriosas del recóndito bolsillo donde se guardaba el queso de Roquefort para que el olor no le denunciase. De jamón, salchichón, aceitunas, embuchado, etc., etc., no se cuenta lo que so llevaron aquellos bolsillos sin fin.

A la mañana, poco antes de disolverse la reunión, apareció1 d Pintao, ausente unos momentos, y redarme silencio.

—Señores—dijo descubriéndose y mostrando una magnífica coleta cuidadosamente peinada, recogida a la vieja usanza sobre la cabeza—. Vengo de la barbería. Mirar lo que m’ha salió. Ya sabéis ustedes: cuando queráis me la corto otra ves. Por tre mí reales me queo yo a viví en er siyón de un barbero, cuanti más aquí. Conque quearse con Dio… y avisar.

—¡Qué tristesas tiene la vida, Cumio! Ya ve usté, tanta alegría por fuera y en casa tantas lágrimas- comentó Rocío compasiva.'

Luego, interesada por Currito, le aconsejó cariñosamente :

—¿Por qué no lleva usté al Catóme? Papá le quería mucho y estaba muy contento con él. Decía que era el mejor peón de todos.

—Er Catóme ya s’ha buscao cuadríya.

—¿Con quién está?—quiso sabe!· el afecto de ella.

—Con quien no debía estar, por ser él quien es y venir de onde viene—contestó el Chavalillo, rehuyendo pronunciar el nombre del odiado rival.

Rocío bajó la cabeza, avergonzada y dolida. ¡También el Catóme!

—En los toros pasan estas cosas muchas veses— añadió Currito—. No hay más que ingratitú. Cada uno está a lo suyo ná más.

Ella adivinó y sintió el dolor de su padre ante aquella otra traición, y sus ojos se llenaron de lágrimas. “¡Pobre papaíto mío!”

De pronto, clavando en Currito una mirado suplicante, le rogó:

—Cuando esté usté en Seviya háblele a mi padre, Currito.

Sentada junto al balcón del comedor, arreglaba Rocío unas ropitas a la niña, de la canastilla que le regaló el inclusero. La luz la iluminaba plenamente. Estaba guapa. Quizás más guapa que antes. Λ los solícitos cuidados de la amistad había recobrado la belleza que marchitaron la pena y la escasez. Era otra belleza, hija de la maternidad y el dolor: una belleza serena y melancólica, contrastante con la alegría de la chiquilla pizpireta y graciosa de antes. Ya no reía; sonreía sólo, con una sonrisa resignada y triste. Mas cuando, encendida por la animación de una esperanza o un deseo, como ahora, se coloreaba su cara, volvía a ser la "señita llosío" de aquellos días felices; de tal modo que el inclusero, deseoso de devolver la alegría a los ojos negros que tenía en el alma desde la noche venturosa de su conocimiento, le preguntaba entonces como en aquellos tiempos, bromeando: "¿Arreglamos esas masetas, señita Rosío?

Con el alma en su deseo insistió la "Muñequilla":

—Pi'ométame usté, que es tan bueno conmigo, que le hablará a mi padre en cuanto llegue a Sevilla. Pídale que me perdone; dígale a mi mamaíta, que esa sí que me ha perdonado, que interseda por mí. Dígales que si una ves mi locura y mi seguedá me hi- sieron ser mala, estoy muy arrepentida y muy castigada… Que seré muy buena toda la vida; que mi casa será para mí un convento; no volveré a pisar la calle ni a asomarme a la reja; ¡maldita sea la reja, culpable de mis engaños! ¡Que no me sentirán en casa; que hai'é todas las penitensias que me pongan!… Pero que quiero verlos, arrodillarme delante suyo, vivir serquita suyo, sentirlos junto mío… aunque no me miren a la cara. Que seré tan buena, tan buena, tan callada, tan humilde y los querré tanto, tanto, que haré que olviden mi locura… Y si no me quieren admitir en casa…—el llanto cortó sus palabras—. Si no me quiere admitir mi padre, que me diga que me perdona… y que amparen a mi hijita. Que me

abandonen a mí, que bien lo meresco, pero que acojan a esa inosente, que no tiene culpa de nada. Dígales que yo renunsio a que me bese a mí, para que su primer beso, para que todos sus besos, sean para ellos. ¡Para ellos antes que para su madre! Y que… y que…

No pudo continuar; su pecho se agitaba convulso en sollozos; hundió la cara en las manos y las bañó de lágrimas.

Currito estaba desconcertado. “¡Se va!”—fué su primer pensamiento. Se quedaba otra vez sin “compañía”. Se acabaron aquellos dulces momentos de intimidad en que charlaban confidencialmente como hermanos, casi como novios, interesada ella en las cosas del torero, animándole, alegrándole con sus triunfos, y él gozando el anhelado placer de sentir un corazón junto al suyo, limitados, de presente, a esta beatitud sus deseos.

Mas al punto pensó que, otra vez Rocío en casa de sus padres, desaparecería para siempre el temor, que de cuando en cuando le atormentaba, de que un día se tropezasen ella y Romerita y volvieran a unirse.

Sí; lo que Rocío quería era lo mejor, o por lo menos lo más seguro. A Currito le dolería tenerla lejos; pero el otro la habría perdido irremisiblemente para siempre, mientras que él tendría abierta la casa de Carmona y la podría ver cuando quisiera… Y después… ¿quién sabe?

Currito no se atrevía a ir más lejos; no se decidía a abrir esa ventana dentro de sí mismo, de que habla el poeta, por la que se escruta el porvenir. Ni aun el presente se detenía a examinar. Sólo sabía que quería y que necesitaba cariño. No iba más allá, y aunque tan alejado, por su condición y sentimientos, del mundo que le cercaba y solicitaba, huía de preguntarse si para él eran algo los estrechos cánones y los acomodaticios prejuicios sociales que entreveía confusa y vagamente como un dogal dispuesto a estrangular su dicha. Percatado de la dificultad de moverse, estábase quieto en el

momento actual. En la imposibilidad de haber tenido más, y no sabiendo a qué aspirar, le bastaba con este hoy y, con las leves brumas de una esperanza lejana e inconcreta, que no se atrevía a iluminar con la luz de la reflexión, temeroso de desvanecerlas. Luego había su timidez y su respeto a aquella mujer, prendas de su amor y de su nobleza espiritual.

Y aunque le dolía, la prometió para consolarla:

—Iré a vé ar señó Manué, y le diré tóo lo que usté me diga. Y ya verá usté cómo la yama de seguía.

—¿Usté cree que me perdonará?—preguntó ansiosamente la infeliz muchacha, alzando la cara surcada por el llanto.

—¿Y qué va a haser un padre más qitf perdonar? Hágase usté er cargo. Usté no ha sío mala, señita Rosío; es verdá, justé no ha sío mala!—dijo con pasión, más que disculpándola, ayudando al propio convencimiento—. A usté la engañaron, la segaron, y usté… ustó…

—¡Sí, sí! ¡Me perdonará! ¡Me perdonará! ¡Volveré a mi casa! ¡Con mis padres!…

Y cogiendo a la niña que dormía en su cunita, la cubrió de besos, deseosa de comunicarle su alegría, complaciéndose en una evocación de sus padres y de su casa. Y hablaba al angelito de todo aquello que recordaba morriñosa. La abuelita, ¡más buena!… ¡El abuelo!… Las criadas, tan viejas como ellos en la casa, que eran como una parte de la familia; el patio, la azotea, las macetas, los canarios, el gatito, el perrito, ¡más monos!…

—¿Cómo les dirás tú, cómo les dirás tú? Gatito, no arañes a la niña, ¡sape! ¡sape! ¿Y al perrito? ¿Y al perrito? Toma, toma, perrito, toma, que te llama Dolorsita…

Currito se sintió olvidado. La perdonarían: el otro la perdería para siempre… pero él también perdía aquella felicidad de ahora.

Y, súbitamente, sintió trasformarse su dolor en odio, un odio ciego, rabioso, desesperado, al rival feliz que destruyó su vida y, mientras él rodaba caído, seguía triunfando en la plaza. Fué la explosión de un sentimiento largamente contenido, llenando toda su alma; un ansia avasalladora de vengarse, de destruir, de destrozarle, como él había destrozado su vida; de humillarle como él le había humillado con su figura y con su soberbia. Al corderillo le salían garras y se le afilaban los dientes.

¡Cuán lentas corrieron las horas de los dos días que faltaban para el anhelado encuentro! No se acordaba del toro. No sabía más sino que iba a tener al otro en la plaza a su disposición, allí donde Currito se sabía superior.

Vivo interiormente sólo para su odio, se le vió aquellos dos días silencioso, reconcentrado, ausente de cuanto no fuese aquello. La fe, todavía nueva e insegura, de los del “brasero", se alarmó, y, la víspera, hubieron de comunicarse sus temores.

—¿Se han fijado ustedes en lo preocupado que está Curro? ¡A ver si a última hora!…

—Estos toreros tan poco toreaos—sentenció confidencialmente la experiencia y el resquemor de Retana—en cuanto oyen dos palmas se vuelven locos, se atreven a todo… Y luego son los pesares y los llantos, y el “A ver si me vuelve usté a poner otra vez, que me dió una cosa así, que no sé lo que me pasó”. ¡Lo que te pasó!—Poniéndose la mano de revés sobre la comisura de los labios y echando fuera con fuerza la palabra—: ¡Miedo!… Y no vale que usté les diga y les aconseje; ellos atestaos y más atestaos en que ha de ser lo que quieren.

—¿Qué va a pasar mañana?—preguntó inocentemente al Alfombrista Enrique Cardeña, el único que hasta allí, a fuer de aficionado novato, había conservado firme su fe en el Chavalillo.

—Mañana a la noche se lo diré a usted, "señor Cruz”—contestó el socarrón lagartijista.

—¡Ya está entregaíto!—fueron anunciando por todas partes los romeristas. Y le dijeron a su ídolo: —Ya lo tienes cuadrado. ¡Corto y derecho!

Todo Madrid estaba pendiente de aquella corrida. Apenas abierto el despacho se agotaron los billetes. Los revendedores fueron solicitados con más aduladora reverencia que el ministro de la Gobernación en vísperas de elecciones. Los cafés en que había tertulias taurinas se vieron llenos y alborotados aquellas nerviosas vísperas, como los clubs en los días de la Revolución. Se paraba la gente a mirar a los toreros cuando pasaban por la callo, y se formaban grandes grupos de público bobalicón y contemplativo ante los cafés donde entraban.

Hasta la hora de ir a la plaza, hubo en casa de los matadores un jubileo de visitantes, que miraban embobados las idas y venidas de los mozos de estoques disponiendo la ropa: el capote de paseo y la montera en el capero, el traje de luces en una oilla, colgados en el respaldo la chaquetilla y el chupetín, y la taleguilla doblada en el asiento, con las medias y la faja encima; la ropa blanca tendida en la cama.

Nadie almorzó aquel día con tranquilidad. Los oficinistas que no consiguieron permiso o billete para ir a la fiesta sumiéronse desesperados en sus despachos. ¡La de sumas equivocadas que hicieron! El bullicio de los cafés del centro llegó al máximum de ensordecimiento. Impacientemente se consultaban veinte veces por minuto los relojes ante las humeantes tazas. Más fácil era encontrar dinero que un coche vacío a la hora de los toros. ¿Qué fueron las batallas homéricas junto a las reñidas en la Puerta del Sol y calle do Alcalá para la conquista de cada tranvía?

Al comenzar la sesión del Congreso pidió un diputado republicano “que se contase el número”. El presidente, cordobés, aficionado y chavalista, contestó can aparente

contrariedad al peticionario y apuró, muy enfadado al parecer, los medios a su alcance para celebrar sesión; pero como nadie acudió a la insistente llamada de los timbres, hubo de cubrirse con un fuerte chisterazo, declarando:

—¡Nc hay sesión!

Los escasos diputados abandonaron precipitadamente el salón de sesiones y el edificio.

Cuando el diputado que pidió que se contase el número se dirigía presuroso a la salida, topó con el presidente, que le trincó de un brazo.

—Venga usted acá, enredador. Le llevaré en mi automóvil para que no llegue usted tarde. Va usted a ver qué baño le da el Chavalillo a ese trompo de *Romerita*. Es natural. Lo bonito del toreo es el toreo.

Camino de la plaza, cubrían la gente ociosa y los aficionados sin lortuna una carrera más tupida que en día de cortejo regio. Envueltos en el sol que baña españolamente la radiosa calle de Alcalá, pasaban raudos en torrente impetuoso, coches, automóviles y tranvías, llenos de alboroto y caras jubilosas. El chasquido de las trallas y el chacoloteo de los hierros sueltos de los viejos ómnibus se mezclaba al ronco aviso de las bocinas automovilistas y al repiquetear de las campanas de los tranvías, que llevaban gente colgada de todas partes donde pudiera colocarse una mano cuando no había espacio para los pie3. La alegría de los cascabeles de las jardineras se comunicaba a todo. Cada molécula de polvo, cada rayo de sol era un grito jubiloso. Trepidaba Madrid. Entre un ruidoso coro de piropos pasaban las mujeres en los coches descubiertos, tocadas con la airosa mantilla o envueltas en la provocativa policromía de los pañolones. De carruaje a carruaje se cruzaban saludos y voces retadoras. De vez en cuando se mezclaba en el torrente, gota de agua de otro arroyo, un picador ensimismado, sordo y ajeno al bullicio, caminando con sus temores al trote cansino de la vieja

cabalgadura, escoltado por la blusa roja y la cara picara de un monosabio. El paso de las jardineras que llevaban a las cuadrillas, serias y preocupadas, produjo un estremecimiento de impaciencia en la muchedumbre. Pasaron deslumbradoies los matadores, devolviendo saludos con sonrisa forzada, en magníficos automóviles cuyos dueños se disputaron el honor de conducirlos. Currito, en el magnífico *Hispano* del marqués de Pedregalejo, con el *Alfombrista*, el poeta Anaya y el banquero Benítez Delgado. Romerita, en un epatante Roll Royce de su antiguo maletero de Bilbao, convertido por obra y gracia de las navieras en el Excmo. Sr. D. Tal.

Alrededor del "circo", una multitud de vendedores de naderías, programas, cacahuets, abanicos—"¡la sombra y el aire!"—, avellanas y agua, circulaban entre los aficionados que descendían gozosos de los coches, encaminándose con prisa a la plaza, que, bañada por el sol, se ofrecía a ,1a vista en toda la esplendidez de su belleza, coronada por la bandera nacional, ondeante sobre la puerta de Madrid como un símbolo de la fiesta: sangre y oro.

Dentro, el ruido y la nerviosidad aún eran mayores. La explosión del entusiasmo taurino. Cada espectador se sentía poseído de la dicha de asistir a la interesante lucha, y si en alguna parte se levantaba una pesimista voz de duda—"¿Y si no se arriman?"—era rechazada convencidamente:

—¡No puede ser!

La entrada de las mujeres saludábase con palmas, piropos y miradas incendiarias, que ellas, en pie un momento en su localidad, dejándose ver "distraídas", recibían como una reina el homenaje de su pu-eblo.

Los toreros atravesaron trabajosamente por entre el gentío que llenaba el patio de caballos y entraron en la obscura capilla, donde unas pobres velas alumbraban tristemente la imagen de la Santísima Virgen de la Paloma. Hasta allí había, sentados en los bancos, curiosos que no

querían perder movimiento de los toreros que so descubrían ya dentro, hincaban de medio lado una rodilla en la grada del altar, se santiguaban como sabían, como sabían rezaban una breve oración y se iban al momento.

Cuando Romerita llegó fanfarronamente, con la sonrisa forzada que llevaba siempre a la plaza, a la “puerta de caballos", donde las cuadrillas se alineaban para el paseíllo, perseguidas allí todavía por unos cuantos aficionados pelmas de los que nadie hacia caso, Currito, serio y pálido, contestaba con monosílabos a la inagotable charla de la "sofiá Tana”, la alegre viejecita que alardeaba de ser el decano de los aficionados madrileños y el primer espectador que ocupó su asiento, nunca más abandonado, en “la plaza nueva”, en el 5, pegadito a la barandilla, desde donde saludaba dicharachera a los toreros deseándoles “buena suerte”.

—¡Hola, Angel! ¡Qué bonito vestido traes!—dijo la “aeñá Tana” al recién llegado—. ¡A ver cómo nos lucimos esta tarde!

Romerita, sin hacerla el menor caso, se dirigió al Chavalillo, jactancioso y asustador, al modo de esos esgrimidores que intentan acobardar con sus gritos al contrario, y le escupió más que le dijo:

—¡Vamos a ver lo que quea de toas esas parmas! Te vi a pone a pedí…, ¡vieja rica!

Currito sintió colorearse su cara; no contestó; se mordió los labios, se ciñó con fuerza el capote de lujo y salió andando decidido e impaciente detrás de los alguacilillos.

¡Que soltasen ya el toro para enseñar al fachendoso aquel!

—Qué prisa trae el Chavalillo—observaron los espectadores—. Lo menos les ha sacado una legua de ventaja a los demás.

—¡Qué ridículo!—le motejaron los romeristas.

Y dirigiéndose rencorosos al revistero que se había atrevido profético a ponerle por cima de su ídolo, le increparon:

—¡Don Inocente! ¿Y eso es un torero gracioso? ¡Gracioso usté!

—¡lia confundido el paseíllo con el paso de carga! ¡Vas a ver tú lo que te dura el rumbo!

Le duró toda la tarde. En ningún sitio se pueden hacer menos profecías que en los toros. Para el Chavalillo todas las palmas.

En vano, las proezas de Romerita. Detrás de cada una ponía su arte Currito y, como observaba el graderío, lo "borraba todo".

Las ardorosas palmas al primer valeroso quite de Romerita, un quite "brutal", según hicieron constar sus partidarios puesto en pie para aplaudirle e imponerle a la plaza, fueron acalladas por la ovación clamorosa que arracó Currito inmediatamente en el suyo, "juntando al valor el arte". No daba cuartel el inclusero. Iba el "niño del cantaor" a mitad de su vuelta "al ruedo", recogiendo la ovación ganada por la muerte de su primer toro, y el quiebro de rodillas y las verónicas y nava as del Chavalillo, ansioso de borrar al otro, hicieron ni público olvidarse de Romera y obligaron a éste a acogerse al callejón, a pretexto de dar la mano a un amigo de la barrera, para no pasar la vergüenza de concluir casi inadvertido su vuelta. Hervía de rabia. Mala compañera. Así se divirtió con él Currito.

La gente estaba loca con el Chavalíllo. No había en la plaza más que aquel torerillo, agigantado ante el toro, juntando allí dos cosas tan opuestas como la barbarie y bis delicadezas estéticas del arte.

Impotentes para contrarrestar el sentir general, los romeristas se mordían mentalmente los puños— y algunos materialmente—juzgando, despectivos, en voz baja, porque

en alta era peligroso aquella tarde, el arte “de bolera” del Chavalillo y al público ignorante que le aplaudía.

—Se ha anticipado la corrida de San Isidro.

Los carmonistas, apurando gozosos el sabroso vino de la venganza, no los dejaban en paz.

—¡Vaya ducha, Fermín!—clamaba en su barrera el vozarrón del Alfombrista.

Renacían las clásicas rivalidades, alma de la fiesta. En algunos tendidos hubo palos. Al “doctor Ramitos”, que asistía por segunda vez en su vida a una corrida de toros, se lo llevaron a la Prevención, por liarse a golpes con un antiguo lagartijista, que consideró excesivo comparar al Chavalillo con Lagartijo.

—Excesivo para Lagartijo, señor mío. ¡Qué más hubiera querido él!

El propio *Romerita*, desconcertado por el poder del adversario y por la actitud del público, de quien su vanidad le hizo creerse dueño para siempre, perdió el dominio sobre sí y, ciego de rabia y de envidia, “hizo el pelele” dos o tres veces.

Una de ellas, caído en el suelo, le iba ya la cornada por el aire, cuando con la vieja, con la generosa caballerosidad española, que aún vive, por cima de odios y rivalidades, noble y señoril en el ruedo taurino— mire usted dónde se ha ido a refugiar desde que la echaron de la política y de los corrillos literarios—, se tendió amparador el capote de Currito entre el toro y el caído y libró a éste, llevándose a la fiera presa en los vuelos de la capa, que, salvado el peligro, se extendía ante el comúpeta graciosamente, con amplitudes y ritmo de abanico en manos de una coqueta.

Más le dolió a *Romerita* que un cornalón. Hubiera preferido mil veces una cogida grave a la humillación aquella. Apenas había rematado el quite Currito con una airosa vuelteeilla y un bofetón al toro; aún no había tenido tiempo de descubrirse para agradecer el frenesí de las

palmas, cuando ya tenía encima al soberbio Romerita, sucio y descompuesto do traje y de modos, riñéndole iracundo.

—¿Qué t'has figurao quién soy yo, niño? Pa toreá conmigo hase farta otro modo.

—Yo tengo er mío, y toreo con é, sin nesesiá de pedir permiso a nadie. Ya te lo dije.

Quiso contestar Angel; pero la plaza, en pie, irrv ponente, protestó, justiciera e indignada, contra él. ¿Cómo se entendía? ¡Al Chavalillo, cuando acababa de salvarle! ¡Al héroe de aquella corrida, buscada presuntuosamente por Romerita! ¿Y cuando la plaza entera estaba aplaudiéndole? ¿Qué falta de respeto era esa?

Y, hartos del dominio a que desde la retirada de Carmona les tenía sometidos aquel "pelele", como insistentemente le estaban llamando los carmonistas, no le dejaron en paz en toda la tarde.

—¡Aprende, trompo!

—¡Tila! ¡Tila!—chillaba vengativo el bando car- monista por corolario de cada ovación al Chavalillo, presentando de una vez al cobro todas las letras de rencor que guardaba contra el niño de "Don Teodoro".

Entró Romerita en su casa como un ciclón, tirando, rabioso, contra el suelo las prendas del "vestío", que se quitaba violentamente con reniegos y por vidas, capaces de hacer ruborizar a un torero de mala lengua, y en cuanto llegaron su apoderado y el Joyero se encerró con ellos en el comedor, huyendo de los amigos, que, pretendiendo consolarle, aumentaban el despecho del vencimiento con la torpeza de sus comentarios.

—Sierro usté, pa que no vengan a molestamos esos permaso3—ordenó al apoderado. Y así que estuvieron a cubierto de indiscretas curiosidades, advirtió resueltamente a los dos:—¡Ese cimero no tié que torear más conmigo! ¿Se entera usté? Donde yo esté no ha de tené paso. So lo dise usté esta misma noche a Retana, pa que mañana no se

díscurpe con no saberlo. Si lo pone en er abono, que no me ponga a mí. Conmigo no se puede haser punemente lo que ha hecho esa lombrís. Toa la tarde tirándome ventajas. Y er tontaina dcr público tocándole las parmas en cuanto se movía. ¡Plasa de horteras!

—Cálmate—le dijo Fermín, hablándole con la sinceridad y el seso que pueden permitirse y usan con los toreros muy contadas personas—. Cálmate y ponte en la realidad. Este—por el apoderado, que silenciosamente mordía el puro, nunca separado de su boca, sin impresionarse por aquella ira, acostumbrado como estaba a tales desahogos del vencimiento en su larga vida de representante de toreros—no hará nada ni le dirá nada a Retana. Ya no es posible lo que quieres. Tú mismo le has abierto paso con la tontería de querer esta corrida, dándole beligerancia. Ya te lo advertí y no me quisiste hacer caso, ¿Qué ibas ganando en ella?

—Todos los amigos me dijeron que yo hasía muy bien y que no debía de consentí que otro me pisara er terreno. Diga usté que los toros y er público…

—Los amigos de los toreros no quieren más sino que éstos los diviertan, que continuamente os estéis liando el toro a la cintura para darles gusto, sin mirar cuál es vuestra conveniencia. Y ésta no era la tuya. ¿Qué tontería y qué prisa te entró, sabiendo que te has de ver con él tantas veces? ¿Cuándo has visto tú que ningún torero haya hecho lo que tú hiciste la otra tarde, yendo a pedirle a la empresa esta corrida?

—¿No me desís tóos ustés Frascuelo? Pues Frascuelo hiso así cuando escomenzaba don Luis Masantini.

—Mira, Angel, aquellos eran otros tiempos, en que el arte del toreo no había adelantado tanto como en éstos. Estonces se toreaba menos, en todos sentidos, y los toreros tenían tiempo para todo: hasta para pelearse de veras en la plaza unos con otros; pero ahora, con tantas corridas y

tanto tren, el que no se cuida está perdido. Ya sabes que la principal habilidad de un torero, el factor de su éxito, es saber administrarse. Y tú ahora no te has administrado bien.

—Si es que los horteras der público no me dejaban viví con sus chiyíos… ¡Mardita sea su corasón suyo!… Er día que ese cunero vuerva a torea conmigo, der primé derrote le vi a enviá a los parcos.

—¡Ay de ti si no lo haces!… ¡Mira tú el “pasmao” del “esterero” chillándome a mí, creído cuando menos que ha resucitado Lagartijo!… ¿Y qué, ¡so lila? ¡Aquí está Frascuelo!

—Es que cuando los públicos le cogen a uno cuesta abajo una tarde…

—Pues mañana verás los periódicos—insinuó el apoderado, mordisqueando el puro.

—Esa es otra.

—¡Mardita sea mi vía! Háblen!es ustés a los amigos esU noche, ya mismo, pa que in’aiivien lo que puean y quiten jierro a esa ajilao, que la corría de la plasa no tiene más que trese mil espertaores y la de eyes trese m ¡yones. Y usté yame a conferen- sia a Seviya a mi compadre y dígale que se mueva ayí. ¡Mardita sea la Inclusa, er Hcspisio y er Isti- tuto!… ¡Er postín que se estará dando esa bailarina!…

La “bailarina” tenía otras preocupaciones en aquella hora. Llena de gente la casa, atestada su habitación, que era ya la principal, la sala con alcoba de los huéspedes caros, rodeado de poetas, de políticos, de artistas, de aristócratas, de señoritos ricos y de menestrales pobres, que acudían a rendirle ¡pleito homenaje, confundidos todos democráticamente en la comunidad igualadora de ía devoción al ídolo to- reril, deseaba impacientemente que se marcharan aquellos “jeleras”, aturdidores con sus vehementes enhorabuenas, sus gritos, sus hipérboles y los

estrujones ele sus abrazos, para volar donde su deseo, y ahora, sobre todo, su curiosidad, le llamaban.

—¡Estos permasos que nunca tienen prisa!…

Mas cuando, aclaradas las filas, Copita le invitó con un guiño a salir, se vió repentinamente acometido de un temor celoso que nubló su contento. ¿Cómo recibiría ella la noticia de la humillación del otro?

Se apoderó de Currito su enemigo el apocamiento. Tuvo miedo. Y, deseándolo tanto, no se atrevió a ir a casa de la Gallega.

—Vaya usté, Joaquín—dijo a Copita en un aparte—. Vaya usté; jj no pueo. Tengo que ir a sená con estos amigos. Es un compromiso. Dales usté recuerdos y les dise que mañana iré yo.

—¿Qué te pasa, niño?

—Ñá. Que tengo este compromiso. Se lo cuenta usté tóo… y luego se viene usté pa “Los Burgaleses” a sená con nosotros, y me dice usté lo que le haiga dicho.

Acostumbrado a las cosas de Currito, y percatada su perspicacia de lo que pasaba en aquel corazón de niño, el banderillero se encogió de hombros y se fué a contar en el pisito de la taberna de la Ronda que Curro estaba rodeado de duques y marqueses que se lo querían llevar a comer al “palasio reá”.

El Chavalillo, así que salió Joaquín, concluyó de acicalarse, se puso el sombrero cuidadosamente ante el espejo, tomó el pañuelo limpio y dobladito que le entregó Gazuza, se lo metió en el bolsillo superior de la cazadora, coquefconarnente, con las puntas fuera, y, dirigiéndose al “doctor Ramitos”, perorante incansable en el grupito de admiradores que aún permanecían allí, a despecho del apremio hambriento de la hora, le invitó a salir con él.

—Vamos a come antes de que vengan a buscarlo a usté pa yevárselo a presidio por lo de esta tarde… ¿Se quedáis ustedes?—preguntó a los demás echando a andar sin

esperar la respuesta. Y cogiéndose del brazo del camisero de la plaza de Santa Ana, le convidó:—Usté se viene a sená con nosotros…, “señor Crus”.

El “señor Cruz" a poco estalla de satisfacción. Los otros salieron con ellos, unos para despedirse en la calle, los demás para dejarlos en la misma puerta del restaurante, con la esperanza de una invitación que les permitiese seguir acompañando al ídolo y darse tono al día siguiente contando en todas partes “Anoche cenamos el Chavalillo y yo”…

Cenó el Chavalillo con aquellos amigos y con otros que se convidaron y ya no le soltaron en toda la noche. ¡El postín que se dieron acompañándolo y las habilidades que empleaban para colocarse y mantenerse a su lado!… Estuvo Currito un momento en el café lleno de ruido, que aumentó hasta el alboroto a su nitrada. Luego se fué o se dejó llevar a un palco de Apolo, siempre rodeado de sus amigos, y haciendo doscientas paradas de la esquina de Fornos a la puerta de aquél para saludar a otras tantas personas que le felicitaban y engrosaban luego el corro acompañante. Si hacen el teatro un poco más allá, toma aquello caracteres de manifestación pública. Así y todo le faltó muy poco. En Apolo ocasionó la entrada del Chavalillo en su palco un nuevo alboroto y hasta su poquito de interrupción de la comedia. Algunos espectadores aplaudieron; los cómicos saludaron con expresivas miradas, guiños y ademanes amistosos al héroe, de cuyas hazañas les fueron dando noticia durante el aburrido ensayo de la tarde y la función vermut,

Y ya no hubo modo de que se mirasen unos a otros los personajes de la farsa, puestos los ojos en el Chavalillo, como si él les tuviese que dar la réplica; sin que el buenazo del público protestara, ni aun se molestase por ello, mucho más intrigado que con la representación con el efecto que

le hacía al torero, que era el único espectador que atendía a la escena.

Hasta la puerta de su casa le acompañó la innumerable escolta. ¿Cómo hasta la puerta? Hasta la mismísima alcoba llegaron, con deseo de charla, el “doctor Ramitos” y unos compañeros de posada que se encontraron en la calle y, por acompañar al héroe, renunciaron al trasnocheo.

Hubo que echarlos.

—Dejarnos ustedes, que me estoy cayendo de cansancio y antes de acostarme tengo que hablá con Joaquín.

—Sí, home; sé favó salirse ustedes un poquito— pidió Copita, que también se caía de sueño tras las carreras de la tarde y el insomnio de la víspera.

—¡Uf! ¡Permasos! ¡Más que permasos!—suspiró con desahogo Currito cuando se hubieron ido—. ¿Qué le ha dicho a usté?—preguntó anhelante.

—Afigúrate. S’han alegrao más que si les hubiese tocao er gordo..

—Yo digo eya: Roeío.

—¿íiosío?… lÍosío si no ’ha puesto a bailá es porque la pobresita ha perdii os paliyos der buen humó con tanta sabonsión como la susede.

—¿S’ha alegrao?—inquirió ansiosamente el inclusero.

—S’ha alegrao y te lo ha agradc-sío. Ya sabes tú que acá chanelamos una mijita de eso.

Se había alegrado, sí. Era el consuelo de la venganza. Todo su dolor, el rencor, el odio que guardaba a Angel explotaron jubilosos a la noticia de aquella humillación. Sus ojos fulguraron vengativos. Currito adquirió ante ellos grandes proporciones. Ya no era sólo el protector, el amigo; era el vengador. Tan poquita cosa, tan “senificante”, le había vencido; mejor aún, había humillado a aquel hombre tan vanidoso, tan soberbio… ¡Dios justiciero que castigas a los malos!…

—¡Hubiera querido verlo, Copita!

Era el primer momento de alegría desde su desgracia. No era mala; no, señor; no quería serlo; pero no se sentía capaz de perdonar ni de olvidar. ¡Era tan grande, tan inmerecido, tan cobarde el daño!…

—¡Qué diera, Manuela, qué diera yo por ser hombre y torero y poder haserle lo que le ha hecho Currito, “esa lombrís” como él le llamaba!…

“Pero… ¿se lo harías?… ¿Estás segura de que se lo harías?”—le preguntó después, a solas en la obscuridad y el silencio meditativos de su alcoba, esa voz interior fría y desconfiada que deja pacientemente pasar todos los tumultos para confesamos en la soledad, poniéndonos frente a frente con nosotros mismos.

Rocío se incorporó en la cama alarmada.

—¿Que si se lo haría?—se contestó resueltamente—. ¿Qué ha hecho él conmigo?

La niña se despertó al sentirla y gimoteó un momento.

—¿Qué ha hecho con este angelito inosente, abandonándola, despresiándola, condenándola a la deshonra de no tener nombre?

Cogió la niña en brazos, la acunó levemente, y con ella dormidita junto al pecho reflexionó, se adentró en sí misma y se auscultó serenamente,

¿Quedaba algo de Angel en su corazón?

Antes que su boca, antes que el mismo pensamiento, contestó por ella rotundamente un movimiento de repulsión. ¡Oh, no! ¡No!

Y rencorosa amenazó en la obscuridad con un vengativo puño, tan fuertemente apretado que las uñas se le clavaron en la palma de la mano sin que se enterara. A poder, ella le hubiera hecho lo mismo que Cu- rrito. Y mucho más. Y si pudiese mandar en el toro… ¡Ah, si ella hubiese podido mandar en el torol… ¡Si ella pudiera!… ¡Infame! «Canalla! ¡Mal hombre! ¡Mal padre!

Otra vez lloró la niña.

—¡Pobre ángel mío! ¡Duerme, mi vida; duerme, inosente; duerme, corasonsito de tu mama, consuelo mío! ¡No estás sola en el mundo, me tienes a mi, a tu mamaíta, que no te abandonará nunca!… Y yo te tengo a ti; no estoy sola; tengo a mi hijita. ¡Gloria! ¡Encanto! ¡Tesoro mío!…

Y al sentimiento maternal, que bañó su corazón con un bálsamo de paz y amor, se sosegó su ira y sus pensamientos tomaron otro rumbo.

Su casa, sus padres… Tembló. ¿La perdonarían? Currito la había dicho que sí. ¡Qué bueno era Currito! Sí; la perdonarían. Ella sabía ya del amor maternal. La perdonarían; tornaría a su casa; viviría escondida, recogida, sin ver a nadie, sin que nadie la viera, como en un monjío riguroso, pero rodeada de cariños: el de sus padres, el de su hijita. En el mundo no hay más… ¡Su pobre mamaíta! ¡Su papaíto, que habría sufrido tanto con aquella mala acción de su “muñequilla”!… ¡Cuántos abrazos, qué de besos, 8 su llegada! ¡Cómo los iba a querer!…

Y ya se doimria, esperanzada y feliz, mecida en su alegría, vieudo corretear a su Dolorcita por el blanquísimo patio, cuando se le representó otra imagen: Currito, que se apareció por allí con su pobre vestimenta de “afisionaíllo”, mirándola tristemente.

¡Pobre! Tan enamorado, tan respetuoso…

Tan respetuoso hasta entonces—se dijo desvelada—, que bien clara se leía en sus ojos la decisión de hablar, venciendo a la timidez que le detenía. Y Rocío temblaba al bochornoso momento en que el inclusero la avergonzaría con la confesión y las demandas de su amor.

¡Qué bajo, qué bajo había caído! Hasta aquel hombre tan bueno podía atreverse ahora a solicitarla, a menospreciarla, con la libertad a que su situación daba derecho.

Y se tapó con el embozo de la sábana la cara, que la ardía, y, sintiéndose sola y desamparada, llamó a su madre, rezó a su madre.

·— ¡Mamaíta! ¡Mamaíta mía, ampara a tu hija!

Pero… ¿y si Currito, tan bueno, tan noble, no la quería do ese modo?…

¡Ay! ¡No! Ella sentía por Currito una gratitud muy grande, una simpatía profunda, hasta una inclinación fraternal; pero amor…, amor, no. No podía ser. Rocío había muerto para el amor y la alegría.

Y, ya en la linde del sueño, iba dejándose vencer por él, rendida de tanto cavilar, y aun seguía batallando en la inquieta imaginación el tumulto de sus pensamientos.

—¡Pobre Currito!… ¿Por qué nacería tan poquita cosa… inclusero…? Tu hijita también… También sería inclusera… si no es por el inclusero. ¡Hija de mi alma!… Todos iguales… Hijo de la Inclusa… Madre de la inclusera… ¡Mama, mamaíta mía!… ¡Papá, perdón!… La niña… ¡Tu Muñequiya!… Mi casa… ¡Mi casa! ¡Mamaíta!… ¡El patio!… ¡Las macetas!… “¿Arreglamos esas masetas?…”

Y se quedó mansamente dormida, con su hijita apretada contra el corazón, que se movía rítmicamente, suavemente, con una sabia, una irónica y bondadosa indulgencia de los tumultos mentales, vanos movimientos de rebelión contra el irresistible poder del señor de la vida.

—Duerme, pobrecita mía, duerme. Sueña. Llama a la razón, esa vieja fría y calculadora, y ordena con ella tu vida. Disponed de mí como os plazca… Pero óyeme: tip… tip… tip… tip… Sera lo que yo quiera.

Capítulo IV

“… CON LA REVISTA DE TOROS!”

UNA MAÑANA, por los días risueños de la feria de abril, fué Currito, como prometió a Rocío, al cortijo de Montcllano, donde, alejado del mundo, vivía Carmona con su mujer, huyendo avergonzado de las miradas de la gente. Para el mejor éxito de su embajada, Currito se hizo acompañar de don Ismael Sánchez Marquina, a quien puso concisamente en autos de lo acaecido a Rocío.

Con el pie en el estribo, para subir, de retorno a Sevilla, al automóvil que los condujo, en el que ya se acomodara Currito, atemorizado y lleno de confusión, “Almanzor” se volvió con ojos llameantes hacia la puerta que Carmona acababa de cerrar violentamente, hizo con la mano el amenazador signo de espera ai correr del tiempo, y gritó airado:

—¡Manuel, eres un bárbaro!… Yo que te conozco bien y sé lo que de ti puede esperarse—continuó diciendo, como si el otro le pudiera oir—no te pediré cuenta de la grosería que acabas de hacerme arrojándome de tu casa; pero Dios castigará tu soberbia y la crueldad de negarte, ¡padre sin

corazón!, a recibir a la hija infeliz que, arrepentida y castigada, te pide que la perdones…

—Vámonos, vámonos—ordenó al conductor, dejándose caer en el asiento—. Muy obstinado—dijo a Cú- rrito—, muy terco le suponía; pero, ¡retaco!—se le escapó redondo—, no tanto ni tan inhumano. De poco le ha servido el año y medio que lleva aquí encerrado, cuando no ha podido vencer la soberbia que le posee ni calmar esa cólera salvaje… ¡Rechazar, abandonar así a una pobre niña, que ha pagado tan caro el pecado de su inexperiencia!… ¡Fiera!… ¡Arrojamos de su casa de ese modo en cuanto so la nombramos; sin razones, sin permitirnos hablar, sin consideración a nuestra vieja amistad ni respeto a mi sota'-,!—remedándolo enojado:—¡Fuera! ¡Irse! ¡Irse!… Como se echa a un perro.

Currito callaba. De toda la violenta y breve escena, lo que más le había impresionado fué la mirada anhelante de Teresa en cuanto nombraron a su hija, y la expresión de dolor y la forzada resignación con que salió del cuarto en que se hallaban, empujada apresuradamente por su marido, sin permitirle cambiar palabra con ellos-

—i Manuel! ¡Manuel!—gemía Teresa suplicante—. ¡Es nuestra hija! ¡Es tu hija!

—¡Mentira! ¡Fuera! ¡Te digo que te vayas!—y el bárbaro, sordo a todo, la llevó a la fuerza, con prisa, hasta la puerta.

Apenas si, al salir, pudo decirles en una mirada llorosa algo de lo qu9 su corazón de madre guardaba para la hija desgraciada.

Luego Cannona, erguido en el umbral, duro, colérico, inexorable, se volvió a ellos negando a su hija y extendiendo un brazo que les señalaba enérgicamente la salida, sin permitirles palabra.

—¡Irse! ¡Irse!—lea gritó echando fuego por los ojos—. ¡Irse ya mismo, o hay aquí una perdisión! ¡Irse! ¡No sé de

quién me habláis! ¡Esta es una casa honrá! ¡Digo que se vayáis! i Fuera! ¡Fuera!

Llegó hasta a empujarlos desconsideradamente, y él mismo, casi sin darles tiempo a trasponerla, cerró la puerta do la casa con un brutal portazo que la hizo retemblar toda, y so le oyó asegurar, con plisa y violencia, coito jos y tranca, contra la piedad de fuera.

—¡Cierra, cruel; cierra, ciego; que dentro queda en tu compañía tu dolor por castigo y medicina!…

Arrancó el auto, saltando por los baches del camino. Desde una ventana alta, Teresa les dijo adiós tendiéndoles los brazos, como ei en ellos pusiera el alma y se la entregase para que se la llevaran a su hija.

—Mirusté Teresa, don Ismaé, como βí quisiese desirnos argo. Pué ser que eya lo trastee y lo amanse.

—A ase no le amansa nadie. Es de una soberbia y una tozudez asombrosas. No parece de su tierra.

La rapidez de la marcha les sumió en silencio, y la apacibilidad del campo, que ante el auto se extendía interminable, todo quietud, les comunicó su calma. Cada cual devanó sue pensamientos, abstraído en ello.

Siguiendo el curso de los suyos, el canónigo dirigía de vez en vez miradas escrutadoras a Currito, y, respondiendo a algo que en su mente se tejía, se fué serenando su faz y acabó por sonreír a la idea que le trabajaba.

También Currito sonreía a sus pensamientos. ¡Sola! ¡Abandonada! Tan sola y tan abandonada como él. No tenía más amparo que el suyo. Se la entregaban.

—Pa mí pa siempre. La he cogío y no la suerto.

No iba más allá. Seguía sin atreverse a interrogar el porvenir, temeroso de la respuesta. ¡Si no hubiese por medio aquel hombre!… Sin aquel hombre, ¿quién sabe? Y un mal deseo—“Si un día un toro…”—vivió un instante en la mente de Currito. Pero, si Rocío no había de ser para él, tampoco sería para el “júas”, que no supo apreciar el valor

de aquélla perla. El, sí que lo estimaba; él la ponía por cima de todos tesoros de este mundo; por cima del mundo entero. Currito la amaba como el día que se le metió en el corazón. Nunca pudo dejar de quererla. La quería más ahora, porque en la hoguera del amor las dificultades y los imposibles, son leña, y la compasión aire… Y el dolor del infortunio de Rocío acrecentó la pasión del inclusero.

¿Llegaría ella a quererle a él? Tristemente rehuía Currito la respuesta. Afecto amistoso, hasta un cariño fraternal, le tenía indudablemente la hija de Carmona, y ya era esto algo para la soledad sentimental del Chavalillo; pero no se le ocultaba a éste la imposibilidad de encontrar ahora en el desengañado corazón de Rocío calor para otro sentimiento amoroso.

i Y, sin embargo, Currito esperaba. No sabía concretamente qué; pero se había aferrado a una ilusión, que le hacía grata su solitaria y áspera vida. Ahora ampararía a Rocío, la tendría lejos de aquel maldito.

Y después…

Después, por lo menos, encontraría en ella siempre un interés afectuoso, algo del calor familiar que buscaba la soledad del sentimental inclusero, anhelante de ternura.

Próximos a Sevilla le despertó la voz de don Ismael, que dueño de “su idea” hacía averiguaciones, dejándose caer con preguntas capciosas, que Curri- to contestó a satisfacción del canónigo.

—Pa mí Rosío como si fuese la Santísima Virgen en su artá—resumió, contestando a la última y definitiva pregunta de “Almanzor”, al despedirse a la puerta de la casa del canónigo.

—Baja, baja, que te has subido muy alto—le reprendió, satisfecho, don Ismael—. Anda con Dios, y que El te dé mucha suerte hoy y mañana, para que acabes la feria como la has empezado.

Y se metió en el portal, murmurando contento:

—¡Inescrutables caminoe de la Bondad Divina!

Aquella tarde, deseoso de saberlo todo bien, envió “razón” a Copita en la plaza para que, a la noche, fuera a verle a su casa.

—Cómo se conoce que estáis otra vez en las nubes, que así olvidáis a los viejo» y buenos amigo»— dijo el canónigo al banderillero, encerrándose con éste en el despacho, llenas las estanterías que cubrían las paredes de imponentes librotes y venerables infolios, y atestada la mesa de papelotes, entre los cuales daba una nota de alegría un cacharro de Triana con olorosos claveles aromando los píes de un antiquísimo Cristo marfileño, que allí bendecía e inspiraba el trabajo.

“Almanzor” hizo sentar al banderillero en un sillón, sacó de la mesa una caja de cigarros, obsequió con uno a Covita, y fué a sentarse junto a él, en el, butacón donde, con una mesita delante, sobre la que ahora estaba abierto un libro de versos, acostumbraba a leer y meditar cómodamente el canónigo.

—Toma y fílmatelo a mi salud, desmemoriado.

—¡Se quié usté cayá! Si es que ni pa dormí le dejan a uno los “geleras”. Luego, corrió er niño quiere que yo se lo haga too, porque no se confía con nadie más que conmigo, no paro en too er día, y Copita ar enserraero a ver los toros que van pa esa corría, y Copita a liablá con aqué empresario, y Copita ar sorteo por la mañana, y Copita a suar betún por la tarde en la plasa, y Copita en er “Nueve” por la noche a dar coba a los afisionaos y revisteros que recalan en este cormao…

—Y a beberse él unos chatitos…

—Que no es pecao, señor. ¿Pa qué ha hecho Dios er vino? Totá: que Copita no tiene un rato suyo pa echarlo con los buenos amigos como usté. Ahora me carga Curro er mandao de haserle er quite der Poyo tísico, que s’ha emperrao en ser lo que era antes, en cuanto nos ha visto en

arto otra ves. Y Curro no lo jama. Esta criatura lióles la de antes. Desde que s’ha tropesao con Eosíííí es otro. Muy hombre y muy resuerto.

—¿Pero hay algo entre ellos?—preguntó “Almanzor”, conduciendo la conversación al terreno deseado.

—¡Josú! ¡Ná! Con ese toro, Curro es un pursilá- mine. Está acharaíto por eya, que lo tiene enganchao por la faja; se le sale er queré por los ojos; pero no s’ha atrevió a desirle palabra. Ni s’atreverá. Ya lo conose usté. Ese no se estira ná más que delante er toro. Además es un hombre muy cuba; ni párese de la Cuna ni que ande en este oiisio, donde tóo es arrempujá ar torero a haser su gusto. Es muy rnirao. A su móo, es muy cabayero.

—¿Y ella?

—La probesita está como si la hubieran senten- slao a muerte y aguardase ar verdugo. Tan seriesita, tan triste…

—¿Se acuerda del otro? ¿Le quiere todavía?

—Más má queré le tiene que yo a los toros de Miara. Y es do rasón. ¡Hay que ver la oharraná que la ha hecho!… Como pa pintarle er nueve de oros a balasos en er oorasón.

Y, muy por menor, refirió al canónigo la' desgraciada historia, que don Ismael conocía confusamente por el conciso relato de Currito, desde el abandono en Méjico hasta el encuentro en el portal del Pintao; el acogimiento en la taberna, con un apa-' sionado retrato de la señá Manuela —“Que nos va usté a tené que casá muy prontito, don Ismaé”—; la resurrección de Currito para atender la que llamaba obligación de gratitud, amparando a Rocío, y la respetuosa delicadeza con que acudía y se anticipaba a todas las necesidades de la infeliz, cin permitir a Manuela poner otra cosa, aunque lo había pretendido “porque era un corasón de merengue”, que su casa y el cariño que había tomado a Rocío.

—¡Y que esa criatura haya despresiao a un hombre tan cabá por un granuja como ese desbaratac!

—Siempre fué ciego el corazón de la mujer.

—Y er der hombre, don Ismaé; porque Curro de cada día está más colao. Ya ve usté: con esta rivo- lusión, que está la gente sosliviantá, tiene las mujeres asín pa lo que quiera; asín—juntando los dedos de ambas manos en piña—. Y él ná: Rosío y Rosío. £ero eya, ná también; no le consentirá ni tanto así, como no vaya po er camino erecho como Dios manda. Y aun así dudo que lo ásete, porque a la probe- sita se la ve que habla de veras cuando dise que pa eya s'acabao er mundo y no le quea corasón pa ná. Hasta tiene cara de monja. Tampoco creo yo que ¡Curro se atreva a tanto, aunque mucho la quiere. ¿Qué diría la gente?

—La gente que dice, no da nada a nadie—cont sló el canónigo— Ni tampoco quita, porque el mundo es muy pequeño y todos nos conocemos. Todo lo que Seseamos está en nosotros mismos. El secreto de la felicidad posible aquí abajo consiste en ambicionar poco, y en no dificultar su consecución con obstáculos que neciamente nos ponemos, haciendo del pensamiento de los demás, que nunca es freno para detenernos en el camino dol mal, muro que cierre c-1 paso a los deseos honrados.

—Mire usté que, ar fin, Currito es hoy er primer torero de España, aunque no quieran los romeristas, que se van a quear mancos de tanto morderse los puños en la plaza, y esa categoría le obliga a mucho. Er mundo es er mundo, don Ismaé.

—Pero .los errores, más que faltas, cometido.' contra las pragmáticas mundanas no pueden ser condenados con penas perpetuas irremisibles cuando el corazón no ha incurrido en ellos por malicia, y su fuerza inductiva no fué un apetito torpe o un temperamento vicioso. Todo en moral es cuestión d i bondad o maldad. Se puede obrar mal ocasionalmente y no ser malo. Esto es lo que importa y este es al caso de Rocío. Además, vuestro mundo, como el de todos los que sufren el dominio de ese déspota que ge llama

“público”, no es un mundo escrupuloso de prejuicios. A fuerza de saludar todos días de cerca a la muerte, y de jugar confianzudamente coi; ella, se adquiere, por instinto, otra visión, no eé s: más exacta, del mundo. Y la esclavitud en que viví del público parece también como que fuerza a la rebeldía de una libertad fuera de la escena, que sonríe de prejuicios y preocupaciones sociales. Líbreme Dios de aplaudirlo como sistema; ¿adonde iríamos a parar?… Aparte, amigo Copita, de que lo que hace un torero está siempre bien hecho. ¡No faltaba más! ¡Lo hizo el Fulano! ¡Boca abajo todo el mundo!… Y después, en este caso tan dudoso, Currito puede contestar con una porción de razones de incontrastable p so, desde la primera piedra del Evangelio, hasta la copla popular:

La quiero porque me da
la repajolera gana…

—¿Y no es fuerte cosa que un hombre sea tan bueno y suba tan arto, y no encuentre too lo que se merese? No es que sea eya mala, ¡pobresiya! Más buena es que un consuelo pa un triste; pero vamos… yo quería pa Curro otra cosa mejó.

—Lo mejor del hombre es el corazón» Mientras el corazón permanece sano y limpio en su altura, el hombre se conserva en toda la integridad de su bondad. Si no fuera impropio, yo te contestaría con estos versos de Tomás Morales, el alto poeta, que estaba leyendo cuando has venido—concluyó “Almanzor”, posando una mano en el libro abierto sobre la musita:

Amigo, es incurable el mal que teoompunge;
con ambición tan grande no encontrarás sosiego;
la perfección que buscas ni aun a los dioses unge,
pues que Yulcano os cojo, y el mismo Amor es ciego.

—Sí, señor; y muchos bomis y jorobetas se casan, y sus mujeres se namoran de eyos por buenos; y tóos tenemos defortos que perdonamos. He entendió lo que m’ha querío

usté desí con esa copliya, aunque usté piense que acá no chanelamos de eso. Pero lo que yo digo es que he visto a Currito tan namorao, y a eya tan subía a la parra y tan despresiativa porque lo veía tan abajo, y ahora eya ha caío más bajo, Curro está en arto y lo veo más colao y… ¡Que no lo entiendo, ea!

—¡Qué sabemos nosotros de los caminos de Dios!

Copita se le quedó mirando con sorna; se pasó la palma de la mano por los labios; tragó saliva; hizo un gesto condescendiente, y replicó, enterado:

—¡Vamos, don Ismaé!… No se ofenda usté; pero ¿usté cree que Dios, con tantismo como tendrá que hasé ayá arriba, va a perdé er tiempo metiéndose en estas cosas?

—Y en otras más pequeñas. ¿Adonde no alcanzará su bondad? ¿No lo has visto tú mil veces bajar a la plaza y haceros el quite? ¿Cuántos no te ha hecho a ti que no lo mereces?

Repentinamente, Copita se puso serio.

—¡Home, don IsmaéL.—reconvino alarmado al canónigo—. Que yo seré malo como torero, pero como hombre, no. Y no esta bien que usté, que le habla ar Señó con tanta confiansa, diga esas cosas en vos arta, pa que las oiga, se las crea, y fastidie ar pobre Gopita, que no Le ha hecho daño a nadie en la vía; ni a los toros.

—Tranquilízate, que ya te conocen allá arriba— repuso riendo “Almanzor”. Y concluyó su inquisición con una última pregunta—. Díme otra cosa: ¿Cómo se llevan Curro y Romera?

—A matar. Romerita no le perdona a Curro los disgustos que le da en la plasa.

—Y seguramente la protección a Rocío.

—Eso le trae sin cuidao. Ni creo que lo sabe. Y Currito no lo jama ni frito con torresnos. Lo vuerve otro hombre. ¡Juy, si lo dejasen ser toro! Pero ya que no puede campanearlo a su gusto, le da cá baño que lo pone negro. Loco lo trae.

—¡Es mucho torero Currito!—comentó gozoso “Almanzor”.

Y enterado de cuanto deseaba saber, derivó la charla hacia el sabroso tema de su afición. Poco después se despidió Copiia.

—Que me tengas al corriente de ¡o que ocurra—le encargó don Ismael—. ¡Pobre muchacha, qué disgusto va a recibir! Dile que fíe en Dios y que no desespere.

En el tren, cercanos a Madrid, dijo Currito a su banderillero:

—Yo no se lo cuento a Rosío, Joaquín.

—Ni yo tampoco—contestó Copita—. Lo mojó será desí que no has visto a Manué. Y como a la noche salimos pa Valensia, y de ayí pa Jeré, cuando vorva- mos ya se lo ha dicho Manuela y t’ahorras er má rato.

Pero lo adivinó Rocío. Tan torpee anduvieron que no le fué difícil descubrir la verdad a través de sus inseguras evasivas.

Pretextando quehaceres urgentes, matador y banderillero difirieron a la tarde la visita, y envió Currito por Gazuza los regalos que en gran cantidad traía de Sevilla: golosinas de la tierra, que tienen para el ausente mejor sabor por sus nostálgicas evocaciones que por su dulzura; abanicos, en cada una de cuyas varillas hacían saltar un recuerdo las figuras y rincones sevillanos de los países; una ráfaga del aroma de Sevilla con un enorme ramo de clavelones rojos, amarillos y blancos, que era como una bandera de la ciudad del sol, de la alegría y de la gracia; cacharros de Triana; grandes fotografías del Snñor del Gran Poder y de la Macarena; un mantón de Manila blanco y grana para Manuela, y un sinfín de juguetes para Dolorcita, todos muy a propósito para una niña de pedio: lindas y engalanadas muñecas, mayores que su dueña; clowns que hacían inacabables planchas en la barra fija; pastoras con sus rebaños; pelotas, aros, combas y hasta un

ferrocarril mecánico con sus rieles, sus túneles, su telégrafo y sus estaciones con jefe y todo, comprados por el expeditivo procedimiento del Chavalillo.:

—Dame usté los mejores juguetes que tenga. Seis mí reales de juguetes.

Contra su costumbre, Gazuza no subió a la casa y apenas se detuvo un minuto en la taberna, mudo y con prisa. Luego irían el matador y Joaquín.

Con el tiempo tasado, próxima la salida del tren, se presentaron Cunito y Copita en casa de ia Galle· ga. Su tardanza tenía harto inquieta a Rocío y de cara a la verdad. Las prisas de Cuxrito, su turbación, las contradicciones y la vacilación de sus respuestas vendieron al torero, a quien Cepita había dejado solo, a pretexto de hablar con Manuela para hacerle relación detallada del suceso.

Deshecha en lágrimas, cortó Rocío las evasivas de Currito.

—¡En mi casa no me quierenI ¡Mi padre me ha rechazado! ¡No me perdona! ¡No nos quieren!—dijo a su hija, apretándola desconsoladamente contra el pecho—. ¡No nos quieren,! ¡Nos rechasan, hijita mía, desgrasiaíta mía!…

Inútilmente pretendió el torero calmarla con esperanzas. Todo era cuestión de tiempo. Don Ismael así lo creía.

Manuela insistió luego en esta perspectiva. Al padre le duraba el enfado; era, por lo visto—y que dispensara, que no lo decía por le ofender—, un señor de mal genio; pero la madre ya se sabía cuál era su pensamiento. Y ella ablandaría al marido.

—Las mujeres hacemos lo que le queremos de los hombres.

—No, Manuela, no. Usté no conose a mi padre. Cuando él dise una cosa nadie le vuelve atrás. Es de hierro. ¡No me quiere! ¡Me ha maldesío!·

—No me sea tontiña. Los padres nunca maldicen de corazón a los hijos. Es ía boca, que habla muchas veces sin permiso de nadie. La perdonará; ¿no la ha de perdonar? Entre la madre y el señor canónigo le convencerán. Mismo halo de ver pronto. El día menea pensado, carta. O a lo mejor, un telegrama, que le es más ligero: “Ven”… Y entonces yo me quedaré soiiña y triste, porque no me acostumbraré sin usté. La he tomado mucha ley; créame, señorita, así Dios me salve.

Rocío apretó agradecida la mano de la buena mujer, que la acariciaba. Los extraños eran para ella mejores qua los suyos.

—Pero ¿por qué Señor, por qué?

Y en el insomnio de aquella noche sin consuelo volteó obstinadamente en la devanadera del pensamiento la misma desolada interrogación. ¿Por qué aquella crueldad, por qué?

—¿No estoy ya bien castigada? ¡Ah, si ellos supieran!…

Y no pudo atinar, ella que había aprendido a costa do tanto dolor y tantas lágrimas lo que es el amor maternal, cómo un nadre podía cerrar inexorablemente su corazón a una hija desgraciada.

Luego surgió en su pensamiento la peligrosa realidad presente y la interrogación inquietante de la vida nueva que tenía quo instituir. Ni un momento lo ofreció duda la ünposibilidad de continuar en aquel precario. Aun siendo tan buenos Currito y Manuela, y, tan nobles sus intenciones, Rocío comprendía que no podía seguir así indefinidamente sin menoscabo de su dignidad, y sin dar motivo a que el torero, tan enamorado de ella, interpretara esta pasividad a su capricho. Era forzoso salir do allí, vivir de sí misma, trab' jar, ganarse honradamente la vida.

—Durmió poco y lloró mucho, ¿verdad?—le preguntó, compasiva, por la mañana la Gallega, viéndola pálida y ojerosa.

—Sí—le contestó Rocío, sin atreverse todavía a decirle su propósito.

—¡Pobriña! No pase pena, que ya verá cómo todo se arregla bien.

A la tarde subió Manuela a anunciar la visita de un su compañero de gremio, un tabernero de los Cuatro Camines, que quería pedir a Rocío un favor.

—¿A mí?

—Eso dice. Yo no sé lo que querrá, porque no acaba de clarearse. Tiene mucho interés en hablar con usté. Es uno de eses que nos echan todos los años la contribución, y hay que lo tener contento; así que, si puede favorecerlo, hágalo, que se lo agradeceré.

El sujeto, un hombre rechoncho, de torpe y balanceante andar, coloradote, con un enorme bigotazo negro, un lunar en la mejilla izquierda aún más enorme, rizado mimosamente, con pretensiones de coquetería, vestido con los trapos del domingo, corbata colorada, sombrero ancho, un tronco de árbol con puño metálico por bastón, mucha pomada en el pelo y en el bigote, y en la boca un fementido cigarro, que nunca so acababa de encender, se explicó cuando ts- tuvo ante Rocío, después de saludar lo más finamente que pudo.

—¿Está usté buena? ¿Y la familia?

El acudía a la señorita porque sabía que la señorita podía servirle en su deseo. “Allí”, la señá Manuela sabía muy bien que él no era desagradecido. Por eso tenía en su barrio y en el comité romanonista “tanta clase”. Su profesión era la de tabernero. Y aunque, gracias a Dios, le iba muy bien en ella, él soñaba para su hijo cosa mejor, de más dinero y más clase. El hombre había meditado mucho antes do elegirle carrera.

—Porque no sabe usté las cavilaciones que dan los hijos.

Rocío letoía curiosa, sin adivinar adonde cono o cía aquella pesada verbosidad.

—Y es lo que me digo—continuó él implacablemente minucioso—: Damián, en España todo está perdido, y no hay más que tres caminos pa hacerse rico: o político, o ladrón, o torero. Pa político no tiene principios mi hijo, y pa ladrón no les tengo yo; pues tie que ser torero, me he dicho.

Se le ocurrió una tarde dominguera, viendo pasar por delante de la taberna un torero que traían en hombros desde Tetuán. Lo malo era que el muchacho, "tontamente apegao al mostrador", se resistía a seguir aquel camino de gloria y dinero. Era al revés de lo que suele suceder: el hijo no quería y el padre sí. Pero como en su casa sólo mandaba Damián, con ayuda dal bastón había convencido a su hijo y lo había matriculado en la escuela de tauromaquia del señor Paco Frascuelo en Madrid Moderno, y, después de probarle con unos becerros en casa del Bonifa y, en la Puerta de Hierro, le había hecho debutar en Tetuán. Cuatro mil reales de localidades había tenido que comprar para que lo pusieran.

—Que cuesta muy caro darle carrera a un hijo, doña Rocío.

Allí había clase de torero. Lo decían todos y él lo había visto. El Chico de la glorieta de los Cuatro Caminos tenía una disposición loca para el arte taurino… Pero el ladrón no le tenía afición ninguna. Así le había puesto el padre el cuerpo de cardenales, que aunque le cogiera un toro no se lo pondría peor. Bueno era ir acostumbrándole a todo. Entre su padre y un Miura, el Chico de la Glorieta no podía dudar: había menos exposición cerca del Miura.

—Bueno; reasumiendo y pa no cansar más. Que el chico está cuajao y consolidao pa salir en la plaza de Madrid; sólo que el señor Manolo Retana ya sabe usté cómo es. Ño quiere más que novilleros viejos o fenómenos andaluces. Y mi chico tiene tanta clase como el fenómeno más andaluz y más fenómeno. Y yo, como sé de estas cosas, he pensao de echarle influencias al señor Manolo. Y como su esposo de

usté, vamos al decir, es un torero que manda, y yo soy muy partidario suyo, aunque no tiene el gusto de conocerme, pues he venío a ver aquí, a la señá Manuela pa pedirle a usté, que tiene con el Chaval todo lo que quiere, que le diga que le hable al señor Manolo pa que saque a mi chico… Yo soy un hombre agradecido…

Rocía, que desdo hacía un rato le oía encendida de vergüenza, atajó secamente al tabernero:

—Viene usté equivocado. Ni yo tengo influensia con el Chavalülo, ni soy nada suyo, ni menos lo que usté piensa.

—Pero ¡señora!, ¿qué tiene eso de particular? Todo el mundo lo sabe, y no hay cül ello nada malo. Los hombres y las mujeres somos así, aquí y en la China. El tiene clase, usté tiene clase, y… ¡natural!

—¡Salga usté, váyase inmediatamente o le arranco esa lengua de escorpión!—contestó Rocío levantándose roja de ira y señalándole la puerta.

El señor Damián, corrido, salió torpemente con Manuela, que procuraba apaciguar con disculpas la rabia que empezaba a barbotar en malas palabras y amenazas,

—¡La Casta y la Susana esa!.. ¿Pero de qué se las da? ¿De virtud romanónica?…

Por éstas, que se había de cobrar de aquel desprecio, un hombre como él, con tanta clase que hasta en el Ayuntamiento y en la secretaría del Conde le ponían buena cara… Por éstas que se cobraba.

Al salir el tabernero, Recio se dejó ca«r en el sofá donde estuvo sentada durante la entrevista, cubriéndose la cara con las manos y llorando lágrimas de vergüenza.

La tomaban por una cualquiera, que iba fácilmente de un hombre a otro, y a quien se podía hablar con el insolento modo do aquel bárbaro. ¡Qué bajo había caído!… I Ciega, que todo lo perdiste ai un engaño!

Y de pronto se hizo luz en su pensamiento. Allí estaba el motivo de la crueldad paterna… Habría llegado a oídos de

su padre aquella mentira, que por lo visto corría por la calle; creería que ella era ahora la amante de Currito; que iba de uno en otro como las mujeres malas; que no tenía vergüenza,.. Por eso, sin duda, arrojó dei cortijo a Currito. ¡No, no! Había que demostrarle en seguida su equivocación, que rectificar y confundir a las malas lenguas —¡inocente!—. Y allí mismo buscó salida a esta situación que la avergonzaba. Currito era muy bueno, Manuela también; pero Rocío no podía continuar en aquella casa más tiempo.

Y, mirando el caso con la serenidad que se adquiere después de muchos golpes adversos, el codo en la rodilla, la barba en el puño y los ojos fijos en un punto que no veían, maduró un plan y lo expuso con decisión, por la noche, a Manuela, que la oyó sorprendida y contrariada.

—Me voy, Manuela.

—¿Qué dice? ¿Adonde?

—A vivir de mi trabajo.

Lo tenía muy pensado. Rocío agradecía la caridad que con ella habían hecho; pera tal situación no podía ni debía prolongarse un día más. Hasta allí justificaba su sumisión a ios cariñosos mandamientos de aquellos amigos tan buenos la interinidad en que se encontraba esperando que se le abriesen las puertas de su casa; pero las circunstancias eran ya otras, y ella no podía continuar así sin menoscabo de su dignidad y riesgo de la buena fama que quería erigir para merecer el respeto de su hija. Ya lo había visto Manuela aquella tarde: la creían otra cosa. En Madrid, y seguramente en Sevilla, la señalaban por la amante de Currito.

—No exagere—intentó persuadirla Manuela—. El señor Damián se ha enterado de su amistad con Currito por Ramón, el chico, que al marcharse de aquí entró de medidor en su casa. ¿Cómo demo va a saberse nada en

Madrid ni en Sevilla si no lo hay, y aquí no se da escándalo, ni yo lo consentiría en mi casa?

—Cierto; no se sabe nada porque no lo hay; pero se inventa y se cree, que es peor.

Por sí misma, por su hija y por sus padres, quería Rocío poner fin a este equívoco, y se iba.

Además, aunque no hubiera nada de esto, ella no era mujer para estar viviendo a costa de quien ninguna obligación tenía de mantenerla, ni podía esperar derecho a adquirirla. Su plan estaba formado. Buscaría una casa humilde donde le cediesen una alcoba barata, y trabajaría. No la asustaban la pobreza, que ya era amiga suya, ni el trabajo. Rocío cosía y bordaba muy bien. Manuela pediría a sus amigas, las costureras del segundo interior, que la recomendasen en la tienda donde trabajaban para que la dieran labor; Rocío rogaría a Copita, porque no podía ni debía solicitar nuevos favores de Currito, que le salie-, se fiador de una máquina de coser, ¡y a trabajar!

—Pero yo no quiero que se vaya—protestó el bondadoso corazón de la Gallega—. Yo también estaba i muy sola, y me he acostumbrado a la alegría de su compaña. La he tomado mucha ley, y no quiero que se marche. ¿Cómo se va a quedar esta casa si se va? Mire, cuando yo alguna vez le pensaba en que se me tenía que ir de aquí, aunque no de este modo, claro, me ponía triste. Quédese. Trabaje aquí. Yo no tengo nada que ver con Currito. Le diremos que no venga más…

Rocío, conmovida por aquel interés, estrechó car riñosamente a la buena mujer, la besó y las dos, juntaron sus lágrimas. La voluntad de la hija de Carmona vaciló a los requerimientos de aquel cariño, que llenaba de dulzura su corazón; pero la energía que había sabido encontrar en su pena la mantuvo firme en su propósito.

Todo lo más que pudo lograr Manuela de ella fué que esperase para marcharse al regreso de Currito. Obrar de

otro modo sería desatención que él no merecía.

Aquella noche consoló Rocío sus penas escribiendo largamente a don Ismael. Le incluía una breve esquela para que, como pudiera, la hiciese llegar a manos de su madre: *"Mamita mía querida de mi alma: Por lo que te quiero y me quieres, perdona a tu hija la locura que hizo, y pídele por Dios a papá que no me maldiga y que me perdone también, que Dios me ha castigado mucho y estoy muy arrepentida, que no lo hice por mala, sino porque estaba loca y ciega. Por mi pobrecita hija, por vuestra nieta, tan bonita y tan desgraciada, que no tiene culpa de nada, perdonad a vuestra hija, que os lo pide do rodillas y os quiere y os querrá siempre, siempre, mucho, mucho..."*

Era su carta al canónigo una confesión, llena de dolor y arrepentimiento. Le daba cuenta minuciosa de sus planes de vida, y concluía pidiéndole, por Dios, unas palabras afectuosas, un consejo que la iluminase y su bendición, si la creía digna de ella. Y le suplicaba que intercediese siempre que pudiera con su padre.

Al otro día, Manuela, que no quería que se alejara mucho, le encontró habitación en la de una cigarrera, en la casa inmediata. Era un cuarto pobre, pero muy limpio, alegre y soleado. Por no tener edificación delante, las ventanas se alegraban con la visión de la dilatada campiña que rodea a Madrid, y con un trozo de la Ronda. A Rocío le fué muy simpática esta habitación.

Tres días después recibió la "Muñequilla" contestación do Sánchez Marquina. El canónigo la escribía afectuosas palabras de compasión, de perdón, de esperanza y de aliento; aplaudía sus propósitos y la animaba a perseverar valientemente en ellos, aunque sin lastimar amistades que "Almanzor" sabía nobles y generosas, a las cuales no tenía por qué ofender con un alejamiento absoluto, parecido a ingratitud, o algo más hiriente. "Para salir triunfante de todas las dificultades que se pueden oponer a tus

propósitos, debe bastarte la seguridad en ti misma.” Añadía a sus comortadoras palabras la obra positiva de un giro de quinientas pesetas que la libraba de la contrariedad humillante de solicitar favores metálicos de nadie. “Y no olvides que para todos tus apuros estoy yo aquí." En cuanto a su padre, el canónigo confiaba en que el tiempo, la soledad, las lágrimas de Teresa y las de su propio corazón acabarían por ablandarle. “Reza y confía en las Divinas Manos que se tienden misericordiosas y redentoras a todos los corazones purificados por el sufrimiento.”

A través de la nube de sus lágrimas, Bocio leyó tres, o cuatro veces la consoladora carta, y, cual si fuese la de un enamorado correspondido, besó con transporte el papel que le traía un· eco del cariño de tos suyos y una esperanza do tornar a él. Trabajaría, sí; pondría su confianza en Dios, y esperaría.

Cuando volvió Currito, orgulloso y más que con-! tentó con nuevos triunfos, Rocío tuvo compasión de él, y no encontraba el modo de anunciarle su propósito. Fué Manuela, la habladora Manuela, quien con I oficiosidad de la mejor intención se lo di¿o, sin poderse contener.

—¿Sabe que se nos va esta picara?

El inclusero perdió el color.

—¿Que se va?—tartamudeó—. ¿Onde?

Entre protestas y lamentaciones se lo explicó la tabernera. Currito la oía, alternativamente pálido y colorado; mudo, asombrado, dolido, sin acertar con una palabra de oposición.

—¿Pero tan malamente no3 portamos con usté, se- I fiita Rosío?—pudo balbucir, al fin, trabajosamente, con la boca seca, como cuando estaba delante del toro—. ¿Qué le habernos hecho a usté? Yo me creo no haberla hecho ná malo; y aquí Coaita y Manuela, me creo yo que tampoco; digo yo…

"'Era tan visible el dolor del inclusero, que Rocío, ' conmovida, se creyó obligada a consolarle, llena el alma de gratitud por aquel amor tan callado, tan humilde y tan firme.

—¡Jesús! No es eso, Currito. ¿Qué quejas podría tener yo de ustedes, que sin obligasióu, por lástima nada más, habéis sido tan buenos con estas dcsgra- si adi tas?

—Pues entonse…—atrevióse a insinuar el acongojado ChavalMo.

—¡Hágase usté cargo, Currito! Una mujer desente, y yo lo soy, y quiero serlo y pareserlo, no puede resignarse a vivir a costa de los demás; una mujer joven y con salú, si se estima en algo, no debe ni puede vivir de limosna.

—¡Señita Sosia!…

—Sí; da caridá, de limosna, Currito; que aunque sea con el buen modo, la amistá y el respeto que la habéis hecho ustedes, y que yo les agradeseré siempre, aún más que todo lo mucho que me habéis dado, caridá es. ¿Cómo quiere usté que, sin ser mala, olvide todo eso? ¡Por usté, Currito, tiene.hija esta pobre madre!… Por ustedes tiene madre mi hija. Esto no se olvida nunca. Pero, por lo mismo, yo no debo continuar abusando de ustedes…

Decía aquellas cosas tan razonables, con dignidad y firmeza. Un vivo carmín vencía la palidez de su cara; los grandes ojos negros fulguraban con brillos de esperanza tras la celosía de las largas pestañas; había en toda su persona una gran seguridad, una confianza en sí misma, una fortaleza, una resolución y una dignidad que imponían respeto y cautivaban. Gozosamente encontraba Rocío dentro de sí otra mujer pronta a todo: el alma fuerte que modela el dolor.

Currito se sintió aún más presó. ¡Su mare, qué mujé! ¡Qué señora era! ¡Qué bonita estaba! Y, para no perder el bien que otra vez volvía a escapársele, se lanzó, ciegamente, resuelto a todo.

—Pero, señita Rosío, yo creo que hay otras cosas… más cosas… Vamos, que hay más caminos que ése… Que yo… Que usté…—dijo atragantándose, sin saber cómo romper. Y de pronto se decidió—: Miro usté, señita Rosío, yo…

Ella, adivinando la confesión que venía detrás, quiso evitarle el disgusto y doler de la repulsa, y sin permitirle seguir ni darse por ententerada, como quien contesta a un reparo inconcreto, cortó rápidamente la palabra al torero:

—No, Currito. Para mí no puede haber más camino que ése, ni yo quiero seguir otro.—Y, como observase la desolación en que caía el inclusero, quiso animarle y consolarle, dieiéndole—: Y otro favor le tengo que pedir a usté: que no me vuelva a llamar señorita Rosío, como yo le he dejado que me llame, porque oyéndole a usté dosirme así, como antes, me paresía que era yo la de antes también; pero no debe hablarme con esa seremonia un amigo tan bueno y tan noble como usté, que es para mí como un hermano; un verdadero hermano, sí, señor.

El inclusero no sabía lo que le pasaba; sonaban dulcemente sn sus oídos estas palabras cariñosas; pero *u corazón estaba lleno de la amargura de la despedida. ¡Se iba otra vez! Sintió como si la pesada losa de la sepultura de su alma, que se había alzado un poco durante aquellos esperanzados días, volviese a caer brutalmente, cerrando el paso a la luz, y le aplastase, le aplastase…

No acertó a decir palabra de rebeldía. Manuela fué la única que protestó.

—Pues dígole, señorita, que eligió un bonito camino: el de marcharse y olvidamos.

Comprendiendo los dolores que su determinación causaba, Rocío acudió a consolarlos» vencida asimismo de la necesidad do cariño. Ella también sentía el dolor de alejarse de aquellos nobles corazones… y no quería renunciar a un afecto que sería luz y blandura en la áspera y sombría vida que la esperaba.

—¡Por Dios! No saquemos las cosas de su quisio. Luego disen que los andaluses somos exageraos. ¿De dónde es usté, Manuela? Yo vendré a verla a usté todos los días. Aquí pasaré todos mis descansos. Usté subirá a haserme compañía, como ahora, los raütos que tenga libres.

Y, viendo la palidez y el dolorido mutismo de Currito, acudió a él:

—Y las tardes de holgorio de los domingos, mientras esté usté toreando, mientras estén ustedes, Manuela y yo, nos reuniremos aquí a resar y a esperar el parte que nos devuelva la tranquilidá; y los demás días de toros resaremos en mi casa, mientras yo trabajo. Y usté, en cambio, señor mataor, me puede haser otro favor muy grande. ¡Otro más, Currito! El de ayudarme, recomendándome a su camisero y a los de sus amigos para que me den labor; mucho, mucho trabajo. Todo el que yo pueda haser. —Y añadió con tono chancero, esforzándose por disipar la tristeza que a todos dominaba:—Yo no soy de las odio horas, sino de todas las del día. Yo hago muy bien las camisas de torero. Aprendí una ves que quería conseguir do mi papaíto que nos llevase a veranear a San Sebastián. Y desde entonse, papá no quiso ponerse otras que las que le hasía yo. Desia que le daban buena suerte. Se la daré a usté también. Y el Señor me la dé a mí… ¿Qué dise usté, Joaquín, que está ahí tan cayao? ¿Le ha cogío algún aire?

—Yo digo que tiene usté rasón, y que lo que usté hase es lo que debe hasé una mujé cabá. No es que yo tenga gusto en que se vaya usté de aquí, que también lo siento; pero en la vía hay que haserse er cargo de la realiá de las cosas.

Ni a despedirse acertó Currito.

—Bueno, Rosío, señita Rosío, yo… se empeña usté… Pero que le coste a usté… Y cuando usté quiera argo… Porque yo… nosotros… ya sabe usté. Bueno, quearse con Dió.

Rocío le vió con .pena salir despacio, con andar incierto, dando vueltas en las manos, plancha que te plancharás, al sombrero, sin saber lo que le pasaba,

—¡Pobresillo!—exclamó la hija de Carmona.

Y un momento quedóse pensativa, mirando compasivamente la puerta por donde salió el inclusero. Y no fué poderoso el trajín de los preparativos de mudanza a distraer la tristeza que se apodero de ella. Parecía que se arrancaba algo del corazón al salir de aquella casa y separarse de tan buenos amigos.

Sagazmente acudió *Copita* en auxilio de Currito, en cuanto se vieron solos, en el coche que les esperaba. ¡Latifundios, no! Estaría bueno que se viniese otra vez abajo el edificio tan milagrosamente reedificado. Y ahora que empezaba a dar tan buena renta. ¡Con la izquierda, Joaquín! Ahí había que ver los toreros. Y, risueño y enterado, felicitó alegremente a Currito:

—Noragüena, Curro! A la úrtima te vas a salí con la tuya.

El Chavalillo levantó hacia él unos ojos de asombro.

—i Por qué me da usté la noragüena?

—i Serás lila! ¿Pero tú en qué tren has venío y dónde tienes los ojos pa no ver lo que está delante tuyo, clarito? Te teme y te juye. Pan comío, Curro; pan comío.

—¿Qué dise usté?

—La fetén, ¡so primo! Te teme a ti, o se teme a sigo misma; es iguá. Y pa no cae, juye… serca porque no se determina, ni tiene voluntá pa juí más largo. Fruta madura que se está cayendo. De esto también chanelo yo un rato largo. Mi padre, que era muy esperimentao der mundo, como yo, ¿no ves que uno está torcao de los dos laos?, lo desía: “Cuando veas que una mujé corre de ti, déjala dir, que ya se parará a esperarte.” Toas se paran a esperar, Curro. Son, mar comparao, como las potrancas nuevas, que se asustan de sigo mismas y echan a juí…, sin ver que eyas van consigo. Y luego se paran a esperar. Tú verás a Rosío

esperarte, y si, como haso en estos casos el hombre con aljquindoy, no vas a buscarla…, irá a buscarte do su moto de propios. De esto sé yo más que de toreo.

—¿Pero no cree usté que en esto puedo andar la mano de ese hombre?—inquirió Currito receloso.

—¿Ese Barrabás? ¡En jamás! Tú eres un icosiento, Curro. Rosío está por ti. ¿Lo sabremos Manuela y yo? Sólo que eya misma no s’lia enterao. Y si s’ha enterao, so liase la longui y quiere resistí. Y mujé que toma precausiones pa resistí, chanílis. Ahora tú lo que tienes que hasé es procurar, bajo cuerda, que no le farte ná. Le hablas a tu amigo er “señó Crus” pa que la dé a coser toas las camisas de su tienda; que como tú se lo pidas ruea por complaserte. Luego te lo cargará en cuenta. Y satisfecha eya, contenta, sin hambre y con liberta pa discurrí, ¿en quién quieres que piense más que en ti? Y cuando no, ahí está Manuela, que t’apre- sia y te distingue de verás, y aquí estoy yo, y ahí estás tú pa recordárselo. Tú, a torea, a seguí vorviendo locos a los públicos, y tóos ¡'hablarán de ti, y se pondrá orguyosa de que la quieras y de quererte. Además, que eya está en lo suyo y prosede como una mujé desente que es. ¿Iba a pasarse la vida mangando de ti, sin ser tu mujé, tu hennana ni tu quería? liaste er cargo, Curro, y considera que lo que Rosío hase es pa tocarle las parmas y no pa darle la bronca.

Se hizo todo como lo aconsejaba la sagacidad del avispado Copita. En cuanto Rocío estuvo instalada en su casa, el “señor Cruz” comenzó a enviarle labor muy bien pagada, ahorrándole la molestia y la contrariedad de vergüenza de ir a entregar y recoger. Buenas ganas se le pasaban al comerciante de conocer personalmente a la protegida de Currito, haciéndola ir a la tienda con pretexto de darle instrucciones para alguna obra; mas las resistió heroicamente su curiosidad. ¡Si fuese otro amigo!… Pero, ¡caramba!, un torero como el ChavaliRo, que le honraba

con aquella prueba de íntima amistad que desde aquel momento los unía más…

Y en casa de Rocío llovía la labor que era una bendición, y no había desaparecido un montón de camisas cuando ya se levantaba otro. No paraba la ma- quinita en todo el día, ni la costurera sentía fatiga.

Vale decir que Rocío no exageró cuando dijo que cosía muy bien.

Pero tan de prisa, que a veces el “señor Cruz” no tenía labor que darle y se lo decía a Currito.

—Esa muchacha corre más que un tren. No voy a tener trabajo que darle esta semana.

—Hasme otra dosena de camisas—le contestaba el torero.

Y recomendaba a la gente de su cuadrilla:

—¿Por qué no se encargáis ustedes una dosenita de camisas casa der “señó Crus”?

Y se sentía consolado de la ausencia con esta protección, que seguía ligando con él a Rocío.

Esto y la convicción con que Copita le habló mantenían vivas las esperanzas inconcretas del inclusero. Mas a veces el pesimismo se apoderaba de él; veía claramente en ruinas el castillo aéreo de sus ilusiones, se dejaba vencer de aquel desánimo que le tuvo en el fondo del pozo, y en el momento más comprometido e inesperado, indiferente a todo, lo abandonaba todo. A lo mejor le ocurría en mitad de una gran faena, cuando el delirio de los aficionados estaba en su apogeo. Currito entonces se acordaba, se encogía y, cortando lo que estaba haciendo, deseoso de concluir pronto, se ponía a pinchar y a pinchar sin tino ni medida y a huir ridiculamente del toro, prolongando el bochornoso momento en fuerza de querer abreviarlo.

—¡Ya se nos ha metió er niño en er laberinto! —dolíase Copita malhumorado. Y le reprendía: —¡Curro, no te pongas tonto!

Curro no oía nada, y, juntos su decaimiento y el miedo que inspira la amenaza de los cuernos, le llevaban a correr hasta la barrera, tirando las armas, y a zambullirse en ella de cabeza, entre el regocijo de sus enemigos y la indignación del público, v.

—¡El torero artista con una babosa! ¡Alfombri!—llamaban por Joaquín Menchero—. ¡Vaya arte!…

Pero otras veces, animado por el mismo diablillo travieso y burlón que los hombres sensibles llevan dentro, divirtiéndose en jugar con ellos, y movido, sobre todo, por el ansia de humillar a su rival, Currito sentíase dueño del mundo y de su alegría, se “estiraba" y asombraba a los aficionados con alardes de valor y de dominio allí donde todos los toreros andaban de cabeza. Entonces era la locura de sus partidarios, la rabia de sus enemigos, el frenesí da la afición traqueteada con estas desigualdades del Cha· vedilla y-el ir y venir, de bando a bando, como pelotas, los apóstrofos triunfadores o humillantes.

A la pasión de la lucha con *Romerita* unió el Chavalillo la que entablaba consigo mismo, y la falta de explicación, de fundamento y de lógica de aquellas desigualdades se convirtió, ¡oh, terquedad ilusionada de la afición!, en el más firme sostén de su prestigio y jerarquía. Su nombre en el cartel tenía el aliciente de lo imprevisto y extraordinario. Iba a verle la gentada otro modo que a los demás toreros. Las profecías, casi nunca cumplidas, que corrientemente sugiera el cartel no rezaban con Currito. Con él se estaba siempra frente a lo inesperado y caprichoso: lo sublime o el ridículo, cuando no ambas cosas juntas en el breve espacio del mismo segundo.

—¿Que hará hoy ése?—preguntábanse camino de la plaza loa aficionados, desentendiéndose del rosto del cartel…

Los romeristas aprovechaban las tardes malas del Chavalillo para hacer sañudamente leña del torero en

desgracia, anunciando cada caída de éste como su definitiva ruina; los revisteros do este bando trasladaron a sus crónicas la fraseología de la tribuna parlamentaria de h. prensa, y apuñalaban al torero con las acotaciones de las sesiones de Cortes. “Grandes risas”, “Murmullos de indignación”, “Escándalo formidable”, mientras los chavaüstas, firmes en sus convicciones y soberbios en la adversidad, lanzaban a los que pretendían enterrar al Chavalillo bajo el peso de sus desdeñosas burlas aquella sentencia olímpica:

—¡Es genial! ¡Es un artista!

Váyale usted con hechos, razones y cataclismos a un aficionado convencido.

Lo que enardecía a Currito era la presencia de Romerita en el ruedo y las palmas que se llevaba. Todo su odio estallaba entonces violento y un avasallador afán vengativo de humillar a “ese hombre” llevaba al Chavalillo a las mayores temeridades y le inspiraba nuevas y caprichosas maravillas de “estética taurina”, que arrebataban a las multitudes. Entonces Currito lo arrollaba todo.

—Cuando se pone así el Chavaliyo no deja resollar a nadie—confesaban los toreros, convictos de impotencia ante aquella soberanía.

Y entre ellos adquirió Currito categoría excepcional.

—Al Chavalillo—decían—hay que echarle de comer aparte.

Por esta vez la rivalidad de los toreros era cierta y la competencia de la plaza verdadera, mantenida por el odio.

Romerita se pasaba en continua y mal disimulada rabieta las tardes en que toreaba con Currito, que eran casi todas las de la Bemana, porque, seguras do la ganancia, al cebo de esta empeñada competencia, las empresas provincianas organizaban corridas, sin mirar el día, aprovechando las fechas libres de ambos toreros.

Como hacía Carmona con el “niño del cantaor”, cuando sus enemigos le sopapeaban con Romerita, 'éste se vengaba ahora de los malos ratos de la plaza vomitando improperios contra el Chavalillo y el público que le jaleaba.

—¡Ese visión! ¡Esa máscara! ¡El ajilao esel.» ¡Qué afisionaítos!

Y cuanto más se estrechaba al matar, “rompiéndose todas las tardes el pecho contra el testuz” con su valentía innegable, más sufría, comparando el ruido ahora más apagado de sus aplausos con el estruendoso fragor de locura de las ovaciones al Chavalillo.

Y aún cobró éste nueva ventaja sobre su rival con el interés que ponía la gente en averiguar la causa oculta de aquellas desigualdades, que no podían atribuirse a miedo, como pretendían los romeristas. A falta de otras noticias, se achacaron a superstición. Torero y andaluz, ¿cómo no?

—¿Usted no se ha fijado en las veces que Currito se arregló esta tarde el lazo de las zapatillas?—aseguraba en el tendido, muy serio, algún chavalista, en día de desastre—. En cuanto el Chavalillo se pone así, “¡el laberinto!” Yo lo dijo en seguida: “.Vamos a tener pata”.

—¿Por qué no le aconsejáis que se ponga botas de elásticos?—contestaban los romeristas desdeñosos.

Los chavalistas se acogían a esta credulidad del público novelero para disculpar los reveses del ídolo.

“¿Cómo había de estar bien esta tarde el Chavalillo—escribió un día un revistero guasón entusiasta de Currito, no sabiendo cómo atenuar una enojosa derrota—si al salir de su casa le tocó la marcha real una murga de tuertos, enviada por sus enemigos? Pónganse ustedes en su lugar.”

Y la especie corrió y fue admitida como artículo de fe; se rió la gente con ella, y juez que ríe, pecado perdonado. Pero como esto no bastaba a satisfacer la curiosidad, y se veía a Currito humilde, callado, pensativo y melancólico, aun en medio de los mayores alborotos, como quien estaba

viviendo una vida interior muy lejana de aquella algarabía, lá gente novelera de suyo, dióse a pensar en que allí había algo más que una necia influencia de prevenciones supersticiosas, y a buscar solución al enigma del Chavalillo. Y como no la encontrara, y a im periodista amigo, no sabiendo un día cómo adjetivarle, se le ocurriera escribir “Currito el misterioso”, el misterio de Currito constituyó una nueva y pintoresca condición de su persona y fué Ja aureola consagre dora Je su popularidad.

Cuando el Chavalillo pasaba por la calle, con su reposado contoneo, un peco adelantado al grupo de sus inevitables acompañantes, la curiosidad detenía a la gente, que se preguntaba intrigada, clavando en ál unos ojos intensamente escrutadores, por el enigma de aquel hombre hermético, que caminaba solo entre tantos amigos.

Mas aunque Currito, hombre al fin y encima "artista”, gozaba con la adoración populachera, apenas si se daba a ella un instante, entregado todo él a su pensamiento, teniendo de continuo ante sí la visión de una mujer, que, a solas también con sus penas, inclinada sobre una máquina de coser, con una cuna al lado, pedía silenciosamente consuelo, olvido y esperanza al trabajo, fuente de paz y de alegría.

—¿Qué estará pensando ahora? ¿Se acordará de mí?

¡Leal enamorado!

¿En qué piensa usted mientras, "señita Rosío”? ¿De quién le habla la cancioncilla monótona de su máquina? ¿Qué la responde el corazón?

La señorita Rocío no prestaba atención a la cancioncilla; su corazón permanecía silencioso y quieto, gustosamente adormecido por el ligero traque traque de la máquina, que sólo inspiraba a la costurera deseos de seguir, de coser mucho, muy de prisa, como si en el término de la obra estuviera el de sus deseos. El trabajo era para la "Muñequilla” un sedante, un sosegado^ remanso de paz y

olvido, y sólo tenía ojos y atención para su labor. Gozaba viéndola adelantar y cada vez que concluía una camisa, luego de examinarla y cercioi’arse de que no tenía ninguna falta, se la mostraba contenta a su hija, dormidita en la cuna, los puños en la cara, sonriendo a sus ángeles.

—¡Ya tenemos otra, nenita mía!

A veces, respondiendo a una de esas llamadas misteriosas que vienen de fuera, sin saberse de dónde, de una flor enamorada que se acuna en la brisa, allá abajo, de un trino de pájaro que pasa raudo, d un leve soplo de viento, de un rayo de sol, suspiros y besos de almas lejanas que atraviesan mundos, levantaba la cabeza y distraía un momento los ojos en el campo, que empezaba a dorar el verano, recordando la verde y dilatada llanura natal. Y al tornar al trabajo, del blancor del montón de costura, desbordante en un coquetón cesto, surgía la blancura de la ciudad blanca, que su imaginación infantil consideraba un paisaje risueño de nieve, cuando aún desconocía la tristeza del desolado sudario. Y lo veía todo, como desde su azotea, bañado de deslumbrante luz. Y sentía su música. La Giralda “allí junto”, altísima y gentil, derramando sobre Sevilla la bendición de su gracia; las azoteas, con sus barandales llenos de macetas floridas, poniendo a la ciudad una corona de claveles; la perezosa cinta del río; las azulejos de los campanarios que se alzan aquí y allá, devolviendo al sol su luz; la melancolía del minúsculo jardín de monjas cercano, encerrado entre blanquísimas paredes llenas de celosías, con 6U alto ciprés en un rincón, triste y anhelante de escalar los cielos, en vigoroso contraste con la alegría ambiente; bandadas ele palomas cruzando el espacio; lejanos pregones venidos de abajo con dejos de copla flamenca; chiar de pájaros felices arriba; aroma de flores; aire azul…

Un suspiro doloroso escapábase de su pecho y asomaban lágrimas a sus ojos; mas, con la energía que ahora la

amparaba, smncrgíase en el trabajo para no acordarse, y lanzaba ligera la máquina, bien así como el que andando mucho pretende alejarse de sus dolores.

Traque, traque, traque… ¡Animo, “Muñequilla”, a trabajar!—le decía alegremente la máquina—. Yo soy para ti todo: paz, olvido y redención.· Traque, traque, traque… ¡Corre, avanza, sigue, olvida, espera… sueña! ¡Bendita borrachera del trabajo, que llevas, con el olvido del dolor, la ilusión y la alegría en tus activas alas!

Y, después de su hija, el trabajo lo era todo para la “Muñequilla”, afanada en levantar grano a grano, con aquellos montones de tela, la montaña de su paz.

Convencida de que para ella se habían cerrado las puertas del mundo, no inquietaba su espíritu con interrogaciones del porvenir, resignada a este presente, que tenía para su dolor el consuelo inefable de su hija.

Una mirada a la cuna prestaba ánimos a Rocío para seguir su trabajo, sólo interrumpido para dar un biberón a la niña, mudarla, besarla o saltarla en sus brazos, hablándole ese bendito lenguaje incoherente de las madres, tierno arrullo que tiene eco y respuesta en una sonrisa de ángel, que es como una bendición del eielo. Entonces reía también la “Muñequita”. Las primeras risas después de tantas lágrimas.

Algunas veces se arrodillaba junto a la cuna y permanecía así largo rato, con el alma puesta en su Dolorcita, gozosa cuando la veía sonreír en sueños.

—¿A quién sonríes tú, mi vida?

Y buscaba en el remoto azul encuadrado en la ventana la visión celeste que hacía sonreír a la niña, y sus manos, juntándose suplicantes, apoyaban una fervorosa plegaria, impetrando la bendición de la Madre de Desamparados para aquel pedazo de sus entrañas.

Frecuentemente se carteaba con don Ismael, a quien daba minuciosa cuenta de su vida lisa, sin incidentes, y de

las gracias de su Dolorcita. El canónigo la contestaba siempre optimista, alentándola y alimentando sus esperanzas. No sabía nada de Montellaño, ni encontrara medio de comunicarse con Teresa; pero tenía la seguridad de que concluiría por ablandarse el corazón de Manuel.

Rocío permanecía sola todo el día, mientras la dueña del cuarto hacía en la "Fábrica” pitillos

mezclaos con pelos
y migas de pan,

salvo los ratos en que la visitaba Manuela por la tarde después de comer. Generalmente bajaba Rocío a cenar con ella, si Currito no estaba en Madrid, y luego pasaban la noche, hasta la hora de acostarse, charlando en el comedor donde halló la hija de Carmo- na tan cariñoso acogimiento, o sentadas al fresco, a la puserta de la calle, euando no en el balcón del piso, Para no perder en la compra y la cocina el tiempo necesario para su costura, había convenido Rocío con Manuela en que ésta le sirviera la comida, lo que hacía, obediente a su gusto y a órdenes de Currito, excediéndose de lo permitido por el ajuste, sin hacer caso de las protestas y enfados de Rocío.

—Pero ¿y luego?… Vame privar también del gusto de hacerla un obsequio cuando se tercie? ¡Estariache boa!

Los ratos que Rocío pasaba con Manuela eran los mejores de su día. Quitando hilvanes, porque la tabernera no podía estarse quieta ni callada, refería la Gallega los sucesos de su casa, esas pequeneces caseras, que tienen, sobre su interés para las mujeres, el encanto para el ánimo fatigado por la hosquedad y aspereza callejera de las ternuras del hogar. Subían los huevos; iba a subir la carne; las patatas se habían puesto que era un horror; estaba todo por las nubes. La chica del carpintero de al lado se casaba. El chico de la taberna había salido ladronzuelo, y lo echó. Y se iba a quedar sin el medidor, un buen rapaz de un escondido pueblo de Toledo, a quien, de tanto ver allí a

Currito y a Joaquín, le había entrado de pronto la afición y so metía a torero. Para caer en lo que más les interesaba; Currito había cstado en la taberna, de paso de una corrida del Norte a otra corrida del Sur, y había dejado, como siempre, un regalito para Rocío y para la niña. No había miedo de que se olvidase en ningún viaje de traerlas un "recuerdito". No paraba. Continuamente del tren a la plaza. Manuela no sabía cómo tenían cuerpo pava resistir aquel trajín. Joaquín decía que Currito tenía a la gente loca con tantas cosas como hacía "con el toro". Ahora andaba siempre con señorones que lo llevaban en palmitas. Y hasta con el mismo rey podría ir, porque, no despreciando a nadie, era el hombre más bueno de la tierra.

—Guapo no le es, ¡pobriño!; él es así poca cosa; pero…

—Mujer, fijándose bien, feo, feo, no es tampoco—contestó Rocío—. Tiene buenos ojos. Paresen de mujer, ¿verdá?

—Y le es muy simpático.

—Sobre todo, es muy bueno.

—Eso sí, señorita. Mismo es un santo. ¿Usted cree que con tantos aplausos y tantos amigos se ha vuelto orgulloso? Pues no le es así. Hay que verle entrar en casa, tan cariñoso como siempre, y tan modesto. "¿Qué hay, "seña" Manuela?—remedándole—. ¿Y esa costurera desmemoriá?" Siempre me le pregunta por usted con mucho interés. Entonces se pone triste. Quiere saber todo lo que usted hace. Yo le digo que usted va a casa todos los días, y que también me pregunta mucho por él; como es verdá, no me mire así; y le cuento que rezamos juntas los días de corrida y la alegría que nos da el parte de que no les ha pasado nada malo. ¡Y se pone más contento!… Pues ¿y cuando le digo que lo nombramos mucho? Y todo se le vuelve querer saber lo que usted dice.

—Pero ¿por qué hace usté eso, Manuela?

.—¡Boba! Porque es verdad, y porque la quiere y usted debía quererle, y para que no piense que le huye usted por no verlo.

—Pues le huyo y no quiero verle. No por él, que bien sabe Dios que le tengo levantado un altá en mi gratitú, sino por las malas lenguas.

—Las malas lenguas que se muerdan ellas. ¿Qué mal habría en que usted le quisiera como Dios manda, vamos ver? Hombre mejor, no habíalo de encontrar.

—No puede ser, Manuela. Esas cosas no se imponen. Salen de aquí, del corasón.

Cuando se lo contaba Manuela, se enfadaba *Copita*.

—¿Qué quedrá esa niña soplá, Señó? ¿Un prínsipe de los oasí der Oriente? Por supuesto, Manuela, a Currito, sonsi—cogiéndose los labios con el pulgar y el índice derechos—, que ella cambiará.

—Muy difícil lo veo, Joaquín.

—Las mujeres dais ustés más vuertas q'un avión en tarde e verano. Y si no cambia, ¿pa qué amargarle la vía a Currito con la notisia? Déjalo que se jaga ilusiones y atoree.

De aquellas charlas con Manuela quedaba tranquilo el corazón de Rocío. ¡Pobre Currito! Muy bueno, es verdad; muy caballeroso; un santo, al que sería capaz de rezarle; pero nada más,

Así, sin inquietudes amorosas, resignada con su suelde y esperanzada en el perdón paterno, veía Rocío deslizarse tranquila y monótona su vida. La confianza en sí misma, ei sosiego de su existencia y la animación del' rabajo iban devolviéndole poco a poco la alegría que antes llenaba su aima y era una parte de ella misma. Reía con su hija. A veces comentaba con su antiguo gracejo los dichos de Manuela. El día que guardó, después de contarlos y recontarlos orgullosamente, los primeros ahorros de su trabajo, siete duros, se sorprendió cantando mientras cosía. Y a la noche se rió de tan buena gana con Manuela en el

balcón de su casa, que se sintió sobrecogida de ese supersticioso temor de desdichas que la gente del pueblo, todavía influida por vetustos pesimismos, cree ver presagiadas en la mejor amiga del hombre»

—¡Ay, Manuela!, mucho hemos reído Quiera Dios no nos venga ninguna desgrasia.

—¡Meigas fora, mujer! Reir le es lo mejor del mundo. Calle, que no han de venir más que bienes.

Un jueves, víspera de San Pedro, estaban Manuela y Rocío en casa de ésta, muy ocupada con unas prisas, esperando noticias de la corrida, última de la primera temporada, que se estaba efectuando en la plaza de Madrid. Con la inquietud de la familia del torero en estas horas larguísimas, preñadas de temores, a ratos rezaban y a ratos charlaban de esas naderías con que pretenden distraer la intranquilidad de su miedo los que esperan noticias de algo que está ocurriendo, interrumpiéndose cada vez que las asaltaba un pensamiento temeroso para encomendar a un nuevo santo, recordado de pronto, el cuidado de las vidas que les eran tan caras.

¡Oh, la angustia de la madre y de la mujer del torero las alegres, las divertidas tardes de toros, con el alma en la imagen del altar casero y los sentidos en la escalera, esperando oir los pasos amistosos y la voz alegre y jadeante que han de sacarlas de sus cuidados!

—¡No ha pasao ná!

¡Malpocadas! El torero tiene a su alrededor la borrachera del aplauso y la vigilancia del peligro; pero ¡ellas!… ¡Solas allí con su lento reloj y sus temores!…

—¡Ahora saldrán las cuadrillas! Padre Nuestro que estás en los cielos… ¡Ahora estará con su segundo! ¡Ampáralo, Virgencita mía! ¡Cobíjalo en tu manto, no me lo dejes solo!…

Corría la tarde hacia su fin, sin que llegasen las deseadas noticias, que siempre les mandaban de la plaza en cuanto terminaba Currito con su último toro, y las dos comenzaban

a intranquilizarse, mirándose sin atreverse a hablar de sus temores.

—Es muy tarde—dijo al fin Rocío—. ¿Les habrá ocurrido algo?

—¡Arrenegado sea! ¡El Santo Apóstol los ampare y los libre!—contestó Manuela, no menos inquieta, haciendo precipitadamente la señal de la cruz.

La máquina no corría con su acostumbrada ligereza, sino que andaba despacio, parándose frecuentemente, mientras Rocío, atento el oído a los ruidos de fuera, movía de prisa los labios musitando apuradamente una oración.

De pronto llegó de la calle el pregón de un vendedor de periódicos. De la voz lejana sólo se percibió claramente el nombre del Chavalillo.

Las dos mujeres se miraron con ansia y miedo; bruscamente pusiéronse en pie y, dando Rocío un precipitado empujón a la máquina, corrieron a la ventana.

No se entendía lo que anunciaba el vendedor, corriendo llamado de distintos sitios; pero se veía a la gente salir a las puertas, comprar el periódico, abrirlo apresuradamente y formar corrillos comentando el suceso, que debía ser grave a juzgar por los ademanes.

—Voy comprar uno—dijo Manuela, encaminándose presurosa a la puerta.

Pero en esto entró el chico de la taberna, demudado el semblante, con un periódico en la mano, y dió la noticia de golpe.

—¡Ha cogío un toro al señor Curro y se está muriendo!

Rocío y Manuela lanzaron un grito de dolor y se abrazaron llorando. Sacando fuerzas de su angustia, arrebató Rocíe el papel al chico.

—¿Pero cómo ha sido? ¿Dónde lo dise?

Y recorrió anhelante el periódico, que le temblaba en las manos. Apenas daba noticias, en la prisa por salir pronto a la calle, para aprovechar el suceso. Sólo contaba que al

matar el quinto toro había sido herido Currito en el cuello, entrando en la enfermería con una cornada muy grave, “carsando la cogida dolorosa impresión en el público”, Y más abajo agregaba: “las impresiones que vienen de la enfermería son pesimistas. Se teme un funesto desenlace”.

A un tiempo curiosas y compasivas, acudieron algunas vecinas dando consuelos. El albañil de al lado advirtió a las angustiadas mujeres que no había que hacer caso de los papeles y los vendedores, que eran unos “desageiaos” que lo abultaban todo para vender más.

En la calle sonaron nuevos pregones de otros periódicos, con eso estridor alarmante que emplean los hábiles venndedores de esta mercancía para despacharla pronto.

—¡… con la cogida y muerte del Chavalillo!…

Rocío, horrorizada, se tapó convulsivamente los oídos y apeló con un grito desgarrador al cielo.

—¡No, Virgen mía, de mi alma! ¡No!

Manuela desplomóse acongojada en una silla. El grupo de vecinas guardó un silencio fúnebre. En el umbral de la puerta apareció el Pintao, desaliñado y sucio aún de la brega de la plaza, sin camisa y con un pañuelo mal anudado al cuello, como quien se cambiara de ropa apresuradamente.

Rocío corrió a él con las manos extendidas, temblando a la terrible verdad.

—¡Muerto!…

—¡No, señorita; ni lo quiea Dió! Está mu malito, mu malito; pero vivo—contestó el picador.

—¡No me engañe usté, por lo que más quiera, Rosendo! —le suplicó ella.

—Er Evangelio, señorita. ¡Por éstas!—cruzando las manos y besándose convincente la cruz de los pulgares—. Ha tomao una corná grande en er pescueso. Por así—señalándolo—, por donde disen las mar- disiones; pero grasia a Dió aún está vivo… y no premita que se muera.

El Pintao había salido de la plaza en cuanto tuvo noticias de la enfermería; corrió a su casa en una galopada tan ligera como permitió la flaqueza de su caballo; se cambió presuroso de ropa; subió corriendo a decir a Rocío la verdad, para que no creyese las exageraciones de los papeles, y se iba disparado a la plaza para ayudar a conducir la camilla, si los médicos permitían a Currito salir de la enfermería, o quedarse allí velando al herido. Y se despidió, prometiendo volver con noticias, o enviarlas rápidamente en cuanto las hubiera. Entretanto, Rocío no debía hacer caso de nada de lo que dijeran.

—Usté me dirá la verdá, toda la verdá, Rosendo— le rogó Rocío.

—Por éstas que no l`he de esconde a usté ná.

Rocío cayó anonadada en una silla, apoyó un codo sobre el respaldo y se cubrió la cara con las manos. ¡Desdichado Currito, herido gravemente, muerto quizás, por ella!… ¿Por qué el corazón le habría hecho ser tan mala con él?… Un nuevo dolor le atenazó el alma. Un sentimiento de pena y de lástima, que tenía mucho de remordimiento, la conmovió toda, liba a morir en la soledad que tanto amargara su vida, sin un corazón junto al suyo que le comprendiera, mal cuidado, sin la ternura de un afecto por el que tanto suspirara!

Y a través de sus lágrimas vió el doloroso cuadro: Currito tendido en una cama, sin nadie al lado, «n una habitación desmantelada, donde en un rincón se agrupaban unos hombres ceñudos y callados… Y sintió clavarse en ella, implorantes, los ojos de Currito, aquellos ojos de mujer, tristes como la pena que se había constituido en compañera del infeliz.

“¡No me dejes morir solo!… ¡No dejes que otras manos nos cierren, “señita Rosío”!…

Súbitamente, la “Muñequilla” se puso en pie, se enjugó sus lágrimas y dijo resuelta a la Gallega, que lloraba en un

rincón:

—¡Yo voy, Manuela!

—¿Vamos!—contestó sin vacilar la tabernera.

Capítulo V

“¡POR ASÍ!”

LENTAMENTE, cerrada ya la noche, cruzó por Madrid la camilla donde iba el torero herido. Un enorme gentío, contenido a duras penas por guardias a pie y a caballo, rodeaba y seguía la camilla, estorbando y ahogando a los conductores y a los amigos de Currito que le acompañaban, algunos agarrados a les varales de aquélla para que nadie les quitase su puesto visible de primera fila.

Compungidos, silenciosos e importantes, como en la presidencia de un duelo, caminaban inmediatamente en pos del herido sus amigos más significados, “los íntimos más íntimos”: el “señor Cruz”, que no iría más afligido si el de la camilla fuera su padre o su hijo; el marqués del Pedregalejo, el poeta Salvador Anaya, el opulento banquero Benítez-Delgado, el Pollo del lunar, croupier del Casino; Manolo Sánchez Cuesta, el pintor de las damas; Perico Alfaro, el ar- biter elegantiarum de la tribuna parlamentaria; el señor Laureano, “el de las jacas”, tratante en caballos y criador de gallos de pelea; Narciso Escobar, el agente de Bolsa; el elocuente abogado don Rosendo Mañas; Pepe Moncayo, que “se fumaba la vermut aunque le echase

Cadenas, su empresario”; el duque de la Caleta y dos o tres de los más censecuentes “mangones” del Chavalillo dándose de vez en vez pellizquítos en los ojos para llamar las lágrimas, como hacían cuando procuraban mover con lástimas a mayor dádiva la generosidad del torero.

Los más leídos y activos reporteros flanqueaban la camilla, atentos a loe menores incidentes de la conducción, para relatarlos al otro día minuciosamente en detalladas planas, que el público “se bebería” sin perdonar línea. Junto a la cabecera iban “el doctor Ramitos” y Mateo Hacha, uno de los internos del Hospital que ayudaron a la cura en la enfermería.

Por donde pasaba el herido iba dejando una estela de lástima.

Oprimido por el vendaje que le rodeaba el cuello y la cabeza, la despechugada camisa manchada de sangre, y cubierto por una manta vieja, iba Currito molido por el zarandeo de la cogida, aturdido por el vocerío y mareado por el desagradable movimiento. Desde aquel potro oía distintamente las voces de lástima y los comentarios que motivaba su paso.

—¡Pobrecillo!

—¿Vive todavía?—preguntaban de vez en cuando a los acompañantes algunas voces de mujer.

Y no faltó en este concierto compasivo la agria disonancia de alguna voz áspera, que protestaba contra la barbarie de la fiesta bárbaramente.

—¡Así los tenían que matar a todos! ¡Como yo fuera toro!…

Dolorosas punzadas en la herida hacían sufrir mucho a Currito, y aumentaban el malestar, produciéndole insufribles angustias de mareo, los vaivenes y el sube y baja de la camilla. Si él pudiera se quejaría, dando al sufrimiento el leve desahogo de los ayes con que se conduele de sí mismo el que padece; pero lé contuvo la necesidad de

aparentar fortaleza y desdén del dolor, el cuidado de estar en escena, que hasta en estos momentos se impone a los toreros, esclavos de bu visibilidad. No obstante, cuando no pudo más, alzó una mano como un náufrago que pide socorro. Se asfixiaba, sentíase morir. “El doctor Ramitos” y el interno ordenaron detenerse a los camilleros.

—¡Parad!

—¡Parad!—se apresuraron a repetir con aire importante los “íntimos”, como si cada uno fuese el director de la conducción.

—¡Parar!—mandó como un eco la oficiosidad del grupo entero.

Posaron cuidadosamente la camilla en el suelo. “El doctor Ramitos” pulsó al herido y dispuso que le dejaran descansar un momento; el “señor Cruz” le limpio el sudor que bañaba su frente; los “íntimos” se acercaron haciéndose visibles, y el gentío se apretujó para aproximarse a la camilla, en un impulso irresistible de curiosidad, a riesgo de asfixiar y aplastar al Chavalillo.

—¡Atrás! ¡Tengan consideración, que lo van a ahogar!—pidieron indignados “el doctor Ramitos” y el interno Hacha.

—¡Atrás! ¿No ven ustedes que lo asfixian? ¡Qué gente!—gritaron indignados los “íntimos”, pero sin separarse ellos de la camilla.

—¡Atrás, hombre!—repitió todo el grupo, mas sin moverse nadie, atento cada uno a ocupar el puesto del que cediese y maniobrando con los codos para colocarse en mejor fila y ver bien al herido.

—¡Guardias, despejen!—chilló Mateo Hacha, penetrado de la importancia de su papel.

Como en un día de motín, los guardias simularon una carga; los de caballería caracolearon sus caballos, llegando hasta meterlos en la acera, sin hacer caso de las protestas de la gente, toda la cual alegaba derechos de amistad para

permanecer junto al herido con los que se quedaron rodeándole.

—¿A mí, que soy el mejor amigo del Chavalillo, su amigo del alma, me va usted a echar de aquí, guardia?

'Repitiéndose veinte veces la escena y dando un rodeo, para evitar la aglomeración de la Puerta del Sol, llegó trabajosamente la camilla a casa del torero.

Por consejo de *Copita*, atento a rodear de todos sus prestigios la “categoría”, Currito había tomado casa, un cuarto amueblado en las cercanías del Real, de aquellos que en invierno habitan los artistas de ópera. El mismo matrimonio alquilador asistía al Chavalillo.

Para avisar al doctor Jiménez Encina que fuera a hacerse cargo del herido y para disponer en la casa lo necesario, *Copita* se adelantó a la camilla. El portal estaba lleno ya de gente, que acribilló a preguntas al banderillero, quien pasó sin detenerse. En la puerta del cuarto encontró a Rocío y a Manuela, que se dirigieron a él anhelantes, con las manos cruzadas, con ese ademán desesperado del que aguarda una noticia desoladora.

El banderillero contestó con un gesto expresivo, y entró en la casa seguido de las dos mujeres, echando aún más Rocío sobre los ojos el velo que la tapaba para esconder su cara y sus lágrimas.

Rápido y seguro ordenó *Copita* a los azorados patrones lo que había de hacerse. Dispuso que sacaran la cama de la “seportura” de la alcoba a la sala, para que el herido tuviese más luz y ventilación, y aun ayudó al traslado.

—Hasérsela mu blandita—mandó a la criada—, que sabe Dios pa cuánto tiempo no se va a mover de eya.

La hija de Carmona y la tabernera, sobreponiéndose a su angustia, mulleron los colchones, sobre los cuales golpeaban como potentes mazos las vigorosas manos de la Gallega.

—Yo no sé—dijo el banderillero a las mujeres, recluyéndolas en el gabinete contiguo a esta habitación, a salvo de impertinentes curiosidades—el eferto que le va a hasé encontrarse a ustedes aquí… Puede que l'anime verla a usté… Pero no s´apresentéis de pronto.

Un fuerte clamoreo de la multitud que esperaba en la plaza, contenida por un cordón de guardias lejos del portal, previsoramente cerrado, anunció la llegada del herido. Desde mucho antes, todos los balcones del barrio estaban atestados de curiosos. Más olor a comida quemada hubo esa noche en aquellas casas…

Bajo la luz del farolón del portal, la lividez de Currito, acusada por el rojo obscuro de la sangre que manchaba el vendaje, la camisa y la camiseta, pareció más intensa. La estrechez de la escalera obligó a sacar a Currito de la camilla para subirle en brazos de su gente. Llevaba todavía puesta la taleguilla verde obscuro y oro que lució aquella tarde. Las medias tenían asustantes manchas de la sangre del toro que le hirió. El "doctor Ramitos" recomendó con insistencia cuidado a los toreros del Chavalillo.

—No se preocupe usté, que va a subí como en un asensó —dijo el Pintao.

Y con delicadeza insospechada en aquellos hombres rudos, levantaron amorosamente a Currito con sus manazas recias y lo subieron en volandas.

Hasta el gabinete donde aguardaban Rocío y Manuela con el corazón oprimido, entre temores y rezos, llegaban las advertencias que se dirigían los conducto res del Chavalillo, sudando a chorros por las violentas contorsiones que, encogiéndose aquí y estirándose allá, se veían obligados a hacer para no alterar la estabilidad del herido.

—¡Cuidao! ¡Espera!

—¡Sube tú d'ahí!

—¡Levantar! ¡Bueno!

—¡Cuidao! ¡Cuidao!

Casi sin que Currito lo sintiera verificóse la subida, le llevaron a su habitación, le desnudaron, le mudaron y le acostaron, arreglándole las almohadas y el embozo con mimo femenil.

Al pasar junto a la puerta entreabierta del gabinete tuvo el Chavalillo la rápida visión de un escondido bulto de mujer, y su decaído corazón latió, sobreponiéndose a su debilidad, con palpitaciones de anhelo. ¿Sería ella que no quería dejarle morir solo? Y sintióse envuelto en una suave sensación de consuelo, pronto desvanecida por las manipuladoiies y molestias de su acomodo, que le trajeron, con la aviva- ción del dolor, el pesimismo y el convencimiento de la imposibilidad de su deseo. ¡Era el inclusero tan poco y. pese a todo, la veía a ella siempre tan alta, desde su raignada humildad!…

Durante el penoso trayecto le había animado algún momento la esperanza de encontrarla aquí. El no quería morir en la soledad en que había vivido. Siquiera, siquiera en la última hora anhelaba gustar la felicidad del amor y la ternura que no había gozado nunca. Unas manos tendiéndosele amorosas, unos ojos llorándole compasivos, y moriría resignado y consolado del infortunio que desde antes de nacer tuvo por compañero inseparable. ¡Siquiera a la hora de la muerte!… Y, en ese tropel caótico que rueda con delirante vértigo en la imaginación del enfermo, la debilidad del herido sólo percibía visiones ásperas, figuras odiosas, hosquedad por doquiera: el cortejo de su triste vida… ¡Roía vida!… ¡Que viniese ya mismo la muerte! ¿A qué esperaba? ¿Ni siquiera ella tendría compasión del desdichado?

Mas de pronto cambió el curso de sus desesperados pensamientos un eco de esperanza que hirió sus oídos, un sollozo que Rocío no pudo reprimir al ver pasar a *Gazuza* con la ropa ensangrentada del matador.

¡Sí! lEra Rocío! ¡Estaba allí!

—¡Virgen Santísima, que no me muera tan pronto! ¡No me quiero morir todavía! ¡Un poco más de vida, un poco más!—pidió mentalmente el torero.

Se iluminaron sus ojos; quiso hablar, e, impaciente, trató de incorporarse.

—¡Quieto!—ordenó imperativo "Ramitos”; y en voz confidencial añadió para Mateo Hacha: —Ya esta aquí el delirio. Vamos a ponerle una inyección de aceite alcanforado.

Y como observase la habitación llena de gente, se dirigió a ella, ordenador, muy en su papel.

—Señores, aquí no puede haber absolutamente nadie. Tengan la bondad de retirarse.

Sólo obedecieron los toreros y otras cuatro o cinco personas.

—Que haya alivio, Curro.

Entonces el interno Mateo Hacha se planto resuelto:

—¡Ea!—gritó abandonando los preparativos de la inyección—. 0 se van ustedes o nos vamos los médicos.

Y aún tuvo que intervenir *Copita* para desalojar a los más pertinaces, pidiendo, en rápidos apartes, a cada uno de ellos, que se llevasen a los demás.

—Usté, que es er mejó amigo de Curro, heme, yévese a estos permazos.

El Pintao cerró la puerta tras ellos, ¡Uf! Currito miró ansiosamente! a Copita y le llamó con una vo- ceciia flébil:

—¡Joaquín!

—¡Silencio!—le mandó el interno.

—¡Prohibición absoluta de hablar!—corroboró el “doctor Ramitos”.

Copita se acercó al matador y le contestó enterado:

—Sí, ahí están. ¿Quieres que entren?

El inclusero contestó que sí con el anhelo que expresaba su cara.

—Que no entre nadie—dispuso el “doctor Ramitos”—. Hay que evitarle las emociones.

—La mejó inyersión pa un enfermo es una inyersión de alegría, “Ramitos”—le replicó el banderillero. Y abriendo la puerta del gabinete dijo a las mujeres: —Que paséis ustedes.

Cuando Currito vió venir hacia él a Rocío experimentó tal emoción que le sobrwftft un leve desvanecimiento, del que se repuso en seguida.La “Muñequita” tuvo que hacer un esfuerzo enorme para aparentar tranquilidad y contener sus lágrimas, viendo al inclusero vendado, pálido, triste, macilento…, tan poquita cosa, tan “seniricante”…, que sólo tenía ojos, aquellos ojos de mujer tristes e implorantes, en los que se leía una expresión ardiente dio gratitud y una súplica: “Has venío, señita Rosío… Dios te lo pague.” “¡No te vayas, no me dejes solo!”

—Animo, Currito; Dios querrá que eso no sea nada—le dijo ella dominándose, con la misma voz animadora con que tantas veces le había empujado al triunfo.

Manuela, menos dueña de sí, dejaba correr sus lágrimas mirando tristemente al torero vencido.

—No le será nada. El Santo Apóstol le curará, que ya le tengo ofrecido un torero de cera si lo sana pronto.

La mano de Currito buscó la de Rocío, la apretó débilmente e intentó llevársela a la boca; pero le faltaron las fuerzas y, a mitad de camino, la dejó caer con la suya inerte y echó la cabeza atrás desvanecido.

—¡Currito! ¡Currito!—sollozó Rocío asustada.

—Otro desmayo. Hay que evitarle las emociones fuertes —dijo importante, con suficiencia, el interno—. ¿Vamos a ponerle ahora una inyección de suero? Ha perdido mucha sangre.

Cuando Currito volvió en sí, su respiración se hizo anhelosa. Pese a sus esfuerzos para aguantarlo, el dolor le

hacía prorrumpir en apagados quejidos. “Ramitos” y Mateo Hacha se miraron.

—¿Encargó usted a don Cristóbal que viniera en seguida?—preguntó “el doctor Ramitos” a Copita—. ¿Habló usted con él mismo? ¿Le dijo dónde está la herida?

—Tóo eso hise.

—Pues entonces, mientras llega, vamos a poner a Currito unos fomentos de agua caliente para combatir esa dificultad respiratoria.

Gazuza trajo un puchero humeante.

—Aquí está er agua.

“Ramitos” separó el vendaje mientras el interno preparaba las compresas.

—Venga; que se las voy a poner yo—dijo Manuela.

—No—la detuvo Rocío—; yo se las pondré.

Y, enterada por el médico de lo que tenía que hacer, escaldó sus delicados dedos en el agua y colocó la primera compresa en el cuello de Currito.

—Un poquitín de aguante, Currito, que así se aliviará de esos ahogos—le recomendó cariñosa.

¡Qué dulce sensación produjo al Chavalillo el suave contacto de las adoradas manos! ¡Que trajesen un hierro candente, si había de ser ella con aquellos dedos quien se lo aplicase! Sufrir así no era sufrir. Si la felicidad había de llegar por el dolor, benditos ahogos y bendita cornada que le trajo la dicha de tener junto a sí a Rocío, cuidándole, consolándole y hablándole tiernamente, como él había deseado en sus atrevidos sueños de ventura.

Bien indemnizado estaba de todos los dolores de su existencia con esta herida, que en un momento le daba juntamente en aquella mujer la madre que no había tenido y la amada que tanto deseara.

Fuera hubo un gran revuelo.

El Pintao abrió la puerta y anunció:

—Er meíco.

Jiménez Encina, al entrar, dejó sobre una mesa la bolsa quirúrgica que llevaba en la mano y se acercó cariñoso, según su modo, al herido, sonriendo animador entre los hilos de plata de su barba moruna y esparciendo confianza.

—¿Qué le pasa a este gran torero? Todo no pueden ser aplausos. Vamos a ver cómo volvemos pronto a ellos.»

Y después de pulsarle y examinar con mirada segura el vendaje, se volvió oir las noticias que le dieron su ayudante y el interno que asistió a la cura en la enfermería.

Todos siguieron con viva ansiedad el diálogo, estrellándose su deseo de saber en el tecnicismo de la Medicina y en las palabras enigmáticas da los médicos.

—¡Qué manía tenéis ustedes los meícos de desirlo tóo en camelo pa que nos queemos a oscuras!—protestó entre dientes el Pintao—. ¡Señó, corná por asín y doló de tar cosa!

—¿Habrá que operar?—preguntó “Ramitos”.

—Seguramente. Ya oyen ustedes el escándalo de esa respiración. Vayan preparándolo todo.—Y volviéndose a las mujeres, las preguntó:—¿Van ustedes a asistirle? Estará mejor atendido. Los toreros hacen muy buenos enfermaros; mas nadie iguala el cuidado, la paciencia y la ternura de la mujer.

Rocío se quedó paralizada.

Al ir allí había cedido a un movimiento de lástima, un impulso irresistible de compasión, que le llevó a dar a Currito el consuelo de su presencia, consciente del bien que con ello le hacía; pero sin pensar que pudiera verse en el trance de asistirle… ¿Y su Dolorcita?… ¿Y las malas lenguas?… Mas loe ojos del inclusero le imploraron anhelantes con aquella mirar- da triste, que desde la tarda tenía clavada en el alma. “¡No nos abandones, señita Rosío!”

“Por la compasión que vosotros tuvisteis de mí, no os abandonaré”, les respondió mentalmente la “Muñequilla”. Y

en voz alta contestó al médico:

—Sí; le voy a asistir yo. Usté, Manuela—dijo aparte a la tabernera—, se llevará la niña a su casa, y me la cuidará mucho.

—Non pase pena. Y se la traeré todos los días.

Fue tan intensa la mirada que dirigió a Rocío el torero, se leían en ella tantas cosas, que la “Muñequilla” se conmovió hondamente y se alzó en au alma un sentimiento de gratitud al comprender que, aun entonces, era amor y no egoísmo de enfermo quien la suplicaba.

Jiménez Encina entróse en el gabinete contiguo a prepararse para la operación.

Todos fueron con él, interrogándole en voz baja con ansia:

—¿Cómo está?

—Es grave. 154

Y les explicó la situación de la herida y sus derivaciones temibles.

Aquélla empezaba en la parte superior izquierda del pecho y terminaba en la del cuello, arriba, en la garganta; pero habiendo respetado el cuerno la yugular y la carótida, por uno de esos milagros tan frecuentes en las cogidas, no era grave por sí, sino por el daño de la fuerte contusión producida en el cuello, que originaba serios trastornos cardíacos y respiratorios. A estos últimos había que acudir inmediatamente practicando la traqueotomía para evitar la asfixia, anunciada por aquella respiración angustiosa y difícil. Pero el mayor peligro estatua en el corazón, muy decaído y débil, en el que tenía repercusión el brutal golpe del cuerno sobre los nervios que lo gobiernan.

Rocío volvió al lado del torero, dominando el dolor que le producían las alarmantes palabras del médico, y se dispuso a colocar otra compresa.

—Déame acá—le dijo Manuela—, que el agua está muy caliente y vase escaldar esas manos tan finas. Déjeme a mí,

que las mías le están acostumbradas a todo.

—¿Qué importa que yo me queme, si con esto se alivia el pobresito?—la contestó Rocío en voz baja.

Currito la oyó y se sintió inundado de alegría. Intentó hablar, decirle su gratitud, declararse públicamente de ella por toda la vida, y no pudo. El aire se atropellaba en la garganta sin encontrar paso. Se ahogaba. Vió la muerte cercana… Y protestó en su pensamiento. L *

—¿Ya? ¿Ahora?… ¡Tan pronto no, Virgencita de la Esperanza!

Rocío se asustó al ver la cara amoratada de Cu- rrito, su angustia y su desesperación, y llamó apuradamente a Jiménez Encina:

—¡Don Cristoba! ¡Don Cristoba, venga corriendo!

Con una ojeada se hizo cargo el médico.

—No hay más remedio que operar.

Y mientras se vestía la blanca blusa y disponía los instrumentos, aconsejó a las mujeres que se retirasen.

Manuela obedeció.

—¡Pobriño! Yo no le tengo valor para ver que le cortan la carne.

Y Rocío iba a retirarse también; pero la mano del inclusero, que tenía en la suya, hizo tan suplicante presión, que se quedó.

Entretanto Jiménez Encina se lavaba prolijamente las manos, “Ramitos” quitó el vendaje presta y cuidadosamente, dejando al descubierto la larga y suturada herida, cuya vista produjo a Rocío un estremecimiento de horror; luego pintó de yodo la parte anterior del cuello, y Jiménez Encina inyectó un anestésico por debajo de la nuez.

—Así no le dolerá.

La “Muñequilla”, muy pálida, hacía inauditos esfuerzos para dominar sus nervios y vencer el temblor de sus manos

y piernas.

Encina, calzados los guantes blancos, se acercó por el otro lado de la cama al heridc.

—Un poquito valor. Como en la plaza. No le va a doler—dijo al Chavalillo, colocándolo en postura conveniente—. ¿No se asustará usted?—insistió con la hija de Carmona.

Y tomando un bisturí de la bandeja de instrumentos que sostenía Mateo Hacha, rápido y seguro hizo la incisión en la región traqueal. Rocío se estremeció horrorizada a la vista de la sangre, que parecía, aún más roja en la blancura de las gasas.

Mucho le dolería a Currito la “puñalada”;; pero la “Muñequilla” juraría que no tanto como a ella, que, pálida, pálida, rezaba mentalmente:

—¡Sálvalo, Virgensita del Rosío! ¡Por lo bueno que es, por el bien que me ha hecho y el que merese, por lo mucho que ha sufrido, sálvalo, Madre mía!

Entretanto, Jiménez Encina continuaba con su levedad de dedos, sin que se le sintiera, separando tejidos hasta descubrir los primeros anillo» de la tráquea, que incindió también presta y seguramente, animando cariñoso al herido con esa bondad y amor al prójimo que caracterizan al médico insigne y coi-dial.

El aire prisionero en los pulmones salió por la nueva herida con ese silbido característico de los traqueotomados. Rápidamente colocó Encina la cánula en la abertura que acababa de hacer, y Currito experimentó una consoladora sensación de alivio; respiró hondamente; el aire se atropelló en una tos viva, buscando salida; animóse su cara, y, al fin, el pecho respiró con descanso.

—¿Ha dolido mucho?—le preguntó el médico al concluir—. Menos que un puntacillo, ¿verdad? Ahora no podremos hablar en unos cuantos días. Por aquí ya no tenemos nada que temer. Veamos lo que ha hecho el bisturí del toro. Ese es un cirujano de mucho cuidado.

Cuando Jiménez Encina acabó de vendar al Chavalillo, y entre él y Rocío le acomodaron en posición semisedente rodeado de almohadas, las fuerzas abandonaron a la “Muñeguilla” y cayó de bruces, desmayada, en la cama.

—No es nada, no es nada—dijo Encina, sosegando al Chavalillo y acudiendo a Rocío—. ¡Picaros nervios, que cuando ya no hace falta valor se acobardan!

Mientras se despojaba de lia blusa en el gabinete, Encina repitió el diagnóstico. La herida no era cosa para alarmar, salvado ya el peligro de la asfixia; pero sí le preocupaba mucho el riesgo del corazón, contra el cual iba a luchar. Mucho cuidado, mucha tranquilidad y nada absolutamente de visitas. El volvería a ver a Currito aquella noche. ¿Quién le iba a velar?

Se ofrecieron a ello el “doctor Ramitos”, por la amistad que tenía a Curro, y Mateo Hacha, por entusiasmo profesional y por el postín que iba a darse en San Caídos.

—“Cuando yo curé al Chavalillo…”

¡Qué noche tan larga! Una continua zozobra, una angustia de todos los momentos. Rocío, Manuela, que fue a su casa por una porción de cosas con que quería contribuir a la mayor comodidad de Currito; Copita y el Pintao rodeaban angustiados la cama, temiendo a cada minuto lo irremediable.

Hasta allí llegaba el rumor incesante de la gente que acudía deseosa de noticias. De rato en rato notábase la entrada de un mayor golpe de visitantes. Era que en Teléfonos, donde había la enorme concurrencia de los días de crisis y de grandes acontecimientos, circulara la noticia de la muerte del Chavalillo, rápidamente difundida por Madrid, más trasnochador esta noche que de ordinario.

El “señor Cruz”, muy triste, pero muy orondo con su papel; Gazuza, el apoderado y los individuos de la cuadrilla recibían a los visitantes, repitiendo cincuenta veces por cuarto de hora sus noticias y defendiendo con energía la

consigna prohibitiva do visitas. Frecuentemente eran llamados Mateo Hacha y “Ramitos” para informar a los periodistas. A centenares llegaban los telegramas y telefonemas de toda España interesándose por la salud de Currito. Los matadores obscurecidos que aspiraban a la sustitución del Chavalillo en las corridas oue perdía permanecían allí, como atornillados en sus sillas', mirándose unos a otros con ojos recelosos y enemigos.

Jiménez Encina visitó otras dos veces a Currito, de cuyo lado no se separaban Rocío, Cogita y el Pintao, que se negó a salir al siguiente día con la cuadrilla para Valencia.

—Yo me pago er sustituto y lo que sea menesté; pero yo no me muevo de aquí hasta que este hombre, que es mi padre, se coma conmigo un arrós con mucho arrós y muchos poyos. Y lo emás que usté quiera añadirle, mataor.

A Manuela no la consintieron que pasara allí la noche. No podía dejar su casa sola. Tenía que cuidar de la niña.

A las preguntas angustiadas de Rocío el médico respondía siempre lo mismo:

—¡El pícaro corazón!

Las palabras de Jiménez Encina sonaron come un cargo en los oídos de la hija de Carmena. “Por ti, señita Rosío, por ti”, la acusó el severo fiscal que ahora llevaba dentro de sí. Y miraba al herido, implorando mentalmente perdón.

Cuando Currito abría los ojos, al encontrar fijos en él los de Rocío, experimentaba una sensación de consuelo. Y bajo la dulzura de aquella caricia acabó por adormecerse mansamente. Los que le velaban cruzaron una mirada de esperanza. Rocío, que había permanecido en pie toda la noche, junto a la cabecera, desprendió con suavidad su mano de la de Currito, que infantilmente la tuvo cogida, y, ganosa do soledad* y de expansión consigo misma, salió al balcón y dió desahogo a su dolor, tanto tiempo contenido.

Clareaba. En la lejana sierra comenzaba a pintarse una fuerte línea azul. Llenábanse de trinos de pájaros los

frondosos árboles de la plaza de Oriente. Los primeros madrugadores y los últimos nocherniegos cruzaron la calle, camino de su afán o su descanso. La estación del Norte envió a la ciudad un silbido, anunciador del trajín del nuevo día. Aún volvían de la Bombilla algunas mañuelas con parejitas muy amarteladas bajo la encubridora capota y una gran maceta verbenera en el pescante, junto al soñoliento cochero; otras llevaban pesadas canciones de borrachos, y palmas, y chillidos de mujeres, también festejadas por el vino. Una fuerte bocanada de saludable aire del campo, olor a tierra fecunda, a trigo maduro, efluvios de vida, que la Naturaleza expandía generosa en el optimismo de la mañana, lo llenó todo.

De codos en el balcón, Rocío, vencida por las emociones de la noche y por los recuerdos que levantad- ron, lloraba silenciosamente, y con la severidad con que aprendiera a juzgarse, reprochábase toda la desgracia de Currito. Y mordió su alma el remordimiento.

Como llamado por las cometas que a lo lejos entonaron la marcial diana, Copita se acercó a ella. También el veterano banderillero llevaba los ojos arrasados en lágrimas—¡Oh, la escondida ternura de estos hombres ásperos y picaros, que viven esa vida brutal de riesgo y de sangre!—No tuvieron que decirse nada. Les bastó mirarse. Copita alzó los ojos al cielo en una apelación desesperada, buscó por todas partes un objeto de maldición, y al cabo, como un chiquillo, dió rienda suelta al llanto.

—¡Mardita sea su corasón suyo der tora!

—¿Pero usté cree que se muere?—le preguntó Rocío, temerosa.

—¡No lo quiá Dió!…

—Ustedes saben de estas cosas—le apremió la “Muñequilla”, anhelante de una palabra de esperanza—. ¿Es muy grave la herida?

—¿No ha oío usté ar meíco? La hería es mala; pero lo peor es ese corasón tan bueno, que de tanto como lo han pisoteao no tiene fuersa pa móvé una armendra.

Rocío se tapó la cara, huyendo de aquella voz acusadora.

Oyóse dentro hablar al Pintado con Currito. Entro Copita a enterarse, y; volvió en seguida a llamar a Rocío.

—Venga usté, que s'ha despertao y la echa menos, y pa él no hay otra melesina que usté. Mucho talento tiene en la cabesa don Cristoba, y unas manos de monja, que no se le siente; pero la melesina que usté le da es la que lo tiene que poné bueno.

Rocío enjugó sus lágrimas y se acercó al herido, que miraba inquieto a todas partes y sólo se tranquilizó al verla.

—Aquí estoy, Currito. No me voy hasta que usté se ponga bueno.

La macilenta cara del torero se iluminó.

—Pero tiene usté que ser formal y obediente o me enfadaré—añadió la señorita Rocío, amenazándole con la mano, con ese mimo con que infantilmente se convence a los enfermos—. ¿Va usté a obedeserme? ¿Sí? Pues a dormir un ratito, que le hase mucha falta. Ya verá usté qué bien le sienta… Pero ¡criatura!, ¿se quiere usté quedar dormido con esos ojos tan abiertos? ¡Ea, a serrarlos! A la una, a las dos y ¡a las tres! Buenas noches.

Humildemente cerró los ojos el Chavalillo; mas procurando no dormirse, deseoso de gozar el inefable placer de sentir cerca la respiración de Rocío, que, sentada en una silla baja, a la cabecera, acabó por dejarse vencer del sueño en aquella incómoda postura, rendida de cansancio y emociones.

Tres mortales, tres inacabables días transcurrieron en permanente zozobra, siempre con el miedo y la visión de la muerte amenazando cercana. Apenas si durante ellos descansó Rocío dos o tres horas en la meridiana del gabinete, cediendo a las recomendaciones de Copita y el

Pintao, que de vez en cuando descabezaban a trasmano un sueño inquieto sentado en una silla. Gazuza, no menos apenado que ellos, se caía a pedazos de tanto ir y venir a todas partes.

Manuela llevaba a la niña por las mañanas para que la viese Rocío, apartadas en una habitación intenor. La “Muñequilla” daba entonces rienda suelta a sus lágrimas y desahogaba su dolor y sus temores con su hija, que, asustada, lloraba también.

—¡Se nos muere, Dolorsita mía! ¡Se muere nuestro padre!

Jiménez Encina hacía diariamente una detenida cura, que Rocío presenciaba imponiéndose a sus nervios. Al final interrogaba ansiosamente al médico, que siempre le contestaba lo mismo. Con la herida, pese a su gravedad, podía él; pero aquel picaro corazón…

Ueno el suyo de lástima, dolor y arrepentimiento, Rocío hubo de confesarse que no sufrió tanto, que no le agobiaron tal pena y tales temores en Méjico, cuando la cogida de liomerita, como ahora en esta lucha entre la muerte y el desdichado Currito.

Un fuerte deseo de serle útil, un ansia viva de salvarle, 1a dominaba. La posibilidad de la muerte producíale un dolor agudo, la sensación de vacío que deja la pérdida de alguien que tiene un puesto muy íntimo en nosotros. Y rezaba, rezaba, haciendo promesas, a cambio de la salud para él que pedía al cielo.

Por el gusto que con ello daba al herido, y porque imaginaba ayudar así a su curación, Rocío le administraba las medicinas y los alimentos l'iuidos pres-, critos por Encina, que ella misma preparaba.La ausencia de visitantes, que, convencidos del rigor de la prohibición médica, apenas aparecían por allí un momento para patentizar su interés ante Gazuza, la permitía moverse con mayor libertad en la casa.

En la noche del tercer día, al entrar Rocío en la habitación de Currito con una taza de caldo, se vió sorprendida por la inesperada presencia de una desagradable visita.

Acodado a los pies de la cama, cual si estuviese contemplando desde un balcón a su rival caído, Angel Romera oía las noticias del curso de la herida que le daba Copita. A la terminación de la corrida en que fué herido el Chavalillo, Romera tuvo que salir para la feria de Burgos, y de allí fué a San Sebastián, y al regreso acudía, conforme al uso, a visitar al compañero herido, como hicieron los demás toreros, aunque a la sequedad de corazón del niño de don Teodoro le tenía sin cuidado el Chavalillo, y en el turbio rincón de su intinrdad la noticia de la muerte de su rival habría levantado un sentimiento muy lejano de la pena. Mas la educación era la educación, y había que someterse al buen parecer para evitar antipatías y disgustos. Al "señor Cruz", que zascandileaba por allí cuantos ratos podía, en funciones de mayordomo mayor y jefe superior de la casa, le pareció que la calidad del visitante merecía una excepción y, sin consultar con nadie, hizo pasar a Romeri- ta al cuarto del herido.

—Pase usted, señor Romera. Mira quién está aquí, Curro.

A Currito le fué imposible dominar un gesto de desagrado y se fingió amodorrido para librarse pronto de la molesta presencia del odiado rival, antes dé que volviera Rocío.

Al ver a su burlador, la hija de Carmona "se quedó sin sangre". Turbada y trémula, dejó la taza sobre la mesa v se retiró precipitadamente al gabinete.

Con su desenfado donjuanesco, que paralizó a los presentes, sin hacer ningún caso de ellos, Romerita se fué tras Rocío. Por la puerta, que no se cuidó de cerrar, se les veía y se oía él susurro de su conversación.

—¡Chiquiya! ¿Tú aquí?—Y explicándose muchas cosas, exclamó:—¡Me lo debí figurar!

Sujeto a la impotencia del lecho, Currito siguió angustiado la escena.

—¡Vete, traidor! ¡Vete, Iscariote!—le réchazó con reconcentrada voz Rocío, convulsa.

—Más. Dime más, que tóo lo meresco —contestó él cínicamente—. Y si quieres yamá ar verdugo pa que m'apriete er gañote, dile que venga ya mismo. ¡Qué guapa estás, Rosiíyo! ¡Como pa perder a un hombre!—añadió intentando tomarla de un brazo.

Ella dió un paso atrás, indignada y altiva, y se desasió violentamente.

—¡Chiquiya, no seas lila! ¡Oyeme, mujé!—la suplicó, presa de súbito deseo y del perverso afán de devolver al Chavulillo, quitándole la mujer, el daño que le hacía en la plaza—. Yo sé que me he pertao contigo malitamente. Orsecasiones y seguedá que tenemos los hombres. Pero tú sabes que yo te he que- río y te quiero de veras, y tú me has querío a mí… y toavía me quieres.

—¡Yo?—protestó, ofendida, Rocío.

—Tú, chiquiya, aunque te creas otra cosa. Cuando entre un hombre y una mujer ha habió lo que entro yo y tú, no se puede orviar nunca. Aunque tú ño debías quererme por charrán que he sío contigo. Ya ves que reconosco mi farta.

La sorpresa y el asombro tenían paralizada a Rocío.

Angel se acercó más a ella y la habló bajito, zalamero y gracioso, de aquella manera con que encadenaba a las mujeres, ron el modo cálido y poético de la tierra, lleno de imágenes j donaires. Era el dulce y confidencial susurro de la reja, en que sé esclavizó el corazón de la hija de Carmona, arrobado por la deliciosa música del amor.

Pero al oirle, se le representó a Rocío la dolorosa historia de su desengaño, con su humillante cortejo de olvido, traiciones y villanías. Mentira, mentira todo. Palabras que

sólo decía la boca. Allí no había más que un sonido hueco, sin resonancia en el alma. Aquel hombre hablaba de su maldad como de una cosa sin importancia, risueño y cínico, con un impertinente aire de superioridad que daba a sus palabras un eco de falacia.

¡Y por este hombre falso y traidor se había dejado engañar! ¡Y de aquel mismo modo, con aquellas mismas palabras, la había engañado! ¡Ah, qué repugnancia, qué odio la inspiraba! El miserable ni se acordaba de su hija. Y se lo reprochó con desprecio.

—¡Ni siquiera me has preguntado por tu hija!

Angel, que tomara en su engreimiento por aquiescencia el silencio con que le oyó Rocío, interpretando sus palabras como la primera concesión de su debilidad, que buscaba un portillo por donde salir al florido campo que la pintaba, quiso decidirla con un último golpe: echó mano a la cartera, sacó de ella unos billetes y se los ofreció con fachendoso aire protector.

—Es verdá. Ahí tienes, pa tu hija y pa ti. —Y bajando el tono, la apremió con voz que quiso hacer insinuante:—¡Vente ya conmigo y deja ese cunero! ¿Qué esperas de ese nadie? Si sale de ésta, no va a haber quien le arrime a un toro. ¡Figúrate que porvenir!

Currito seguía, muriéndose, el diálogo. No llegaba hasta él con toda claridad; mas por las palabras y frases sueltas que podía coger, y sobre todo por las actitudes y el gesto, comprendía cuanto estaban hablando. Los demás seguían también, desde la sala, con anhelante interés, la escena, pendientes de las palabras de Rocío. ¡De qué buena gana hubieran intervenido *Copita*, y el *Pintao* si les fuera lícito!

A la vista de los billetes que le ofrecía aquel hombre Rocío se irguió altiva y enérgica.

—¡Canalla!—le escupió con ira alzando la voz—. ¡Guárdate tu dinero! Mi hija no te necesita. Muérete de verguensa si eres capaz de sentirla! Por ese nadie, por ese

cunero no se ha muerto de hambre o no ha ido a la Cuna tu hija. ¡Mal padre! ¡Mal hombre! ¡Judas! ¡Caín!

—¡Niña!—la riñó él, engallándose.

—¡Sí! —insistió ella valientemente—. ¡Caín! ¡Iscariote! ¡Todo!... Y ahora óyeme: nada tengo ni tendré nunca que ver con Currito ni con ningún otro hombre; pero si un día me obligasen a elegir entre, él, pobre y caído, y tú rico y en lo alto, le elegiría a él. ¡A él siempre! Y ahora ivete! ¡Vete de esta casa desente que manchas! ¡Vete, maldisión! ¡Vete, y que Dios te dé lo que mereses!

Con la bravuconería de los valientes para las mujeres, Romerita avanzó amenazador un paso hacia Rocío, que retrocedió asustada. Currito apartó con violento esfuerzo el embozo de la cama, tratando de incorporarse para ir en defensa de la hija de Carmo- na; pero ya Copita y el picador habían acudido al gabinete, y una mano del Pintao caía pesadamente sobre un hombro de Romera.

—L'ha dicho a usté que se vaya y usté se va —afirmó resueltamente el picador.

—¿Y tú quién eres?...—intentó gallear, arrogante, Romerita.

—¡Chist!—contestó Rosendo calmosamente, poniendo un dedo sobre los labios—. Usté se larga ya mismo de su bueno, porque se lo manda la señorita, o le hago yo bajá más ligerito po er barcón.

La actitud de Rocío, cerrando rotundamente el paso a los intentos de Romera, el tono del Pintao y la gravitación de su mano fuerte no admitían réplica. Romerita ensayó un aire indiferente, compuso el gesto desdeñoso con q je los bravucones disimulan su encogimiento y salió altanero, sin despedirse, y, aunque no le importaba nada Rocío, corrido por esta humillación, que cargó en la cuenta de las que debía al Chavalillo.

Nadie habló palabra. Rocío se dejó caer llorando en la meridiana y se tapó la cara avergonzada. Toda una vida de

lágrimas no sería bastante para lavar su falta.

Por su parte, Currito sentíase nacer a nueva vida. El temor que le acongojaba se trocó en goce. ¡No quería a “aquel hombre”! ¡Le prefería a él, al cunero, a “ese nadie”! ¡Qué bien arreglaba Dios las cosas! ¡Bendita cornada! Ya podía dolerle, que era poco todo el sufrimiento para la alegría que por él recibía. Un mundo nuevo brindaba rosadas perspectivas al inclusero. Y dejó galopar la imaginación con tanto ímpetu que al cabo se rindió, y cuando, pasado mucho rato, Rocío, sosegada, se acertó a él, le encontró dormido.

—Duerme—dijo bajito, esperanzada, a Joaquín y al Pintao—. Echense ustedes un rato, que bien lo nesesitan. Yo les llamaré si ocurre algo.

—Sí; me voy a echá en ese sofá, que no puco más—contestó Copita, cediendo al requerimiento del cansancio.

—Y yo me vi a quear dormío de pie en cuanto sierre un ojo—dijo el picador—. Estoy como si m’hubieran cambiao en carderiya. ¡Qué briega! Toa- vía me duele er porraso que me dió er cárdeno. Y cuando caemos asín se ríen los señoritos der tendió. ¡Lástima que no los yevárarcos debajo de nosotros! Que nos yarae usté si pasa argo—encargó bajito a Rocío, saliendo de puntillas con Copita.

La “Muñequilla” disminuyó la luz hasta casi dejarla en penumbra, envolviendo la bombilla en papeles; trajinó tácitamente, disponiendo las eosas que habria que dar a Currito cuando despertara, y, colocando una sillita baja junto a la cama, cerca de la cabecera, sentóse en ella, cara al herido, que dormía con sueño tranquilo, medio incorporado en las almohadas que le apoyaban. Y vencida también del cansancio y de las emociones, dejó caer despacito la cabeza en la orilla de la cama y cerró los ojos.

Ya la cubría el velo piadoso del sueño; apenas había pasado la frontera de lo indeciso, cuando sintió en la cara una mano que pasaba sobre ella levemente, apenas

rozándola con una caricia suave y respetuosa. Despacito entreabrió una chispita un ojo y pudo ver cómo Currito llevaba a la boca los dedos que la acariciaron y los besaba. Rocío se dejó estar quietecita, fingiendo dormir. Luego sintió que la misma mano iba otra vez hacia ella con cautelosa precaución, que llegaba a su cabeza y que los dedos cogían suavemente un rizo de sus cabellos. Y así se quedó dormido, sonriendo, feliz, Currito. Y así se durmió Rocío.

La voz alegre de Jiménez Encina despertó a todos por la mañana.

—¡Buena siestecita! Enfermo que duerme y enfermera que no vela, salud que viene. ¿Cuántas horas ha durado este sueño?

Rodo, avergonzada, peleando los párpados con la luz, que se entró por el balcón abierto por el médico, contestó risueña, alisándose el pelo:

—Buenos días, don Cristoba. No sé lo que he dormido. Mucho. Toda la noche. ¡Estaba tan cansada!— Y temerosa de haber incurrido en falta, interrogó al herido: —¿No se ha despertado usté, Currito?

El inclusero negó con la cabeza. Jiménez Encina le reconoció, dióle una palmadita cariñosa en la mano, y le alegró y alegró a todos con estas palabras:

—Ya estamos del otro lado. El corazón ha querido al fin ser bueno. Veamos ahora ese agujero.

La curación adelantó rápidamente. Las columnas inacabables de los periódicos dedicadas al Chavalillo quedaron reducidas a diez líneas, que en seguida desaparecieron. Durante un breve rato, a las tardes, hubo que permitir la corta visita de los íntimos. Currito fingía postración para obligarles a retirarse prontamente y que dejaran libre el acceso a Rocío, sin cuya compañía no se encontraba el iriclusero.

La “Muñequilla” aprovechaba estos ratos para encerrarse en una habitación interior con Manuela, que le llevaba la niña, y desquitarse de todos los besos que no podía dar en aquellos días a su hija. A veces, cuando no había gente extraña, entraba con su Dolorcita en la habitación del herido y Currito acariciaba a la nena. Rocío sentíase invadida entonces, sin saber por qué, de una alegría muy grande.

Jiménez Encina anunció un día para el siguiente la retirada de la cánula. Rocío habló de restituirse a su casa. Ya no tenía nada que hacer allí. Currito entristecióse y, requiriendo un block de que le habían provisto para entenderse con la gente, escribió con mucho trabajo, humedeciendo el lápiz en la boca a cada palabra:

“nose BallaHuste.”

Y se lo dió a Rocío.

—¿Y qué remedio, Currito?—contestó ella riendo—. No me voy a quedar aquí para siempre. Usté no nesesita ya mis cuidados y concluirá de ponerse bueno en seguidita.

“noquieroponemeBueno”—dijo el papel.

—Traiga usté acá—replicó la señorita Rocío, quitándole con ademán gracioso el block, e imitando al “doctor Ramitos”, añadió—: Prohibisión absoluta de desir tonterías. Se curará usté en seguidita, y el primer día que salga a la calle iremos todos a dar grasias a la Virgen de la Paloma, porque así se lo he ofresido yo.

—¿Tú ves, Curro, cómo tenía yo rasón?—le dijo Copita, aprovechando un momento en que Rocío salió del cuarto—. Ya ves cómo eya t’ha buscao; pero a su hora y desentemente, como una mujé cabá que es. Lo demás vendrá por sus pasos contaos.

—Y ocurrirá lo que tié que susedé—añadió el Pintao metiendo baza—. Se casaréis ustedes, y con ese suegro tan murtimiyonario que se vasté a echa se quitará usté de esta briega y vivirá jecho un rey. Y si me quié usté quitá a mí, pa

ponerme de aperad en uno de sus cortijos, le vi a echá más bendisiones que un obispo en la prosesión. La vía que se va a da mi Juaniya!…

Currito negó resueltamente con la cabeza y con las manos. ¿Qué le importaba a él de los dineros de Carmona? Jamás había pensado en ellos.

—Home, bueno—rectificó el Pintao, entendiendo las señas—. Ya sabemos que a usté no le vuerve loco er dinero, mataó; pero como Manué Carmoria lo tiene, no vasté a quitá que la gente eche sus cárculos.

El Chavalillo frunció ol entrecejo. ¿Qué era eso? ¿Cómo podía ocurrírsele a nadie que él echase cuentas coa la riqueza del padre de Rocío?… Pero el caso era que lo creían o podían creerlo, como el Pintao. Acaso'Rocío pudiera juzgarle también calculista y no estimar en su valor el sentimiento puro y desinteresado que llenaba su alma. ¡Eso sí que no! Ya lo verían. El demostraría a Rocío y a todo el mundo que no le guiaba el interés. Aunque tuviera que imponerse silencio un año, dos, los que hiciera falta, no le hablaría a Rocío hasta poder decirla: “Soy rico”. No sabían de lo que era capaz. Nunca pensara en ahorrar; pero desde ahora sería otra cosa. Economizaría hasta el último céntimo, reduciría sus gastos, guardaría lo que, le quedara libre. Y cuando tuviere un pequeño capital…

El llanto sobre el difunto. Pidió a Copita el block y el lápiz y le escribió:

"*meparese Gastamo muho”*

—¿Qué tontera t'ha dao, niño? Se gasta lo presiso y ni un séntimo más. Y a mí no me tirés tú rentoys de esos, que yo soy tan cuidadoso de tu dinero como der mío. Y si no estás conforme…

Currito le tranquilizó negando, sonriente.

—Es que a mí la clara es lo que más me gusta der huevo —refunfuñó Joaquín.

Al día siguiente quitó Jiménez Encina la cánula a Currito, y puso en condiciones de cicatrizar la herida abierta para colocarla.

—Hable usted—dijo al torero cuando le hubo vendado, realizada la operación.

El Chavalillo se buscó la voz, hizo un esfuerzo y dijo con voz ronca y temblona:

—¡Rosío!

—Voz de bajo—bromeó Jiménez Encina, imitándole, con la alegría con que el buen médico celebra sus búrlelas a la muerte—. Se ha contagiado usted en este ambiente. El año que viene iremos a oírle al Real.

Y dispuso el plan de convalecencia. Dentro de pocos días saldría a la calle, y en seguida al campo. Dos o tres semanas de aire puro, ejercicio bajo el cielo, sin paredes a los lados, buenas chuletas y mejores pollos, y al aplauso otra vez.

—Y en la primera corría que yo atoree delanté suyo y me sarga un toro bueno se lo vi a brinda a usté sin ningún interés, y se le van a poné las manos que en un mes no va usté a poer hasé operasiones.

—¡Hombre, no, que en mi casa comemos todos los días!

—Es un poné… ¡San Cristóbal!

Como ofreciera Rocío, la primera visita de Currito al salir a la calle fué para la Virgen de la Paloma. Los toreros esperaron a las mujeres a la puerta de la iglesia. ¡Más guapetona estaba la tabernera con su mantilla y sus arracadas de brillantes!…

—Comare—la saludó Copita—, que está usté pa darle a uno un dijusto. Ar primero que la míre a usté me lo como. ¡Manque sea un guardia! ¡Manque sea er cura!… Home… ¿vamos a desirle que nos lea ya mismo la pistola “brovin” de San Pedro y San Pablo?

—Que ya es rasón, Manuela, que quite usté a este hombre de pasar penas—añadió Currito—. La señita Rosío y

yo seremos los padrinos… Digo, si usté no tiene a menos ser madrina conmigo.

—¡Qué cosas tiene usté, Currito! ¿Cómo lo voy a tener a menos?.,.—contestó la “Muñequilla” enrojeciendo.

—Comare, aproveche usté antes que yo m’arrepienta.

Entraron los cuatro en la iglesia. Brillaba el altar, como un sol con el sinnúmero de luces que Currito y las mujeres habían mandado poner a la Virgen. Junto a la pila del agua bendita preguntó el Chavalillo en voz baja a Rocío:

—¿Qué quiere usté que yo le pida pa usté a la Virgen?

La “Muñequilla” contestó cortada:

—Que no me desampare nunca.

—¿Ná más?

—Y es bastante.

—Pues yo sí quiero—replicó él con voz trémula— que la pida usté, que la oirá mejó que a mí, que me sarga bien una cosa que tengo aquí—señalando a la frente—. Que como me sarga bien…

Rocío volvió a enrojecer hasta el blanco de los ojos, palpitó con fuerza su corazón y, sin ser dueña de sí, esperó conmovida y anhelante no supo qué. Y como no hubo más en este segundo, sin decir nada, se dirigió con respetuosa compostura, juntamente con los otros, al altar, y cada uno como supo pusieron sus deseos en las manos bondadosas de la Madre de todos.

Currito, rebosante de contento, decía de un modo absurdo las oraciones que le enseñó en el Hospicio sor María. ¡Bah! Arriba lo entienden todo y todo lo recogen. Y la señorita Rocío… La señorita Rocío, perdida en la confusión de un tumulto mental, no acertaba a pedir, y encomendaba a la Virgen unos deseos vagos e indefinibles, algo así como loe anhelos sin forma quo la acometían en la hora romántica del despertar del sentimiento, y que ella tradujo en una demanda, también inconcreta, de protección.

—¡Ampárame, Virgensita mía!

Cuando salieron de la capilla, los rodearon los pobres del atrio.

—¡Señoritos, Dios les dé buena suerte y buenos toros!

Con aquello no rezaba la decisión de ahorrar. Que se alegrase todo el mundo en aquella hora alegre de Currito.

—¡Ahí va, amigos!

Y generoso y chirigotero repartió monedas entre la pobretería.

—Es de parte do aquí—les explicó señalando a Rocío.

Una viejecita muy arrugadita, gritó con una vocecita trémula y cascada, dando un saltito alegre:

—¡Vivan los novios! Que la Virgen de la Paloma les haga a ustedes muy felices, señoritos, y que les dé muchos hijos, muy guapos, y al que menos, al que menos, lo vean ustedes de obispo.

Rocío se puso colorada, y Currito, que ya se dirigía a la calle, se detuvo, sacó la cartera, extrajo un billete y se lo dio a la viejecita.

—Tome usté. Hágame usté er favó de entrá ya mismo ahí dentro y desirle a la Virgen tóo eso.

—Ya lo creo que entro y se lo digo. Ahora mismo. Bendita sea, que nunca vi tanto dinero junto. ¿De cuánto es?

Apresuradamente, sin despedirse, se metió Rocío con la Gallega en el coche que las llevara; subieron al suyo los toreros; partieron los dos carruajes entre las bendiciones de los pobres. Y aquel día no pasó más.

TERCERA PARTE

Y UN TIEMPO SIRVE AL OTRO DE TEMPLANZA

Capítulo I

EL BONITO TANGO DE “ROMERITA”!

VOLVIÓ a los toros con más ímpetu. Locos de alegría, los chavalistas, de guardia permanente la tarde de la primera salida, en la calle de Sevilla, bajo los balcones de La Tribuna, mostraban a los transeúntes conocidos, aunque lo fueran sólo de vista, las pizarras del periódico.

—¡Lea usted! ¡Lea usted!—Y eran ellos quienes leían en voz muy alta, para ser oídos de todas partes, acentuando los efectos, más latiguilleros que un primer actor de coliseo popular… “Faenazas”… “Ova- cionazas”… “Entusiasmazo”… “Orejazas”… ¡Y decían que no volvería a arrimarse!

“Don Ismael Almanzor”, que le vió torear en el Puerto esta corrida, estuvo a punto de perder la gravedad, como cualquiera de los exaltados que se fueron detrás del Chavalillo aplaudiendo y vitoreándole.

—¡Es mucho torero!—le dijo luego a Copita el canónigo—. ¡Es mucho torero! Adivina las intenciones de los toros antes de que ellos le sientan, de tal modo que no parece sino que lleva puesto el sombrero arcadio de Menedemo.

—¿Qué sombrerito es ése, don Ismaó?—le preguntó intrigado Copita.

El canónigo explicó al banderillero cómo el filósofo de Eretria aseguraba que las intenciones secretas de los hombres se adivinaban llevando puesto un sombrero arcadio con los doce signos del Zodiaco.

—¿Entonse es por eso que se dise “a mí, Pisi”?

—Por eso será—contestó riendo “Almanzor”—. ¡Vete a saber!

¿Qué hizo usted, don Ismael? ¡Con la desconfianza que le inspiraban a Copita las intenciones do todos los toros!…

El tiempo que tardó Joaquín en encontrar un dibujo con las doce casas del sol tardó en colocárselo muy dobladito'· en el forro de la montera. Y, de allí en adelante, en cuanto se abría el chiquero y salía el toro ya estaba nuestro hombre apretándose el cubre· cabezas y saltando apresuradamente la barrera.

—¡A mí, Pisi, que t’adivinao!

—Señó Joaquín—le decía Gazuza con el rencor que le guardaba por haberle cortado el camino de sus ilusiones—, que se pasa usté más tiempo en er caye- jón que en er rueo…

—¡A mí, Pisi, niño, que yevo la montera de don Arcadio!

Y no hubo quien le volviese a arrimar a Tauro ni siquiera cuando Piscis le avisaba de que no podía ya con el rabo.

—Pero ¿por qué no se corta usté er pelo de una y deja er sitio a otro?—le pinchaba Gazuza.

—¡Qué grasioso! ¿Con er papé que hago en la cuadriya y las corrías que habemos hecho voy a perdé este potosín surmarino de los toros? ¡Si no tenemos día que no aviyelemos jayeres[1]! ¡Sí que he nasío yo primo de nadie! ¡Ni de sigo mismo!

Decía verdad. Ya no tuvieron día libre en todo el verano, ni volvieron a dormir en cama quieta fuera de aquellas ocasiones en que tenían varias corridas seguidas en la

misma población. De la plaza al tren y del tren a la plaza, de Norte a Sur y de Este a Oeste, ni el mismo Currito supo las veces que recorrió

España aquel verano, llamado de todas partes pará torear. Era un trajín mareante. Llegaba molido por la mañana a las poblaciones en feria, polvorientas y; algareras; le recibían amigos desconocidos; se acostaba un rato en una fonda mal atendida y bulliciosa; mientras se vestía de torero no cesaba de entrar y salir gente en su cuarto, como en las barracas del ferial donde se exhibían loe bichos raros; iba a la plaza envuelto en gritos; envuelto en gritos de entusiasmo o desagrado despachaba su obligación, y envuelto en gritos volvía al tren, para repetir al día siguiente en otro lugar lejano, que parecía el mismo de la víspera, al cual llegaba a veces concluyendo do vestirse en el mismo vagón, a la hora crítica de ir a la plaza.

—¿De dónde viene usted?—le preguntaba algún compañero de viaje, poco enterado de las combinaciones taurinas.

—De Linares… Digo, no. ¿De ónde venimos? De Siudá Eeá. Eso es. Yenimo de Siudá Reá, ¿verdá, Joaquín?

En este pasar meteórico de tren a tren apenas si vió a Rocío un momento las dos o tren veces que estuvo en Madrid, en todo el verano. La encontraba en casa de Manuela, en donde daba ahora la casualidad de que siempre tenía algo que hacer la “Muñequita” los días que él estaba en la corte. Currito bromeaba con Rocío y la Gallega, lleno de la alegría de sus triunfos y esperanzas. En ocasiones hablaba enigmáticamente de proyectos que abrigaba.

—¡Cuando yo sea rico!…

Y se iba sin tiempo y con apuro, apremiado por la hora del expreso y las exigencias de las acaparadoras amistades, que su categoría de “As” no le permitía desairar.

—¡Siempre con prisa!—protestaba luego la Gallega—. No hace más que entrar y ya está diciendo adiós.

—¡Ya, ya! —asentía la señorita Rocío, sin poder ocultar su contrariedad

Por la tarde en su casa y a la noche en la de Manuela, cose que te cose, o sentadas al fresco en el balcón, las dos mujeres charlaban de sus cosas. A veces paseaban lentamente por la misma Ronda. Y en una u otra parte la conversación recaía en Curríto, sin que Rocío protestase ahora por la insistencia de Manuela en nombrárselo o deeviara la conversación como antee.

La Gallega refería con orgullo un poco maternal los triunfos “del matador” que le contaba Copita. ¡Le era un gran torero! Pero lo que entusiasmaba a la tabernera mucho más que las ovaciones de la plaza era el saber a Currito rodeado y solicitado de señorones, gente alta, en cuya enumeración complacíase. Banqueros, duques, condes, señores de “eses” que escriben en los papeles y en el teatro, y de “eses" otros que pintan cuadros y hacen muñecos talmente como los que ella vió una vez en el Museo. Gente de lo mejor, vaya. Y, más, diputados. Y concejales. Pues ¿y las señores? Le había una condesa y una marquesa que andaban a punto de arrancarse el moño por el matador.

—Me las trae loquiñas.¡Como le tiene tanto aquel!

—¡Valientes señoras serán!—comentó Rocío con desprecio.

—¡Ay, no! Joaquín dice que le son señoronas de veras. Hasta las hay de esas que salen en los papeles cuando ha habido baile en casa de algún duque.

—No me diga, Manuela. Ninguna señora, señora íe hase el amor así a un torero.

—Pues Joaquín asegura que son señoras. Ya ve si él lo sabrá.

Y citó algunos nombres.

—¡Bueno; pues para él!—cortó Rocío rabiosilla.

—¿Seíque le pica?—preguntó socarrona la picara de la tabernera. —¿A mí? ¿Por qué?

—¿Y luego, sí no le va ni le viene, por qué se me enfada?

—Yo no mo enfado. Ni me importa que Currito se enamore de una sigücña. Para él toda, y que le aproveche. Lo que yo digo es que eso no son señoras.

Luego, mientras cosía, execraba a las mujeres que se enamoran de los toreros, ¡Señoras!... ¡Qué habían de ser señoras! Más veces clavó la aguja en la tela a cuenta de ellas... ¡Ay, si las cogiera allí! ¡¡Hun!! ¡Las muy atrevidas! iQué poquita vergüenza había en el mundo!

No se que a ella le importase que Currito tuviera amores o dejara de tener. Allá él con su gusto, si lo tenía tan mato y se enamoraba de una cotorra. Aunque mejor fuera que se mirara, se hiciera valer más y no se metiese en líos, que no estaban bien en un torero de su altura. Lo que indignaba a la señorita Rocío y la movía a protestar en nombre de la dignidad y decoro dei sexo era que hubiese mujeres así. Y Currito hacía muy mal, pero muy mal en andar con semejantes lagartonas... Y a lo mejor, ¿quién sabe?, puede que las provocara. Porque a la vista estaba que Currito no era el de antes. ¡Miren el mosquita muerta, cómo sacaba los pies del plato! Si ella fuese madre o hermana de Currito, la oiría.¡Vaya si la oiría!...

"Ha de saber usted—escribió un día a don Ismael—que Currito se ha vuelto otro. Ahora le persiguen las sefioronas, y él se deja querer, y ya comprenderá usted que eso no está bien, porque se expone a tropezar con una mujer mala, que le puedo sorber el seso, por no tener quien le aconseje. Debía usted decirle algo.”

"Me he reído mucho y me he alegrado más—la contestó “Almanzor”—con lo que me dices de Currito.''

¡Por dónde salía el señor cura! ¡Vamos, hombre! Si todos eran iguales. Si ella fuese gobierno haría una…

—¿No tenéis ustedes qué coser en su casa? ¡Holgasanas!

Y daba al pedal con tanto aire que la máquina salía disparada, cual si tuviera prisa de llegar antea, hasta que la aguja saltaba, aumentando la rabieta de la “Muñequita”.

Manuela gozaba oyéndola, se reía y le decía burletas, que la exasperaban,

—Cuando ti tanto te enfadas, molfo me queres.

—¡Yo? ¡Osú!

—María y José.

—No se traiga usté esas guasítas, que no me gustan, Manuela.

—No le es guasita, filliña. Le es la chipé, como dice Joaquín, aunque usted no quiera.

¿Qué manía le entraba ahora a Manuela?, protestaba Rocío rabiosilla. ¿Es que no podía interesarse fraternalmente, y nada más que fraternalmente, por el bien de Currito?

Rocío se enfadaba con Currito porque sabía que aquella vida no le podía llevar a buena parte. Ella le había oído mil veces a su padre, cuya libertad y rudeza de expresión no se contenía en miramientos, que los toreros tienen que huir de las mujeres si no quieren exponerse a muchos disgustos. Parecía mentira que un hombre tan apocado, tan serio, se entregase ahora a esa vida.

—¡Vaite con Dios, filla, que bien conócesete la tierra en la exageración! Pero si no le hay tal vida, ni el matador las busca ni las hace caso. Es la gente quien le busca a él. Y el matador no la va a desairar, para exponerse a un disgusto. Dice Joaquín que todos los días tiene a la puerta de casa diez o doce automóviles de otros tantos señores que van a buscarle y se pelean por llevárselo.

Era verdad. La Afición estaba loca con sus dos toreros. Revivían los tiempos de ardimiento de Lagartijo y

Frascuelo. Dentro y fuera de la plaza reñían los aficionados una empeñada batalla de amor propio, en la que acaso no se peleaba tanto por el ídolo como por tener cada cual razón sobre los demás. Se olvidaban los términos de cortesía en las discusiones, sin mirar respetos.

—¡Usted no entiende de esto una palabra!

Era un afán loco de supremacía. No bastando los triunfos de la plaza, buscábanse otros activamente fuera, con un deseo insaciable de aplastar en todos los terrenos al adversario y a su partido. Si a este torero Le miraba tiernamente una cupletista, tenía que enamorarse del otro una bailarina. Bastaba que uno de los dos adquiriese una amistad calificada de escritor, artista, aristócrata o político, aunque no fuese más que un diputado o senador del montón monosilábico, para que el cuarto civil contrario no descansara hasta chafar a loa otros con la conquista de un subsecretario, un académico de las de ciencias exactas o inexactas o un astrónomo.

Una vez vieron al Chavalillo en el tren distrayendo el aburrimiento de un viaje y la preocupación de los toros del siguiente día con un libro de chascarrillos baturros. Desde aquel punto y hora no se acomodó Romerita en su vagón ni celebró entrevista periodística sin tener visiblemente junto a sí un libro de Azorín, Ganivet o Anatole Franco, o un tomo de versos de Rubén Darío.

«*La prinsesa está triste, tú,*
¿Qué pasa en Cádis?»

El apasionamiento partidista llevaba a los más absurdos extremos, sólo verosímiles tratándose de esta afición en que todo es exaltado e hiperbóreo. Por el Chavalillo o Romerita se rompían amistades, se andaba a estacazos y se iba a la cárcel por puñaladas. Partidarios de uno y otro matador colocábanse en la plaza cerca de los revisteros de mayor circulación, procurando influir en ellos con sus comentarios y sus adulaciones. Se olvidaba una traición política o una

derrota electoral; pero no se perdonaba una negativa del mérito del ídolo, Y era lo peor que el contagio de esta locura se corría a todas partes. Gentes que nunca iban a los toros se dejaban ganar de ella, y España era como un vasto manicomio tocado de la manía chavalista o romerista. Lo malo de los toros no es la corrida.

Verdad es que los dos toreros fomentaban este apasionamiento, empeñados en una porfía bajo la cual vibraba el odio, más poderoso que ios motivos de competencia profesional. No perdonaban ocasión de humillarse en la plaza. Si valiente el uno, audaz el otro; si éste atrevido, aquél temerario, aumentaban con el fuego de su aversión la hoguera apasionada de sus partidistas.

Desde la noche aquella no se habían vuelto a dirigir la palabra. ¿Para qué? Currito odiaba a Romerita por el mal que le había hecho, y Hornera odiaba al Chavalillo por el mal que lo hacía.

Así, entre delirantes y alegres aclamaciones, desarrollábase un duelo cuyas trágicas intimidades no llegaban a la gozosa afición, creyente en una competencia de artistas, tan viva que los demás toreros quedaban borrados.

Iba mediado el año taurino y ya tenían *Romerita* y el *Chavalillo* comprometidas las fechas de las grandes solemnidades provincianas para el siguiente. Los empresarios de Méjico y Lima se disputaban a puñados de pesos, oro, su contrata. De cien empreñas tenían solicitudes para los escasos días que lea quedaban libres entre semana. No les era permitido el descanso.

Un empresario listo tomó en arriendo la plaza cercana a Madrid de Puebla del Cañaveral para dar, en vísperas de las corridas del Pilar, que sirven de broche al año taurino, una corrida mano a mano los dos toreros. La afición se conmovió en toda España, creyendo, en su inquebrantable inocencia, que allí se iba a decidir ese pleito de rivalidad

taurina que nunca se resuelve. No comenzara Regino Velasco a tirar carteles y billetes y ya se cotizaban éstos más altos que las acciones del Banco. Un revistero echó leña al fuego pidiendo desde 'el seguro del periódico que *“este juicio de la afición”* se hiciese con toros de veras, con edad, poder, tipo y cuernos, y “no con monas”. Los romeristas, ligeros y jactanciosos, asintieron. ¡Toros a su torero que era el rey del valor!

—Tú sales—decíanle a Romerita—, te lías el toro a la cintura, te vuelcas luego en el morrillo y se acaba para siempre esa rata sabia.

¡Ya está!

Romerita no comprendía muy bien eso de que para que sus amigos se saliesen con la suya él tuviera que liarse el toro a la cintura con cuernos y todo; pero su vanidad le hizo ceder jaquetonamente.

Y exigió al empresario que echase toros de Veragua, quo envuelven su nobleza en eí aparato de su tamaño y su poder, y, siendo propicios para las hazañas del matador, no suelen serlo tanto, por el cansancio de su violenta pelea con los picadores y el ahogo de sus carnes, para las alegrías del toreo.

El empresario tragó saliva, y acudió presuroso a “dar coba” a Currito, temblando por su combinación; pero el Chavalillo le atajó condescendiente. ¿Qué más daba una divisa que otra?

—La cuestión está en que er toro sarga bueno y embista bien; que si sale malo no me paro a preguntarle de quién es pa juir.

¿Qué le importaban al Chavalillo estos o los otros toros? El mundo era suyo; todo seguridad, alegría y optimismo.

La víspera de esta función hallábase Rocío muy entretenida con su costura, cuando sonó en su puerta la voz da Currito pidiendo licencia para entrar. Era la primera vez que se atrevía a presentarse allí.

—¿Me deja usté pasá, señita Rosío, que tengo que desirle a usté una cosa?

La señorita Rocío se sobresaltó; cien imaginaciones pasaron por su mente; para ganar tiempo y serenarse sacudió, sin contestar, los hilachos que le llenaban el delantal y la falda. Y levantándose confusa, fué hacia el torero, tendiéndole la mano, con el rostro encendido.

—Pase usté, Currito. ¡Qué milagro! No sierre la puerta; déjela abierta, como estaba.

El inclusero entró y se detuvo un momento, paseando la vista por el cuarto, gozando, saturándose de su ambiente, de aquella paz y de aquella modestia tan bien avenida con sus anhelos. Y tuvo envidia de todo aquello: de los muebles que la acompañaban y de las paredes que la veían continuamente.

—¿Mira usté mi palasio?—le preguntó ella con aquel gracioso dejo que le enajenaba—. Aquí no hay lujo; pero yo vivo bien y felís con mi hijita y mi trabajo. Vamos, siéntese—ofreciéndole una silla y sentándose frente a él junto a la máquina—, y dígame qué le trae.

Currito tardó un ratillo en romper. Al fin dijo, poniéndose serio:

—Señita Rocío…

—Diga usté, don Fransisco—se burló ella—. ¡Josú, qué hombre más seremonioso!

—Bueno, Rosío. Vengo a desirle a usté que ayer he firmao pa Méjico y que me voy pa ayá en cuantito acabe las der Pilá.

La “Muñequita” se puso en pie bruscamente, sin ser dueña de sí, herida por los crueles puñales del recuerdo.

—¡No vaya usté a Méjico, Currito!—se le escapó.

—¿Aónde quiere usté que vaya? ¿A Lima? Está más largo. Méjico es más dinero, ¿sabe usté? Y yo quiero haserme rico prontito, porque… porque… Porque sí, ¿sabe usté?

Y, ayudándose de su timidez, que nunca encontraba momento ni decisión para aquello, contuvo la confesión que asomaba a sus labios. Ahora, no; no quería hablar hasta que nadie pudiera creerle obediente a otro deseo que el noble y puro que llenaba su alma. Cuando volviese rico.

—Me vi a Méjico, ¿sabe usté?—siguió diciendole con alegría—, porque de ayí me traigo sincuenta mí duros limpios. Y con vintidós mí que he ajorrao este año…, vamos, me párese a mí, que ya pilé habé pa argunas cosas. No es un eapitalaso; pero ya hay pa un viví regula. Y luego lo que me que a de atoreá. ¿No le parese a usté?—la interrogó anhelante.

—¡Ya lo creo! Setenta y dos mil duros. Un capitalaso. ¡No se puede haser ná con eso!

—¿Ve usté como yo hago bien en ir a Méjico? Y sin contá las corrías que pueo atoreá por los Estaos, si me se da bien, a como yo quiera… Me yevo a Copita, a Gasusa y un picaor, porque ayí hay gente de sobra pa arregla la cuadriya y se conomisa uno los gastoa *

—¿Cuánto tiempo va usted a estar allí?

—Sinco meses, contando er viaje. Muy largos se me van a paresé lejos de aquí; pero contando pa acá puén paresé más cortos. La cosa está en no echá cuenta con los días que fartan, sino con los que van pasando. “Ya quea uno menos, ya van quinse, ya va un mes…, ya, mañana.” ¡Juy, mañana, Eosío. Resale usté a la Virgen de la Esperanza pa que me traiga con bien y me sarga tóo lo que yo quiero, que como usté se lo pía, Ella viene conmigo en er barco, Ella me trae y…

Iba a gastar muy poquitito dinero en Méjico, “¿sabe usté?”, lo precisito nada más, para traerse todo el que pudiera. Y si le criticaban por chivato, que le criticasen. A su lado se había concluido el “mangar”. Que trabajasen todos como él trabajaba. ¿Le había ido nadie buscando cuando no tenía un real y pasaba las negras?

Rocío le oía complacida y le aplaudió.

—Haso usté bien, Currito. Mientras tienes, los amigos a montones; cuando se acaba, tóo es Camavá: “No te conosco”, “No te conosco”.

—Er evangelio. Sabe usté más que er tío ese que diae Copita que sabía tanto.

Luego sacó Currito de un bolsillo un sobre grande, extrajo de él unos papeles y, con semblante risueño, hizo ademán de entregárselos.

—Toma usté. He venío pa dárselo a usté.

—¿Qué es esto?

—Mi dinero. Too lo que yo he podio conomisá este año desde que la encontré a usté y me dió usté la buena. Antea no tenía yo más que er aire. Y casi ni eso. Poco es, ¿sabe usté? Vintidós mí duros de mis ahorros y dies mí der antisipo de Méjico. Yo me queo con los otros cuatro mí der Pilá y la corría de pjañana pa er viaje y los gastos.

Ella le interrumpió secamente:

—Guarde usté su dinero.

Acababa de sufrir el dolor, tanto más cruel cuanto menos esperado, de un desencanto. La sensibilidad de Rocío, tan sobreexcitada, sufrió al recibir la acometí- da de una nueva ofensa. ¡Este también! ¡Dinero a ella! ¡Qué doloroso desengaño! Todos unos miserables que se creen con derecho a insultar con su dinero a las mujeres. ¡El hombre bueno y noble! ¡Qué hipócrita! Sintió como un derrumbamiento de su alma y apartó con ademán altivo la mano de Currito ofreciéndole aquellos papeles, que le pareció tan repulsiva como la del otro brindándole sus billetes para decidirla a seguirle otra vez.

—Guarde usté su dinero.

Sin comprender del todo, Currito tuvo una vaga adivinación de cuanto en la mente de Rocío batallaba y, puesto en pie, humilde y digno, la dijo conmovido, pero con firmeza:

—Señita Rosío… Déjame usté que ahora la yame así, porque así tié que ser pa que nos entendamos mejor. Yo no quiero haserle a usté ninguna ofensa con esto. Yo es que le pido er favo de que me guarde este dinero. Yo no tengo a nadie en er mundo, y si mañana me susede argo, es un poné, que no lo quiá Dios, se lo yeva too er demonio. Y yo no quiero que eso pase. Si no me ocurre ná, yo vendré a pedírselo a usté, y sí, lo que no quiea Dios, me pasa, usté hase de ese dinero lo que quiera, sin tené que da cuenta a nadie…

Casi desarmada y arrepentida de su movimiento anterior, ella le atajó:

—Yo le agradesco a usté la conflansa que liase en mí; pero yo no puedo admitir ese dinero…

El no la dejó seguir.

—No me diga usté ná, Señita Rosío. Yo sé quién es usté… y usté, usté dispense, pero usté debe sabé quién soy yo. Usté me pué desí que no me quiere hasé este favó, es un poné, y que no quiere nada de mi dinero, y yo no tengo de hasé más que sentirlo y con» formarme. Pero usté, señita Rosío, tiene una hija, que si no está como yo, ¡pobreeita mía!, es porque la tiene a usté; pero si er día de mañana le fartá usté, es un poné, ¡no lo quíea Dios, ni lo permita la Virgen!, no quiero yo que Dolorsita, la hija de la señita Rosío, que fué tan buena pa mí cuando yo era un cunero muerto de hambre, que ha resao por mí luego y m’ha dao la vía cuando me iba morí, se vea como yo me he visto y pase nesesiá como l’ha pasao su madre.¡Por la salú de la mía, si vive, o por su gloria, si s’ha muerto, que yo no lo hago ná má que por eso! No tengo a nadie; soy solo, ¡solo!; pueo disponé de lo mío… No me diga usté que no; guárdeme usté esa pobresa, y si m’ocurre una saborisión, dásela usté a su hija. Unicamente le pido a usté que, si le párese, le dé arguna cosa a sor María, que ha sío pa mí mi madre. Y me manda usté desí una misa a la Virgen de la Esperanza y

otra ar Señó der Gran Poer… Y si vuervo bien se las mandaré desir yo. Y si me sale lo que yo quiero, le jago una funsión que s’acaba la sera en Seviya. ¡Ay, Virgensita mía, si tú quisieras!…

Rocío tuvo que hacer esfuerzos para que no la venciera su emoción. ¡Este era Currito, el hombre bueno y noble! Y, conmovida, tomó los resguardos que le ofrecía el torero.

—Deme usté — le dijo con voz trémula!— le guardaré a usté su dinero hasta que vuelva, que volverá sano y salvo. El Señor del Gran Poder y la Santísima Virgen de la Esperansa le traerán a usté con bien, que lo merese por bueno.

—Grasias, muchas grasias, señita Rosío!,.. ¡Rosio! Ahí tieneusté.Too está a su nombre.

—¿A mi nombre?

—Naturá. Si no, ¿cómo iba usté a disponé cuando lo hisíera farta?… Como si le hase farta ahora, que usté sabe que pué disponé de tóo lo mío, y que m’ofendería si no lo hisiera. Y ahora firme usté aquí, en estos papeles. Es pa que le conoscan la firma; a tóos los hasen ir pa eso; pero yo lo ha arreglao con mi banquero, er marqué d’Urquijo, pa que no tenga usté que molestarse.

La "Muñequilla, vencida del todo, posó en el inclusero una mirada intensa, en la que había más que gratitud.

—Currito…, yo no sé cómo agradeserle esta… esta…

El inclusero se estremeció. Vió brillar en loe ojos amados las luces de la felicidad y se sintió capaz de todo. Mas comprendiendo que después de lo que acababa de hacer no podía dignamente pedir paga, se impuso silencio y se arrancó de allí sin confesar su secreto, tan conocido.

—No me diga usté ná, señita Rosío; no me diga usté ná… porque… no me diga usté ná, ¿sabe usté? ¡Adiós! Rese usté mucho pa que me sarga tóo lo que yo quiero.

Yse fué precipitadamente, huyendo de sí mismo.

Rocío salió al rellano y se asomó a la barandilla para verle bajar. De pronto, le llamó:

—¡Currito!

Y mientras él subía ligero, ella se entró en el cuarto, cogió a la niña y salió con ella en brazos.

—¿Qué manda usté, Rosío?

—¿Quiere usté darle un beso a mi hijita?

El inclusero posó cariñosamente sus labios en la carita de la nena, que le sonreía con la simpatía inconsciente y segura de la inocencia, y luego tendió a Rocío una mano trémula, apretó nervioso la que le dieron y se arrancó violento de allí,

—¡Adiós, Rosío!

—¡Adiós, Curro!

Y antes de doblar la bajada pudo ver cómo la señorita Rocío besaba a su hija en la carita, "donde mismo él”, con un beso muy largo, muy largo, y, sin cortarlo, se entraba en la casa y cerraba lentamente la puerta.

¡Juy, las cosas qua Currito "le iba a hacer al toro” para llegar pronto donde quería!

—Toas las parmas pa mí—se dijo seguro, con una doble ansia de triunfo.

Rocío entró en su casa pensativa. Dió unas vueltas por el cuarto, quitando y poniendo cosas sin enterarse. Cogió los resguardos de Currito, los examinó, sin enterarse tampoco, y los guardó muy escondidos en la cómoda. Y al levantar los ojos y encontrarse con la imagen del Señor del Gran Poder que tenía sobre aquélla, tendió hacia El las manos suplicantes.

—Vuélvemelo salvo, Señor, y yo te prometo acompañarte descalsa hasta la catedral el primer Viernes Santo que pueda ir a Sevilla.

El Chavalillo salió de allí deseoso de comunicar con todos su alegría.

—¿Qué va a pasá mañana?—preguntó risueño a los primeros amigos con quienes tropezó.

Y la seguridad del torero, comunicada rápidamente de corrillo en corrillo aficionado, aumentó el subido interés de esta corrida.

Medio Madrid se trasladó a la plaza pueblerina. La perspectiva de un día casi campestre, lejos de la rutina diaria, excitaba aún más a los aficionados. Todo en el tren era gritos, discusiones, cánticos y risotadas. Tomábanse anticipos de bebida, se disparaban pullas contra el bando contrario, bromeábase con los vendedores que, andando por los estribos, ejercían sus varias industrias, y en las estaciones, un gracioso asomado a cada ventanilla repetía los viejísimos “chistes” dejados allí por todos los trenes de soldados y romería.

—¿Hay alcalde en esto pueblo?

—¡Tía Ruperta, ábrame usté la puerta!

Y así hasta llegar a Puebla del Cañaveral y luego en sus calles mal empedradas y en sus cafés mal limpios.

Parece que si no se alborota le falta algo a estos viaje. La alegría de un día de libertad pido la expansión jubilosa del vocerío. Los aficionados serios protestaban contrariados en sus rincones.

—¡Qué gusto les va a dar a esas bailarinas encontraros roncos!

Hacia el mediodía llegaron Currito y Romera, y se alojaron en distintas fondas. Hechos a la impertinencia y a la indiscreción de sus amigos, vistiéronse sin recato en sus cuartos, llenos de la inevitable gente, que en tal hora acosa a los toreros con el ansia de una anticipación de la fiesta, charlando alegre por los codos y diciendo chistes que tos matadores comentaban, sin enterarse, con una sofirisa forzada, mientras que la montera iba y venía de cabeza en cabeza a mirarse entre grandes risotadas al espejo.

En todas aquellas mareantes e inquietas horas sólo tuvieron los toreros interés para las noticias que, al llegar, les dió su gente.

—¿Cómo está eso?

—Bien. Es una corría apañá.

—¿Apañá, del duque?—protestó con mal Humor Romerita.

—Hombre, como del duque, se trae lo suyo; pero sin desageración. No hay ningún toro saborío.

Currito, atento a sus prevenciones, se limitó a preguntar:

—¿Hay argún colorao?

Los presentes cambiaron una mirada de inteligencia. Supersticioso.

.—No. Es una corría que está bien.

—Mu giienos toros pa vosotros que corréis—protestó el Pintao—. Veríamos lo que os paresían si tuvieseis ustedes que aguantarlos ayí, ensima der cabayo, como nosotros… Yo, si er mataó me dejase, me iba ya mismo ar pueblo de junto a visitá una tía mía que no vive ayí.

—Y si no te deja, en er primer toro tomas un bi- yste pa la enfermería.

—Y pará y fonda. Hasta que s’acabe la corría no pío er arta.

Dos desvencijadas jardineras se llevaron las cuadrillas, calladas y serias, a la plaza, por un camino polvoriento y desigual, todo baches, pedruscos, tropezones y saltos, por el que marchaba un río de gente bullanguera. Era una plaza pintoresca, de poca altura, ahondada mejor que levantada en la falda de un cerro, a la salida del pueblo. Por fuera, encerrada entre tapias de adobe, tenía mezquino aspecto de corral. Se entraba a los tendidos de sombra por el piso do los palcos: un tenderete como los de feria, con divisiones y gradas de madera podrida. Los tendidos de sol, con asientos de ladrillo y cascote, como los otros, hallábanse limitados por una tapia muy enjalbegada, a cuyo largo corría una frondosa parra, prestando grata sombra a las últimas filas y tal cual olvidado racimo a los

espectadores madrugueros. Por detrás de la tapia se asomaban curiosos, poblados de inquieta chiquillería, unos altísimos álamos que orlaban el vecino río. Al otro lado subía por cima de la plaza, dominándolo todo, tan pegada a ella que parecía meterse dentro, la iglesia del santo patrono de Puebla del Cañaveral, de una traza simpática, al par severa y airosa. En la torre, un gran nido de cigüeñas, sobre el cual la hembra, vigilando sus pallados, sostenida en una pata, inmóvil como en una antiquísima pintura egipcia, contemplaba impenetrable, hierática, la multitud rugiente y oprimida, que tenía encrespamientos y vaivenes de olas en aquel ambiente de ruido e impaciencia. Por todas partes circulaban, alzando sobre el griterío sus pregones, los vendedores de las poi'querías que se consumen en los toros, incluyendo entre ellas el agua, que, mala centella te nunca coma si no es usada y muy usada.

Al fin apareció en su palco el confitero y alcalde de Puebla del Cañaveral, con la levita y chistera de su difunto suegro y antecesor en la confitería y en la vara; saludó finamente a la multitud, que correspondió con aplausos y silbidos, según la educación y el credo político y administrativo de cada cual,#· sentóse—el alcalde—entre el secretario, el capitán de la benemérita y Fermín, el Joyero, cuya presencia en el palco, en calidad de asesor, levantó airadas protestas en las filas chavalistas, acalladas con los aplausos burlones de los otros.

—¡Esto no se puede tolerar!—chilló indignado en su barrera el poeta Anaya.

Y, en son de protesta, abandonó la plaza, arrastrando consigo al banquero Benítez Delgado. Estaba visto: la corrida iba a ser para el niño del cantaor. Anaya no podía consentirlo.

¡Si él supiese que la antevíspera fué llamado el alcalde a la capital por la autoridad superior de la provincia para prevenirle del interés que tenía por Romerita nada menos

que el ministro do Instrucción pública, cuñado del cacique provincial!…

Salieron las cuadrillas, una reverberación de sol en el oro y la plata de los trajee, avanzando por el ruedo en correcto y espaciado orden: delante, los matadores fachendosos, con el capotillo de lujo muy apretado, moviendo jacarandosamente el brazo libre; un poquito detrás, el sobresaliente, insignificante; luego, los banderilleros, poco visibles; después, al cansado paso de sus escuálidas cabalgaduras, que llevaban un ojo vendado con un pañuelo encalmado y sucio, los picadores, ceñudos y resignados, bajo la sombra de los anchos castoreños; detrás, los abigarrados y poco limpios monosabios, desvaído el rojo de las blusas y con remiendos de otro tono los pantalones azules, y cerrando el cortejo, las engalanadas muidlas, con sus banderolas y los colorines de sus lujosos borlones. Se alzó en la plaza un griterío mayor. Romeristas y chavalistas aplaudieron estruendosamente a sus ídolos; de vez en cuando sobresalía entre el vocerío, como una cosa lejana, el alarido estridente de los cornetines de la música acompañante del paseíllo.

Saludaron los toreros ante el palco presidencial, y se da»hizo rápidamente el grupo, yendo los infantes a arrojar sus capotes de paseo a los amigos de la barrera o los palcos, mientras los jinetes cansaban a los caballos galopando en un último “picadero” para aplomarlos ante el toro.

Λ1 fin, cada cual ocupó su puesto.

Sonaron los clarines, y a la alegría y al ruido sucedió el silencio temeroso de la tragedia.

Impetuosamente saltó a la arena el toro, un magnífico ejemplar de brillante pelo negro, abultado morrillo, fino de remos, larga e inquieta cola, cabeza recortada, cara rizosa y afilados cuernos.

El perverso placer del peligro rompió el silencio con un murmullo admirativo. ¡Aquellos eran toros de veras y no las monas de costumbre! Y la multitud aplaudió, jubilosa del mayor riesgo. ¡Así, así! ¡Bravo, duque! Con aquello había que ver los desplantes, las pinturerías y los ríñones.

Los toreros, que miraban cejijuntos e inquietos la puerta del toril, se pasaron la mano por la boca, seca de mucho antes, y sintieron ese encogimiento del corazón que saluda la salida del primer toro, inspira deseos de marcharse—¡Ah, si no estuviese aquella gente viéndolos!—y dura hasta que se tira el primer capotazo y el amor propio y el ambiente devuelven la serenidad y la confianza en sí mismos.

Los picadores que, casi fronteros al toril, esperaban imnóviles garrocha en ristre, alteraron la quietud de sus caballos con el medroso tirón de riendas qué les dieron para mantenerles más quietos. Como una flecha arrancó el toro entonces contra ellos, sin hacer caso de los capotillos que desde lejos flameaban, llamándole, los banderilleros, y los picadores huyeron al galope, sacando de su miedo las fuerzas que no tenían sus pencos.

“Recortaron” al toro los peones, sin hacer caso de silbidos ni protestas; avanzó Romerita de no muy buena gana, y dió unas cuantas verónicas, que terminó atropelladamente, aplaudidas por sus amigos y protestadas por los chavalistas.

—¡El torero trágico! ¡Pare usté, bailarina!

—lAquí teníais que estar vosotros pa ver lo que parabais! —rezongó enfadado Romera. Y dirigiéndose al picador, que más allá esperaba contrariado y pálido, le ordenó con enfado:—¡Vamos a picar!

El hombre hizo un gesto de resignación, y, de mala gana, ayudado por los varazos de los monos, obligó al caballo a avanzar unos pasos; pero antes de llegar al terreno se paró. Los tendidos se indignaron.

—¡Vaya usté al toro, so morral! ¡Sinvergüenza ¡Granuja!

Mas el caballo en vez de avanzar retrocedía. El picador le espoleaba; pero sus manos, obedientes al miedo, tiraban al mismo tiempo de las riendas, haciendo recular al jaco, en una lucha, jocosa a no ser trágica, entre las extremidades del jinete.

—¡Vamos al toro, Chosita!—insistía Romera—. ¡Y métele palo!

Fué el toro al picador. Si no, jamás se hubieran encontrado. Cual ei fuesen de paja, llevó caballo y jinete contra las tablas con tal violencia que saltaron éstas y, como los acróbatas en el circo por los aros de papel, penetraron por ellas, viniendo a caer con bárbaro golpetazo picador y montura en el callejón, mientras el público aplaudía delirante, vuelto al palco del ganadero confundidos los bandos rivales en la admiración de la bravura y la fuerza.

—¡Qué buenas caídas tiene este picador! ¡Gracias que lo has traído el traje viejo!—gritó al infeliz, desencuadernado el golpe, un gracioso pueblerino.

Romcnia acudió a separar del grupo al toro y se lo llevó engañado en el capote, toreándolo atropelladamente, sin que el poder, no quebrantado, de la fiera, y su torpeza para el toreo le permitiesen ninguno de los adornos y desplantes esperados por sus partidarios. Los chavalistas silbaron otra vez.

—¡Ahí, los valientes!

—¡Pero qué se va a hacer con un toro así, si tieno más gasolina que un garage?

—¡Torear; que para los toros bravos son los toreros!

Entretanto, un monosabio acudía corriendo con un botijo al picador que estaba desplomado contra la barrera, sostenido por otros dos mozos, y le vertía do golpe el agua en la cabeza. El piquero volvió en sí, sacudióse como un perro, lanzó un taco—“¡Venga el caballo!”—, se dejó montar sobre el vaciado jamelgo—“¡Venga el palo!”—, pidió de nuevo, y el caballo echó a andar con las tripas colgando. El

compasivo público apedreó indignado con denigrantes insultos y tal cual botellazo al aporreado picador, para quien no había tenido una palabra de lástima. Un municipal le amenazó desde ed callejón con una multa por “inhumano” si no se bajaba del caballo y lo entregaba a la des- penadora mano del puntillero. Obedeció el hombre; los monos lleváronse el jaco para restituirle lo que estaba a punto do perder, coserlo y sacarle luego a que lo rematara otro toro, y la sensible multitud, satisfechos su espíritu justiciero y sus escrúpulos de barbarie, volvió su ira sobre los peones, empeñados en torear.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Granujas! ¡Sinvergüenzas! ¡A la cárcel!

—Por el aire andáis hoy vosotros. ¡En cuanto sale un toro!

Un quite magnífico del Chavalillo en la vara siguiente, una larga tirada de rodillas, un alarde de dominio y gracia frente al atropellamiento y bastedad de *Romerita*, mientras el picador caído, presas las piernas bajo la montura, llamaba angustiado a los monos, abiertos los brazos, para que por allí pudieran engancharle—“¡Sacarme! ¡Sacarme!”—, hizo cambiar la veleta del tendido y estallar la plaza en una ovación formidable.

Llenóse el ruedo de sombreros y botas, y los chavalistas, rojos hasta la congestión, jalearon desafiantes y orgullosos a su torero.

—¡Vaya larga!

—¡Alfombri!: ¡Viva Lagartijo!,

—¡Aprende, trompo!

Y las campanas de la iglesia juntaron a los aplausos el júbilo de un repique ensordecedor y provocativo.

Los romeristas protestaron indignados.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Abajo el clero!

El Joyero pidió con mal humor al alcalde:

—A eso no hay derecho; mande usted a la cárcel al campanero.

—A lo mejor, lo hace el cura para molestarme. Como sabe que los ha recomendado a ustedes el ministro, que es cuñao de nuestro jefe, y él es enemigo suyo…

—Pues meta usté en la cárcel al cura.

“Mordiéndose de rabia”, Romerita se apretó tanto con el toro en el otro quite, que, al salirse, el veragua no tuvo que hacer nada para engancharle y despedirle rodando.

Recorrió la plaza un ¡estremecimiento trágico. Los romeristas, puestos en pie, amenazaron con los puños a sus enemigos.

—¿Y eso?—chillaron frenéticos—. ¡Esos son riñones! ¡Aquí no hay posturas! ¡Aprende, madama!—le gritaron a Currito.

Y, llevados de la exageración y del deseo de apabullar al contrario, sacaron los pañuelos pidiendo ya la oreja para su torero.

—¿Para qué quiere la oreja ese pelele?—contestaron zumbones los chavalistas—. ¡Mejor, árnica!

Pero al otro quite, el Chavaíillo, clavados los pies en la arena, tendió la tela ante el toro y preso en ella lo trajo hacia sí, se lo despegó y, sin soltarlo del engaño, “se lo paseó alrededor", en el gracioso lance del delantal, que remató, cuando tuvo parada y en suerte a la fiera, limpiándole los hocicos con el pañuelo y echando a andar jaquetón, sin prisa, llamando como antes al picador:

—¡A picar!

Descompuesto e irritado por la superioridad de su rival, otra vez rodó *Romerita*. ¡El torero pelele! ¿Y para eso había impuesto los toros del duque?

Y subrayando la “vaya” las campanas de la iglesia doblaron fúnebremente.

El público soltó la carcajada. Angel palideció. Como un solo hombre se volvieron sus amigos al palco presidencial.

En dos o tres tendidos hubo palos. El Joyero, en pie, amenazaba con el puño a la torre y pidió al capitán de la Guardia civil que detuviera al cura. Mas el benemérito le hizo observar con fina y diplomática ironía que él estaba allí para cosas serias.

—¿Y esto no es serio?—insistió el Joyero—. Pues puede ocasionar un motín.

—No lo crea usted. Cuando la gente se ríe no hay motines.

El alcalde, recordando la apremiante recomendación del ministro y las terminantes instrucciones del cacique, puesto también en pió, blandía conminador el bastón de mando hacia la torre.

—¡Orden! ¡Orden!—gritaba como en las sesiones borrascosas del concejo.

Entonces asomó por entre los alegres monaguillos la cara burlona del poeta Anaya, quien, mostrando la llave enorme de la iglesia, se burlaba de los del palco. Detrás reía satisfecho el banquero. ¡Corrida más divertida!… La gente aplaudió y tornó en seguida su atención al redondel, ¡Al toro! ¡Al torol

—Vamos a banderillear—aconsejó Fermín al presidente.

A matar pronto. Los “fililíes” del toreo no eran para Angel. El baile, para las bailarinas. La estocada; ahí había que ver los hombres.

Pasaron y repasaron los banderilleros, medrosos de acercarse al toro, que conservaba mucho poder. Le pusieron los palos de cualquier modo en todas partes. “Todo es toro”, repitió por enésima vez, zumbón, el público. Sonaron nuevamente los clarines. A matar. Romerita tiró con rabia del puño del estoque que le ofreció su criado, colocó atravesada el arma sobre la muleta, que llevaba en la mano izquierda, y se fue resuelto y ligero a brindar fachendosamente ante el palco presidencial por usía, la compañía y los distinguidos aficionados presentes.

Y se dirigió rabioso al toro. Ahora vería aquella bailarina de la Cuna.

—¡Fuera!—gritó imperativo a sus toreros.

Y desplegando la muleta comenzó a pasar muy valiente. Pero el valor solo, sin la habilidad, no es nada en el toreo. El de Romerita era un toreo basto, de pocos recursos; no había en él otra cosa que su despreocupación emocionante para arrimarse al toro y aguantar sus embestidas, despegándoselo como podía; mas cuando, como ahora, se encontraba frente a un toro bravo, con poder y con "nervio", al que era necesario quebrantar con el castigo, *Romerita* estaba vencido, porque era el toro quien toreaba al torero.

Los chavalistas se le burlaban cruelmente:—¡Toma veraguas, valeroso!—, mientras sus amigos renegaban, olvidadizos, de la hora en que a su matador se le ocurrió pedir aquellos toros.

—¡Polca, Pérez, polca!—insistían los del Chavalillo, gozosos con la derrota de Angel.

Cuadró el toro y se aquietó la gente. Romerita "en lo suyo" tuvo un movimiento orgulloso. Ahora verían aquellos sinvergonzones.

Lió despaciosamente la muleta.

—¡Vamo a vé ahora!—gritó volviéndose, retador, al tendido.

Y con el puño del estoque apoyado en el pecho se lanzó sobre el toro valerosamente, con tal ímpetu y tales ganas de pulverizar en aquella sola estocada a todos sus enemigos, el que tenía allí y los que vociferaban en el tendido, que al "coger hueso" la espada saltó rota a increíble altura.

Daba miedo ver cómo se levantaron los romeristas, imponentes, insolentes, provocativos, amenazadores, con los puños en alto, para jalear al matador. Pinchazo tal, con tanta verdad, no lo había dado nadie. ¡Ni Frascuelo! Esta

era la verdad del toreo y no los *pas de buré* de la bailarina aquella. Y encarándose con la torre, ordenaron imperiosos:

—¡A repicar! ¡A repicar!

Entonces se asomó Anaya sonriente y agitó una campanilla de monaguillo.

Malagueño habías de ser, ladrón. Por algunas imaginaciones cruzó vigorosa ia idiea del crimen… Subir a la torre, coger aquel hombre y tirarlo al vecino río en un saco con muchas piedras y algunos gatoe. Todos los que él tenía en la tripa.

Unos pases más, y Romerita lió nuevamente. ¡Ahí, a matar!

—¡Corto y derecho!—le animaron los suyos, anhelantes del desquite.

Un sentimiento humanitario movió a Currito a advertirle:

—¡Cuidao, que te espera!

—¡A cayá, vieja! ¡Aprende ¡—contestó jactancioso el otro.

Y corto, derecho, despacio, “recreándose”, con plena seguridad de sí mismo, confiado en su valor y en su corazón, se dejó *Romerita* caer sobre su enemigo.

—¡Ooo…lé! — empezaron á gritar jubilosos sus partidarios,

Pero no pudieron concluir. El grito de alegría acabó en un alarido de horror. El toro cogió al torero por el pecho, lo subió en alto con la cara trágicamente contraída por el dolor, so lo pasó al otro cuerno, lo lanzó a los aires y cuando *Romerita* cayó pesadamente al suelo se fué sobre él para herirle nuevamente. El capote del Chavalillo acudió amparador y se llevó a la fiera.

Con inconsciente esfuerzo se alzó *Romerita*, y, ya en pie, se llevó las manos al ensangrentado pecho, anduvo unos pasos vacilantes y se desplomó.

—¡M’ha matao!—exclamó.

Rápidamente acudieron sus toreros y se lo llevaron a la enfermería. El público, luchando el horror con la admiración, le acompañó con sus aplausos. Aún tuvo fuerzas y amor propio el espada para volver la cabeza hacia el toro, anhelante de verlo rodar muerto... Y cuando traspuso la puerta de] corral donde estaba la enfermería, lejos ya la sugestión del público y sin la imposición del orgullo, abandonado del ánimo, se dolió vencido, acobardado:

—¡M'ha matao!

Y tendido en la estrecha e incómoda mesa de la enfermería, luego de despojado prestamente de la ropa, al aire el tremendo cornalón en el costado, manando sangre, suplicó, con miedo de morir y ansia de salvarse, a los médicos que acudieron azorados y disoutían, perdiendo un tiempo precioso, quién había de curarlo:

—¡Uno! ¡Pronto! ¡Uno, por Dió, que me muero!

Un médico le reconoció, ayudado por los otros, y se miraron asustados. Por la ancha herida, en el costado derecho, salía el aire. Prestamente acudieron a taponar con gasas, a poner inyecciones, con gesto de desconfianza. El torero miraba ansioso a los suyos, que le tenían cogidas las manos, buscando en su cara la terrible verdad que adivinaba en las contracciones de sus caras para no llorar y, sobre todo, en aquel silencio espeluznante.

De pronto vino de la plaza el estruendo de un ole y luego el tableteo tempestuoso de una ovación. *Romerita* volvió los ojos hacia el ruido y los cerró, contraída la cara por un dolor más grande que el de la cornada.

Era que el *Chavalillo* acababa de matar lucidamente al toro, y, olvidada ia tragedia y el vencido, la multitud aplaudía delirante al vencedor. ¡Viva el que queda! La vida es una inmensa plaza de toros.

—¿Qué hará ése ahora solo con cinco toros de Veragua? —se le ocurrió decir a un romerista despechado e

imprudente. Y movidos de esta curiosidad se quedaron los que se disponían a marcharse.

Y salió otro loro, y Currito alborotó nuevamente la plaza con sus verónicas.

Pasó por el callejón un municipal que venía de la enfermería. Los tendidos abalanzáronse a las maromas de la barrera inquiriendo ansiosamente noticias.

—¿Qué tiene, tú?—preguntaban al guardia según iba pasando ante ellos.

—Muy malo, muy malo. Está muy malito. Lo ha atravesao de parte a parte.

Se alzó un vocerío do lástima. Cada espectador so reconoció un poco culpable de aquella desgracia. Por la plaza cruzó un aire de remordimiento, apagado en seguida por el entusiasmo que despertaba el otro torero.

—¿Pero ha visto usted cómo viene ese Chavalillo?, ¡Y con estos toros! ¡Ole, los toreros!

De la enfermería llegaron nuevas noticias. Muy grave. Desesperado. Se moría Romerita.

Hubo en todos un estremecimiento de horror a tiempo que el Chavalillo, doblando con el toro en un quite “brutal”, “ponía en pie la plaza”.

—¡Olé! ¡Qué torerazo!… ¡Pobre Romerita! ¿Pora estará tan grave? En los pueblos son muy exagerados.. Sin embargo, bien se vió que llevaba mucho. La verdad es que esta gente tiene siempre la vida en un hilo… ¡Vaya usté al toro, sinvergüenza, cobarde!… ¡A la cárcel ese picador!… ¿Ha visto usté qué ojal ha abierto al toro?.,. ¿Qué dice usted? ¿Que están sacramentando a Romerita?… ¡Hombre, debían suspender la corrida! Es una crueldad… ¿Pero por qué llevará esta gente tan mala el Chavalillo? ¡Mire usté ese Copita, que todo se le vuelve dar disposiciones y no hay; quien le arrime! Pues ¿y este Pintao? ¡Al toro, mamarracho!… ¡Vaya costalada! ¡Ja, ja! ¡Son muchos toros los veraguas cuando salen buenos… Allí viene de la

enfermería *Junquito*, el banderillero de Romera, ¿Qué tiene el matador?

El *Junquito* no contestó. Iba llorando. Los otros toreros que descansaban en el callejón le rodearon y, también se humedecieron sus ojos. Los peones que trabajaban en el redondel comprendieron desde lejos lo que ocurría; pero no dijeron nada al matador, que se estaba dando el gustazo de torear como quería aquellos toros aparatosos, cuya nobleza se prestaba a todo en manos de un gran torero.

Envolvió la plaza un velo de tristeza. Aquí y allá se levantaron voces pidiendo la suspensión de la corrida. Todos votaron mentalmente con ellas… Pero ¿quién renunciaba al espectáculo de ver al otro torero paseándose por las nubes en aquella ocasión? Los toros son así, y la morbosidad que ellos despiertan acalló las voces compasivas que se alzaban avergonzadas en el fondo de los corazones. Hacía mucho rato que el Joyero desapareciera del palco presidencial.

Cuando tocaron a banderillas y Currito llegó a esperar su hora en el estribo, le bastó ver las caras llorosas y los corrillos de los toreros para comprender la gravedad del suceso.

—Es mucho, ¿verdá?

Y como negasen, mirando a no restarle ánimos, les atajó serenamente:

—Ya lo vi cuando lo cogió.

Al tocar a matar corrió por la plaza la noticia, ¡Muerto!

Un sentimiento de piedad se apoderó de todos. ¡En la plenitud de la vida y de la gloria, hacía un momento ágil, vigoroso y confiado!… Algunos espectadores abandonaron contristados la plaza. Apenas les siguió nadie. Y aun hubo quien, como se volviera a mirar desde la puerta, quedóse allí preso en su curiosidad, asombrado de ver el aplomo con que el *Chavalillo*, dejándose de adornos, toreaba seria y valientemente al natural, mataba con rapidez en todo lo

alto y se iba al estribo sin darse por enterado de los aplausos de la multitud enloquecida y de las voces de triunfo de sus partidarios.

—¿Se ha muerto ese hombre?—preguntó a Copita durante el arrastre.

—No. Tiene una corná; pero ná más—contestó el banderillero, procurando desvanecer la mala impresión.

Los demás toreros quitaron también importancia a la herida.

—¿Pa qué me lo tapáis si se lo estoy viendo a ustedes en la cara?—replicó Currito, sentándose en el estribo.

Olvidado del rival, dejóse dominar de una viva impresión de pena y una amarga protesta le subió a los labios. Así eran los toros y así era la admiración del torero. Mataba un toro a uno y los demás tenían que permanecer en el ruedo, sin que nadie se compadeciese del que quedaba, esclavo de la crueldad de Id afición, espiado con curiosidad malsana hasta en sus menores gestos, para medir su valor por ellos. ¡Ay de él si se dejaba dominar por la aterradora impresión de la muerte y se le encogía el corazón al recuerdo del compañero agonizante en la enfermería, si no estaba ya inmóvil para siempre tendido en la mesa de operaciones, por mortaja el alegre traje de torear, en cuyo oro jugueteaban minutos antes los rayos del solí

Dió el clarín la señal y soltaron otro toro a tiempo que un alguacil salía de la enfermería y corría por el callejón, preguntando en cada tendido, hasta que dió con quien buscaba.

—¿Está por ahí el señor cura? ¿Habéis visto al señor cura? ¡Avisar al señor cura!

El *Chavalillo* miró expresivamente a sus peones, que estaban pálidos, pálidos, y firme y decidido se fué al toro. Tenía prisa por concluir.

La conciencia del peligro, la necesidad de burlarlo, el ingente amor propio del que trabaja en escenario, y la

confianza del torero en sí mismo, sobrepusiéronse a la angustia de la situación, y el Chavalillo despachó la corrida breve y sobriamente con tanto lucimiento como la empezara, sin poder dominar un movimiento de orgullo satisfecho al oir el ruido atronador de las ovaciones y encontrarse tan seguro y dueño de sí. Por los siglos de los siglos de la tauromaquia se hablaría de aquella hazaña de Currito de la Cruz.

Sus partidarios volvíanse orgullosos a todas partee, olvidados de todo lo que no fuese la satisfacción de su vanidad por aquella enorme victoria.

—¡Rondeño puro! ¡Rondeño puro! ¡Lo sabe todó y lo hace todo! ¡Napoleón! ¡Prim! ¡¡El rey!! ¡¡¡El Papa!!!

Cuando cayó el último toro, y Currito se hubo zafado de los zanguangos que pretendían llevárselo en hombros, Copita se acercó a él para entregarle el capote de lujo, y le aconsejó confidencial:

—Anda a que te vean en la enfermería.

El *Chavalillo* hizo un gesto de resignación y, cediendo también a la curiosidad que le empujaba, atravesó el gentío estacionado en el corral, que le abrió respetuosamente paso, y entró en la enfermería.

Era una sala lóbrega y triste, más tétrica a la luz que huía. En medio, una sencilla mesa de operaciones, manchada de sangre la colchoneta. En una mesilla de pino, y sobre dos sillas de esparto, diferentes instrumentos quirúrgicos, frascos y paquetes de gasa y algodón. De unos clavos colgaban los irrigadores vacíos de las apremiantes inyecciones cuantiosas. Tirada en una silla, la ropa ensangrentada del matador, con el sarcasmo de sus colores vivos y el oro ríente de los caireles. Unos médicos, serios y disgustados, limpiaban el instrumental, cuchicheando de vez en vez. Otro concluía de vendar una atontadora herida en la cabeza a un picador desplomado en una silla, las piernas informes estiradas y despatarradas, los brazos

caídos, el cuerpo abandonado y todo él sucio de sangre y tierra.

El Joyero y dos o tres íntimos de *Romerita*, que hacían corro, aplanados, en un rincón, fueron entristecidos al encuentro del *Chavalillo*.

—¿Has visto, Curro?

—¿Pero ónde está?

—Ahí dentro.

Y señalaron a una puerta, tapada con una cortina de desvaída cretona.

—¿Cómo está?

—¡Acabando!—contestó con fúnebre expresión el Joyero.

El *Chavalillo* alzó la cortina y entró, con el corazón oprimido, en la breve estancia, que no tenía otra luz ni ventilación que las que la puerta daba, ni más sitio que el indispensable para colocar dos camas y dos sillas.

Sobre una de aquéllas, *Romerita*, lívido, respiraba trabajosamente, los dedos pugnando por coger la colcha y los ojos muy abiertos, con una trágica, desesperada expresión de miedo.

Sentado en una silla, a la cabecera, un cura, alumbrándose con una palmatoria, leía sencilla y solemnemente la recomendación del alma. A los pies de la cama, el mozo de estoques y el *Junquito* lloraban silenciosamente.

Impresionado por el cuadro, Currito se detuvo en el umbral, sin saber qué hacer. Al verle, las pupilas de *Romerita* se iluminaron con un último fulgor. Sugestionado, Currito dio un paso hacia el agonizante. Con desesperado esfuerzo irguió un poco la cabeza *Romerita*, clavó en él una mirada anhelante, pugnó por hablar y trabajosamente pudo decir:

—¡Tú!...

Una lágrima, acaso la primera, rodó por sus mejillas; la cabeza se desplomó en la almohada, la boca se contrajo en una mueca de horror a la vista de la Terrible y ios ojos, vidriados, quedaron fijos para siempre.

—El Señor le acoja misericordioso en su seno- dijo el sacerdote, cerrándoselos—. Encomendémosle a El.

Todos se descubrieron y siguieron sobrecogidos él murmullo del rezo. Las campanas de la iglesia vecina doblaron fúnebremente. El gentío aglomerado en la puerta de la enfermería levantó un clamor dé duelo. Los ojos de Currito se humedecieron. Copita le sacó de allí. La gente abandonó lentamente la plaza y tomó el camino del pueblo, entristecida, como miembros de un tribunal que volviesen de una ejecución.

Currito pasó la noche velando el cadáver de su rival. No fué piadoso impulso suyo, sino imposición de la sensiblera oficiosidad de los demás. Volvía de la plaza en ese estado de aplanamiento qué produce la tragedia y tenía prisa por alejarse de allí; pero los amigos y aficionados que le esperaban en la fonda dieron por hecha su permanencia en Puebla del Cañaveral acompañando el cadáver, con tal unanimidad que Currito no pudo negarse y se vió forzado a obedecer.

—Quearse ustedes conmigo—pidió a Copita y al “señor Cruz”, muy orondo de la visibilidad en que le colocaba.

Y allí estuvo toda la noche, cuándo sentado en la habitación de entrada a la enfermería entre los toreros de Romerita, que envueltos en mantas se dejaron caer contra la pared en las sillas en que estaban sentados y se rindieron al doble cansancio del trajín del ruedo y de la emoción, cuándo ambulando por fuera, rehuyendo permanecer en la habitación donde estaba “aquel hombre”.

El cadáver de *Romerita* había sido colocado en la mesa de operaciones, envuelto en unas mantas viejas y sucias. Su alta estatura, aumentada por el estirón de la muerte, hacía

sobresalir de la cama mortuoria los pies, rígidos y largos. Vestía aún la taleguilla grana y oro. Con pueril piedad le habían echado sobre el busto, desnudo, una camisa para evitar el contacto con la manta. El rostro conservaba su expresión, natural, apenas alterarla por una leve torcedura de la boca, que daba a aqu lia quietud un tinte de amargura. Sobro la frente caía el mechón rizado, lazo en que se prendieron tantas voluntades femeninas.

En dos hacheros, arrimados a la pared, cuatro blandones de cera alumbraban el cadáver y la habitación.

Fermín, el Junqullo, el mozo de espadas, el apoderado y algún amigo más lloraban o callaban sentados en las camas del cuartucho donde expiró el torero.

Continuamente sonaban a la puerta de la plaza bocinas de automóviles que llegaban de Madrid con gentes que al saber la desgracia corrieron a Puebla del Cañaveral: amigos del torero que no pudieron ir a la corrida, periodistas, fotógrafos y personas de esas que están en todas las actualidades, deseosas de verlo todo y de que las vean. El Joyero y el apoderado salían a recibir en la tétrica sala mortuoria aquellos pésames.

Y refirieron veinte veces “la catástrofe”, cada una más brevemente, hasta concluir por contestar con cansado laconismo:

—¡Desgracia!

Fermín, que había sido cuerdamente contrario a aquella corrida, desahogaba a veces su dolor con una indignada protesta:

—¡Ahí lo tienen! ¡Tanto empeño en que se liase el toro a la cintura! ¡Ya se lo lió el toro a él!

De vez en cuando sonaban disparos. Los fogonazos del magnesio para las fotografías de los periódicos ilustrados. La gente de la cuadrilla pretendía diferir los retratos para más tarde.

—Yo creo que es mejor que esperéis a luego, cuando esté disecao y lo arreglemos—propuso el Junquito.

—Haremos dos—resolvieron los fotógrafos—, uno luego y otro ahora. Colocarse alrededor del cadáver, que vamos a hacer un grupo. Don Fermín y el Chavalillo, aquí; tú, Junquilo, ahí; usted, más acá; esos, más allá. Bajad un poco las cabezas. Todos mirándole, Junquito, súbete el cuello del gabán. Alborotaos un poco el pelo. Correos hacia acá. Así. ¡Quietos!

Currito se encontraba mal allí, y cansado de la larga permanencia en la enfermería durante la inacabable noche, y harto de contestar a las interrogaciones de los periodistas y los curiosos, salióse, ganoso de soledad y liberación de aquella angustia.

A la luz de un candil colgado de una viga, que obscurecía aún más aquello haciendo de todo tétricas sombras, distinguíanse confusamente los guardias civiles encargados de la vigilancia, embutidos en sus capotes y sin soltar el fusil, descansando sentados aquí y allá, en sacos de paja, en un largo cobertizo que a la tarde sirvió de cuadra, junto a la enfermería. Algunos paletos, sombras de sombrero ancho, embozadas en largas capas, hacían corrillos, hablando en voz queda. El “señor Cruz” apuntó, estremeciéndose:

—Esto parece la puerta de la capilla de un reo de última pena.

Tirados en el corral en un charco de sangre, cerca de la puerta de la enfermería, dos caballos blancos espanzurrados por el último toro, con el cuerpo vacío y los ojos vidriosos, parecían mirarlo todo con una mirada de acusación.

El Chavalillo paseaba por el cobertizo en ese estado de encogimiento que produce la visión cercana e inesperada de la muerte, en el feíirdo del cual hay un egoísta movimiento de alegría al considerarse indemne después de haber sentido el roce de las alas de la inevitable. Sentía

lástima de aquella mocedad vigorosa y espléndida, bruscamente rota en su plenitud; una lástima en la que todo lo eran las circunstancias dramáticas del suceso; mas en la que para nada entraba el hombre que yacía inerte en la enfermería. Cuando Currito relacionaba el drama con el actor no era dueño de reprimir un movimiento, humanamente rencoroso, de satisfacción ante la acción viudicatriz de la justicia.

—¡Mucho daño había hecho!…—se dijo.

Y aunque no lloró, como Aquiles, a su enemigo muerto, al cabo tuvo para él ese sentimiento de piedad que brota siempre ante la puerta misteriosa del más allá.

—Que Dios le haiga perdonao.

Y reaccionando contra la hipocresía que le mantenía en aquel lugar, llamó al Joyero y se despidió.

—Fermín, yo no pueo ya más.

—Lo comprendo, Curro.

—Si me nesesitáis ustedes, no hay que hablá, me queo; pero si no, me vi a descansá.

—Anda con Dios y muchas gracias, que ya has cumplido como bueno.

Al pasar ante la puerta del redondel, por donde pocas horas antes entraron los toreros triunfadores, bien ajenos de que iba formada con ellos en aquel brillante paseíllo la enemiga vencedora de todos, sintió un imperioso deseo de ver de nuevo el trágico lugar, atraído por esa fuerza misteriosa del escenario de la tragedia, que empuja, irresistible, a sus actores a visitarlo, y entró.

A la luz incierta del alba, que apenas era todavía penumbra, la plaza tenía un aspecto fantástico, tan soberanamente bello, que su impresión sobreponíase a todas las de aquella noche lúgubre. La poca altura de la plaza, la tierra removida del ruedo, y el desdibujo de los tendidos, desnivelados en muchas partes sus asientos, le daban un aspecto desolado de abandono y ruina. Envueltos

en la neblina que subía del inmediato río, los altos álamos tenían carácter fantasmal, vigorosamente acusado por la mole de la iglesia, con sus cruces y su cigüeña paticoja y vigilante, siempre inmóvil en lo alto de la torre. Todo era silencio allí, donde todo había sido bullicio. Borrados los colores en la ausencia de luz, la bandera olvidada, ondeante sobre los palcos, era como otro fantasma inquieto que con su sudario llamase con prisa a alguien.

—Vámonos, Curro—dijo Copita estremeciéndose—v Esto párese er simenterio der Tenorio.

En la puerta encontraron los bigotazos mosqueteriles de un periodista de certero ojo, el ubicuo “Mirabal”, como le llamaban sus compañeros, que brindó asiento en su automóvil al *Chavalillo* para regresar a la corte. Buen golpe y buen capítulo para completar su información.

—Yo he concluido y me voy. ¿Quiere usted que los lleve a Madrid, Curro?

Currito aceptó. Tenía prisa por verse lejos de allí, de la plaza trágica, de las caras tristes, de la enfermería lúgubre, del cuerpo inmóvil del rival vencido. Y agradeció al automovilista el apretón que dió al acelerador, al verse en la carretera, lanzando el coche a toda velocidad camino del sol, que se elevaba enfrente derramando luz, optimismo y vida.

Al recibir la caricia de sus rayos, los corazones, oprimidos toda la noche por el angustioso horror de la tragedia, latieron con fuerza, y los pechos respiraron anchamente, libertos de aquella pesadilla.

Y el silencioso Currito sintió de pronto comezón de comunicarse, de hablar por oirse, por salir de la inercia en que había permanecido toda la noche. Y explicándose el suceso con aquella seguridad optimista que permite a los toreros sobreponerse a todos los peligros y tragedias, exclamó:

—Ha sío una torpesa de *Romerita*. No debió entrarle despasio. Debió de ver que en er pinchaso se le quedó er toro y se le quiso pone delante, y que tenía que esperarlo luego. Yo se lo avisé y él no me jiso caso. Los toros no son los que lo cogen a uno. Es uno «que se deja cogé.

“Mirabal” se atusaba contentísimo los mostachos, todo oído. ¡Qué gran información iba a hacer!

A pesar del cansancio, Currito durmió mal. Una duda le mordía, y le atormentaban los celos. ¿Cómo recibiría la noticia Rocío? Y por la tarde, en cuanto vid a Copita, le propuso ir allá abajo.

Cuando llegaron a la casa de Rocío el corazón lo latía al inclusero, lleno de miedos. ¿Qué iba a saber? Pero al final de la escalera salió a tranquilizarle él ruido apacible de la máquina. Rocío trabajaba.

La hacía compañía Manuela. Currito saludó torpemente y se sentó. Matiu la inició una conversación alrededor del suceso; pero sin tocar en él. Rocío seguía cosiendo sin decir palabra. Torpes para conversar de otra cosa que la que todos tenían en el pensamiento, hubo un rato de silencio, durante el cual la máquina hablaba por todos.

Al fin, Rocío, sintiendo fijas en ella las miradas interrogadoras de los toreros, alzó la serena frente y respondió con voz tranquila a las preguntas qué leía en su pensamiento:

—No; no he llorado; no lloro; no tengo por qué. Fue el asesino de mi juventú, el verdugo de mi vida…

Luego, reconcentrada, añadió:

—Si para que Dios le perdone nesesita mi perdón, es el padre de mi hija y perdonado queda… y que el Señor me perdone a mí también… Pero llorarlo, no. ¡No! ¡Fue muy malo conmigo! ¡Me hiso mucho daño! ¡Mucho daño!

Y rompió a llorar por ella misma.

A *Romerita* lo enterraron. Durante tres días su tragedia tuvo en conmoción a toda España. Los periódicos no

hablaron de otra cora. Refirieren con todo detalle lo que hizo y habló Romera durante el nefasto día; los augurios que le salieron al camino y que todos vieron claramente… después de la desgracia; el traslado del cadáver a Madrid; la capilla ardiente; las listas interminables de visitas, telegramas y coronas; el inevitable llanto en la cámara mortuoria de la indispensable dama enlutada y misteriosa que tan bien entona el cuadro periodístico, y el entierro fastuoso cruzando las calles de Madrid entre la enorme aglomeración de los cortejos heroicos.

Sevilla recibió el cadáver del ídolo enlutado y dolorido. Pero, ya en la estación, hubo de preguntar desengañada la fina ironía andaluza, al ver que esta vez sólo acompañaban dos amigos a *Romerita*, de tantos como le rodeaban y festejaban en sus viajes:

—¿A esta feria no habéis venido más que ustedes dos?

Y los toreros retirados que iban en el cortejo, reyes un día de la atención pública y ahora ciudadanos inadvertidos, sonrieron con sarcasmo.

Allá quedó el héroe, el ídolo, enterrado bajo una montaña de flores, que fué secando la indiferencia y, barrió el viento del olvido. Sus cortesanos formaron en otras cortes; la Afición se apasionó por otros toreros…

Sólo el pueblo le conservó fidelidad. La misma musa popular, tosca y sentimental, que celebró con cantares sus triunfos, lloró ahora su elegía en las esquinas al destemplado son de malas guitarras, rodeada de gente pobre que nunca pudo ir a los toros ni acaso vió jamás de cerca al ídolo, conmovida, sin embargo, al oir la ronca voz de los ciegos entonando el ''romance” de su héroe:

—¡A perra chica los bonitos tangos del *Romerita*!

En la plaza de la Puebla,
¡que día tan revesero!,
mató un toro de Veragua

al más valiente torero...

Capítulo II

“MIRA ER PARESITO MÍO…”

UN PINTOR que quisiera hacer el retrato de Rocío en aquel larguísimo invierno la pintaría sentada a la máquina, el codo en el tablero, la cara en el puño, melancólica y pensativa, con la mirada perdida lejos, lejos…

Y si la paleta pudiera ir más allá, se leerían en su frente las interrogaciones que la inquietaban: “Me quiere; pero ¿cómo me quiere?"

Y sólo tenía respuesta indudable, segura, para una pregunta: “¿Le quieres tú, “Muñequilla”?”

Sí. No sabía desde cuándo ni cómo se dejó sorprender por el travieso chiquillo que llena la vida y es toda la vida, contra el cual se creía tan segura; pero lo cierto era que le quería como no había querido al otro; con un amor más elevado, lleno de admiración, de respeto y de ansia de hacerle feliz y de ser feliz con él. Era el lirismo del amor primero, que no vivió en la pasión tumultuosa y de deslumbramiento de su engaño, ni aun en los diálogos pérfidamente abrasadores de la reja. Sin la contrariedad que aviva el fuego amoroso, ¿quién sabe el final de aquello? Ahora, no; ahora se sentía conquistada por la bondad, la

firmeza y la lealtad de Currito; las nobles cualidades que no supo ver ni podían apreciar la inexperiencia y la inconsciente ligereza de los años felices.

La ausencia y el amor engrandecían la figura del inclusero, siempre el alma leal asomada a los ojos, con aquel cautivante aire melancólico y soñador, como el de los héroes románticos de las novelas que ella habla leído cuando soñaba. Un hombre pora hacer feliz a una mujer… ¡Ay!

La “Muñequilla” no hacía más que suspirar aquel invierno.

A las inquietudes que el amor, siempre temeroso, lleva consigo, juntábanse las de los riesgos de la plaza, ahora más duraderas, porque las angustiadas horas del domingo se prolongaban hasta que se recibía el cable tranquilizador el lunes a la noche o el martes por la mañana, y a veces más si el apoderado se retrasaba en acudir a descifrar las dos o tres palabras que contenía aquél, contando la firma. “Macetas”, “Castañuelas”, “Zapatones” solía decir el papel azul, que las mujeres miraban y remiraban impacientes hasta que se presentaba el apoderado con su cuaderno y traducía lentamente pasando y repasando hojas.

—“Bacalao verde, Joaquín”: Sin novedad. Toros de San Diego de los Padres. Mansos. Curro estocada por toro. Dos faenazas. Banderillas en los dos. Ovaciones. Música. Orejas y salida en hombree. Melero (otro espada), regular. Majito, regular y bien. Puntazo leve muslo matar sexto toro. Entrada, lie· nazo.

—¿Pero de veras dice ahí todo eso?—preguntaba Manuela desconfiada, dando vueltas al parte.

Rocío tuvo dos o tres cartas de Currito, que le devolvían alegría y esperanzas. Las leían y tornaban a leer diez veces y las comentaban prolijamente ella y Manuela, también enamorada y deseosa de que Joaquín volviese para cortarle la coleta y entregarle su blanca mano.

“queriamiga Rosio—escribía el inclusero—yo y juaquin Hestamos Bueno muhos recuerdo a Husté manuela pues yamacuerdo muho de Husté y Abemos toreao con muha zuerte pues Haqi el Publico es Bueno pa los toreros que le gustan y abemos tenio zuerte con el Ganao qe aqi es manso pero abemos tenio zuerte pues yo no e tenio corría qe nome toqe las Parmas y hestoi mui Contento qe manpaago Vien y man salió vastantes Carias en los Hestaos pues Roosio se cuide Huste muho pa estar Mui Bonita cuando yo Balla como es Huste yqe tenga muha alegría y le dise a mañuela qe juaqin heatá deseandito de yegá y qe no ai qien larime al toro de mieo qe le da de no Cazarse. Pues Nosotros pensavamos de hestar ai pa Primero marso pero no puede sé asta urtimo porqe abemostenio zuerte de qe me sargan mas corrías en los Hestaos y Beracrus qe me las pagan Vien asiqe asta urtimo marso Primero abril no podemos de llega y yo estoi deseando de Berme ai pero pa la coria de pascua ya IIestamos ai se lo dise Huste ar hapoderao y qe no aga la Mía de sanSebastian asta qe yo llege y muhos rrecuerdo a mañuela y la dise Huste qe boi aprende a baila paqe bailemo Huste y yo en su Voa y Huste qe rresiva t estimonio deheste su afertisimo qe lo es

CURO DE LA CRUS.

y ya estoi deseando de berme ai pa desirla muhas cosas y sepa Huste qe no ma olbidao de Huste nunca su afertisimo qe lo es

CURO DE LA CRUS.

Vesa sus pies de Huste

CURO.

Ortografía, sintaxis, cumplidos, risible todo, ¿verdad? Bueno; pues a la señorita Rocío se le humedecían los ojos leyendo estas cartas. Y llego a aprendérselas de' memoria. Y si Dolorcita pudiera hablar, contaría cómo desde su cunita veía a su mamá, cuando estaba sola, besarlas allí donde decía **“Curo”**

Así fué devanándose con irritante lentitud, lluvioso, frío y triste, aquel invierno inacabable. Pasaron unas Pascuas melancólicas, llenas de recordaciones y suspiros. Las nieves de Enero aumentaron la tristeza de los pensamientos. Febrero dio a Rocío el placer inefable de oirse llamar mamá por la boquita de su hija, que había salido una reidora a prueba de tristezas. ¡Más mona! ¡Y más buena!…

—¿De qué te ríes tú, rosalito mío?

El mes de Marzo, más calmoso a medida que se acercaba el anhelado día, pareció eterno con sus alternativas de frío y templanza, de esperanzas y temores. Al fin llegó el deseado cable “Salimos”. ¡Gracias a Dios! Las lamparillas de los toreros fueron sustituidas por las de los navegantes. Continuamente escrutaban el cielo las dos mujeres. Cualquier nube las llenaba de miedo y las tenía rezando sobrecogidas. La Gallega vomitaba contra ella conjuros y más conjuros, haciéndole la “figa”.

Si eres salamanca (salamandra)
vaite pra a barranca.
Sí me tés odio
de tí me defere de San Clodio.
Por aquí pasó Cristo
antes qne tu mal fuera visto»
Viva Cristo,
y muera tu mal visto.
Si la haces po la mañan,
que cha vire (que te la vuelva) el Señor San Xuan.
Si cha deron po la tarde,
de tí me defenda la Virxen do Carme
e de toda meigueria,
po lo poder de Dios e a Virxen María.

El domingo de Ramos subió alborozada Manuela a casa de Rocío, con el anhelado papel amarillo en la mano.

—¡Parte! ¡Parte! ¡Ya están ahí! Han desembarcado hoy en Coruña. Mañana salen; bendita sea la Santísima Virgen de la Soledad y más el Santo Apóstol, que le hei poner ün barco de cera. Lea, lea—mostrándole el telefonema—: Acabamos desembarcar sin novedad. Salimos mañana correo. Saludos cariñosos”.

Y el martes… ¡Qué día aquél, “señita Rosío”! Para que se fíe usted de las supersticiones y los malos augurios.

La “Muñequilla”, impaciente, madrugó más que nunca. Bueno; la verdad es que no durmió en toda la noche. Se peinó cuidadosamente; se puso y desechó todo su guardarropa, dos o tres blusitas, enojada con su pobreza y falta de elegancia, ignorante de lo bien que iba aquella sencillez a su belleza, y se enfadó muy seriamente con el espejo porque no la dijo todos los piropos que deseaba.

—¡Qué mal gusto tienes, antipático!

Y como aún faltaba tanto para la hora de la tarde en que Currito iría, como de costumbre, a la taberna, Rocío pidió al trabajo ayuda para aligerar el tiempo.

—¡Cántame cosas alegres, maquinita!

Cuando la cigarrera se marchó a la fábrica la encargó Rocío:

—No sierre usté. Deje abierto.

No te sonrías, mal “pensao”. Es que le rebosaban las ganas de ver gente, de hablar… Quería saludar a las vecinas que pasarían por delante de su puerta cuando se fueran a sus quehaceres. ¡Más buena gente! Luego había la chiquillería que se iba a la escuela. ¡Más bonitos!… Y, por fin, que aquel día no quería el cuerpo encierro. Hacía sol, era primavera, estaba enamorada, se sentía optimista y aguardaba impaciente que sonase una hora.

De pronto, aún no mediada la mañana, cuando no le esperaba, ella que le estaba esperando, la voz de Currito, que desde la estación corrió adonde le llamaba su anhelo, sonó jubilosa en la puerta

—¿Pué pasá a descansá un momento un caminante que viene cansaíto de un camino muy largo?

—¡Currito!

La “Muñequilla” se levantó prestamente y fué hacia él tendiéndole las manos, coloradita y azoradilla, saliéndole el contento por los ojos.

—¡Bien venido! ¡Bien venido! ¡Pero si hasta viene usté más gordo!

—¡No me lo diga usté! Ha sío er barco, que no hase uno ayí ná má que coiné y mirá pa acá, desean- dito de yegá. ¿Y la nena?

—¡Más mona! Ya empieza a hablar. Mírela usté—llevándole a la cunita donde dormía—. ¿Verdá que está muy bonita?

—Como su madre, que de cada día está más presiosa.

La señorita Rocío volvió a ponerse colorada. Y desvió la conversación.

—¡Cómo le ha ido a usté por ahí? Cuénteme—ofreciéndole una silla y volviendo ella a la suya.

—Acordándome siempre de usté, que no se m’ha dio usté un minuto der pensamiento.

¡Poco bien que le iba saliendo a Currito lo que traía pensado para decirle! Primero llamarla preciosa; luego asegurarle que no la había olvidado…

—Le han aplaudido a usté mucho, ¿verdá?

—M’han tocao más parmas que en un tablao. Pero yo no m’ha orvidao de usté… Y mire usté…—sacando de la abultada cartera unas letras y mostrándoselas—. Sincuentiocho mí duros que traigo limpios d’ayí, contando con er antisipo que me dieron.

Rocío se levantó y fué a la cómoda.

—Enhorabuena, Currito. Ya ha cumplido usté su afán. Ya es usté rico. Voy a devolverle su dinero.

—Déjeme usté a mí de dineros. Yo lo que quiero…

Y aquí se atragantó y se le acabó el valor. ¿Cómo era lo que seguía?

Rocío insistió, alargándole loe resguardos.

—No crea usté; más miedo me han hecho pasar los dichosos papeles… Las veses que yo habré soüao con ladrones.

—Eso es buena sombra, señita Rosío. Pero esto no sirve pa nadie más que pa usté.

Y dejó los resguardos sobre la máquina. Hubo un embarazoso silencio. Currito daba vueltas y más vueltas al sombrero en las manos, sin aceitar con la palabra. ¡Tan bien pensado como lo tenía!… Pero es que ella tampoco decía lo que él se había "calculao" para contestarla, Y, claro, no se le ocurrían más que cosas por este estilo:

—Pues sí, señora; m'he traío sincuentiocho mí duros limpios.

—Habernos tenío suerte con los toros.

Ella, viendo acercarse el momento, escondió la cara, hundiéndola en la labor. Se puso a coser. Eran unas prisas muy grandes. La perdonaría, ¿verdad? ¡Anda, maquinita! ¡Corre! ¡No me desampares!

Y él:

—Pues sí, señora; que tenía usté rasón; que m'han dao buena sombra las camisas que usté me hiso.

—¡Qué me alegro, Currito!

—Pero me tenían que dar suerte pa too—añadió él tomando un camino… para plantarse en seguida.

Saltaba la aguja que no se la veía, devorando costura.

Al fin, Currito encontró el valor que le faltaba, tragó saliva, cerró los ojos y se lanzó.

—Señita Rosío… Rosío, mírame usté… Bueno; no; no me mire usté, que si me mira no m'atrevo… Yo…, ¿sabe usté?… Nosotros… ¿Se quié usté casá conmigo? Mire usté, yo se lo iba a desí a usté de otro móo mejó, más bonito; pero no me

sale… Yo la quiero a usté…, la he querío siempre; no la pueo desí a usté que más que a nadie porque no he tenío nadie a quien queré ni que me quiera; pero… vamos…, ¿sabe usté?…, la quiero a usté como a too lo que no he podio queré en este mundo.

La señorita Rocío acababa de hacerse un lío en la costura: la aguja rota, el hilo enredado…, ¡un desastre! Y no sabía separar de allí los ojos.

El, ya en su terreno, siguió con vehemente súplica:

—Mire usté, yo la pondré a usté en un artá…, porque yo la quiero a usté con toas las veras de mi arma, ¡Rosío! Y si usté me quiere ná má que una chispita, que no la pío a usté má, pues yo…, ¿sabe usté?… Porque yo la quiero a usté con toas las veras de mi co- rasón.

Ella no acertaba a hablar, alternativamente dominada por una alegría muy grande, que la incitaba a reir, y por una tristeza que humedecía sus ojos.

—¡Rosío!—la suplicó él.

Trémula, ahogándose con laa palabras, alzó ella la cara blanca, blanca, y trabajosamente le dijo:

—Currito, yo uo sé cómo agradeserle a usté la estima que me hase. Ha sido usté muy bueno siempre conmigo; pero yo….—atragantándose—. No es que le despresie a usté, Currito, ¡pobre de mí!, no, señor; que le pongo a usté más alto que el hombre que esté más alto…; pero yo…—rompiendo a llorar sin consuelo—. ¡Yo no puedo ser la mujer de un hombre honrado!

—¡No diga usté eso, Rosío! Usté no ha sío mala. Lo sé yo! Y yo la quiero a usté. Y si usté no me quiere… ¡que me mate er primé toro er domingo!

Ella se estremeció miedosa. E insistió trabajosamente, dolorosamente:

—Oigame usté, Currito… ¡No puede ser!

El inclusero la suplicó con el alma transida y las manos cruzadas como en una oración:

—¡Quiérame usté, Rosío!

—¡Si yo le quiero a usté!—se le escapó.

—Rosío!—gritó él, loco, levantándose—. ¡Dígamelo usté otra ves! ¡Por la salú de su madre, dígamelo usté otra ves, que no lo había oío nunca y no sé qué m`ha pasao! ¡Dígamelo usté, que no he tenío más sueño que éste!

—Compadézcase usté de mí, Currito. No me haga usté hablar más claro… Yo no puedo ser su mujer de usté. Yo no puedo tener más vida que mi hija y mi trabajo. ¡Soy una mujer manchada! ¡Olvídeme usté, Currito; olvídeme usté!

—¡Si aunque quisiera no podría! ¡Si no s'ha dio usté nunca de mi pensamiento desde la noche aqueya! Oigame usté a mí; yo he pensao mucho en too lo que nos ha susedío; yo no lo sé explica; pero tóo ha sío porque tenía que pasa así pa que usté supiera tóo lo que la quiere este probesito cunero que s'ha atrevió a pensá en usté… Y usté me tié que queré, porque un queré tan grande como er mío no merese er despresio…

Ella no sabía qué contestar. Su rectitud la dictaba una respuesta dolorosa, y el amor la empujaba al camino de la felicidad.

—¡Por la salú de su hijita, no me rechase usté, Rosío! Yo no sé desí las cosas; pero me hago er cargo de eyas. Usté no tié curpa de ná. Usté se merese que un hombre de bien la quiera. Yo no he tenío en mi vía más ilusión que usté. Lo que he toreao, ¡por usté!… Jundío…, ¡por usté! Que fué como si me tiraran a la seportura. Y usté me resrsitó… Y ahora le pío a usté la vía. ¡Dámela usté, Rosío; dámela usté!

—¡Curro!—exclamó ella desfallecida.

—¡Rosío!… Esto no se lo digo yo a usté pa ná, que lo tenía muy pensao siempre, ¡por mi salú! Yo seré el padre de Dolorsita, ¡si no ha tenío otro! Y si yo fuera duque o marqué o rey, la haría mi hija lo mismo, y la vi a queré como si yo la hubiese parió, y va a sé mía porque es de usté y pa mí tóo lo de usté es como si fuera usté… ¡Y no m'haga usté sufrí má,

Ro- 1 sío, que estoy que si entrase ahora er verdugo no tenía que aprctá pa ajogarme!... Mire usté, yo, antes, cuando iba a toreá, le pedía a la Virgen que me sacara bien... Pues ahora no le pío nunca ná má que me quiera usté· ¡Virgensita de la Esperansa, dila que me quíera

Ella, vencida, llena de gratitud y amor, sintióse nacer a una nueva vida; pero no encontró palabras; bajó la cara ruborizada...

El tuvo un arranque de aquellos que en la plaza le rendían la multitud: la cogió mimosamente la cara y se la alzó.

—¡Sáqueme usté de penas! ¡Dígame usté!...

Se lo dijeron los ojos negros, que le iluminaron con resplandores de felicidad, haciéndole donación de un alma.

—¡Rosío!... ¡Te quiero!

—¡Y yo a ti, Curro, y yo a til!...—asintió gozosa. Y dando salida a su pasión, añadió:—¡Con toda mi alma!

¿Quién sería capaz de describir la alegría, el frenesí jubiloso del inclusero? Tremante, loco, cubrió de apasionados besos la cara de la “Muñequilla”.

—¡Te quiero, te quiero!... ¡Juy! ¡Mi vía!

Ella se desasió dulcemente y le reprendió ruborizada,

—¡Curro!

—Perdóname usté. Estoy loco. No sé lo que me jago, ¿Me perdona usté?

Y, en el paroxismo de la alegría, se puso a dar vueltas por la estancia como un niño o como un loco, ambas condición de enamorado, y fué contando a todos los objetos de la habitación:

—¡Me quiere! ¡Me quiere!

Y cogió en alto a la niña y se lo dijo también:

—¡Me quiere! ¡Me quiere!

—¡Deme usté, se le vaya caer!—le riñó ella, risueña, feliz, quitándosela.

Entonces Currito se paró en mitad del cuarto, cogió el sombrero, lo tiró al alto y gritó:

—¡Viva la Santísima Virgen de la Esperansa, que es la mejó Virgen der mundo!

—¡Niño! ·

—Niño tuyo. Porque yo quiero que usté sea pa mi too lo que no he tenío. Y tienes que ser también mi madre… ¡Mamá! ¡Mamaíta mía!

Juntaron sus lágrimas. Está la alegría tan cerca del dolor que los dos tienen la misma expresión suprema. Luego rieron, mirándose, entrándose cada uno en los ojos del otro.

—¿Arreglamos esas masetas, señita Rosío?… ¡Rosío! ¡Claveyinita mía, rosita mía, asusena de mi alegría, díamela, nardo, lirio, dime otra ves que me quieres, que no me lo han dicho nunca, y yo me ha pasao la vía soñando con que me lo dijera esa boca. Me quieres, ¿verdá? ¿No lo he soñao?

—Sí, Cuito. Te quiero… Hase mucho tiempo que te quiero, y yo te prometo que he de haserte todo lo felís que te mereses y que yo quiero que seas.

—¡Juy! ¡Qué día más bueno ha hecho Dio3 hoy! Déjame mirá la hora que es pa que no se m’orvíe nunca. i Rosío! ¡Señita Rosío!… Y ahora, a Seviya.

—¿Se va usté?—preguntó ella desencantada.

—Nos vamos los dos.

Sí, señora. Iba a devolvérsela a sus padres, porque quería que saliese de su casa para ir con él a la iglesia.

—¡No puede ser!—negó Rocío acobardada—. Mi padre no me quiere. ¡Me ha rechasao!

Su padre la quería. La abriría su casa, los brazos y, el corazón. Todo tenía que salirles “de primera”. Irían con Manuela y Joaquín para evitar murmuraciones. Ella vaciló.

—Me da vergüensa que me vean en Seviya, Curro… Perdóneme usté; pero…

—Tú no te tienes que avergonsá de ná. Tú eres una mujé desente que va a sé la mujé de un hombre honrao: ¡la mujé der Chavaliyo!

Pero tenía razón; no había para qué dar espectáculos a la gente. El se iría aquella noche en el expreso, las buscaría alojamiento y con un automóvil las esperaría a la otra tarde en Córdoba. Ellas irían hasta allí en el rápido, y a la noche en Sevilla.

—Anda, vamos a desírselo a Manuela, que me corre ya prisa que sepa too er mundo mi alegría.

Obedeció Rocío; se arregló ligera; cuestión de borrar las huellas de las lágrimas, darse unos toquecitos ligeros en el pelo, esconderse en la alcoba para pasarse la borla de los polvos por la cara y echarse el mantoncillo de crespón,

—Cuando quieras.

—Qué presiosa eres, señita Rosío, y qué orgulloso voy a ir contigo.

Ella sonrió. Luego se acercó a la cuna, cogió a la niña y, acercándose a Currito, imploró:

—¡Curro!… ¡Mi hijita!

—Nuestra hija—rectificó el inclusero con firmeza—. ¿No ves tú que a eya la debo er mayó bien da mi vía?

La "Muñequilla” entonces, con su antigua vivacidad, atrajo hacia sí con rápido movimiento la cabeza de Currito, le besó y salió corriendo delante de él,

—¡Sierra! ¡No se te escape!

A los primeros fulgores de la noche del Miércoles Santo se detuvo en Sevilla a la puerta del Hospicio el automóvil que los conducía. No estaba permitida en tal día la circulación de carruajes; pero a ver qué “guindilla” paraba el automóvil del *Chavalillo*. De acuerdo con sor María del Amor Hermoso, las dos mujeres se alojaron en casa del portero y sacristán del asilo.

¡Con qué alegría y con cuánta pena descubrió la “Muñequilla” a lo lejos, en la dulzura del crepúsculo, la

airosa torre, que se alza señoril sobre todo Andalucía, llamando a los que están lejos, con una promesa siempre cumplida de felicidad!

—¡Mire usté la Giralda, Manuela! ¡Allí junto está mi casa!

La belleza del campo, riente bajo el esplendor de la primavera andaluza, saludábales con dichosos augurios. La Gallega no tenía ojos para mirar a tantas partes como los recuerdos de los tres solicitaban. El cortijo de aquel, los toros del otro, la placita del Guijarrillo, donde asistió Currito a la primera tienta; el río. Aquellos naranjos. Ese caserío blanco, Cantillana. Aquél, Gelves. Esotro de más lejos que se ve confusamente, Carmona.

Y Sevilla al fin.

—¡Mamaíta mía!—gimió Rocío con dolor y deseo.

A lo lejos sonaban cornetas y tambores. El acompañamiento de las cofradías. Aún alcanzaron a divisar en el cruce de una calle los capirotes de unos nazarenos y el lucerío de algún paso.

—Aquí tiene usté a su hija, Madre—dijo Currito a sor María del Amor Hermoso presentando a Rocío.

La “Muñequilla” bajó la cabeza avergonzada. Desde que entró en Sevilla creía ver por todas partes miradas de reproche y de desprecio. Sor María comprendió y, cariñosa, le tomó la barbilla, le alzó la cara y delicadamente salió al paso a sus temores, diciéndole:

—Míreme usted, hija mía. Es verdad que es muy bonita, Curro.

—¿La había sagerao yo a usté?

—Tiene cara de buena. Quiérele mucho, hija mía, que se lo merece. El Señor les hará a ustedes muy felices. Dame un beso. ¿Esta es la nena? ¡Qué linda es!

La “Muñequilla” no pudo dormir en toda la noche. Las cariñosas palabras de sor María cayeron sobre su alma como rocío en las flores mustias de un jardín, abriendo las puertas a la esperanza. En vez de la hosquedad que temía,

Sevilla recibíala con aquel agrado que es una parte de su carácter, comunicándole su optimismo. Todos los ruidos sonábanle amigos. Las voces que pasaban por la calle hablando con el amoroso acento de la tierra. El borracho aquel plantado enfrente arrancándose terco por saetas, que no acortaba a concluir, y jaleándose a sí propio convencidamente.

—¡Ole tu cuerpo, Manolito! ¡Cántame otra por tu salú, que te vi a conviá a tóo er vino que te fíen!

Y por la mañana, los gritos de los vendeodres, aquellos pregones entre guturales y nasales que no hay intérprete que descifre; las risotadas de la chiquillería juguetona, y sobre todo, la visión del cielo espléndidamente azul, que la “Muñequilla" se levantó descalza a mirar, en cuanto entró el primer rayito de luz en su alcoba, y estuvo contemplando embelesada larguísimo rato por el huequecito que hizo alzando levemente la cortina.

Cuando Currito, impaciente de su compañía, fué a visitarla por la mañana, quiso que la Madre le enseñase la casa, y fué presentándosela orgulloso a todas las hermanitas.

—Mire usté qué fea he escogió pa mujé, hermana Adorasión.

Con otras bromeaba como cuando era chico.

—Hermana Santa Rosa, dame usté más papas.

Sor María del Amor Hermoso enseñó a Rocío el dormitorio y la cama de Currito cuando niño. Compasiva y enamorada se apretó la “Muñequilla” al brazo del inclusero.

—¡Ahí dormías tú, pobresito mío, desamparado, solito, sin cariño de madre!

Y, un momento que él se separó, volviéndose a la superirra se dolió Rocío en voz baja, para que Currito no la oyese:

—¿Por qué habrá madres así, que abandonan a un hijo tan bueno?

—¡Qué sabes tú de la tragedia de la madre de Currito!—contestó sor María del Amor Hermoso con extraño acento, poniéndose encendida.

Herida por él, Rocío se avergonzó y la pidió perdón, sin saber lo que decía.

—Perdóneme usté; ¡yo sé de eso!

Sor María del Amor Hermoso la acarició.

—¡Pobrecita!

Por la tarde, mientras Rocío esperaba a don Ismael, en cuya busca fué Currito, Copüa se llevó a Manuela a vter las cofradías.

—Gomare, limpiase usté esos ojos que m'han ma- reao, que ahora se va usté a mareá viendo mi pueblo. Er pueblo de María Santísima. La Virgen y yo, paisanos. ¡Ole! ¡Vasté a vé tela! Como que er Papa está pensando en traerse Roma y er Vaticano pa acá, porque ayí no tiene una Semana Santa como ésta. He tomao en caye Sierpe tres siyas pa está más anchos, donde cantan Senteno y la Niña der Perejí. ¡Vasté a oir saetas! Limpíate también los oídos..., Manoliña. Y vasté a vé lo orguyoso que va Joaquín Gonsales con su pajolera novia gayega. ¡Juy, en cuanto nos casemos er mes que viene, comare! Una confeturía va a sé la casa de nosotros. Arropía tú, arropía yo y arropía lo que venga. ¡Vino, qre m'ajogo!

Como en el vasto campamento de un vasto ejército, llenaban la ciudad marciales sones de cometas y tambores. Continuamente encontraban nazarenos caminando en demanda de sus cofradías, levantados los largos antifaces cayentes de los típicos capirotes, todo lo presurosos que les permitían los apagones del indispensable puro y las tentadoras invitaciones de las puertas de las tabernas encontradas al paso. Algunos iban acompañados por una especie de Cirineos, nazarenos honorarios de americana y cordobés, de recluta voluntaria entre la vecindad del penitente, que, orgullosos de la compañía, no sueltan al

amigo encapuchado desde que sale erguido y seguro de su casa hasta el oscilante regreso. ¡Con cuánta solicitud se pegan al nazareno! Ellos le dan conversación; ellos advierten a los conocidos del tránsito que aquél es Fulano; ellos le llevan el puro y se lo pasan para que dé un par de chupaditas cuando no les ve el vigilante diputado; ellos pagan los chatitos que dan fuerza y descanso para el larguísimo camino; y ellos, en fin, cargan con el cirio cuando hace falta y con el nazareno al final para restituirlo al hogar. Y, si se tercia, se pelean por su cofradía con todos los hermanos de todas las hermandades sevillanas.

—¿Pero cuál es la tuya, gueso?

—La de la Borriquita.

—Entonse ya sé quién eres tú.

La estrecha calle de las Sierpes, que recordó a Manuela la calle Real de La Coruña, parecía más angosta con la limitación de espacio impuesta por las filas de sillas tendidas a todo su largo y las apreturas de los miles de personas que por allí iban y venían buscando acomodo: gente del pueblo, muy peripuestas ellas de mantilla y con lo mejor del baúl ellos; tal cual pareja de “ingleses’'; forasteros, y familias “catetas” que hablaban por todos, preguntaban por todos y molestaban por todos. Los alquiladores de sillas acosaban a los transeúntes con sus ofrecimientos de palabra y por cartelitos fijados en las paredes,

—Siya pa vé las cofradía.

“Aquí canta la Niña de las Llemas y el Niño del puesto del puesto de calentitos de la Puerta Carmona.”

El alma de Sevilla, la alegría, asistía allí con sus mejores risas. Más que día de solemnidad religiosa parecía de fiesta carnavalesca. Por todas partes voces, carcajadas, pregones, empujones y

—¿Vamos a tomá otro chatito?

Cayendo la tarde comenzaron a pasar nazarenos, nazarenos, nazarenos… Las túnicas blancas y los antifaces negros de los hermanos do la Santa Cruz en el Monte Calvario, las túnicas moradas de los cofrades del Santísimo Cristo de la Exaltación, la blancura de los nazarenos de San Juan de la Palma, las capas grana y los antifaces negros del Prendimiento, los capirotes azul celeste y las túnicas blancas de los nazarenos del Cristo de la Conversión del Buen Ladrón, los alegres hábitos de la cofradía de los Panaderos, la túnica crema vivo y la capa y el anti faz grana, precediendo, en expresivo y simbólico contraste de esta solemnidad sevillana, a la severidad de los humildes hábitos negros de la ordenada cofradía del Señor de la Pasión…

La gente leía en voz alta, en los programas, el orden de las hermandades. Parecían recitantes de una poética letanía, en la que compondrían muy bien loe "ora pro nobis" del coro. Santísimo Cristo de la Hu-rnildad y Paciencia… Santísimo Cristo de la Buena Muerte… Nuestro Padre Jesús de las Penas… Santísimo Cristo de las Misericordias… Santo Cristo de la Salud..,. Santísimo Cristo de la Expiración… Nuestro Padre Jesús del Gran Poder…

Nombres que el pueblo, más rápido, más gráfico y más andaluz en la gracia y confianza familiar de ia designación, sustituye por otros menos solemnes y más suyos. "La Borriquita", "La Virgen de las Cigarreras", "Los Panaderos", "Los Gitanos", "La Macarena", "El Silencio", "El Cachorro"…

Algunos nazarenos de las cofradías de los colores vistosos, de hirviente sangre moza por lo que denunciaba su ardillesca inquietud y lo que descubrían a veces los antifaces levantados, ponían una nota pintoresca en el cortejo con su alejamiento del espíritu religioso del acto—mejor diríamos "remotamiento" si la palabreja fuese de recibo—. Adelantábanse impacientes al parsimonioso andar de la cofradía, sentábanse en las sillas vacías a departir con

los curiosos, desertaban a “refrescar” en las tabernas y “pasajes” del camino, piropeaban a las muchachas y bromeaban con los conocidos, y sobre todo con las conocidas, diciéndoles con la mayor naturalidad y la voz hueca:

—¿Me conoses? ¡No me conoséis ustedes! ¡No me conoséis ustedes!

—¡Qué bien acompañao estás, Copita!—le decían casi todos, al pasar, al banderillero.

—¡Poñemero gusto que tié uno!—contestaba Joaquín orgulloso.

Iba y venía la gente en incesante y mareador flujo y reflujo, tan pronto en la misma dirección de las cofradías como en sentido contrario, sin detenerse al encuentro con loe pasos, que casi llenaban la calle, dejando una breve angostura para pasar junto a ellos de medio lado, y tampoco paraban los vendedores callejeros, incansables de piernas y gargantas, metiendo por todas partes sus cestas y pregones de chucherías fleglutibles.

—¡Hay langostinos y bocas! Hay bocas!

—¡Surtanas de coco y huevo!

—¡Bocaíyo!

—¡Armón! ¡Armón!

—¡Armendrao e canela, a reá la osena!…

A través de los antifaces la gente empeñábase en descubrir los ídolos populares, singularmente los toreros.

—Mira er Trianero—señalaban entre los hermanos del “Cachorro”—. Adiós, Lunares. Ese que va descarso es *Varelito*, que se ofresió a salí así cuando tuviera un año sin cogía. Ahí va don Pedro Borbolla— descubrían entre los hermanos del “Silencio”.

Todo ello acompañado, subrayado, como en el fuerte de un concertante, por un obsesionador redoble de tambores y alarido de cornetas, empeñadas con estridor desagradable en dar notas vedadas a su estructura, repitiendo hasta el

infinito la misma monótona marcha lenta que por muchos días quedaría zumbando en los oídos.

Plan, plan, rataplán… Plan, plan, plan, rataplán.., Plan, plan, plan… ¡Uf!

Y al fin, radiante, el paso. Tras el lucerío del movible altar, los Cristos expirantes iban ofreciendo al pueblo el abrazo de redención, y bajo la riqueza de los fastuosos mantos bordados de oro que caían hasta el suelo, simbólicamente grandes como el refugio amparador de la Humanidad, las maravillosas Vírgenes, con sus caritas inefables y sus manos tendidas, hablaban a todos los dolores de la inagotable y tierna misericordia de la Madre de todos.

Obra feliz las imágenes sevillanas de aquellos grandes imagineros Montañés, Roldán, la Roldana, Mesa, Hita del Castillo, Gijón, Ruiz Cornejo…, eran un milagro de verdad.

La bulliciosa multitud las veía pasar, sobrecogida, en silencio. Latía en todos la fe que vive en el fondo del alma, y el pueblo de las exaltaciones, olvidada un momento la de su perenne alegría, se entregaba a la de su arraigado fervor religioso.

Lentamente avanzaban los pesados altares, llevados por veinte o treinta fornidos costaleros, ocultos bajo las ahogadoras cortinas de terciopelo pendientes hasta el suelo, guiados desde fuera por el capataz, que realizaba el milagro de habilidad de hacer atravesar sin detrimento, violencias ni alteraciones por la angostura de la calle el paso, más ancho que ella, con voces que eran automáticamente obedecidas.

—¡Esa erecha alante! ¡Cuidao aquí! ¡Quierda! ¡Meno pasito quiero! ¡Erecha! ¡Erecha trá! ¡Vamo, valiente!

De algún balcón salía doloroso el jipío preliminar de una saeta.

—¡Páralo! ¡Páralo!—pedía el pueblo a los conductores del paso. Y se advertían unos a otros con estremecimiento

gozoso, señalando a la cantaora:—Es la Niña de la Alfalfa.

El capataz se acercaba al paso y daba un golpe de advertencia con el historiado llamador que éstos llevan en la parte delantera.

—Vamo a pará—advertía por el respiradero a los conductores—. Atensión. A ésta es.

Y a la aldabada deteníase el paso instantáneamente.

Entonces vibraba conmovedora en el aire, llenándolo de poético y extraño misticismo, la saeta, oración ingenua, flor sentimental del pueblo, oida con recogido, con religioso silencio.

Míralo por dónde viene
er mejó de los nasios,
atao de pies y manos,
con er rostro denegrió,
pa sarvá a los cristianos.

·—¡Ooolé!—atronaba al concluir la multitud, saliendo de su éxtasis, dando escape al sentimiento artístico innato en el pueblo sevillano,

—¡Otra, Niña, otra!—reclamaba el pueblo.

Y los costaleros, sentados en el suelo, asomando por debajo de las cortinas, sudorosos y rojos, desoían las llamadas del capataz demandando también:

—¡Otra por nosotros, Niña!

Y mientras la cantaba, el aguador del paso iba de uno en otro escanciando el líquido que llevaba en su botijo de brillante pitorro de latón, que puede que fuera agua, pero que no nos atreveríamos a negar bajo juramento que fuese otra cosa,

Manuela regresó a su hospedaje aún emocionada, haciendo admirativas ponderaciones de cuanto acababa de ver.

—¡No le hay tal en el mundo! Mire que yo le he visto la procesión del Corpus en Santiago, con los calóndrigos

vestidos de colorao y el arzobispo tan velliño y los militares llevando el palio; pero ¿qué va?

Esto otro era una cosa de asombro. ¡Qué pasos! ¡Qué Cristos! Pues ¿y las Vírgenes, con aquellos mantos riquísimos, descendiendo por detrás maj estuosamente en un alarde de riqueza, arte y devoción? ¡Y con aquellas cariñas tan lindas!

—De Virgen del cielo.

¡Santiñas! Manuela llevaría allí a los herejotes que andan por esos mundos y los pondría delante de las Vírgenes de Sevilla.

—Así Dios me salve como le caían todos de rodillas y se ponían a rezarlas. No; por eso, a mí que no me digan. Estas imágenes no las hizo mano de hombre. Ahí le hay milagro, sor doña María.

—Pues luego verá usté la Macarena—le dijo Curri- to, orgulloso de su Virgen.

—¡Ay, por eso, más bonita que la del Rosario que vimos esta tarde, non!—sostuvo Manuela.

—¡Más, mujé! ¡La mejó Virgen der mundo… y der sielo!

—La misma mano las hizo—advirtió sor María del Amor Hermoso.

—¡Sí que es también fea la Virgensita del Mayor Dolor y Traspaso, que sale con el Señor del Gran Poder! —terció Rocío

Y durante un rato el orgullo de cofradía y la devoción discutieron allí la superioridad de cada imagen, ni más ni menos que a tal hora estaba haciendo todo Sevilla, preparándose para ver luego las cofradías más famosas, que salen en la madrugada del día grande.

Currito se despidió para tornar más tarde, vestido el hábito de la Macarena, a llevarlas a ver en San Gil el paso de la Esperanza.

—Usté debía de conviarme a mí a sená con los chaveas, Madre—propuso bromista, antes de salir, a sor María.

—¡Quita! Que me los alborotas cada vez que te ven y todos quieren ser toreros.

—¿Vino el señor canónigo?—preguntó Manuela a Rocío cuando estuvieron solas.

No había ido. Era día muy ocupado para él. Currito no le pudo ver por la mañana porque estaba en ios oficios, y cuando fué en su busca a la catedral por la tarde se encontró con que estaba predicando el sermón del Mandato. Y como la impaciencia de los enamorados no se aviene con sermones, se volvió al asilo sin esperarle. Al día siguiente le vería. Rocío estaba muy esperanzada. Le pediría al Señor lo que tanto deseaba mientras le seguía descalza aquella noche.

—¿Y va a ir descalciña? ¡Malpocado!

—Se lo ofrecí por que me volviese con bien a mí Currito y en penitensia de mis pecados.

—Si es por penitencia, no lo haga, filla, que bien de penitencia ha hecho. Mañana verá a su padre… Y mire: yo me alegro mucho, ¿sabe?; pero también le tengo pena; no lo puedo remediar; no me voy a encontrar sin usted.

—¡Qué buena es usté, Manuela! Yo también la echaré mucho de menos… Pero ¿por qué no se vienen ustedes a vivir a Sevilla cuando se casen? Así nos veríamos todos los días. Y usté estaría muy bien. Sevilla es lo mejor del mundo.

—Eso quiere Joaquín, que dice que debemos poner aquí un colmado, para hacemos ricos. Y yo le c'.igo que donde él quiera, ya que no puede ser en mi tierra, que ésa sí que es, no me lo lleve a mal, la mejor del mundo… si no fuera porque allí no le quieren querer a nadie.

Y, haciendo planes de felicidad, entretuvieron la noche hasta que se presentó Currito, vestida la túnica blanca y calado el capirote de terciopelo verde de los macarenos, y se fueron con él y Copita a San Gil.

Aunque todavía faitaba más de una hora para la salida de la hermandad, los alrededores de la iglesia hallábanse llenos de gente bulliciosa y atestados los cafés, colmados y tabernas del barrio.

Los pintorescos soldados romanos, “los armaos”, circulaban por allí importantes, dejándose admirar y convidar. De vez en cuando el Centurión les advertía:

—No bebáis ustedes más, que se vais a meté coa casco y tóo en las paderes.

—Otro chatito ná má, a la salú der Sésar.

—Siendo po er Sésar… i Niño, una osenita con tapa é cosina!

Dentro de la iglesia había también mucha animación y gran concurrencia. Montecristo y León Boyd hubieran llenado sus cuartillas con los nombres de las damas aristocráticas que, tocadas modestamente con las mantillas de blonda a su caer, lo miraban todo entre curiosas y devotas, menos devotas que curiosas. Actrices y cupletistas tal vez no faltaba ninguna de las que se encontraban en Sevilla. Y un hombre de estos que conocen a todo el mundo no concluiría de enumerar las celebridades de los mundillos del arte, la literatura, la política, el teatro y el toreo que allí se veían.

Fronteros esperaban ya dispuestos los dos pasos, un poco olvidado el numeroso de la sentencia de Cristo ante la atracción devota de la Virgen de la Esperanza.

La alegría que acompaña en su tránsito por la ciudad a la Virgen más amada de Sevilla tenía su repercusión, un poco contenida, allí dentro.

Los hermanos se apiñaban bulliciosos con los capirotes al brazo en la capilla de la Virgen para recoger cirios o insignias. Sentados en el áííelo contra las paredes, cansados de tantos productivos días de procesión, los costaleros arreglaban las mantas que llevarían sobi'e la cerviz para conducir el paso.

En el suyo, como en un trono, resplandecía la Virgen bajo el bordado palio, con el amplio, riquísimo manto que, sujeto por la corona de estrellas a la cabeza, se extendía larguísimo, verde y áureo, hasta casi dar en el suelo. Las innúmeras luces del paso palidecían ante el fulgor de las joyas con que la devoción de Sevilla cubriera el pecho y adornara las manos de la Virgen. Sortijas, imperdibles, pendentifs, collares de perlas, eollares de brillantes, collares de esmeraldas, alfileres de corbata, zafiros, topacios, amatistas, hasta relojes de quien no podía más, hacían como una nube de esplendor, de la cual surgía, toda amor y promesa, la cara bonita, aniñada, inefable de la Virgen, obra feliz de un momento de inspiración divina de Podro Roldán. Dos lágrimas rodaban por sus mejilla.;. L· irradiaba bajo la áurea corona de estrellas .tal consoladora bondad, era de tan celestial belleza—¡manos dichosas que te hicieron!—, que el corazón volaba a Ella.

A su modo, con la exaltación sevillana, le decían pintorescas oraciones los nazarenos al entrar en la iglesia y rendirle homenaje, orgullosos de su Vbgen. Eran piropos, dichos extraños, que se diría irreverentes y lejanos de la oración si no fueran precisamente una forma ingenua de ella, bajo la cual latía ia delicada esencia poética que en Sevilla lo aroma todo.

—¡Juy, qué bonita eres!

—¡Esto es un paso!… ¡Como pa mi Virgen!

—¡Presiosa! ¡Que le vas a hasé pecá a Dios de orguyo!

—¡Tírame una lágrima y déjame siego!

La entrada del Chavalillo produjo un movimiento de curiosidad. Las damas montaron sus impertinentes. Los hombres acudieron presurosos a saludarle. Manuela y Rocío, la cara escondida tras la mantilla, desvaneciéronse en un rincón. Un hermano vino oficioso a entregar al Chavalillo su insignia.

—Toma, Curro, aquí tienes tu setro.

Alguien reparó entonces en otro cetro que con un lazo de crespón había a los pies de la Virgen. La insignia de algún hermano fallecido durante el año.

—El cetro de *Romerita*—advirtió uno.

De pronto sonaron en la puerta principal tres golpes solemnes, espaciados, rituales, que apagaron el ruido.

El hermano mayor, con otros miembros de la junta, se calaron los capirotes, dejaron caer los antifaces y situáronse ante el paso de la Virgen. Se abrió la puerta del templo y aparecieron en el umbral tres gigantescos fantasmas negros, tres penitentes del Señor del Gran Poder, con sus humildes hábitos de ruán, sus capirotes de un metro de altura, sus anchos cinturones de esparto y las larguísimas colas colgadas del brazo. Silenciosos, entre el silencio unánime, avanzaron gravemente hasta el paso de la Virgen a demandar el ritual permiso para preceder a esta hermandad en la estación en la catedral.

Rocío se apretó temblorosa y conmovida contra Manuela, echándose aún más sobre la cara la mantilla con que se tapaba.

¿Sería su padre alguno de aquellos nazarenos negros?

a Y, sobre todos los temores, el ansia de verle la hizo empinarse sobre las puntas de los pies, mirando anhelante, cuando, otorgada la venia que se pedía, por el hermano mayor de la Macarena, unos y otros nazarenos alzaron los antifaces y se dieron las manos. Rocío se tranquilizó con pena. No estaba allí su padre.

Y ella, Manuela y Copita se fueron a San Lorenzo, tras los penitentes negros, a esperar la salida del Señor del Gran Poder.

No sin trabajo pudieron atravesar la plaza, llena ya de gente madrugadora que acudió temprano para coger buen puesto, y llegaron hasta la misma iglesia.

La puerta estaba cerrada. Sólo de vez en cuando se abría un postigo en ella dando entrada a un nazareno, que

se curvaba hasta casi doblarse para hacer pasar por allí el altísimo capirote.

Dentro de la iglesia, repartidos por las naves y las sacristías, el capirote al brazo y en la otra mano el cirio amarillo o el cetro, lo llenaban todo los hermanos del Señor del Gran Poder, la cofradía más numerosa de Sevilla.

Al contrario que en San Gil, todo era aquí recogimiento y mesura. Los hermanos hacían oración al entrar, arrodillados, algunos con los brazos en cruz, ante los pasos fronteros a la puerta, deslumbrante de luce- río el de la bellísima Virgen del Mayor Dolor y Traspaso, y humilde y severo, sin lucerío, pero orlado de flores, el de Nuestro Padre Jesús. Tras de este paso apiñábanse, modestamente ataviadas con los velos o mantillas caídos sobre los ojos, numerosas señoras que se disponían a acompañarle. Madres, esposas, hermanas o novias, que agradecían o esperaban.

Estaba en San Lorenzo vistiendo el humilde hábito de la cofradía la flor de la nobleza y de las clases altas sevillanas, a las que se mezclaban gentes venidas de los más apartados rincones de España, llegadas muchas de ellas aquella misma mañana, a rendir a la venerada imagen el tributo de su devoción. Del cántabro al catalán y del extremeño al valenciano, todas las regiones españolas tenían allí representación.

A pasos largos y recelosos, Manuel Carmona, avejentado y triste, cruzó por la iglesia, procurando pasar inadvertido, y buscó refugio en un obscuro rincón de la sacristía de la capilla del Señor.

Tras él fué, en cuanto se percató de su presencia, el canónigo Marquina, que había de presidir la hermandad; pero no pudo llegar hasta el padre de Rocío tan pronto como solicitaba su deseo, retenido por cien amigos que le saludaban con extremos de cariñoso respeto.

Todavía en la misma puerta de la capilla, cuando ya se creía libre de afectuosos cumplidos, le sujetaron los brazos de un nazareno muy alto, que le abrazaba efusivo.

—¡Oh, míster Marquina! ¡Aunque usté no quiera!

Era el famoso míster Charlie, “el inglés andaluz”, que hace un viaje desde el fin del mundo para asistir a la tienta de Miura correctamente vestido de corto o para ver una corrida de toros u oir cantar a Centeno, a Manuel Torres, el Niño de Jerez, o a cualquier otro príncipe del cante.

—¡De dónde sale usted, míster Carlos?

—He llgao esta mañana de Londres.

—¿Para mucho tiempo?

—No, que no lo tengo. He venío ná más que pa acompañó al Señor, que se lo tenía ofresío... Y, ya de paso, veré la corría de Miura y me vuelvo de seguía ayá. Tengo mucho que hasé.

—AIl right. Nos veremos.

—All right.

El hermano mayor llamaba ya a los nazarenos para organizar la comitiva, y los más antiguos se apresuraban a colocarse junto al paso, en dos filas muy apretadas para impedir intrusiones.

“Almanzor” dió al fin con Carmona, que al verle se apresuró a ponerse el capirote.

—Manuel, no te escondas ni me huyas, que estamos en la casa de Dios—díjole el canónigo deteniendo su acción—. Tú me has echado de tu casa y yo te busco en ésta, que no rechaza a nadie. Hemos de hablar, hombre. Espérame al regreso. Desayunaremos en mi casa. Ya ves que no te guardo rencor. ¿Y Teresa? Dame la mano y hagamos las paces ante el Señor. Y, piensa, mientras vamos con El, en lo que representa este divino Misterio, y encomiéndate a El, como mandan las constituciones de la hermandad.

Carmona estrechó en silencio, conmovido a su pesar, la mano leal que se le tendía, y, cediendo al impulso del viejo afecto, ambos amigos se estrecharon en un abrazo cordial. Luego, sin decir palabra, Car- mona dejó caer el antifaz, para ocultar el rostro, y fué a ocupar su puesto, veinticinco o treinta antes del paso del Señor.

Junto a la puerta, en pos de la cruz de la hermandad, iban el “capiller” y los diputados, colocando las parejas de penitentes. Dos o tres encapuchados, pero sin capirote, cargados con unas cruces de penitencia, fueron a colocarse detrás del paso de Jesús.

A través de la puerta percibíase el murmullo contenido del gentío que se apretujaba en la plaza, pequeña para contener tan enorme concurrencia, de continuo aumentada con gentes que de todo Sevilla acudían presurosas a desmentir la ley de impenetrabilidad de los cuerpos. Balcones y huecos de las tiendas hallábanse también atestados. Sólo quedaba libra el camino que había de seguir la procesión.

El bullicio y la alegría que saltan por doquiera en Sevilla estaban allí contenidos por religioso respeto. Nada de gritos. Hablábase en voz queda, penetrados todos del augusto misterio de la noche santa.

De pronto apagáronse las luces de la plaza. Sólo quedaron encendidos el farolillo que alumbra tenuemente la imagen del Señor en la fachada de la iglesia y las estrellas que miraban desde los altos cielos, parpadeantes de emoción.

Dió el reloj dos graves campanadas. A la primera se abrieron solemnemente las puertas de la iglesia y la cruz de la cofradía apareció en el umbral, entre dos penitentes, conducida por otro que iba descalzo.

Junto a la puerta, cogiéndose con fuerza al brazo de la Gallega, que lo miraba todo con ojos de asombro, Rocío se estremeció. Por allí pasaría su padre, como todos los años,

cumpliendo su voto. ¿Le conocería? ¿La vería él? ¿Sería alguno de aquellos? Y sintió impulsos de arrodillarse.

Un aire primaveral, tibio y perfumado, llenaba el ambiente. Invadió el silencio la plaza. Y lenta, solemne, hierática, negra, callada y doliente avanzó la hermandad en pos de la Cruz.

Era una impresionante teoría de silenciosos fantasmas. Salían los penitentes en calculados, iguales espacios, de dos en dos, negros, altísimos, muchos descalzos, ceñido el hábito de ruán con ancho cinturón de plebeyo esparto, el largo cirio amarillo apoyado en la cadera, formando a todo lo largo de la cofradía como un túnel de luces, y caminaban calladamente, conservando el mismo ajustado andar, en un desfile inacabable.

Algunos espectadores iban contando en voz queda:

—Siento… Dosientos… Tresientos sincuenti… Cuatrosientos…

Otros advertían asimismo en voz baja a los forasteros, con ese orgullo especial que los sevillanos sienten ante la imagen de su predilecta devoción:

—Esta es la hermandad más seria y ordenada. La salida en ella no es, como veis ustedes, cosa de exhibición, sino de verdadera penitencia. Les está prohibido a los hermanos hablar, saludar, separarse, cambiar de sitio y descubrirse. Hasta no pueden encender el cirio en la luz de un compañero, si se les apaga, que para eso están los canastilleros, que son esos “tíos” que van en medio con el canasto de los “serillos”. Y no llevan más música que unos fagotes para acompañar a los sochantres, que de vez en cuando entonan versículos del Miserere.

Bien pasada media hora, que no tardaron menos en salir todos los penitentes, apareció en la puerta el paso del Señor del Gran Poder, con la llave dé' la redención a cuestas, el cuerpo cansado, el dulce rostro “denegrió”, como canta la saeta, todo conmovedor, dolor y resignación,

vistiendo pobre túnica morada jan oro ni bordados, alumbrado sólo por cuatro faro* Jones, humilde y sencillo.

Un momento detúvose la imagen en el umbral, como bendiciendo a todos.

Se hizo un silencio aún más profundo. Un hálito de majestad pasó por la plaza. Alzáronse las frentes en una aspiración al cíelo, dobláronse las rodillas, bañó la ternura los corazones, la fe y la esperanza invadieron las almas, dulces lágrimas humedecieron los ojos y las manos tendiéronse suplicantes hacia El.

—¡Señor!

La luna envolvía la ciudad blanca en la blancura de sus rayos, como una suave caricia del cielo.

De pronto rompió el solemne silencio una trémula voz de mujer que, de rodillas al lado del paso,‘suspiraba una saeta, cuya emoción vibró en todos los corazones. Más que cantar, se quejaba. Lloraba y pedía.

¡Aaaay! Mira er Paresito mió
cargadito con su crus.
A todos va perdonando
ese divino Jesús.

Carmona se estremeció al oirla. Sudor frío bañó su frente. El corazón le saltó en el pecho. Vaciló. Estuvo a punto de caer. Instintivamente tendió los brazos. Y un sollozo levantó su pecho y se escapó de su garganta.

—¡Muñequiya!

Avanzó el paso, imponente. En el hondo silencio sonó extraño, impresionante, el acompasado arrastrar de los pies de los costaleros.

De nuevo se alzó dulcemente dolorida la voz de antes.

Al ver al hijo de Dios
llevando la cruz a cuestas,
lloran y visten de luto
el mar, el cielo y la tierra.

Luego Rocío descalzóse rápidamente y, con la cara muy tapada, caída sobre el pecho, hurtándola a todas las miradas, mezclóse con Manuela a las señoras que escoltaban el paso y echaron a andar con ellas, acompañando al Señor hasta la catedral, según su promesa.

Un **diputado** tocó a Carmona en el hombro para que caminase. Trabajosamente obedeció. ¡Ella estaba allí!

¿Y aunque sea ella qué?, le preguntó la rencorosa voz de su soberbia herida. ¿No se ha muerto para ti? ¿Ha querido siquiera verte? ¡Sabe Dios a lo que vendrá! ¡Olvídala! ¡Despréciala! ¡Mala hija! ¡Mala hembra!…

Y dominada la impresión de la sorpresa, Carmona volvió a verse dueño de sí, enérgico, firme, inconmovible en sus decisiones. ¡Muerta, sí, y bien muerta! Aunque la viese al pasar, cruzaría por su lado tan indiferente como junto a aquellos desconocidos que presenciaban el desfile de la cofradía.

Acá y allá sonaron nuevas saetas, que el fervor religioso que dominaba al gentío no comentó con los oles que en el resto de Sevilla las jalean. Pese a su decisión, Carmona escuchó anhelante, y no oyendo la voz de Rocío, se preguntó con cierto desencanto si habría sido engañado antes por una alucinación de sus sentidos. Y mientras la cofrada esperaba a que desfilase por la Campana la hermandad del Silencio, que la precede, Manuel escrutaba con avidez, estirando el antifaz para dar más espacio a los ojos, el río de gente que entre los nazarenos pasaba presuroso a buscar sitio en la carrera para ver las demás cofradías.

Sólo quería ver a la hija ingrata. Verla sin ser visto de ella. Permanecería mudo, conforme a la regla de la hermandad, y quieto e insensible, obediente al mandato de su rencor. Y satisfecha su curiosidad, la olvidaría. Porque no era más que curiosidad aquel deseo. Ni la quería ni le importaba de ella. ¡Ingrata!

Y las lágrimas fluían de sus ojos.

Reanudó su marcha la cofradía. En sus años felices gozaba Carmrma al parar por la Campana con la competencia entablada desde los balcones de la aristocrática “Fiambrera” por la Niña de las Saetas con Manuel Centeno, que desde el “cierro" del café de París llenaba el aire con su voz vibrante atenenorada y pastosa. Cruzábanse allí los más varios estilos de saetas—· desde la puramente religiosa, que tiene el perfume de su sencillez, hasta la repiqueteada que Centeno fué a encontrar nada menos que en la distante “seguirilla”—, con asombro y complacencia del g-ntío, que al final de cada copla, incapaz de contenerse ante nada, dejaba escapar la admiración de lo bello que tiene culto en cada sevillano en estruendosos oles, que ponían una nota extraña y distante en la solemnidad del momento y en la severidad del religioso cortejo. A mía saeta sentida respondía la emoción de la otra, hasta que, sobreponiéndose en el “artista” el motivo que le inspiraba, lo que empezó en excitación de rivalidad concluía en exaltación religiosa, y los saeteros, con eP busto fuera de la barandilla, saltones y preñados de lagrimas los ojos, que parecían querérseles ir a la imagen venerada, y los brazos tendidos hacia ella accionando con vehemencia, cual si quisiesen abrazarla, ponían el alma en su canto, que no obedecía a reglas, pero que tenía entonces tal emoción que los oles del gentío salían con, sollozos. Algo extraño, absurdo no viéndolo y. no sintiéndolo, paradójicamente devoto y soberanamente bello… y sevillano.

Contagiado de la emoción general, Carmona tenía que recordar siempre el hábito que llevaba para contenerse y no mezclar sus gritos a los de la gente. Pero esta vez importunaban aquellos cantares su impaciencia por oir las saetas de otra voz. ¿No volvería Rocío a cantarle al Señor?

Y recordando que algunos de los que le cantan a su salida vuelven a hacerlo otra vez desde alguna bocacalle de

la de Sierpes, entró por esta vía con el oído atento, examinando cuidadosamente a los curiosos que, sentados en las sillas, abrigaditos contra el fresco de la madrugada y medio dormidos, sólo se animaban al acercarse el paso obrando en todos el mismo efecto de agradecida devoción.

—¡Qué hermoso eres!—le decían al Señor.

—¡Tu Padre te pague el bien que me has hecho!

—¡Contigo tengo yo er mundo!

Por los balcones abiertos de los “pasajes” salía rasgueo de guitarras, chocar de vasos, palmas, cante y voces de borrachera, ruido de juerga que cesaba al acercarse el paso. Los juerguistas asomábanse entonces al balcón rodeando a la cantaora, una de las reinas del cante, las mujeres, arrebatadas las caras, vestidas con lujo o sencillamente envueltas en los mantoncillos; los hombres, alborotado el pelo, deshecha la corbata, bronca la voz e inseguro el equilibrio.

Un mal pensamiento se apoderó de Manuel al cruzar ante el “Pasaje de las Delicias”; su imaginación devanó mil disparates atormentadores. ¿Estaría allí, con aquella gente perdida, su hija?

Y, olvidado del momento, alzó la cabeza y miró al balcón con tanta insistencia, examinando tercamente una por una a las mujeres, que los de arriba se percataron y un señorito le llamó con una voz estropajosa, entre las risotadas de todos:

—¡Oye, máscara, no mires más! ¡Quítate la careta y sube a tomarte unas cañitas con estas gachís!

La procesión siguió su marcha.

—¡Páralo! ¡Páralo!—gritaron los del balcón al ver llegar el paso.

Y como no se detuviera, los de arriba y la gente del bronce que había abajo le gritaron a la cantaora, que hacía ademanes de reina ofendida:

—¡Déhalo! ¡No le cantes! ¡Déhalo!

En aquel alboroto, las graves voces de los sochantres, que cantaban el Miserere, apoyadas por el lúgubre bajo de los fagotes, tenía acentos de maldición bíblica, contrastando con el alboroto del cortejo de la Macarena, que iba detrás, llenando el aire de vivas y piropos a la Virgen de la Esperanza.

Con su temeroso, inalterable silencio, pasó la cofradía por la plaza de San Francisco, casi vacíos a aquella molesta hora los palcos y sillas que la llenan, y llegó a la catedral.

¡Con cuánto gusto hubiera desertado Carmona en ella de su puesto! Porque después de las cuatro solemnes prosternaciones ante las caras del Monumento, que por parejas hacían los nazarenos, mientras los pasos le iban dando frente en cada una, estaba la calla de la Amargura de Manuel: El cruce por delante de su casa, cerrada, solitaria y triste, tumba de la alegría que en ella vivió. Otras veces estaba la cálle colmada de gente, que iba a oir las saetas de su “Muñequilla”, para quien había siempre una croniquita en los deliciosos apuntes literarios de El Noticiero Sevillano, ilustrada con uno de esos encantadores dibujos en que Martínez de León va aprisionando la vida y el alma de Sevilla. Y ahora, nada. La casa, hermética. La calle, desierta. Apenas algunos transeúntes, a quienes sorprendía la hermandad camino de su descanso; dos mujerucas, tapadas más que envueltas en mantones de crespón, y un hombre del pueblo sentado en el umbral. Una familia cansada que se habría detenido allí, sorprendida por el largo desfile de la cofradía que en la estrechez y tortuosidad de la calle tenía, más que en parte alguna, el aspecto fantasmal en que parecía tomar vida algún cuadro tétrico del poeta de las leyendas.

Mas ¿qué es esto?

Al llegar el Señor ante la casa de Carmona una de las mujeres se ha arrodillado allí mismo, en el escalón del umbral, y amparada allí, abre los brazos y llora una saeta,

que va a clavarse en el corazón de aquel nazareno, que, doblada la esquina, la oye sin verla y cae contra la pared, sin que sus acompañantes, atribuyéndolo al cansancio que a todos rinde, le den importancia.

La vocecita llorosa sube implorante, tiembla en dolorosos trémolos, y a veces hiere desgarrada en una .nota aguda, como una súplica desesperada que se alzara en puntillas para acercarse más al Señor. Nunca más justificado el nombre de saeta. Se clavaba. Carmona la sentía "jincá" en el corazón.

Es muy pesada la cruz
que sobre tus hombros llevas;
mas la cruz no pesa tanto
como nuestras culpas pesan.

Don Ismael "Almanzor" abandonó su puesto, se dirigió a Rocío, la alzó del suelo, donde permanecía como desplomada, los brazos caídos y el cuerpo abandonado, la amparó paternalmente bajo el manteo sacerdotal y la colocó tras el paso.

—No llores, hija mía. Ven. El Señor oye todo lo que le piden los corazones arrepentidos.

—¡Mis padres! ¡Mi casa!—sollozó ella, posando los ojos en la casa cerrada.

—Ven. El Señor tiene la llave en la iglesia. Síguele. Confía en El.

Manuel, anonadado, deseando ver y temiendo ver, no se dió cuenta de que la procesión continuaba su marcha. Un canastillero le llamó la atención y él, dificultosamente, siguió. ¡Qué largo y qué fatigoso el camino inacabable! Apenas si por las desiertas callejas cruzaba persona que distrajese el pensamiento de sus meditaciones. En la estrechez y obscuridad de aquéllas, sin la bullanga y concurrencia de las calles céntricas, el silencioso desfile era más impresionante y temeroso. Desvanecida en la negrura de la calle la negrura de los nazarenos, el cortejo parecía

una supersticiosa procesión de luces que caminaban solas. Los salmos tétricos del Miserere completaban esta visión de almas en pena. Algunas mujeres, sobrecogidas por el encuentro de la cofradía, se santiguaban medrosamente. Los nazarenos caminaban agobiados por el cansancio, los cuerpos desmadejados, los piep tardos.

Comenzó arriba el día a teñir de azul el cielo, pero sin atreverse a bajar todavía a las angostas calles por donde, temerosa y callada, cruzaba lentamente la procesión fantasmal, detenido por los aleros de los tejados, que casi se besaban con la fácil comunicación callejera de Sevilla.

Lejos, seguían llenando el aire las vivas estruendosas a la Macarena.

Iba Carmona, abrumado, deseando terminar aquella angustiosa caminata. Ternura y rencor seguían riñendo en su corazón cruel batalla.

—¡Irse con ése! ¡Con ése!

—¡“Muñequiya”!

En la anchura de la calle de Trajano salió al encuentro de la hermandad el día, claro, radiante, espléndido.

Cada luz un color, cada hora un hombre.

La ternura es de las horas melancólicas y poéticas de luna, estrellas, misterio, humildad y anhelos. La fuerte luz del día tiene la violencia de la soberbia. Avasalla. Vigoriza los corazones bravos y seca los arroyuelos del sentimiento que corren a la dulce sombra de los árboles y cantan tiernas canciones a la luna.

A la luz del día venció la soberbia en Carmona, y pasó altivo por entre los devotos del Señor que esperaban su regreso en la plaza. Toda aquella noche se esfumaba, huía ante la fuerte luz que da a las cosas toda su dureza. Saetas, recuerdos, lágrimas, movimientos del corazón, el Señor y su cruz, todo se borró. No quedaba eu pie más que un hombre injuriado, un padre ofendido, un rencor inexorable. Así entró en la iglesia, hosco e impaciente por huir.

Aún se detuvo el paso en la plaza. Con la cara vuelta hacia el pueblo, bendiciéndole por última vez, permaneció el Señor un momento en el umbral. La saeta le incensó, por última vez también con el acoma su poesía:

Las estreyita der sielo
van aumentando su lus
pa iluminá ar Señó
que camina con su crus.

Al fin entró el Señor en su casa. Los hermanos, que descansaban de la larga caminata desplomados en los bancos de la iglesia, cayeron de rodillas. Entró también la Virgen del Mayor Dolor y Traspaso dando la cara al pueblo, atravesado el pecho por un puñal, triste y bondadosa.

Rosita de mis rosales,
rosita de Jericó,
por el dolor que tú sufres
ten piedad de mi dolor.

Fuera, arrimada a la puerta, con el corazón oprimido, quedó esperando Rocío, llorosa, sin que fuesen parte a animarla las esperanzadas palabras de la Gallega, deseando y temiendo ver a su padre en cada encapuchado que salía.

Don Ismael buscó en la iglesia por todas partes a Carmona.

—¡Manuel! ¡Manuel! ¿Han visto ustedes a Manolillo?

Manoliyo no había esperado al Señor. Tiró más bien quo dió su cirio al capiller en cuanto entró en la iglesia, salió disparado por la puerta de la sacristía y, mientras “Almanzor” le buscaba, corría en demanda del garage donde guardaba el automóvil y se había vestido el hábito, para salir “escapado” de Sevilla.

De lejos llegábanle sonidos de músicas acompañantes de cofradías. Marchaba la gente, soñolienta y cansada, de recogida. Ante los puestos de calentitos se apiñaba la del

pueblo. Con ella se mezclaba algún nazareno de las cofradías alegres, que aún tenía por delante lauchas hoyas de procesión.

Nuevas saetas hablando de piedad y perdón hirieron, más allá, los oídos de Carmona, Las infelices presas, asomadas a las rejas de la cárcel, cantaban sus penas, lloraban sus penas a la radiosa Virgen de la Esperanza de Triana, consoiadoramente detenida ante ellas.

Por la sangre de tu hijo,
por el dolor de tu alma,
ten piedad de la que llora
a tus pies arrodillada.

Era el día augusto del perdón, y lo imploraban de la Bondad, que sabe lo que es la miseria humana.

Por todos murió en la cruz
y a todos los perdonó!

Tenían las coplas ese acento doloroso, desgarrador de las canciones carcelarias. Sollozaban las mujeres, escondían la cara los hombres, lloraban los centinelas, el jefe de la guardia se mordía los marciales bigotes para no declarar su vencimiento. La emoción embargaba hasta a los carceleros.

Sólo los ojos de Carmona, detenido en la esquina de la calle de Pópulo por el gentío, conservaban detrás del antifaz un brillo acerado de rencor que hería.

—¡Osú! ¡Er demonio!—dijo una mujer dei pueblo alejándose de él asustada.

La Virgen sonreía desde su trono, tendiendo a las desgraciadas sus manos misericordiosas y consoladoras.

¡Virgen santa, por tu pena,
consuela las penas mias!

El sol, el espléndido sol de Sevilla, subía radiante en el día grande a los altos cielos, como una oración ardiente de

la Humanidad agradecida, y lo iluminaba todo son su luz generosa.

Capítulo III

CON LÁGRIMAS Y RISA ESTÁ TEJIDO DE LA FELICIDAD EL TENUE VELO

POR MUCHO que corrió su automóvil, no sacó gran ventaja Carmona a don Ismael. No hacía tres horas que Manuel llegara al cortijo y, rebeldes sus excitados nervios al descanso, iba y venía inquieto, malhumorado y cejijunto, cuando sonó a la entrada una bocina automovilista y el canónigo se metió por la casa resuelto.

—Dios te guarde, Manuel, que bien lo necesitas. ¿Así me huyes? ¿Tan despreciativamente tratas a tu mejor amigo?

—No juyo. No trato. Es que no tenemos ná que hablá—respondió huraño Carmona.

—¡Alza esa cara para decírmelo, mírame de frente, no escondas los ojos!—le replicó "Almanzor", ganando sobre Manoliyo un tanto de imperio—. Y si tenemos, si tratamos y si huimos vamos a verlo ahora, señor mal cristiano. Porque te prevengo que conmigo, con "Almanzor", no vuelves a hacer lo que hiciste. Vengo a que hablemos y hemos de hablar… a menos que me mates. De modo que prepara el puñal o sé más cortés conmigo que, abandonando mi mayor

obligación del año, con permiso dol prelado, acabo de imponerme sobre el cansancio de anoche el de este precipitado viaje, y no me tengas aquí en el pasillo; ofréceme un asiento, y ya que tú no has querido desayunar conmigo en mi casa, vengo yo, a hacerlo en la tuya.

Y, 'sin esperar respuesta ni hacer reparo en la actitud de Carmona, que serio y de pie, cerrándole el paso, le invitaba con ella a marcharse, adelantó por el largo corredor, lleno de puertas a uno y otro lado, como el claustro de un convento, llamando a voces:

—¡Teresa, hija! Socorre mi estómago, que estoy desfallecido. Desde anoche no he tomado más que una taza de café.

Como quien estaba aguardando que la llamaran, desde que vió llegar al canónigo, se presentó en seguida Teresa, pintada en la cara la inquietud y el maternal anhelo. “Almanzor” la miró expresivamente, dándole de ojo, que fué como iluminar con lucerío de esperanza sus maternales angustias.

—¡Qué desmejorada estás, Teresa! ¡Y este monstruo no se entera… o no quiere enterarse!

—¡Oiga usté!—saltó fiero Carmona.

Mas el canónigo le contuvo tomándole amistosamente del brazo; y apoyada la otra mano en el hombro de Teresa, los empujó suavemente hacia el comedor, donde se dejó caer en un sillón junto a la chimenea de campana, que alegraba con sus fogaratas las veladas invernales.

—Sentado, todo lo que quieras—dijo “Almanzor”—. Ten lástima de mí, Manuel. Tú ya has descansado; pero yo, menos fuerte, he tenido que echarme a la calle a pedir licencia al arzobispo para faltar a los oficios, y a buscar un automóvil para perseguirte,

¡Huye quien teme, y teme quien engaña!

Y estoy como supondrás, después de la procesión de anoche, las carreras de esta mañana y el traqueteo de esa

endiablada carretera.

Y comentó astuto con Teresa:

.—¡Qué lucida salió esta noche la cofradía! ¿Verdad, Manuel? ¡Lástima que, secuestrada en este destierro, no la vieras, Teresa!

—¡Oiga usté, que aquí no hay nadie secuestrao!—rectificó con mal humor Manuel.

Mas el canónigo, sin hacerle caso, continuó, dirigiéndose a la mujer:

—¡Y qué hermoso iba el Señor! Yo no sé cómo hay cristianos, cómo hay hombres que se dicen de su hermandad y no se conmueven con el dolor del que va con la terrible carga de su cruz, todo misericordia.

—Tóos yevamos la nuestra—gruñó Carmona.

—Pero El lleva la de todos. Porque aquello no es un madero, Manuel; son nuestras culpas, los agravios, las ofensas que le inferimos todos los días, y El, padre piadoso, toma generosamente este dolor y lo echa sobre sí, sufriendo por nosotros para borrar la ofensa y redimir al ofensor.

La entrada de una criada vieja, que ya lo fué del padre de Manuel en el cortijo de Zahira, cortó la conversación. Rufina, que así se llamaba, mientras tendía un mantel blanquísimo en una esquina de la mesa y ponía un cubierto, saludó al canónigo con esa confianza de los criados antiguos, más acentuada en la patriarcal sociedad familiar andaluza, atrevidamente, con palabras incisivas para su amo:

—¡Dichoso los ojo, don Ismaé! ¡Qué m’alegro ver a su mersé tan güeno! Aquí, ya nos ve usté: cuando no tenemos los ojo yeno de glárima estamo suspirando. ¡Malhaya sea la soberbia e los hombre! ¿Sabusté lo que nos leyó la otra noche en la cosina er niño der aperaó, que ha salió mu leío y anda siempre a vuerta con papelote? Que s’había descubierto en Parí de Fransia o de Ingalaterra, en una tierra de esas de embustero donde pasan toas la cosa rara

der mundo, que se le podía quita a una persona er corasón pa ponerle otro. ¿Y sabusté lo que yo le dije? Que pa ver eso no hasía farta ir a los Parises, ni siquiá a Madrí, porque aquí hay hombres que han nasío sin corasón y viven tan ricamente.

La ira tanto tiempo contenida de Manuel hizo explosión.

—¡Fuera, roía vieja lenguatera!—gritó encrespado, conteniéndose para no lanzarse sobre ella—. ¡Fuera de mi casa ya mismo o…!

—¡O ná! Su mersé es er amo y su mersé pué mandó lo que le pía er cuerpo. Pero a mí no me da la repotente gana de irme, ¡ea!, ya ves tú. ¿Y sabes lo que te digo? Que no me quiere mi compare porque le digo las verdade, ¡ea!—Y encarándose valientemente con él, sin temor a las llamas de sus ojos, le interpeló:—¿Tú sabes qué día es hoy? Pues hoy es er día der Señó. Y er día der Señó no se echa a nadie a la caye ná má que en casa los judío, ¡ea! Dígale su mersé, don Ismaé, dígale qué día es hoy.

El canónigo, que ya se iba a sentar a la mesa, apartó vivamente la silla y se dirigió suplicante a Carmona.

—Por boca de esta mujer habla la verdad, Manuel. Inspiración divina ha movido sus labios ignorantes. Hoy no es día de rechazar a nadie ni de negar perdones. .¡Manuel, por lo que por ti sufrió el Señor, a quien, agradecido a sus favores, acompañaste anoche; por los dolores de tu hija, que tan caro ha pagado un memento de extravío; por las lágrimas de tu esposa, por la pena de estos criados fieles, que son ya una parte de la familia; por tu mismo dolor, perdónala!

Manuel lo oía arañando los brazos de su sillón, la cara hundida y adusto el ceño, torvo, nervioso e inquieto como fiera enjaulada que busca la salida. En el pasillo, ante la puerta, la vieja servidumbre suplicaba muda.

—¡Manuel!—le imploró Teresa alzando hacia él las manos, a punto de caer de rodillas.

—¡No!—contestó fieramente Carmona, oscilando con testarudo movimiento la cabeza—, ¡Ha manchao mi nombre!

Oyeme, Manuel, oye a la vieja y leal amistad que te habla, oye al sacerdote, oye al hombre honrado que no puede aconsejar un deshonor: Rocío no pecó por mala, sino por engañada; tu hija se ha redimido con su conducta ejemplar; la ha purificado el dolor.

Y con tierna y conmovedora elocuencia refirió al padre rencoroso la historia y los trabajos de la pobre "Muñequilla". Cómo alevosamente la fue encantando la voz del engaño. Cómo vino en seguida el castigo con las traiciones y vilezas del engañador.

—¡Ah! ¡Si yo hubiera sío er toro que lo cogió!—Y le temblaban de cólera a Manuel las manos engarabatadas por la ira, con ansia vengativa de un daño más grande.

Luego, al relato de los días negros de desamparo y hambre se le vio conmoverse. Mas al nombrarle a la niña se alborotó otra vez. ¡Aquello más! Fué una nueva injuria. Era la perpetuación de la ofensa. Y, por cima del dolor de padre, el rencor de la rivalidad explotó impetuoso.

—¡Una hija de ése!... ¡Una hija mía, una hija de ése!... ¿De qué mala hembra, de qué perdía me viene usté a hablá? ¿Una hija de ése! ¡Mi sangre con la de ése!

Y atropellando cuanto se le ponía delante, salióse, bárbaro, al pasillo.

Los criados se apartaron miedosos prestamente. Teresa cayó de rodillas. Sólo don Ismael se conservó sereno y dueño de sí, comprendiendo la lucha entablada entre la soberbia, dominadora de Carmona, y la acobardada inclinación piadosa del padr*

Desconcertado, ciego, dió Manuel unas vueltas irregulares por el pasillo. Abrió la puerta del zaguán y la volvió a cerrar, entró en una habitación para salir en seguida. Y como advirtiese la presencia de la servidumbre,

que, atemorizada y ansiosa, se estrechaba en un rincón, la despidió con un rugido.

—¡Irse!

Luego volvió a abrir la puerta del zaguán y con vacilante paso se salió al campo. Y por allí anduvo dando vueltas sin rumbo ni objeto, ni acertar a alejarse de la casa, hasta que fue a sentarse en el pretil frontero a la puerta.

Al sentirle salir, Teresa levantóse para ir tras él; mas el canónigo la contuvo con ademán aquietador.

—Déjalo que se pelee consigo mismo.

Y tras los visillos de la ventana le estuvieron observando cómo fué y vino; cómo se dejó caer con fuerza en el asiento, ceñudo el rostro, iracunda la mirada; cómo luego hincaba los codos en las rodillas y, dob.a- do el cuerpo, metía la cara en las manos, hosco, reconcentrado, con unos ojos acerados que miraban y, no veían, y así se estaba larguísimo rato; cómo la magnificencia del día, llamando en ellos, les hizo ver el paisaje que se ofrecía espléndido, verde, cual el manto de la Virgen de la Esperanza, y sonriente con sus floreciilas humildes, todo promesas bajo la bendición del sol; cómo la belleza hacía penetrar en su corazón la ternura que la Naturaleza tiene para todos los dolores, y cómo ¡al fin! los ojos del inieiiz padre se arrasaban de lágrimas.

—¡Ya es nuestro, bendito sea Dios!—exclamó el canónigo alzando los brazos—. ¡Ven, Teresa!

Y dulcemente se apoderaron de él y, como a un niño, le condujeron a la casa. Mas, lejos del encanto, un nuevo movimiento de soberbia se apercibió a ’a rebeldía. El canónigo, sin permitir que se repusiera, le empujó al pequeño oratorio de Teresa, donde un Cristo, afortunada reproducción del “Cachorro” agonizaba a la luz temblorosa de unas velas.

—Hablemos delante de Dios, Manuel. Mírale—dijo “Almanzor”—. Tú le ofendes y El te perdona. Tu soberbia le acongoja, y El te perdona. Tus pecados le matan, y El te

perdona. ¡Y es Dios! A esta hora, a esta misma hora en que el Misterio divino se repite, y el Señor absuelve a la Humanidad, y te absuelve a ti, y antes de elevar su alma a las manos del Padre se apiada de todos y le pide “Perdónalos”, tú te dejas vencer del enemigo malo que vive en ti y, cruel é inexorable, te niegas al perdón. ¿Por qué, falso, le acompañaste anoche camino del Calvario si no le comprendes ni le amas?

—¡Mentira!—protestó Manuel. Y atestiguó con el Cristo—. Tú sabes que yo te he querío y lo que yo te he jecho. ¡Tú lo sabes!… Pero El es Dios—concluyó dirigiéndose al canónigo—y yo…

—Y tú no quieres servirle imitando su bondad. Manuel, ante Dios que nos oye, en esta hora solemnísima de la salvación, escucha al sacerdote que en su nombre y delante de El te habla. ¡Perdona! Tu deber es perdonar. Perdona para que a ti también te perdonen. ¿Qué quieres hacer de tu hija rechazándola: una perdida? ¿Quieres arrojarla al mal, cuando lo supo vencer? Manuel, atiende a lo que voy a decirte y pregunta a tu corazón honrado y a tu conciencia de padre por tu deber.

Y acabó de contarle la historia de Rocío, su arrepentimiento, sus desposorios con el trabajo, la austeridad ejemplar de su conducta, la pobreza y dignidad de su vida.

Con la cara caída sobre el pecho, Carmona luchaba todavía. Reñían en su interior el cristiano y paternal deseo de perdonar con el prejuicio de su ignorancia y con el estúpido temor a los juicios insensatos del murP do seco y cruel, que detiene tantas acciones generosas.

Teresa cayó de rodillas ante Carmona.

—¡Manuel, perdónala! ¡Es nuestra hija! ¡Es tu “Muñequiya”! ¡Si no la has orvidao! ¡Si te oigo muchas noches soñá con eya y yamarla! ¡“Muñequiya”!

¡“Muñequiya, ven!…” Dime, Manuel: ¿he sío yo mala contigo, te he dao alguna pena en la vida?

—Ná más m’has dao que muchas alegrías.

—Pues no me niegues lo que por ese divino Señor te pido. ¡Es mi hija! ¡Me muero si no la veo más! ¡Y'évame, Señor, si no he de volver a verla!

'Fuera sollozaban los antiguos criados, que la habían visto nacer, se embobaron con sus gracias de niña, rieron sus donaires de mocita y; sentían afecto paternal por ella,

‘—¡Es la niña, Manué!

Carmona hacía esfuerzos desesperados para no traicionarse y llorar. Una voz nueva sonaba en su interior: “Por avaro de tu dinero perdiste una hija, de- 1 jándola marchar lejos, donde el afán de la riqueza mata todo sentimiento. Por soberbio perderás para siempre esta otra. Te quedarás sin cariños que alegren tu vida y consuelen tu vejez…”

—¡Manuel, en nombre del Señor…—empezó a decir, solemne, con voz y ademán imponentes el canónigo.

—¡Dejarme ya!—exclamó con los ojos húmedos Carmona—. ¡Que venga!… Pero ella sola; sin su hija. No quiero a su hija. Esa no entrará en jamás en mi casa. No quiero en esta casa honra sangre de ningún bandolero. Que venga Rosío sola…; pero yo no la he de vé. ¡No la quiero vé más! ¡No la quiero vé! ¡Dejarme! ¡Dejarme!

Teresa iba a suplicar por su nieta, que era ya una ilusión en su amor maternal; mas el canónigo le hizo una imperiosa seña de silencio, rápidamente la alzó del suelo y la sacó de allí, diciendo:

—Bien, Manuel; se hará como tú quieres.

Y, como aquella vez, cerró la puerta, aunque sin llave, dejando a Carmona consigo mismo y con quien todo lo ve.

Manuel al encontrarse solo cayó de rodillas, apoyó la frente en la pequeña repisa, que era como el altar del Cristo, y dejó correr sus lágrimas.

Salió vencida la tarde.

Por el pasillo iban y venían animadamente las criadas llevando ropas y trastos. En la habitación de Rocío sacudían muebles y golpeaban colchones. Una voz de mujer rompió a cantar.

—¡Niña!—la reprendió Rufina, que entró con un brazado de bien oliente ropa blanca—, que s'ha muerto er Señó.

—Es que hoy es día de alegría—se disculpó la otra

Teresa fue al encuentro de Manuel, que tenía loa ojos hinchados.

—Ven a come, que estarás desmayao, pobresito mío.

—No tengo gana—respondió Carmona dejándose llevar mansamente—. ¿Y don Ismaé?

—Sa ha ido. Er pobre señó estaba rendiíto. No ha hecho ná más que come un bocao y se fué, porque no le gusta que le coja la noche en er camino.

—Y… ¿cuándo va a vorvé?

—Mañana hasia er mediodía. Salen después de misa mayor y pa mediodía están aquí.

—Mañana—terció la criada vieja—yamará a esa puerta don Ismaé con un brasao e flore

—Cáyate, Rufina—la reprendió Teresa.

—Cayá—contestó la criada—. Ahora cayá. Pero mañana cuando toquen a resusitá er Señó, la que va a dispara los tiros con la escopeta de Chupetiyo vi a sé yo.

—No quiero sabé ná—advirtió Manuel, todavía ceñudo—. ¿Se enteráis ustedes? ¡Na!

—Ni farta.

—¡Caya, "Rufina!—la riñó Teresa, moviendo expresivamente la cabeza.

En todo el día no volvió a hablar palabra. Teresa, que no pudo dormir aquella noche contando impaciente las horas entre risas silenciosas, lágrimas y oraciones, sintió a Manuel revolverse inquieto, desvelado también toda la

noche. De vez en cuando se le oía un gruñido, cual si riñese consigo mismo. Fiel a las instrucciones de “Almanzor", Teresa permaneció muda.

Con el pensamiento allí, que se cruzaba con los que de allí iban a ella, Rocío tampoco durmió, atormentada, al par que de la impaciencia, de mil inquietantes temores. ¿La abrazaría al fin su padre o, contra los optimismos del canónigo, persistiría su tozudez en no verla?.. ¿Y la niña? ¿Sería posible que se negase a admitirla? ¿Triunfaría de él sor María, como aseguraba?… ¿Y Currito?… ¿La negaría la soberbia paterna el permiso para casarse con este hombre tan bueno, de quien estaba tan enamorada? Con estos temores, la alegría tan deseada de volver a los suyos venía, como sus penas, bañada en lágrimas. Y, como su madre, apoyaba en ellas oraciones y hacía promesas.

Al amanecer se levantó Manuel y anduvo vagando por la casa, como alma en pena, hasta que se levantaron todos. Así que desayunó pidió la escopeta y los cartuchos. Se iba de caza para no estar allí.

—¿Te vas a dí a mata animalitos ante que arresusite er Señó?—le reprendió Rufina al verle armado, fingiendo susto—. Eso no lo premite la dortrina.

Carmona dejó la escopeta y salió sin armas.

—¡No te vayas, Manuel!—le suplicó Teresa.

No hizo caso y salió. No quería encontrarse allí cuando llegara… “ésa”. Anduvo poco. No le llevaban las piernas lejos de su casa. Cansado, tuvo que sentarse en un altozano, allí cerca. Desde él se dominaba el cortijo, blanco y alegre, con sus ventanas y puertas verdes, en la fachada su Señor del Gran Poder en azulejos, con su farolillo junto, aún chisporroteante, y su gran lápida sobre el dintel de la puerta principal, contando orgullosamente :

«CORTIJO DE MONTELLANO
Quinta de San Manuel y Santa Teresa.

Es propiedad de
MANUEL CARMONA (MANOLIYO),
Matador de toros,
Y de su esposa Doña Teresa García.
Lo compró el año…»

Oía Carmona el rumor de su gente y sus ganados, veía las casitas blancas de los criados y la gañanía, y, la ermita inmediata de Nuestra Señora del Rocío, con su espadaña, cuya campanita tocaría dentro de poco a resurrección y gloria. Separó de allí la vista y la tendió por las fértiles tierras que rodeaban el cortijo. Suyo todo aquello, casi hasta el límite del horizonte: los trigales prometedores, verdes y lozanos, los olivos obscuros, los naranjales de hojas brillantes repletos de dorados frutos. Las vacas lecheras, que hacían sonar las campanillas de sus collarones, también suyas; suyas las horacianas yuntas con el arado al revés sobre el lánguido cuello, la nevada de los perezosos rebaños, el averío que se extendía tragón e insaciable por los corrales y alrededor de la casa, vigilado por los gallos orondos y cantantes; suyo el humo que se elevaba al cielo desde el hogar triste que él soñó tan alegre. ¿Y de qué le servía todo aquello? ¿Para qué el bárbaro esfuerzo, con la vida siempre en riesgo y el amor propio martirizado, para conseguirlo?

¡Rico! Había comprado muchas tierras, un magnífico cortijo; tenía casas en Sevilla, mucho dinero, hartazgo de bienes…; pero no tenía alegría. ¿De qué le servía la riqueza?

Se levantó desconsolado y echó a andar sin rumbo; pero las piernas seguían negándose a llevarle. Entonces pensó que era muy temprano y que por pronto que viniese Rocío no podría llegar hasta bien entrada la mañana. Lo más pronto a las once. No tenía, pues, necesidad de andar zanqueando por el campo, sin objeto, hasta esa hora. Y volvió al cortijo. Un mastín que dormía tendido ante la

puerta vino con gran movimiento de cola a recibirle. ¡Lo que la “Muñequilla” había jugado con él, que se dejaba complacido “hacer chichinas”, como ella decía! Lo apartó de un puntapié, entró en la casaa ceñudo y dióse a inspeccionarlo todo, con un mal humor mayor que aquel tan conocido y temido por los criados de cuando firmaba un contrato para torear Miuras.

Todo lo recorrió gruñendo.

—¿Cómo estáis ustedes aquí?—preguntó a unos gañanes que charlaban ociosos en la cuadra.

—Como entavía no han tocao a groria…

—¡Largo, a trabaja! ¡En mi casa no quieo horgasanes!

Por todo se enfadó. En las cuadras, por el acomodo del ganado. En la panera, por un pellizco de harina caída. Despidió en el corral a patadas a los galgos que se le acercaron alegres. Apedreó al gallo que andaba entre las gallinas dándose tono…

Sonó un repique lejano, al que hizo eco la campana de la ermita volteando alegremente. En el corral dispararon tiros, y en la cocina hubo estruendo de voces, risas y repiqueteo de peroles y sartenes.

A Manuel le hizo daño tanta alegría y gritó malhumorado:

—¡A trabajá, horgasanes! En mi casa no quieo escándalos.

—Es que ha resusitao er Señó., y hoy es día de mucha alegría—le explicó Rufina desde la puerta.

—Pues no quieo esos ruíos.

—Pos a yorá no nos vamo a poné, porque no nos lo píe er cuerpo.

Las diez aún. ¡Qué lentamente corría aquella mañana! A las once se iría Manuel, con tiempo para no encontrarse con los que iban a llegar.

Y se sentó en un sillón del comedor, cansado de ir y venir por la casa, a fumar cigarros que tiraba apenas encendidos.

Cogió un Noticiero Sevillano que había sobre la mesa y se puso a leer unos comentarios de *Onarres* sobre la temporada taurina que se avecinaba; pero lo tiró en seguida. Las once ya. ¿Le habría ocurrido algo en el camino a don Ismael? ¿Sería cosa de enviar el automóvil a su encuentro por si necesitaba algo? Y se levantó para avisar al chófer. La cara feliz de Teresa le tranquilizó, y tornó a su ambular sin objeto por la casa, sin hablar con nadie y enojado porque nadie le hablaba. Dentro de un rato, a las doce, se iría. Preparó la escopeta, el morral y los cartuchos. Dos o tres veces pasó ante el cuarto de Rocío: primero rehuía mirar, luego miró de pasada, como quien no quiere la cosa, y al fin, cerciorado de que nadie le veía, entró.

Y cuando estaba allí, la bocina de un auto, un grito de alegría de Teresa y las voces jubilosas de los criados, que corrían por los pasillos, sacudieron todo su ser.

Y salió también y llegó a la puerta adelantándose a todos.

Junto al auto Rocío y Teresa estaban abrazadas. Un solo corazón y un solo beso. Cruel dolor atenazó el alma de Rocío al ver a su padre avejentado y decaído, el pelo gris, la mirada triste.

Y se precipitó hacia él.

—¡Papaíto! i Papaíto mío!

Un sollozo se escapó del pecho de Carmona. Se abrieron sus brazos.

—¡Muñequiyal

Rocío cayó de rodillas anegada en llanto.

—¡Perdóname, papá, perdóname!

Manuel se inclinó a ella, la alzó y la cubrió de besos, llenando de lágrimas su cara, mientras murmuraba a su oído:

—¡Perdóname también tú a mí, Muñequiya!

Abrazados Rocío y sus padres entraron en la casa, seguidos de don Ismael, gozoso.

Las criadas viejas los rodeaban deseosas de abrazar a "su niña”.

—Dejárnosla una chispita ná má, que seis ustedes mu avarisiosos.

Y durante un rato hubo en el pasillo un alboroto de voces y contento, y hasta ladridos alegres del mastín, que parecía que tocaban nuevamente a gloria.

—¡Rica!

—¡Presiosa en er mundo!

—¡Qué bonita eres!

—¡Luserito mío, que estaba esta casa a oscuras sin ti

Rufina, que se consideraba un poco abuela de Rocío, se volvió agradecida a don Ismael.

—Si no fuerasté cura y yo fuese mosita le daba a su mersé un beso, ¡Juy, qué obispo más rico va a jasé su mersé con ese pico de oro y ese corasón de esmerarda!

—Bueno, bueno—terció Teresa, celosilla y anhelante de las caricias de su hija—. Dejarla ya, que la vais ustedes a seca.

E impaciente per restituirla a su puesto en la casa, la invitó con ternura:

—Ven a tu cuarto. Está lo mismito.

—Yo te lo ha arreglao, yo—hizo constar Rufina.

—¿Y quién lo ha barrio y lo ha arjofifao—reclamó otra criada.

—¿Y qué es barré, qué es barré; qué es arjofifá?— gruñó Rufina—. La que te lo ha arreglao ha sío yo. ¡yo!

Una nueva emoción, alegría y tristeza, expei imentó Rocío al verse en aquel cuarto conservado tal como estaba antes de su locura. Parecía que no saliera de allí. La misma colcha cubriendo la cama; en los mismos sitios las mismas sillas; la misma butaca junto a la ventana, una de esas

butacas de comodidad de las abuelas; el mismo sencillo tocador Imperio, con sus columnitas con filetes dorados y sus cajóncitos donde ella guardaba sus secreticos, cuando no tenía secretos; la misma imagen de la Virgen del Rocío a la cabecera; hasta parecían las mismas las flores que oe ofrecían frescas y risueñas, como una alegre bienvenida, en los mismos búcaros de Triana, en el tocador, a cada lado del espejo.

La "Muñequilla" lo recorrió todo con mirada gozosa a través de sus lágrimas, y con afán posesorio, anhelante de restituirse a aquella paz, se acercó vivamente a la ventana, la abrió y paseó los ojos por el campo, que también se ofrecía el mismo, acogedor y espléndido de luz, de alegría, de belleza, bajo la bendición del cielo azul.

Todo igual: la casa, el campo, la mirada amorosa con que insaciablemente la contemplaba sus padres. Sólo ella era otra. Y sintiendo más abrumador que nunca el peso de su culpa, cayó de rodillas ante Manuel y Teresa, besándoles las manos y regándolas de lágrimas.

—¡Mamita mía! ¡Papaíto de mi alma! ¡Perdón!

¡Perdón!

Y pesarosa y con ansia de desahogar el dolor que la agobiaba, lloró:

—Quiero contároslo todo para que no me juzguéis peor de lo que soy; me quiero confesar con don Ismael delante vuestro, para que veáis que si fui muy mala, muy mala, una vez, no soy mala ni lo he sido nunca. Me segó el demonio.

—¡No, hijita!—protestó Manuel, dolorido, apartando de sí aquella amargura—. ¡No quiero saber ná! ¡No me quiero acordar ya más de ná!

"Almanzor" alzó a Rocío. Manuel tenía razón: lo sabía todo y había perdonado. Ahora a olvidar. Y a pensar en la nueva vida que por misericordia de Dios se podía erigir. Lo que había que contar a los padres, para pedirles su aprobación, eran ciertos planes dichosos.

Coloradita de rubor habló Rocío con voz apasionada de Currito y de su amor. Manuel frunció el ceño. ¡Ahora un inclusero!

—Tú te mereses mucho más, "Muñequiya”.

—No hay hombre mejor en el mundo, papá. Ni más bueno, ni más noble, ni más enamorao. De la Cuna es; pero sus padres han debido ser muy señores. ¿Por qué estaba yo siega y no lo conosí antes?

Carmona protestó. Seguramente un calculista, que echaría cuentas con sus dineros.

El hombre no puede nunca desprenderse de la cadena de sus defectos. Y Manuel tenía biesi remachada la de su soberbia y su codicia.

Rocío hizo una calurosa defensa de Currito. Todo menos interesado. Precisamente había esperado a tener dinero para hablar. La quería de siempre; había sufrido horriblemente, y la había perdonado con tanta generosidad que hasta iba a dar su nombre a su hija… ¡Tan bonita!…

—Toda tu cara, papaíto… Tus ojos, tu boca…

Manuel palideció. Esquivó la vista, apartando aquella visión dolorosa. Y tomó a su tema.

—Un apellío de la Cuna no es apellío.

—No, papaíto. El nombre de un hombre honrao. Oyeme, óyeme tú, mamaíta. Yo le quiero con toda mi alma. Yo no he querido con este querer, que debe sér el querer verdadero. Le quiero porque se lo merésé; porque me quiere como no puede querer nadie; porque ha sido muy bueno conmigo, más que un hermano, más que un padre… Perdóname. ¡Y con una delicade- sa!… Don Ismael, que lo sabe todo, quisá mejor que yo, te lo contará. Esta es la verdá. Pero si a ti te di justa; si vosotros no queréis, yo, aunque me des- trose el alma, os obedesco. Una sola ves te desobedesí en la vida. Y esa ha sido la última. Por mucho que me perdonéis siempre estaré arrastrando ese dolor. Cuanto queráis de mí eso he

de haser… Ya veis: ¡hasta he venido sin mi hijita de mi alma!… Padre, tú mandas y yo obedesco.

Todos callaron impresionados. “Almanzor” acudió una vez más en su auxilio llevándose a Manuel para hablar sosegadamente del caso. Al otro día irían su sobrina y Currito a hacer la petición de mano y había que tener convencido a aquel terco de que esta solución lo remediaba todo.

—Ven tú también, Teresa.

Pero Teresa tenía apremiantes deseos de saber otra cosas. Luego iría.

Y en cuanto se quedaron solas madre e hija, la abuela preguntó impaciente, temblándole las manos, ansiosas de acunar y acariciar, y bailándole los ojos húmedos:

—¿Y la ñiña?

—¡Más mona! ¡Más rica!…

—Ya tiene más del año ¿verdá? ¿Habla? Es morenita como tu y como yo, ¿verdá? ¿Se párese a tu padre? ¿Y a mí, no se párese también? ¿Es alegre? ¿Está gordita? ¿Cómo es, cómo es? ¡Hija de mi vía!… ¿Dises que la van a traer mañana?

Sí. Rocío no quería dejar a su hijita; pero don Ismael, tan conocedor de su padre, alegó que no se le podía dar todo de un golpe, sin riesgo de echarlo todo a perder, y sor María del Amor Hermoso la prometió que hablaría a su padre, segura de convencerle. ¡Qué buena era esta señora! A Rocío le costó mucho trabajo aléjarse de su Muñequilla. Y la nena tampoco quería separarse de ella.

—¡Qué rica! ¿Cómo tiene los ojitos? ¿Y la boquita?…

Y el santo amor maternal enjugó sus lágrimas. Y florecieron sonrisas en sus doloridos corazones.

Muy temprano, porque Currito había de torear aquella tarde en Sevilla, llegaron a la otra mañana al cortijo el torero y sor María del Amor Hermoso, que llevaba en brazos a la niña. Les acompañaba una Hermanita

silenciosa. Iba el *Chavalillo* hecho un “mislor”. Su mejor traje, sombrero nuevo, la más refulgente de sus botonaduras, mucha brillantina en el replanchado pelo y medio frasco de esencia en el pañuelo, cuyas puntas asomaban coquetonamonte por el bolsillo alto de la americana. No se podía estar a su lado.

Cuando llegaron hallábase toda la gente del cortijo en la ermita, oyendo la misa que decía el canónigo. Allá se fueron los tres. Pero aunque entraron calladamente y se colocaron junto a la puerta, su presencia quitó la devoción a todos.

Rocío quiso levantarse; mas, obediente a una seña de sor María del Amor Hermoso, permaneció en su sitio. Teresa no podía estarse quieta. Los ojos y el alma se le iban hacia la niña, que se rebullía alegre en brazos de la Hermanita jugando con el sonajero. Sin la presión que en su brazo hizo Rocío se hubiese levantado para coger la niña y coméresla a besos. No, no. Aquella maldad no la consentiría ella. Como su marido se empeñase, por primera vez en la vida le desobedecería. Cogería a la niña y a su hija y se iría con las dos, aunque fuese a pedir limosna. ¡Era su nieta! ¡Su nieta!

Las criadas tampoco tenían ojos más que para la niña, que turbaba la ceremonia con sus grititos alegres, oídos por las mujeres con regocijo, y por Carmona, cerca del altar, adusto y reconcentrado, con el corazón encogido.

Cuando terminó la misa, Carmona salió el primero. Currito se le acercó.

—¿Cómo está usté, señó Manué? Yo y aquí, la Madre, queríamos hablá con usté.

Manuel hizo un esfuerzo sobre sí mismo y, triste y resignado, contestó:

—Venir ustedes.

Los llevó al comedor, y sentados los tres junto a la apagada chimenea de campana, oyó grave y ceñudo la petición.

—Yo, ¿sabe usté?—dijo Currito difícilmente—. Rosío… Bueno… Vamos, ¿sabe usté?… Yo quiero a la señita Rosío… y eya… también…, vamos, me s'afigura a mí que me quiere… Y nos queremo casá. Bueno; aquí, la Madre…, mi madre, ¿sabe usté?, porque ha sío una madre pa mí. Pues mi madre le dirá a usté eso que hay que desí ahora y que yo y eya habernos venío a desí, ¿sabe usté?

Con palabras y emoción de madre abogó sor María del Amor Hermoso por Currito. Haría feliz a Rocío. No había en el mundo hombre mejor. Se podría encontrar otro más noble…, y aun en eso de la nobleza, "¿quién sabe?"—concluyó enigmática.

Manuel accedió suspirando.

No era aquello lo que él hubiera querido para su hija… ¡Torero y encima cunero!… Pero tenía razón don Ismael: esto remediaba el daño.

—Que Dios les haga a ustedes bien casaos. Ahora tengo que desirte que yo a mi hija le doy lo mismo que tú tienes; pero ná má…

Curro le atajó con un gesto digno.

—Yo quiero a Rosío sin ná, y así me la tengo de yevá… Rosío me trae su persona y eso es pa mi too. Y no quiero ná más, ni lo nesesitamos pa viví sin fatigas. Setenta mí duros tengo, y lo que me quea de atoreá. En mi casa no quiero yo que haiga más dinero que er mío. Que no quiero yo mermurasiones, ¿sabe usté? No es dispresio, señó Manué; pero sus dineros de usté, pa la de Buenos Aires, que la deben jasé mucha farta.

Manuel comprendió la intención y, complacido y conquistado por el desinterés, la nobleza y el cariño que Currito demostraba a su hija, le tendió la mano.

—Eres un hombre cabá, Curro.

—¿Me deja usté que vaya a desírselo a Rosío y a Teresa?

Y, sin esperar permiso, salió al pasillo llamando alegremente:

—¡Rosío! ¡Señita Rosío! ¡Teresa!

A Manuel le entró un fastidioso y persistente picor en los ojos, que le obligaba a frotárselos frecuentemente. Sor María del Amor Hermoso le miraba con disimulada picardía mientras le hablaba.

Currito y Rocío serían muy dichosos. ¡Pobre! ¡Solito en el mundo, con lo orgullosos que podían estar sus padres de él! ¡Daban una pena los incluseritos, sin tener quien los llamara hijos y sin poder llamar madre a nadie!… A veces los llevaría a la Cuna la miseria; hasta irían algunos contra la voluntad de sus madres, ¡desgraciadas!; pero a otros los abandonaba allí, los tiraba allí, la sequedad de corazón de los suyos.

—La maldad de los suyos, sí, señor, que lo es, y muy grande, abandonar a una criaturita que lleva la sangre que lo rechaza. ¡Y si viera usté qué bonitos son algunos!

Estos daban aún más pena. Así la pasaba a ella con aquella nenita tan linda que le saltaba alegre en los brazos y los interrumpía con sus chillidos.

Manuel la oía inquieto, luchando por levantarse y dejar allí a la Hermana charlatana; pero no encontraba decisión ni momento, ni le dejaba ella coyuntura para hacerlo. Desde el viernes Manuel se veía otro hombre; todos mandaban en él. ¿Dónde estaba su energía?

La picara de sor María continuaba como si tal cosa.

La víspera le habían entregado aquella niña para que la ingresase en la Cuna; pero no tuvo valor. ¡Era tan bonita, tan graciosa, y se la representaba con tanta pena envuelta en los pañales ordinarios de los hijos de nadie, condenada luego a la vida de presidio del Hospicio, sin saber lo que son las alegrías de la juventud y el calor de la familia, vestida con el uniforme de su vergüenza, hambrienta, débil, la carita pálida—“esta carita tan mona”—, los ojos enfermos, siempre con cerco de lágrimas!… ¡Aquellos ojitos tan

bonitos, tan alegres, tan reidores!… Si ella encontrase una familia de corazón, ya que la suya no lo tenía…

—Mírela usted… ¿No es una pena?… ¡Y le sonríe: ¡Angelito!—acercándole la niña y tirando a Manuel suavemente de la mano con que se tapó los ojos para no verla—. Mírela, hombre de Dios. Mírela qué mimo le hace… La sonríe… Le llama… ¿A quién ríes tú? ¡Mírela! Tiene toda la cara de usted.

El la miró.

—Toda…, sino que no se enfada ni se pone tan fea… Déla usted un beso… ¡Ay, qué abuelo tienes más cargante!

Y rápidamente, sin que Carmona se diese cuenta ni acertara a evitarlo, con gracioso desgarro, se la puso en los brazos y se fué corriendo, dejando a Manuel en pie, sorprendido y torpe, sin acertar consigo mismo. La nena le miraba y le sonreía como la “Muñequiya” a su edad, y con la inconsciente simpatía de los angelitos—¿inconsciente?—levantó su manita hasta la cara de Manuel y se la tocó risueña.

Y toda la soberbia del abuelo cayó vencida por aquella sonrisa.

Una cosa que no es “ná” y es más grande que el nundo.

****

Se casaron y, como en los cuentos, vivieron muy dichosos. El hada Felicidad, que aunque suele entretenerse por el camino, acude siempre cuando la bondad la llama, los envolvió en su manto de azul de cielo y tiernas rosas.

Colgaron su nido en Sevilla, en una alegre casa de la escondida plaza de Doña Elvira, donde, ansiosas de luz y aire, se ensanchan inesperadamente las callejas del moruno barrio de Santa Cruz. La dulce quietud del tranquilo rincón que aprisiona todo el cielo desdeñado por la angostura dal

tortuoso barrio respondía a los largos anhelos de sus castigados corazones.

Además, Currito, dando realidad al sueño infantil de Rocío, compró una finca cerquita de Sevilla, en Los Merinales, entre el encerradero y el miureño cortijo del Cuarto. Más que un huerto y menos que un cortijo. El principio del sueño de gran labrador de torios los toreros. Una casita de piso, muy blanca, muy blanca, con persianas verdes, verdes, un colgadizo o porche delante, con ligeros muebles de j unco para el reposo beatífico de las horas de calor; una azoteílla para explorar el camino en las esperas del regreso; portalada en la cerca, con su tejadillo azul y blanco y su cuadro de azulejos del Señor del Gran Poder; muchos, muchos bichitos (palomos, gallinas, un corderillo blanco para la nena y algunas productivas vacas de leche, inicial de un proyectado negocio ganaderil), y mucho, mucho campo, que se descubría por todas partes a través del follaje brillante de los naranjos que rodeaban la casa, en primavera nevados de azahar y dolados de fruto al mismo tiempo. Un cerco de paz y optimismo y dentro todos los anhelos cumplidos.

La voz fresca de Rocío, trajinando por allí, incapaz de quietud en la exuberancia de su dicha, cantaba aquella felicidad:

Alegría, mi calle;
mi casa, risa.
¡Angelitos del cielo,
tenedme envidia!

Cuando Currito podía disponer de algunos días libres, el matrimonio se iba a Los Merinales “a cuidar su hacienda” y a gozar las dulzuras idílicas tan gratas a las primeras alegrías del amor satisfecho.

Y tras ellos, a las tardes, cuando no desde la mañana, Manuel y Teresa, que pasaban todo el día junto a sus

muñequillas, indemnizándose ele los dolores de la separación.

Conquistado Carmona por la bondad y nobleza de su yerno, desahogaba con él la nostalgia de la plaza, que se despertó muy viva a aquella hora dichosa, en largas parrafadas, en las que todo eran, censuras para todos los toreros, incluso para Currito. Los dolorosos celos del retirado.

—Ahí debiste haserle ar toro otra cosa—comentaba, siempre regateador, los relatos orgullosos del *Chavalillo*—. ¿Por qué no lo atoreaste de otro móo? ¡No sabéis ná! ¡Y con esos toros que atoreáis ahora, que no pueden con unas arforjas de humo!

Y, cogiendo un capotillo o una muleta, se ponía a marcar suertes, aleccionando a su yerno, hasta que concluían toreando cada cual por su lado, sin acordarse del otro, jaleándose a sí mismos.

—¡Ole, ahí!

A veces—no se lo digáis ustedes a nadie—“don Ismael Almanzor” “agarraba” también muleta o capotillo y alternaba con ellos en aquel toreo de salón, “con repajolera sarsa”, según el testimonio de Carmona.

—Si no yega usté a estudié pa obispo…

Ningún día faltaba al matrimonio en Sevilla la visita de la señora de González (don Joaquín), que, cediendo a los acertados cálculos de su sagaz marido, al cariño de Rocío y a la atracción poderosa de Sevilla, trasladó la taberna de la Ronda a un colmado sevillano, en el que entraba el dinero, que era una bendición.

Aficionado o torero que se estimase en algo había de recalar en casa de Copita, cuyo vino tenía fama “hasta en er moro”, y en cuyas manos, como apoderado del *Chavalillo*, estaban las llaves del toreo.

Los cocheros, chasqueando golosamente la lengua con la esperanza del chato de premio, proponían siempre a los

turistas, después de pasearlos por Sevilla, como la visita al monumento más interesante:

—¿Vamo an cá Copita?

Y “an cá Copita” llovía la plata.

—¿No te lo desía yo a ti, Manoliña? Podría de bil yetes se vasté a vé a la vera mía en mi pajolera tierra. ¡Juy, mi gayega resalá! Er Banco España le va a desí a don Osé Astí, su arquiterto, que se deje de hasé fotografías en los toros y se ponga a levantá palasios pa guardá los caudales de nosotros.

¡Ay, pero la Gallega le estaba muy enfadada con este demo de andaluz! Si no fuera por el aquel que tenía, lo bueno que era y lo que se querían…

—Porque este condanado—se quejaba a Rocío y al matador—me le saca ahora una afición al vino…

—Ahora no—rectificaba Copita muy formal—. Eso le nase aquí a too er mundo consigo, comare. Esto no es como esos pueblos de tu tierra que me yevaste a vé en la luna mié, ¡vaya confeturía!, que presumen con er agua que tienen. ¿Qué vais ustedes a esperá de un pueblo que te ponderan er agua? Er bebé no es malo, Manoliña. En no siendo uno tajá de ofisio, dos u cuatro u seis u ocho cañitas, pa artená cen los amigos, no es ná. Alegría pa quererte, riquiña. ¡Juy, cómo he aprendió yo gayego con esta serrana!

—¡Saca de ahí baralleiro, saca de ahí!

No es que le asustase a Manuela que su marido bebiera. En no se emborrachando… Ella se hacía cargo. Lo daba la tierra. Pero por algo la casi totalidad de los taberneros sevillanos eran de fuera.

—Un tabernero de aquí, hácese parroquiano de pizarra del establecimiento y bébeselo en dos días. ¡Arrenégote! ¡Ni en Ourense!

Lo que enfadaba a la Gallega era que todas las noches plantábanse allí unos amigotes de Joaquín que, “dándole coba”, le despertaban unas pretensiones nunca tenidas

mientras fué torero, y cañita por aquí con que "Tú banderillabas como ninguno”, chato con lo de “¿Te acuerdas del par que le pusiste a aquel Miura saborío?”, y tapa de jamón serrano con lo que *Copita* le hizo al otro toro, se le tragaban el establecimiento.

—¡De aquella, mangones en mi casa, non, non y non!—protestaba indignada Manuela—. ¡Me le beben todo el vino y no me le dejan en el cajón ni gorda, mataor! ¡Non, non y non!

—Es la amista, Manuela—disculpaba el *Chavalillo*.

—¡Es la sinvergonzonería! Mire, señorita Rocío, anoche no me le pude contener, y cuando estaban volviendo tolo a éste con que si era mejor que el *Magritas*, el *Mazzantini* y qué sé yo quién más, fui y me le planté en la mesa, cogí la cañera y las botellas que tenían delante y les dije: *"Aunque le llaméis ustedes Guerrita y más Montero Ríos, no le hay más vino, así Dios me salve”*. ¡Ay, vayan beber con los veintisiete de la puerta santa!

—Mujé—argumentaba *Copita* sin alterarse—, hay que dejá a cá uno su mijita de ilusión. ¿Y los que me convían pa congrasiá cuando van a buscarme pa los contratos der mataor y se dejan ayí los baros?

—¡Ay, con eses aunque te bebas el establecimiento no te diré nada, que ya dejan bien de ganancia hasta para el amonaquio.

—¡Pos si ésa ts mi parroquia! Si aqueyo es no para, tóos a camelarme pa yevarse a éste, y yo tengo que ponerme más diñsi que un menistro pa oí a un sesante. ¿No ves tú que nosotros somos la yave der toreo y no hay corría sin mi permiso?

Verdad. Cada día era más solicitado el Chavalillo, a quien ya apenas nombraban así los aficionados, sino ccnsagradamtnte el Chaval. No había feria ni corrida sin él…, excepto en la plaza madrileña, de donde, como a todos los grandes toreros, le hacían huir, más que las exigencias

justas del público, la dura agresividad del partidismo hostil y el inexplicable cansando que allí se siente de las cumbres. Gotas de acíbar que amargaban las otras dulzuras.

El odio romerista, más vivo cada día, le perseguía con implacable rencor de vencido que no perdona el triunfo. En todas las faenas, “chillidos” y “bocinazos” exigentes y pitos furiosos enturbiando las ovaciones, le enfadaban, cuando no le desconcertaban, inspirándole deseos de concluir pronto para no volver en mucho tiempo.

Pero fuera de ahí, crecía la adoración del público en todas partes. Sus contratos a un precio nunca pagado a ningún torero casi eran tantos como días hay de Abril a Octubre. Don Joaquín González, su apoderado, se compró una máquina de escribir para ayudar a la rapidez y ortografía de la correspondencia. Currito andaba siempre con usías y vuecencias, que se lo rifaban para llevárselo a comer a sus casas y reían indulgentes, como gracias, su costumbre de ponerse a silbar Hasta en la mesa, porque le rebosaba el contento, y el glotón rebañar les platos de su gusto. ¡Las cosas del Chaval! Era un renglón considerable de su presupuesto el de las fotografías para complacer a la legión de admiradores que querían tener su retrato. A don Ismael “Almanzor" le regaló uno de cuerpo entero, casi de tamaño natural, cuya colocación puso en un aprieto al canónigo. Al pie o a los pies llevaba una elocuente dedicatoria:

“a mi qerio Armiradó don Ismael sanhes Marqina, Curo de la crus Chavalillo.”

Para las “armiraoras" tenía otra fórmula bonita «ingeniosa:

“a la Bella (me costa) Srta dona Fulana de tal...”

El que estaba muy descontento y quejoso de su matador era el cuarto civil del Chavalillo, que nunca más volvió a disfrutar de la larga compañía del torero, ni a exhibirse con él, porque en cuanto tenía un día libre se metía en el tren ¡y

a Sevilla!; de modo que entre la familia y los aristócratas acaparaban intolerablemente al matador. ¡Pero si hasta se llevaba a Rocio a veranear en San Sebastián durante la temporada norteña y los días sin toros no salía de su lado!…

Los romeristas aseguraban que los íntimos de Currito, por iniciativa del “señor Cruz”, habían acordado el asesinato de Rocío para recuperar al ídolo, y que de un momento a otro se sortearían para designar al asesino. ¿Usted sabe lo que es tener un torero y no poder lucirlo?

Para colmo de venturas, Currito y Rocío tuvieron un hijo. Creyeron volverse locos de alegría. Desde entonces no faltó un solo día sor María del Amor Hermoso a mirarse en los ojitos del bebé, que traía a su corazón una alegría nueva, tanto más intensa cuanto más secreta había de guardarla. Los abuelos quisieron llevarse a la nena. Currito no lo consintió. Carmona le dio tal apretón de manos que a poco le retira del toreo.

—Eres un hombre, Curro.

El Chavalillo volvió a sus “genialidades”. Tan pronto, ambicioso de dinero para su Manolito, todas las corridas y todos los precios le parecían poco y, para lograrlos, se arrimaba cual un novillero hambriento, como se acordaba de su hijito y le poseía un temor invencible.

—¿Y si te coge?—le decía una voz miedosa al ir al toro—. ¿Y si no vuelves a ver más al nene y a su madre?

Y, sin que el toro hiciese nada, tiraba los trastos y salía huyendo hacia la barrera.

En estas ocasiones sus partidarios intentaban defenderle de las iras del público, procurando hacerle simpático por la bondad de su persona.

—Es un hombre honrado—decían—. ¡Y muy buen padre de familia!

—¡Pues a mí —les contestaba iracundo algún aficionado terrible—deme usted un torero ladrón y parricida, pero que se arrime!

Más enamorada cada día, Rocío, miedosa de perder a Currito, le suplicaba de continuo:

—¡Retírate, Curro!

—¿Y los chaveas?

—Ya somos ricos.

¡Retirarse! ¡Renunciar a la gloria, ahora que, libre de deseos y torturas su corazón, gozaba con las vanidades del toreo, que sostienen al torero, valiente frente al peligro, en la plaza!

—Yo no me corto er pelo hasta que no gane pa haserte un palasio mejó que er der rey. ¡Si no me pué pasá ná, tonta! ¿Tú no ves que cuando a mí no me gusta un toro, na nay?

—Pero te silban, te insultan…—se dolió la “Muñequilla”.

Currito se encogió de hombros. Si los toreros fueran a fijarse en eso…

Rocío no tuvo ya hora tranquila, siempre temiendo desgracias. Los días de corrida, casi todos los de la temporada, eran para ella un tormento inacabable, al que no ponía término el telefonema urgente que, apenas caído el último toro de Currito, le noticiaba que éste había despachado la corrida sin novedad, porque allí mismo comenzaba la angustia del siguiente día.

—Hoy salió bien; pero ¿y mañana?

Una cogida de nada, "una corná sobre sano", sin importancia, que se curó en poco más de ocho días, la tuvo a punto de volverse loca y aumentó sus temores. Su padre la riñó ásperamente. ¿Qué tonterías eran aquellas? ¿Quería que por sus disparates renunciase su marido al dineral que ganaba y al que le quedaba por ganar? Si Rocío no se había propuesto quitar ánimos a Currito, no debía atormentarle más con aquello.

—¿Tú es que quieres asustar a tu marío? ¿No? Pues déjalo en pá, que bastante mieo da er toro sin nesesiá de que nadie se lo aumente ar torero con pamplinoserías.

Rocío guardó para sí sus temores y no volvió a pedir a Currito, cada vez más metido en el toreo, que se retirase; pero una honda tristeza, que no acertaba a ocultar, se apoderó de ella; nerviosa inquietud la consumía; perdió el apetito; enflaqueció; se olvidó de la risa. Lloraba por nada y se asustaba con todo. Doquiera, veía señales de siniestros augurios. La llamada de los chicos de Teléfonos que llevaban “el parte" la producía crispaciones de miedo.

—¡Ay, que ha llamao muy fuerte y es mala señal!—O—¡Ha llamao despasio, ha llamao despasio! ¡Cogida! ¡Cogida!

¡Pobres mujeres y pobres madres de los toreros! ¡Si se pensara en ellas mientras fieramente se grita al torero “para que exponga más”!...

Currito, viendo tan desmejorada a Rocío, consultó con los mejores médicos. Todos diagnosticaron conformes. No había lesión orgánica. Era simplemente un estado de sobreexcitación nerviosa, al presente corregible con facilidad sin terapéutica de botica, aguas o aire. La medicina estaba en manos del Chavalillo: evitarla toda impresión desagradable, nada de 'emociones, mucha tranquilidad, paz, quietud..., no torear.

¡No torear! ¡Qué fácil de decir! ¡Y qué duro de hacer! ¡Irse del aplauso, do la admiración, del homenaje constante de las multitudes; dejar de ser el personaje a quien todos miran, para convertirse en el cualquiera de quien nadie hace caso! ¡No disfrutar más el pungente placer de sentir sobre sí treinta mil ojos anhelantes y oir luego el rugido de quince mil bocas vitoreadoras proclamando el triunfo! Muy pesados, muy impertinentes los admiradores, terrible esclavitud la dol público, hirientes sus iras...; pero ¿y la soledad y el olvido del no ser ya nada? Aunque tan recogido en sí mismo, Currito se había dejado conquistar por aquellas vanidades y le costaba trabajo renunciar a ellas.

Mas Rocío sobre todo. Y una tibia noche de Agosto en que la “Muñequilla”, sentada en el balcón de su casa de San

Sebastián, en el paseo de la Soncha, miraba tristemente parpadear el faro de la isla de Santa Clara y las oscilaciones de las luceeítas que surcaban la negrura inmensa y se sumergían en ella, Currito tomó dulcemente la cara a su mujer y le preguntó:

—¿Qué me das por una r.otisia muy alegre, señita Rosío?

—¡Que te retiras, Curro!—contestó ella vivamente, poniéndose en pie con ansia de aquella tranquilidad.

—Eso es. Que me corto er pelo.

—¿Hoy? ¿Ahora?

—No, mujé. Ahora no pué sé; aún tengo contratos que cumplí. Ademá, quiero haserme seis u ocho corrías de despedía que nos puén vale cuarenta o sincuenta mí duros. Una aquí, otra en Valensia, en Barselona, en Saragosa, en Málaga, en Madrí y en Seviyiya. Vi a telegrafía a Joaquín pa que venga a arreglarlo too. Y despué, esta manita presiosa coge unas tijeras y, ris, ras, se acabó er Chavaliyo.

—i Ahora, Curro!—imploró ella—. ¡Que yo no vivo mientras estás toreando!… ¡Te quiero!… ¡Ancla! ¿Traigo las tijeras?

—¿Y los contratos? ¿Y las corrías? Si es poco más de mes y medio y una pila de duros muy grande, muy grande. No tengas nieo, que no me va a pasa ná, porque no pienso arrimarme ni a los toros de durse.

Se resignó. Contó por minutos los días hasta la deseada tarde en que Currito, luego de haber gozado los últimos golpes de incienso de la popularidad en toda España y sentido la melancolía de tantas despedidas, en que el placer de los aplausos se mezclaba al dolor del adiós, se vistió de torero por última vez en Sevilla, Aquella tarde, que es la más "larga, la más angustiosa, la más terrible de cuantas sufre la familia del torero. ¿Le perderemos ahora que ya está en la orilla?

—¡No te arrimes!—le suplicó bajito Rocío al despedirle.

Hasta Carmona estaba esa tarde nervioso. Teresa nunca rezó tanto. Rocío y sor María llenaron el pecho de Currito de escapularios y medallas; Manuela le metió en los bolsillos de la chaquetilla misteriosos papelitos, envoltorios de poderosos amuletos.

—Y luego desís ustedes que si los andaluses somos o no somos superstisiosos—comentaba Copita—. ¿Sabes lo que te digo, Manoliña? Que gayegos y andaluses primos hermanos.

—Nunca he tenío más mieo que hoy, Joaquín— dijo Currito confidencialmente al ex banderillero al acomodarse con éste en la jardinera de la cuadrilla, carruaje elegido para no desairar a ninguno de los numerosos amigos que solicitaban el honor de conducir al Chavalülo -en sus coches o automóviles.

Por última vez recibió al cruzar Sevilla los besos de la popularidad. Recordábale aquel viaje triunfal sus primeras idas novillerfles a la plaza, lleno de ilusiones, con el mundo ante sí, y se sintió invadido de tristeza. Cuando no tenía nada renunció a aquello sin trabajo, y ahora que lo tenía todo le dolía dejar esta vida tumultuosa, de montaña rusa, tan pronto en el llano como en las nubes.

Las cuatro mujeres le vieron partir traspasadas de angustia y se refugiaron en el oratorio, lleno de luces, a esperar rezando.

¡Qué miedo, cualquier ruido! Siglos los minutos. De vez en cuando se levantaba impaciente una de ellas. Debía ser muy tardo. E iba a ver el reloj. Cuando volvía, todos los ojos la interrogaban con ansia,

—Aún no ha pasao un cuarto de hora—murmuraba desfallecida.

De tanto como querían pedir, no encontraban los labios oraciones. Mandaban al cielo suspiros.

Inesperadamente sonó el timbre. —¡Tan pronto!— Todas se lanzaron atropelladamente a la cancela. Era un

vendedor callejero que ofrecía su mercancía. Rufina, la criada vieja, le quiso devorar.

Al fin, antes que el repiqueteo del llamador, la voz alegre de Copita llenó de júbilo la casa.

—¡Sin noveá! ¡Sin noveá! ¡Ya s'acabó, Rosío! ¡Noragüena! ¡Noragüena, Teresa!·—decía repartiendo abrazos.

—¿Y cómo se le ha dado?—inquirió la Gallega, mientras Rocío, Teresa y sor María volvían al oratorio a dar gracias.

Copita calló un momento y luego se echó a reir.

—Pues ar finá ha armao uno de sus latifundios; ¡pero ya!…

En el primer toro quedó bien; mas en el otro…

"Asín de que tocaron a matá", fué el hombre y brindó a Carmona, corno en la tarde aquella; luego se encaró con "don Ismael Almanzor", y otro brindis; después se fué a Copita, que estaba en el callejón, y le brindó también; buscó luego al doctor Jiménez Encina, a quien hizo ir a Sevilla a verle en su último toro, y brindis a la Medicina; otro brindis al "señor Cruz", que a poco revienta la ropa y revienta él, y así que hubo unido en estos brindis a todos los que quería, se fué a los medios y aún brindó por el público todo. (Palmas, oles, música y delirio.)

Y al fin se dirigió al toro.

—¡Descansa un poquito, home, que estarás rendío!—le gritó un guasón.

Los primeros pases se aplaudieron; pero en seguida Currito comenzó a dudar y a distanciarse medroso. *Copita* no se lo explicaba. Ni nadie.

—Er toro no tenía ná. ¡Era un cateto en feria con una fló detrá de la oreja!

Sólo Currito supo el sufrimiento de aquel siglo interminable. El quería…; pero tuvo miedo. No miedo del dolor de la dudosa cornada. Miedo de no volver a ver a su hijito y a Rocío, ahora, cuando dentro de unos minutos iba a

ser de ellos para siempre, y este temor, sobreponiéndose a silbidos, denuestos, aplausos, amor propio, vanidad, cuanto empuja al torero al peligro, no le dejaba acercarse al toro. Fué como si hubieran abierto un pozo profundo ante él. No podía avanzar un paso. Copita, “viendo venir el latifundio”, echaba el busto fuera de la barrera, aconsejándole cuando estaba cerca:

—¡Ancójate y vete pa la enfermería!

Los peones le cuadraron el “bicho” con un par de vueltas. Los otros espadas animaron al Chavalillo.

—¡Vamos, Curro, que está güeno!

—¡Aligérale y buena suerte!

Pero el *Chavalillo* se sintió desfallecer; el estoque pesaba tanto que no lo podía levantar; la muleta parecía de plomo; le temblaban las piernas; el toro le miraba fieramente…

No pudo. Convencido de su impotencia, dobló la muleta, bajó dolorosamente la cabeza, se fué a la barrera, vencido, y entregó los trastos a *Gazuza*, diciendo con desconsuelo:

—¡No lo pueo matá!

Y se sentó en el estribo para esconder las lágrimas. Hubo en el públieo nn momento de estupcr. ¿Y para eso tantos brindis? Pero sin saber lo que le ocurría al torero, comprendió que algo le disculpaba. Se rieron, porque allí la bendita risa acompaña» impulsa los movimientos buenos, y le perdonaron. Y cuando algunos pitos exigentes quisieron castigararle, la indulgencia, hija del santo optimismo sevillano que tiene una sonrisa comprensiva y benévola para todas las debilidades, y mira sentimentalmente por cristales de bondad para ver sólo el lado favorable de las cosas, hizo prorrumpir a la plaza entera en un generoso aplauso, que acarició dulcemente el corazón del inclusero y arrasó sus ojos en agradecidas lágrimas.

¡Cómo le temblaban a la “Muñequilla” las manos cuando empuñó las tijeras!

—¡Me vayas a cortá la cabesa, señita Rosío!— bromeó con ella Currito, ocultando su emoción, al disponerse al sacrificio.

Era en Los Merinales, tres días después de la corrida de adiós y de los banquetes amistosos de despedida, una hermosa mañana otoñal, en que reía todo: el cielo con su limpidez, el aire con su luz, la tierra generosa con su opulencia y los corazones con su alegría.

La "Muñequilla" quiso que aquella fiesta familiar se celebrase íntimamente, y sólo estaban los cabales: sus padres, "Almanzor", sor María del Amor Hermoso, Manuela, Copita y el Pintao que andaba por allí muy triste, preocupado con el difícil mañana, hasta que Rocío y Currito le dieron un alegrón diciéndole, al tiempo que le mostraban el ganado, esparcido aquí y allá—vacas lecheras, reses de carne, los borregos y lo otro que no puede nombrarse sin pedir perdón—, y una casita blanca, que se veía lejos, casi al final de las tierras con que habían ido acrecentando la finca:

—¿Le gustaría a usté encargarse de eso y viví con su Juaniya, libre de fatigas y peligros, en aqueya casita de ayí bajo?

—¡Ya está acá! ¡No le va a gustá ná esa casita a mi Juaniya! ¡La vía que se va a da ahí viendo er só y er campo! Quearse con Dió, señore.

—¿Aónde va usté?

—A esperá er tren andando hasta que me arcanse, que ya me corre prisa ir a buscarla, ¡Ay! Deme usté un abraso, mataó. Y usté también, comare, con permiso de Curro—dijo el piquero, dejando rodar dos lagrimones tamaños como un castoreño.

—¿No tendrá usté nostalgia de los toros?—le preguntó guasona Rocío.

—¿Eso de la costargia es cosa de comé?—contestó Rosendo—. Pos asín la guisen en la cosina der rey, que no la

quiero. ¡Costargia de los toros, con er cortijo der Cuarto aquí junto y loe miuras andando por ahí!… ¡Dolorsita!—gritó llamando a la nena—. Tráigame usté ya mismo unas tijeras mu grandes y córtale usté ar padrino la melena. ¡Señore, qué mataó er mío. .Er primé torero der mundo hasta después de retirao!… Y usté dispense, señó Manué; pero pa mí, onde esté Currito, ¡asín resusite toa la toromaquia!

Ris, ras, las tijeras de la señita Rosío se abrieron y se cerraron y su mano mostró triunfalmente la coleta del Chavalillo.

El torero se volvió en la silla y atrajo hacia sí a su mujer, abrazándola estrechamente.

—¡Pa mí sola, Curro de mi alma!—le dijo mimosamente la “Muñequilla” recobrando la vida. Y como notara que su marido tenía los ojos húmedos, le preguntó:—¿Te he hecho daño?

—No—la respondió el torero, un poco avergonzado, limpiándoselos, risueño, con el revés de la mano—. Es que duele, ¿sabes tú?

Luego cogió en brazos a los niños y los llenó de besos.

—¿A quién vais a queré ustedes?

Y cuando les dejó, antes de entregarse a los brazos amigos que le esperaban, estrechó apasionadamente a sor María del Amor Hermoso, que miró cortada a don Ismael.

—Por una vez no se ha de enterar la Regla—la tranquilizó “Almanzor" riendo.

Todo eran risas. Ellas fueron el vino más alegre y la más sabrosa salsa en la comida gozosa. El inclusero, contengo y nervioso, habló y bromeó con desusada verbosidad, como si quisiera aturdirse.

Pero al levantarse de la mesa, de codos en la baranda de la azoteílla con Carmona, mirando el campo y el cielo sin fin, a través de las nubes de los magníficos habanos, sintió que un vago desconsuelo se apoderaba de él, algo así como

la tristeza de una separación definitiva, de la pérdida de algo que ha sido muy nuestro y nos era muy amado, y no fué dueño de reprimir un hondo suspiro.

Carmona le dijo gravemente:

—Esta es la peor cogía, Curro. La corná más dolorosa. ¡Qué importan las otras corría! Duelen, enrabian, se curan, y er hombre tan campante. Pero de ésta no. ¡De ésta no se cura nunca!—y suspiró también—. Es como si se hubiera acabao uno.

Los dos callaron, pensativos y tristes.

Mas, de pronto, sonó dentro el cristal de las risas de Rocío. Otras risas le hicieron coro. Se alzaron sobre ellas los gritos de los niños, que se alegraban por contagio de alegría, como los canarios cantarines en sus jaulas. Currito se irguió, miró al cielo, bebió su luz y se sintió bañado de optimismo.

—¿Y eso, señó Manué?—dijo a su suegro—. Eso también es bueno. Es mejó, porque es más verdá.

Y entró en la habitación, gritando gozoso:

—¿Qué pasa en Cadis? ¿De qué se reís ustedes?

—De que estamos muy contentas—respondió Rocío, feliz.

—Y yo también, “Muñequiya”; que por oírte reí doy la vía. ¿Qué dise usté, agüela?—interpeló bruscamente a sor María, que contemplaba embebecida al niño, que tenia en sus brazos.

La Hermana se ruborizó como si la hubieran descubierto en pecado. El insistió alegremente:

—¡Agüela, que se le cae la baba con el nieto!

Llena de confusión, sor María del Amor Hermoso levantóse y salió precipitadamente.

—¿Qué l’ha dao?—preguntó Currito.

—Que la has avergonzado, hombre; no la digas eso.

Pero él terqueó bromeando, con la pesadez de su alegría, y salió al pasillo llamándola a gritos.

—¡Agüela! ¡Venga usté pa acá, agüela! ¡Agüela!

Rocío salió tras él a detenerle.

—¡Calla, que la haces sufrir!

—¿Por qué?

—Pero entonse… ¿Tú no sabes, Curro?… Sor María… es tu madre.

Curro se puso pálido, lívido; cogió nerviosamente a su mujer por los brazos y con los ojos muy abiertos y la barbilla temblándole, la apremió:

—¡Qué dises! ¿Tú lo sabes? ¿Te lo ha dicho ella?

—No; pero ella se lo cree. Bien clarito está,

Curro soltó a Rocío y fué con paso incierto y ansioso a buscar a sor María.

—¡Madre! ¡Madre!

Y cuando la encontró, sentada en el porche, todavía como asustada, con el niño en brazos, la alzó de la silla, la abrazó fuertemente y la preguntó trémulo y precipitado:

—¿Es verdá? ¿Es verdá?… ¿Es sierto que usté?…

Y, sin dejarla contestar, la estrechó aún más y, loco, cubrió su cara de hambrientos, inacabables besos filiales, todos los que la tenía guardados, llorando como un chiquillo. Y, lo mismo que ella cuando se empeñaba en afirmarse en su creencia resistiendo a todas las razones, repetía él ahora tercamente, abierta el alma al dulce convencimiento:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

El corazón de la infeliz Guiomar no pudo resistir. Y le besó también con igual pasión, con la misma ansia.

—¡Hijo!…

Cuando se repuso huyó turbada, con “su nieto”, a refugiarse en el oratorio inmediato, débilmente iluminado por la luz de una lamparita de aceite que ardía ante la imagen de la Virgen de la Esperanza, sonrisa y bondad, a

cuyos pies se arrodilló la monja, sin ver a don Ismael, que, sentado en un sillón en un ángulo, rezaba y meditaba.

—¡Perdón!—exclamó—. ¡Es mi hijo!… ¿Verdad, Virgen mía, que es mi hijo?—Y dirigiéndose al nene que tenía en brazos, le habló tiernamente:—¡Sí! ¡Soy la abuela! ¡La abuelita! ¿Verdad, nenito mío? ¿Quieres tú mucho a la abuela? ¡Dímelo, rey! Porque soy tu abuela… ¿Verdad, Madre Santísima, que es mi nieto?

—¡Ea!—la reprendió cariñosamente la voz grave de don Ismael—. Ya está la loca de la casa haciendo de las suyas.

Sor María del Amor Hermoso se volvió asustada. Luego le suplicó desesperadamente:

—¡No me hable usted así, tío, en el Santo Nombre de Dios!—Y se rebeló enérgica, afirmando, resuelta a no dejarse arrebatar su consoladora ilusión:—¡Es mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Y éste es mi nieto! ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Me lo ha dicho la Santísima Virgen! ¡Soy su madre! ¡Es verdad! ¡Es verdad!

Conmovido, “Almanzor” se compadeció de ella.

—¿Quién sabe!… A voces el sentimiento es más certero que la razón. Y, después de todo, ¿qué mal hay en ello?… Fuera de Dios y del dogma, ¡lo único incontrovertible!, es verdad todo lo que es bondad. Dejemos a la ilusión que haga su benéfico oficio. ¡Fefices los que tienen ilusiones! Son almas anhelantes del bien. Cree lo que quieras, hija mía.

Y salióse con el breviario en la mano a terminar el rezo en el campo.

Aislándose por allí, Currito, cogido del brazo de la “Muñequilla”, como enamorados que amparan su dicha en la soledad, se reponía de la fuerte emoción que acababa de gozar.

—¡Tóo te lo debo, Rosío de mi vía! ¡Bendita la hora en que Dios me yevó a tu casa y te trajo a mi vera!… ¿Arreglamos esas masetas, señita Rosío?— la dijo, llorando y riendo, apretándola mimosamente contra sí.

Salían risas y voces alegres, música de felicidad, por las abiertas ventanas de la casa. Como en el huerto de fray Luis, movíanse los árboles con manso ruido. Todo era paz bajo la templada caricia del sol otoñal en el cielo sin mancha.

Sólo Carmona, en la azoteílla, permanecía ceñudo y nostálgico. El sonar de las zumbas cabestriles y las voces de los vaqueros encajonando una corrida, en el encerradero cercano, alborotó el rincón de sus recuerdos. Un tren pasó veloz, dejando en los aires un silbido agudo, camino de Cádiz, del mar, de la actividad, de la vida. No se veían los cansancios que conducía. Carmona le siguió envidioso, con la vista, hasta perderle. Y el í'ecuerdo de lo que no torna: los años ilusionados y triunfales, la admiración, el mando, el ruido de la lucha, le hizo suspirar desconsoladame.ite, con la desesperación de un deseo irrealizable. Y en un movimiento rebelde, amenazó con puño airado a las tierras, que le representaban su riqueza, y clamó:

—¡Veinte años… y en cueros!

Aquí y allá—estaciones de una guía sentimental—: en el trajín madrileño; a la sombra de los castaños esquivos; bajo el cielo optimista do Sevilla; en la cordialidad de Santa Málaga bendita

FE DE ERRATAS

Entre lee erratas que inevitablemente se han deslizado en cate libro, hay en la página 101 uu «elipin» en vez de «sillín» que parte los corazones. En la 18 dice, «ricos, este» por «ricos, este». En la 37: «siguirillas y loa oidos» por «seguirillas, y los oídos». En la 47 so lee: «de Catóme» en vez «de Catóme?, Manolillo». En la 183 «placlita» por «placita». En la 88 «en el» por «en er». Esperan, sa» por «Esperansa» en la 401, y en la misma «chivato por

«Chivatos», y otras que cómodamente se encomiendan al buen sentido del lector.

NOTAS

[1] Que no guarmos billetes